
STEEL CITY SEALS
EN SU EQUIPO
D.E. Haggerty

En Su Equipo

SERIE STEEL CITY SEALS #1

D.E. HAGGERTY

Copyright © 2026 D.E. Haggerty

Traducción © 2026

Todos los derechos reservados.

Este libro electrónico está autorizado únicamente para su uso personal. No puede ser revendido ni distribuido a otras personas. Si desea compartir este libro con otra persona, por favor adquiera un ejemplar adicional para cada destinatario. Si está leyendo este libro y no lo ha comprado, o no fue adquirido exclusivamente para su uso, le rogamos que lo devuelva y compre su propio ejemplar. Gracias por respetar el trabajo de esta autora.

En su equipo es una obra de ficción. Los nombres, personajes y acontecimientos son producto de la imaginación de la autora, y cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia. Los hechos narrados son completamente ficticios.

https://dehaggerty.com/

Introducción

Cuando una superestrella de la NFL escucha cantar en el karaoke a una camarera de un pueblo pequeño, se queda prendado desde la primera nota. Lástima que ella no tenga ni idea de quién es él… y todavía menos interés en averiguarlo.

El karaoke en el bar *Bootlegger* no es precisamente un contrato discográfico, pero es un comienzo. No canto para el público. Canto porque algún día escribiré canciones que escuche el mundo entero.

En lugar de eso, atraigo la atención de un running back de un metro ochenta y ocho con hoyuelos, desparpajo y un nombre que los aficionados al deporte corean los domingos.

Todos los demás reconocen a Gage Edwards al instante.

Yo no.

E incluso después de descubrir que es un jugador de fútbol profesional que está en el pueblo para el campo de entrenamiento, sigue sin importarme.

La fama no me impresiona. Los músculos grandes no me convencen. Y definitivamente no tengo tiempo para un hombre que se habrá marchado cuando acabe el verano. Tengo tres hermanos a los que ayudo a criar, una madre que depende de mí y exactamente cero horas libres para una aventura de verano, por muy tentadora que sea su sonrisa con hoyuelos (o esas manos pecaminosas).

Pero Gage no se da la vuelta.

Se presenta.

Por mí.

Por mi familia.

Por mi música.

Dice que quiere estar en mi equipo.

Qué curioso. No recuerdo haber publicado una vacante para un puesto de titular.

On Her Team es un romance deportivo picante en un pueblo pequeño que presenta a un decidido running back de la NFL que se enamora primero y con fuerza, una heroína ferozmente leal dividida entre su familia y sus sueños, y un pueblo pequeño lleno de jugadores de fútbol que son tan difíciles de manejar fuera del campo como dentro del campo.

Capítulo 1

Addy: una mujer que no tiene tiempo para un hombre que cree que ella debería caer rendida a sus pies solo porque juega al fútbol



Addy

Me abro paso entre la multitud en el *Bootlegger* para llegar a la barra.

—¡Ahí estás! —grita Alaia—. Pensaba que iba a tener que empezar el Mermaid Karaoke sin ti.

Guardo mi bolso en un hueco de la estantería. —Siento llegar tarde. Otis necesitaba que lo llevara al entrenamiento de fútbol.

—¿Por qué Otis no puede ir en bici como todos los demás niños de Smuggler's Hideaway?

Me encojo de hombros. —Apenas puede cargar con la bolsa enorme con todo el equipo en la bici.

Ella deja un chupito de aguardiente en la barra frente a mí. —Tu hermano tiene diecisiete años. Ya no deberías estar haciendo de chófer por toda la isla.

Suspiro. No voy a tener esta discusión otra vez. En su lugar, levanto el vasito. —¡Por los contrabandistas!

Ella choca su vaso con el mío. —¡Y por las sirenas que los amaron!

Siempre nos tomamos un chupito de aguardiente antes de que yo suba al escenario. La tradición empezó hace años, cuando me entraba miedo escénico antes de actuar.

Pero con el tiempo he aprendido que no hay razón para tener miedo escénico en el Mermaid Karaoke. Esto no es un programa de telerrealidad para demostrar mi talento y quizá ganarme una salida de esta isla. Es solo una noche divertida durante el verano para practicar canto sobre el escenario.

Además, nadie me presta atención. Los hombres están demasiado ocupados mirando a las mujeres vestidas de sirenas. Sí, de sirenas. Al fin y al cabo, hay una razón por la que este evento se llama Mermaid Karaoke. A los habitantes de la isla de Smuggler's Hideaway les obsesionan las sirenas.

—¿Estás lista? —pregunta Alaia cuando dejo el vaso en la barra.

—Lista como siempre.

—¿Qué vas a cantar? ¿Algo original? —Junta las manos y me parpadea con insistencia.

—Esta noche no. Todavía estoy puliendo los detalles de mi última canción.

—Tu talento se desperdicia en esta isla.

—Igual que el tuyo. —Alaia es periodista. Por desgracia, no hay mucho motivo para el periodismo en Smuggler's Hideaway.

—La diferencia es que yo me estoy esforzando para salir de esta isla. Tú ni siquiera lo intentas.

—No puedo abandonar a mi madre con los niños. No podría apañárselas sola.

Alaia frunce el ceño. —Son sus hijos. No los tuyos.

—Lo sé, pero...

Levanta una mano rápidamente para cortarme. —No. Estoy harta de tus excusas. Y no te confundas, son excusas.

Se da la vuelta y se marcha hacia el escenario antes de que tenga oportunidad de responder. No lo entiende. No voy a abandonar a mis hermanos como mi padre me abandonó a mí. No voy a permitir que les acorten la infancia. No voy a quedarme de brazos cruzados mientras se crían solos como hice yo.

—¿Qué vas a cantar? —pregunta cuando la alcanzo.

—*Shake It Off*.

Prepara la canción antes de coger el micrófono y subir al escenario.

—¡Mujeres solteras! Es hora de ponerse las aletas y los brillos. ¿Podéis pescar a un contrabandista? Necesitaréis mucho talento. —Me hace una señal—. Para empezar, nuestra propia nativa de Smuggler's Hideaway, ¡Addy!

Me entrega el micrófono antes de saltar del escenario e ir directa hacia un grupo de hombres sentados en una mesa junto al estrado. No tengo tiempo para hombres ni para una relación, pero tendría que estar ciega para no notar lo corpulentos y en forma que están.

No tengo oportunidad de lamentar el no tener tiempo para un hombre antes de que empiece el ritmo animado y comience a cantar. Mientras canto y bailo, todas mis preocupaciones desaparecen. No existe nada en este momento excepto yo con un micrófono sobre el escenario.

El público se une para cantar el estribillo y su energía me alimenta. Olvido lo cansada que estoy. Que estoy atascada con la canción que estoy escribiendo. Cómo me duelen los pies de servir mesas todo el día en *Five Fathoms Brewing.* Cuánta colada hay que doblar cuando llegue a casa.

La canción termina y el público estalla en aplausos. Dejo que el sonido me reconforte —lo que daría por oír este tipo de aplausos

todas las noches— antes de saludar y bajar del escenario.

Le entrego el micrófono al siguiente cantante antes de dirigirme a los aseos. Me echo agua en la cara para refrescarme.

Me encantaría cantar unas cuantas canciones más, pero no puedo. Mi hermana, Mila, todavía no había terminado los deberes cuando me fui de casa con mi hermano, Otis. Según ella, es verano y los deberes de la escuela de verano son una estupidez. No puedo confiar en Penelope para que la ayude. Mis dos hermanas pequeñas se pelean y discuten peor que una sirena y un pirata.

La culpa me golpea el pecho. No es justo que Mila tenga que ir a la escuela de verano cuando sus amigas están haciendo el vago todo el verano. Pero no tiene edad suficiente para quedarse en casa sola todo el día y no se puede confiar en que Penelope no ate a su hermana en el sótano cuando se pone pesada.

Si dejara de escribir canciones, quizá tendría tiempo suficiente. Quizá debería...

Niego con la cabeza. Da igual ahora, de todas formas. Mamá ya ha pagado la escuela de verano. Quizá el próximo verano pueda encontrar una solución mejor.

Mi móvil suena con un mensaje. Lo saco del bolsillo mientras salgo deprisa del aseo y choco directamente contra un muro.

Solo que el muro me agarra del codo para estabilizarme. —¿Estás bien?

Doy un paso atrás y levanto la vista. ¡Madre mía, sirenas nadando en el mar! ¿Es real este hombre? Nunca antes había entendido lo que querían decir los libros y las revistas con rostro esculpido y mandíbula fuerte, pero ahora sí. Porque este hombre es la definición de ambas cosas.

Y luego están sus ojos. Marrones profundos, del color del chocolate. Son cálidos y brillantes. Sonríe y le aparece un hoyuelo en la mejilla izquierda. Ha pasado de ser guapísimo a ser accesible en un abrir y cerrar de ojos.

La vida no es justa. Si lo fuera, tendría tiempo de conocer a este hombre. El móvil vuelve a pitar con otro mensaje. Tanto para lo de que la vida es justa.

—Perdona. —Me aclaro la garganta—. No estaba prestando atención.

Intento pasar por su lado, pero él se interpone para bloquearme la salida. Frunzo el ceño. —¿Puedo ayudarte?

—Soy Gage.

—Eh... vale.

—Gage Edwards.

—Tengo que irme, Gage Edwards.

Le hago un gesto para que se quite de mi camino, pero no lo hace. Parece confundido.

—¿No sabes quién soy?

—Eres Gage Edwards. Acabas de decirme tu nombre literalmente.

Él sonríe. —Exacto.

—No tengo tiempo para tus juegos. Me tengo que ir.

Su sonrisa desaparece. —No estás bromeando. No sabes quién soy.

—¿Por qué debería saber quién eres? No eres un contrabandista.

—¿Un contrabandista?

—Un nativo de Smuggler's Hideaway. Nosotros nos llamamos contrabandistas.

—Mola. Esta isla es increíble. Mujeres disfrazadas de sirenas. Leyendas de contrabandistas.

—Me alegro de que estés disfrutando de tu estancia. —Intento bordearlo poco a poco, pero el tipo es casi tan ancho como

el pasillo. Alguien va al gimnasio. Otra cosa para la que no tengo tiempo.

—Esto no me ha pasado nunca.

Esta es oficialmente la conversación más rara que he tenido. Lo cual es mucho decir teniendo en cuenta que vivo en una isla donde los lugareños creen que las sirenas existen y te dan la chapa hasta que aceptas que sí, que las sirenas existen y que tal o cual vecina de la vuelta de la esquina podría serlo perfectamente si no tuviera piernas.

—No sé de qué me hablas, pero de verdad que tengo que irme.

—Pero soy Gage Edwards.

Frunzo el ceño. —¿Se supone que tu nombre debería significar algo para mí?

—¿En serio no sabes quién soy?

Suelto un suspiro. Odio los juegos que se traen los hombres. Nunca los he entendido. Y definitivamente no tengo tiempo para descifrar a este tío. —¿Puedes quitarte? Tengo prisa.

Se cruza de brazos sobre el pecho. Sus bíceps se abultan y su camiseta se tensa. ¿Qué le dan de comer a este tío? Es enorme. Me pregunto cómo se sentirían esos brazos rodeándome.

Debo de estar más cansada de lo que pensaba. Yo no me pregunto qué se siente al ser abrazada por un hombre. Incluso si el hombre en cuestión es el ejemplar de masculinidad más guapo que he visto en mi vida.

—Soy running back de los Steel City Seals.

Arrugo la nariz. —¿the Seals son algún tipo de equipo de deportes?

—Si estás fingiendo, eres la mejor actriz que he conocido jamás.

Suelto un bufido. —¿Has conocido a muchas actrices, eh?

—Pues de hecho, sí.

Espero a que sonría o se ría de su propia broma, pero su cara sigue igual. Vaya. A lo mejor ese equipo de deportes es importante.

—Vale, bueno, ha sido un placer conocerte, Gage Edwards. Buena suerte con tus deportes.

Le hago un gesto para que se aparte de mi camino y por fin se mueve. Me apresuro por el pasillo.

—Es fútbol americano, por cierto —me grita y lo miro por encima del hombro—. El deporte al que juego es fútbol americano.

Levanto el pulgar. —Me alegro por ti.

Se queda con la boca abierta. —No estás fingiendo.

—No tengo tiempo para juegos, Gage Edwards.

Pero si tuviera tiempo, de verdad que me encantaría jugar unas cuantas rondas o entradas o lo que sea con Gage. Seguro que tiene resistencia.

Siento un cosquilleo en el estómago que baja hasta mis partes íntimas. ¿Cómo se sentiría si me quitara la ropa y tocara cada centímetro de mi cuerpo? Si saboreara cada centímetro de mi cuerpo.

Mi móvil suena y suspiro. Todo el cosquilleo desaparece mientras escucho a Penelope despotricar sobre Mila.

Capítulo 2

Gage: un jugador de fútbol americano fascinado con una cantante que no sabe quién es él



Gage

Suelto un gruñido mientras empujo el peso hacia arriba. Los brazos me tiemblan con el movimiento.

—Alguien debería haber pasado más tiempo levantando pesas y menos tiempo persiguiendo chicas —se burla Tanner.

Termino la repetición y suelto la pesa en el suelo. —¿Hablas en serio? Tú eres el que está metido en un lío monumental por tu último asuntillo con una tía.

Tanner es un payaso y uno de los mejores malditos wide receivers de la NFL. También es un buscalíos que se cree que puede librarse de cualquier situación a base de palabrería. Pero no de esta última. Tendrá suerte si el Coach Knox consigue mantenerlo en el equipo, por no hablar de librarlo de problemas.

—¿Qué chica? —pregunta Brock.

—No hay ninguna chica —aseguro.

Addy no es una chica cualquiera. Es una mujer. Una mujer con caderas redondas y deliciosas, pechos firmes y unos labios

carnosos que quiero probar. Preferiblemente mientras hundo los dedos en su pelo rojo y ondulado. Apuesto a que es suave como la seda. Me pregunto si sus ojos castaños claros se oscurecerán cuando esté excitada.

Brock me mira con el ceño fruncido. —Tienes que tener cuidado con andar tonteando con cualquiera en la isla.

Tanner le da un toquecito en la oreja. —No seas el Sr. Gruñón.

El fullback no sabe ser otra cosa que gruñón. Si mi novia hubiera decidido que no quería ser madre y me hubiera dejado con un niño para que lo criara solo, probablemente yo también sería un gruñón. Es increíble que su hijo, Jace, sea un niño divertido y bromista teniendo en cuenta su pasado.

—Tócame la oreja una vez más y le contaré al mundo entero lo que hiciste.

Tanner se aleja un poco de Brock. —El Sr. Gruñón ataca de nuevo.

—No es de gruñones decirles a mis compañeros que tengan cuidado con andar tonteando con cualquiera en la isla.

—Lástima que tu advertencia haya llegado demasiado tarde para Nolan.

Nolan palidece antes de entornar los ojos hacia Tanner. —Deja de intentar meter mierda.

Eh. Me pregunto por qué nuestro quarterback estrella se ha puesto pálido. Nolan suele intentar dar buen ejemplo al resto de la línea ofensiva. De hecho, a todo el equipo. Es buena persona y un buen líder. Nada de lo cual me impedirá darle caña si se mete en problemas.

—Pero me aburro. —Tanner saca el labio inferior en un puchero.

—Podemos pelear si estás aburrido —se ofrece Corbin.

El pánico asoma a los ojos de Tanner antes de rechazar la oferta de Corbin con un gesto. Lo cual es bueno, ya que Tanner es el más esbelto de los jugadores clave de la ofensiva de los Steel City Seals, mientras que Corbin, como tight end, es uno de los más altos y pesados de nuestro grupo.

—Iré a la cinta de correr. —Tanner corre hacia las cintas al otro lado del gimnasio del *Hideaway Haven Resort.*

Como jugador de la NFL, he pasado mucho tiempo en hoteles. Pero nunca antes había visto un gimnasio tan grande y bien equipado. Por supuesto, el dueño, Hudson Clark, solía ser wide receiver en los Seals hasta que se rompió el tendón de Aquiles y se vio obligado a retirarse.

Admito que era escéptico sobre eso de quedarnos en una isla diminuta frente a la universidad donde se celebra el campo de entrenamiento. Pensé que la isla sería aburrida. Aun así, acepté unirme a mis amigos y compañeros de la línea ofensiva, Tanner, Nolan, Brock y Corbin, cuando decidieron venir al campo de entrenamiento un mes antes.

La mejor decisión de mi vida. ¿De qué otra forma habría conocido a Addy? Addy, la sexy cantante que no tiene ni idea de quién soy. No puedo esperar a que nos conozcamos mejor.

—¿Puedes hacer de apoyo? —me pregunta Brock.

Me sitúo detrás de él mientras levanta la barra por encima de su cabeza.

—Hablo en serio —refunfuña—. Tienes que tener cuidado con enrollarte con una de aquí.

—Lo dice el hombre que está colado por la profesora de su hijo —grita Tanner desde el otro lado de la sala. Cómo ha oído a Brock mientras corre en la cinta es un misterio para mí.

Brock gruñe. —No estoy colado por May.

—¿Quién es May?

—Es la instructora de surf —responde Nolan.

—No me interesa May —afirma Brock—. Pero aunque así fuera, no importaría. Esta es mi última temporada. Me retiro de la NFL el año que viene. No tengo que preocuparme por intentar mantener una relación a distancia.

—Buen punto —murmura Nolan. Qué raro. Nolan nunca le da la razón a Brock. Algo le pasa.

Tanner aplaude antes de saltar de la cinta. —El Sr. Gruñón ha hablado con frases reales en lugar de gruñidos.

Brock lo fulmina con la mirada. —A lo mejor prefieres pelear conmigo en lugar de con Corbin.

Tanner traga saliva. Brock es más grande que Corbin. Y puede ser bastante aterrador cuando te gruñe. —No he terminado mi carrera.

Brock se ríe mientras Tanner vuelve corriendo a la cinta. Tanner solo está bromeando. En realidad no les tiene miedo a Brock ni a Corbin. Ninguno de los dos le haría daño jamás. Pero al payaso le encanta el drama. Lo cual es bueno, ya que se le va a venir una encima en cuanto salgan las noticias de su última indiscreción.

—Tengo hambre —declara Brock.

Pongo los ojos en blanco. —Tú siempre tienes hambre.

Él se encoge de hombros. —¿Quién quiere ir a almorzar?

En realidad, almorzar es una idea excelente. Después de que Addy huyera de mí anoche, interrogué al camarero sobre ella. Al parecer, trabaja en *Five Fathoms Brewing* y el restaurante sirve almuerzos.

Recojo mis cosas. —Me han hablado de un sitio bueno.

—Yo conduzco —dice Nolan.

Corbin niega con la cabeza. —Ni de coña. Conduces un coche deportivo diminuto. Yo no quepo en un deportivo.

—Conduzco yo —dice Brock.

—¿Te has traído tu SUV extra grande? —Ante el asentimiento de Brock, Corbin gruñe—. Bien. Necesito espacio para las piernas.

—Yo también soy alto —insiste Nolan.

Corbin le da una palmadita en la cabeza. —Eres mono.

—¿Mono? Mido más de un metro ochenta.

—¿Ah, sí? —Corbin arquea una ceja—. ¿Deberíamos medir?

—¿Qué estamos midiendo? —pregunta Tanner—. Si es la altura —me señala—, ya sabemos quién es el más bajito.

Levanto las manos. —No me metáis en esta conversación.

Es verdad. Soy el más bajo del grupo. Mido uno ochenta y ocho, lo que normalmente se considera ser alto, pero no en un vestuario con Brock y Corbin, que superan ambos el metro noventa y cinco.

Me pregunto cuánto medirá Addy. Es una cosita bajita. Apuesto a que encaja perfectamente bajo mi brazo. Apuesto a que puedo hundir la cabeza en su cuello cuando me entierre profundamente dentro de ella.

Mi polla da un respingo. Cree que es un plan excelente. Se me pone medio dura cada vez que pienso en ella.

No la conozco mucho, pero Addy me tiene fascinado. Es preciosa, canta mejor que un ángel y no dudó en mandarme a la mierda. ¿Y eso de que no sepa quién soy? Que no se me lanzara encima cuando supo mi nombre es la guinda del delicioso y curvilíneo pastel que es Addy.

Tanner chasquea los dedos delante de mi cara. —Tierra llamando a Gage. Tierra llamando a Gage.

Le aparto la mano de un manotazo y él suelta una carcajada.

—Alguien estaba soñando con su chica otra vez.

Addy no es mi chica. Al menos, todavía no.

—Tengo hambre. ¿Vamos a ir a comer o qué?

Levanto la barbilla dándole las gracias a Brock. Una vez que Tanner se agarra a un tema, pueden pasar años antes de que lo suelte.

Nos dirigimos hacia la puerta, pero se abre antes de que lleguemos. El coordinador de la línea ofensiva de los Seals, el Coach Knox, entra en la sala.

—¿A dónde va todo el mundo?

—A comer, Coach Cha-Cha —responde Nolan.

Un músculo en la mejilla de Knox se tensa ante el apodo. Knox lo odia. Yo también odiaría un apodo que me pusieron por caerme mientras bailaba en la recepción de la boda de un amigo. Al menos su conmoción cerebral fue leve.

Knox se cruza de brazos sobre el pecho. —Apenas lleváis una hora entrenando.

—Estamos en temporada baja, Coach Cha-Cha. —Tanner bailotea hacia la puerta.

—El campo de entrenamiento empieza en unas semanas. ¿Estás en tu peso ideal?

Tanner se queda helado. —No estoy exactamente en mi peso ideal, pero estoy cerca.

—Bien —Knox señala hacia la báscula en la esquina—. Haré un pesaje rápido para comprobarlo.

—¿Tengo que hacerlo?

Knox se encoge de hombros. —O puedes terminar tu entrenamiento. Sus ojos se entornan. —Menos cháchara y más entrenar.

—He terminado mi entrenamiento —digo.

—¿Ah, sí?

—Llegué aquí una hora antes que los demás.

Tanner se ríe. —Porque está mal de amores y no podía dormir.

Me lanzo hacia él. Tiene razón. No podía dormir porque no podía dejar de pensar en Addy. Pero no puedo dejar que se libre después de burlarse tanto de mí. No puedo dejar que piense que está bien darme la tabarra todo el tiempo.

Brock me agarra de la camiseta para detenerme. —Déjalo. Odias las manchas de sangre en la ropa.

Miro hacia abajo. Voy de blanco. Las manchas de sangre son una pesadilla para quitarlas del blanco.

Knox aplaude. —Excelente. Decidido entonces. Entrenaréis otra hora antes de tomar un almuerzo saludable.

—Pero íbamos a comer a *Five Fathoms Brewing.*

Knox me frunce el ceño. —Podéis comer allí otro día. Cuando no estés vigilando tu peso.

Espera a que asienta antes de salir de la sala.

Brock me da una palmadita en la espalda. —Mañana iremos a ver a tu novia para almorzar.

—¿Cómo sabes...?

No termino la frase. No tiene sentido preguntar cómo se entera de nada nadie en este equipo. Los miembros del equipo cotillean más que los de una fraternidad. Además, tiene razón. Podemos ir al restaurante de Addy para almorzar mañana.

Mi cuerpo vibra de anticipación. Addy no podrá decir que no sabe quién soy ahora.

Capítulo 3

En mi defensa, nadie me advirtió sobre el hoyuelo.



Addy

Miro la hora y hago una mueca. Llego tarde. Debería estar ya en el trabajo. Menos mal que tengo a las jefas más geniales del mundo.

Las cinco mujeres dueñas de *Five Fathoms Brewing* son las mejores. Antes solían ir por la isla causando estragos, pero ahora están todas felizmente enamoradas.

Se me encoge el corazón. Felizmente enamoradas. Debe de ser agradable haber encontrado al hombre de tus sueños.

Mientras tanto, yo no tengo tiempo para el hombre de mis sueños. Aunque sea alto, tenga una mandíbula esculpida y unos ojos de color marrón chocolate en los que me gustaría ahogarme. O un hoyuelo que me gustaría lamer. O un pelo del que me gustaría tirar.

Aparto esos pensamientos de mi mente. Definitivamente, no tengo tiempo para un hombre que está en la isla de paso.

—¡Penelope! ¡Mila! —grito—. Me voy.

Mila entra corriendo en el pasillo. —¿Por qué gritas? Ya sabemos que te vas.

Sonríe y se me hiela la sangre. Es su sonrisa de «yo no he roto un plato». Un nombre más apropiado sería su sonrisa de «voy a dar guerra».

—¡Mila! ¡Te voy a matar!

Es un asco tener razón siempre. Suspiro antes de dirigirme a su dormitorio. —¿Qué pasa?

Penelope señala a Mila. —Me ha deshecho la cama.

Mila le saca la lengua a Penelope. —No haberle dicho a Jeremy que te gusta.

—Pero si te gusta. Escribiste su nombre en tu cuaderno y dibujaste corazones alrededor.

Hago un gesto tajante con la mano en el aire. —Basta. Tengo que irme a trabajar. Prometedme que no os haréis daño mientras no esté.

—Define «daño».

¿Por qué, por qué mi hermana de catorce años tiene que ser tan precoz? Es lista, mucho más que cualquier otra persona de su edad en la isla, pero no entiende las normas sociales. Como no decirle nunca a un chico que le gusta a tu hermana.

Otis sale tambaleándose de su habitación. —Vete. Yo las vigilaré hasta que se vayan a la escuela de verano.

Mi hermano pequeño nunca se ofrece voluntario para ayudar en casa. Entorno los ojos hacia él. —¿Qué quieres?

No lo duda ni un segundo. —Dinero para la fiesta de pizza del equipo de este fin de semana.

—Una hora vigilando a tus hermanas no vale tanto.

—Las vigilaré todas las mañanas de esta semana antes de que tengan que ir a la escuela de verano.

Levanto las cejas. —¿Vas a salir de la cama antes del mediodía?

—Si me das dinero para la fiesta de la pizza.

Le tiendo la mano. —Hecho.

Vuelvo a mirar la hora. ¡Contrabandistas ahogados! Llego tardísimo. —Me voy. Si tengo que limpiar sangre de las paredes, nuestro trato se anula.

Me despido con la mano mientras salgo corriendo de casa hacia mi bici. La cervecería no está lejos. Puedo llegar en bicicleta en cinco minutos. La ventaja de vivir en un pueblo pequeño en una isla pequeña.

Entro volando por la entrada trasera de *Five Fathoms* y casi choco con mi jefa, Chloe.

—¿A qué viene tanta prisa? —entorna los ojos—. ¿Te ha contado alguien lo de los jugadores de fútbol americano que vienen a almorzar aquí?

Jugadores de fútbol. Me da un vuelco el corazón. Me pregunto si Gage estará aquí.

Inmediatamente desecho la idea. Aunque tuviera tiempo para un hombre —que no lo tengo—, él no estaría interesado en una chica de pueblo como yo.

—No quiero fichar tarde.

Ella suspira. —¿Qué han hecho tus hermanas ahora?

Abro la boca para responder, pero alguien grita mi nombre. Con un «lo siento» mascullado, me alejo a toda prisa.

Hoy me toca turno de camarera. A veces soy la anfitriona. Y a veces estoy en la barra. Lo que haga falta, puedo hacerlo. Cojo todos los turnos que puedo.

—La mesa cinco necesita atención —dice el camarero mientras me ato el delantal a la cintura y me meto el móvil en uno de los bolsillos.

Cojo unas cartas antes de dirigirme a la mesa. Mis pasos se ralentizan cuando me doy cuenta de quién está sentado allí. Es el

mismo grupo de hombres de la otra noche en el Mermaid Karaoke. Gage incluido.

Se fija en mí y sonríe. Su hoyuelo hace acto de presencia y me flaquean las rodillas.

Esto es ridículo. No soy una damisela en apuros. Ordeno a mis rodillas que se comporten y continúo hacia la mesa.

—Hola, Addy.

—Hola, Gage Edwards.

El hombre que está a su lado suelta una carcajada. —De verdad que no sabe quién eres.

Debió de hablarles de nuestra conversación en el *Bootlegger.*

—Estos son mis compañeros de equipo. Tanner, Nolan, Brock y Corbin.

—¿Jugáis todos en el mismo equipo de fútbol que Gage?

Gage entorna los ojos. —Jugamos al fútbol americano y lo sabes.

—¿Ah, sí? —Me toco la barbilla—. Ah, espera. Se supone que debo saber quién eres.

—No puedes burlarte de mí por sorprenderme de que no sepas quién soy.

Arrugo la nariz. —¿No puedo? ¿Es acaso una ley?

—Me gusta ella —declara Nolan.

—Menos mal. Me preocupaba que no les cayera bien a los compañeros de Gage.

—Es sarcástica —Tanner sonríe—. Me encanta.

Gage le da un puñetazo en el hombro. —Corta el rollo.

—Como ya me he ganado el amor y el afecto de tus compañeros, es hora de pedir. ¿Quién sabe ya lo que quiere?

—Yo tomaré la hamburguesa con queso doble con una ración de alitas picantes, macarrones con queso y una patata asada —dice Brock.

Parpadeo al mirarlo. —¿Quieres que añada media vaca a tu pedido?

—Se me olvidaba la ensalada de col. ¿Y podemos pedir una ronda de aperitivos primero?

Yo bromeaba, pero parece que él no. —¿Cuántos aperitivos?

—Tomaré el plato combinado —cierra su carta y la deja sobre la mesa—. ¿Alguien más quiere aperitivos?

—Ya puedes recoger la mandíbula del suelo —dice Gage.

Me aclaro la garganta. —Lo siento. No esperaba que pidiera toda la carta.

—Tengo hambre —refunfuña Brock.

—¿Qué quieren los demás? Debería tomar nota rápido antes de que el pobre Brock se consuma hasta desaparecer.

Pensaba que Gage era un tipo grande. Pero parece diminuto al lado de sus compañeros. Los cinco necesitan dos mesas de cuatro personas para acomodar sus cuerpos.

Se ríen entre dientes mientras me dicen lo que quieren. Corro a la cocina para marchar su comanda. Cuando me doy la vuelta para volver al restaurante, casi vuelvo a chocar con Gage.

—Tenemos que dejar de encontrarnos así.

Entorno los ojos hacia él. —¿Me estás siguiendo?

—Depende.

—¿De qué?

—De si seguirte es bueno o malo. Yo voto por romántico.

Frunzo el ceño. —¿No te enseñó tu madre que no es romántico seguir a una mujer?

—Nop. Ella no me enseñó nada.

Siento que hay una historia detrás, pero no pregunto. Apenas lo conozco de hace un minuto; no tengo derecho a conocer su historia. Pero tengo curiosidad. Más curiosidad de la que debería.

—Cambiando de tema. ¿Por qué me estás siguiendo?

—Para invitarte a salir.

—¿Para invitarme a salir?

—A una cita.

—¿Una cita?

—Ya sabes. Cena, baile.

Por un momento, me permito imaginar cómo se sentiría tener una cita con Gage. Que me invite a cenar y a beber. Que su atención se centre en mí y solo en mí.

Pero no puede ser. Nada de citas para mí. —Lo siento. No puedo.

—¿Estás con alguien? Cabrón con suerte.

Siento una calidez en el pecho al ver que piensa que cualquier hombre que estuviera conmigo tendría suerte. —No.

—¿Por qué has dicho que no si no tienes novio? —Parece genuinamente confundido.

—¿No estás acostumbrado a oír la palabra «no»?

—Nada de lo que dices o haces es lo que me espero.

—Me alegra poder divertirte.

—Me fascinas.

Me echo el pelo hacia atrás. —Porque soy fascinante.

—Estás bromeando. Pero hablo en serio. Eres fascinante.

Suelto una risita. —No soy fascinante. Soy aburrida.

No llevo las uñas arregladas, ni me hago la pedicura cada semana, ni llevo ropa de marca, ni me voy de vacaciones exóticas. No tengo tiempo para nada de eso.

—No eres aburrida. Sal conmigo en una cita y te lo demostraré.

Me coloco la bandeja de servir bajo el brazo. —¿Vas a demostrarme que no soy aburrida saliendo en una cita conmigo?

—Sep.

—Lo siento, Gage Edwards. No tengo tiempo para citas.

—Lo entiendo. Mi vida también es ajetreada. Tengo entrenamientos, prácticas con el equipo, reuniones, etc. Pero estoy dispuesto a hacer de las citas contigo una prioridad.

—Vaya. Qué detalle por tu parte.

Saca pecho. —Soy muy detallista. Gracias por fijarte.

Pongo los ojos en blanco. —Los hombres y el tamaño.

—Venga —me engatusa—. Sal conmigo en una cita y prometo no hablar de mi tamaño en toda la noche.

Siento la tentación. Más de lo que me gustaría admitir. Pero no me estoy haciendo la difícil. De verdad que no tengo tiempo para añadir una cosa más a mi vida. Ya está llena y a punto de explotar.

—Lo siento, Gage. No estoy jugando. De verdad que estoy... —Hago una pausa cuando mi teléfono pita. Lo saco del delantal y suspiro al leer de quién es el mensaje.

Agito el teléfono ante él. —Tengo que ocuparme de esto.

—Vale. Pero no me rindo.

—Créeme. Lo harás pronto.

Aprendí por las malas cómo te abandonan los hombres que no reciben suficiente atención. Los hombres que se niegan a competir con tus hermanos por tu tiempo. Hombres que no se molestan en quedarse, incluso cuando los necesitas.

—No me rindo si quiero algo. —Se inclina lo suficiente para que note los destellos verdes en sus ojos—. Y te quiero a ti.

Siento calor por todo el cuerpo. Es intenso. Me pregunto qué tan intenso puede llegar a ser. Especialmente cuando estemos los dos desnudos.

Mi teléfono pita de nuevo y me sobresalto. Miro la pantalla y gruño ante el mensaje de Otis. Escribo rápidamente una respuesta.

Prometiste que nada de sangre.

—¡Nos vemos pronto! —grita Gage desde el fondo del pasillo.

Levanto la vista a tiempo de verlo caminar hacia su mesa. Es un espécimen de hombre espectacular.

Ojalá tuviera tiempo para un hombre.

Ojalá pudiera confiar en que un hombre me apoyara.

Ojalá pudiera confiar en que un hombre se quedara.

Ojalá. Ojalá.

Palabras inútiles.

Es seguro que Gage se marchará al final del verano, cuando termine el campo de entrenamiento.

Capítulo 4

Lo bueno se hace esperar para quien no se abalanza.



Gage

Tarareo mientras salgo de mi SUV al llegar a *Five Fathoms Brewing.* Me doy una palmadita en el bolsillo. Las entradas para el concierto están bien guardadas.

A Addy le va a encantar esto. Con lo mucho que le gusta cantar, seguro que le pierden los conciertos.

Entro tranquilamente en el restaurante. Hoy está muy concurrido. No me sorprende. La hamburguesa que me comí ayer fue una de las mejores que he probado en mi vida. Y eso que soy muy tiquismiquis con la comida.

No siempre lo he sido. Antes era feliz con tal de que no me rugiera el estómago de hambre. Pero desde que he empezado a ganar mi propio dinero, me he vuelto exigente. Es el lujo definitivo. Ni áticos, ni coches deportivos de lujo.

Le hago un gesto a la anfitriona para que no se moleste y me dirijo a un asiento en la barra.

—¿Qué te pongo? —pregunta el camarero.

Examino los grifos de cerveza. —Tomaré una *Backwater Blonde,* ¿y podrías decirle a Addy que estoy aquí?

Él entrecierra los ojos. —¿A Addy?

—La camarera.

—Sé quién es Addy. La pregunta es: ¿tú de qué la conoces? Ella no sale con nadie.

Ya lo hará en cuanto le eche un vistazo a estas entradas.

—Somos amigos. —No es mentira. Seremos amigos. Amantes, amigos, compañeros. Todo lo anterior.

—Tú mismo, tío. Es tu funeral. —Me pone la cerveza delante antes de marcharse a hablar con otra camarera. Ella cruza su mirada con la mía y abre mucho los ojos. Al contrario que Addy, parece que sabe quién soy. Le asiente al camarero antes de alejarse. Espero que vaya a buscar a Addy.

Doy un sorbo a mi cerveza mientras la espero. Una bandeja golpea la barra junto a mí y doy un salto. ¿Qué demonios? Me giro a mi izquierda. Addy me fulmina con la mirada.

—¿Qué parte del «no» es la que no entiendes?

Vaya. No es el saludo que me esperaba. Pero no me ha ignorado. Puedo trabajar con esto. Además, Addy está magnífica cuando se enfada. Se le oscurecen los ojos y arruga la nariz. Me dan ganas de besársela.

—¿Podemos hablar de esto en privado?

Ella suelta un bufido. —¿En privado? Eso no existe en esta isla. Pueblo pequeño, isla pequeña. Cotilleos grandes.

—Podríamos usar el despacho.

—Chloe probablemente tenga micrófonos instalados en su despacho.

—No los tengo —dice una mujer alta desde el otro lado de la barra—. Lucas ha dicho que es ilegal escuchar a escondidas a la

gente. Aunque seas la dueña del negocio y ellos tus empleados. —Pone los ojos en blanco antes de lanzarle un juego de llaves a Addy —. Adelante, usa el despacho.

—Venga. Acabemos con esto de una vez.

Se aleja pisoteando fuerte y yo me apresuro a seguirla por el pasillo hasta una sala con el cartel de «Despacho». Cierro la puerta tras de mí.

Le sonrío a Addy, pero ella se cruza de brazos y me mira con dureza. No es exactamente el recibimiento que esperaba. Ya cambiará de opinión.

—Permíteme que repita mi pregunta. ¿Qué parte del «no» es la que no entiendes?

Saco las entradas del bolsillo y las agito con un gesto teatral. —Quiero darte una sorpresa.

Ella suspira. —¿Es esta una de esas situaciones que tú crees que son románticas pero no lo son?

Le agito las entradas. —¿No quieres saber qué son?

—Está bien. ¿Qué son?

—Entradas para ver a Juliet Ash. La gira de Taylor Swift ha terminado, pero he pensado que te gustaría ver a Juliet. Es una estrella del pop casi tan grande como Taylor.

Se queda con la boca abierta. —¿Hablas en serio? Esas entradas cuestan un dineral. Y no va a tocar en ningún sitio cerca de Smuggler’s Hideaway.

Addy debe de ser muy fan si sabe que Juliet Ash no actúa por aquí cerca. Bien. Más tentación para que se resista.

—Toca en Nueva York. Había pensado que podríamos pasar allí la noche.

—A ver si lo he entendido bien. Te he dicho que no tengo tiempo para salir con nadie y tu respuesta ha sido comprar entradas para un concierto en Nueva York y sugerir «pasar allí la noche».

—No tienes que preocuparte por nada. Yo pagaré los vuelos y las habitaciones de hotel.

Parpadea al mirarme. —¿Es esto lo que haces? ¿Comprar regalos caros a las mujeres para que hagan tu voluntad?

—¿Mi voluntad?

—Tus órdenes y mandatos.

Gruño. —Sé lo que significa «voluntad».

—La pregunta sigue en el aire. ¿Es esto lo que haces?

—No.

No voy persiguiendo a las mujeres. Normalmente no me hace falta. Con decir mi nombre suele ser suficiente para la mayoría. No tardan nada en abalanzarse sobre mí.

Pero con Addy no es así. A ella no le importa mi fama. Y, a juzgar por el ceño fruncido de su cara cuando le he ofrecido las entradas, tampoco le importa mi fortuna. Es refrescante.

E intoxicante. Quiero conocer a esta mujer. De todas las formas posibles.

Se le arruga la frente. —No lo entiendo. ¿Por qué tiras la casa por la ventana conmigo?

—Porque lo vales.

—No me conoces. No sabes si lo valgo.

—Sé que cantas de maravilla. Sé que eres una camarera excelente. Sé que no tienes ni idea de fútbol americano.

Levanta un dedo. —No es que no tenga ni idea. Mi hermano juega. Entiendo las reglas. Lo que pasa es que no sigo a ningún equipo. No tengo...

—Tiempo —termino la frase por ella—. Todo el mundo tiene tiempo para lo que ama. He imaginado que, con lo que te gusta actuar, te gustaría ir a un concierto.

—¿Cómo sabes que me encanta actuar?

—Se te veía claramente en la cara cuando cantabas. Y por la forma en que involucraste al público. Todo el mundo en el local estaba enamorado de ti al acabar la primera canción.

Ella se ríe por lo bajo. —No sabía que los grandes jugadores de fútbol fuerais propensos a la exageración.

—Porque no lo somos. —Le retiro un pelo de la frente—. ¿Qué me dices, Addy? Déjame llevarte al concierto de tus sueños.

Retrocede un paso, pero no antes de que me dé cuenta de cómo se le abre la boca y se le dilatan las pupilas. Le intereso, pero está luchando contra ello. ¿Por qué?

—Odio sonar como un disco rayado, pero no tengo tiempo. Me parece genial que quisieras hacer algo diferente. Pero no puedo levantar el vuelo e irme a Nueva York así como así. Deberías haber preguntado antes de gastarte el dinero.

—No me importa el dinero.

—Qué suerte —murmura ella.

Es una suerte, sí. Crecí sin nada. Siempre yéndome a la cama con hambre. Teniendo que aceptar la caridad de gente que me miraba por encima del hombro. No voy a volver a eso. Y no voy a pedir perdón por ser feliz por tener dinero ahora.

—No voy a disculparme por tener dinero.

Ella resta importancia a mi no-disculpa con un gesto. —No importa. De todas formas, no tengo tiempo para salir contigo.

Necesito un nuevo enfoque. Este no está funcionando. —¿Y como amigos? ¿Tienes tiempo para un amigo?

—En realidad, no. Tengo una vida increíblemente ocupada.

Me apoyo en la puerta y me meto las manos en los bolsillos. —Explícame esa vida tan increíblemente ocupada.

—¿Para qué molestarse?

Sonrío. —Porque somos amigos.

—Yo nunca he aceptado ser tu amiga.

—Pero habrías terminado haciéndolo. Me encuentras irresistible.

—«Pesado» es más exacto.

—Venga ya. Háblame de tu ajetreada vida.

—Está bien —dice con fastidio—. ¿Quieres que te hable de mi aburrida y ajetreada vida? Allá vamos. Trabajo a tiempo completo aquí en *Five Fathoms Brewing.* Más que a tiempo completo si puedo pillar turnos extra. Cuando no estoy aquí, estoy criando a mis tres hermanos. Y si por casualidad logro encontrar un momento para mí, escribo música.

—¿Quieres ser cantante?

—Escribir canciones es mi sueño. Un sueño tonto.

—Te he oído cantar. No es nada tonto.

Sus mejillas se oscurecen y desvía la mirada. Es todavía más hermosa cuando se avergüenza. —Lo que tú digas.

—¿Y estás criando a tus hermanos? ¿Por qué? ¿Dónde están tu madre y tu padre?

—No es que sea de tu incumbencia, *amigo*, pero mi padre se largó cuando yo tenía dos años. No lo recuerdo. Y mi madre está aquí. Ser madre soltera es duro. Yo ayudo.

No creía que fuera posible estar más interesado en Addy, pero lo estoy. Ayuda a criar a sus hermanos cuando podría irse de esta isla y perseguir su sueño de ser compositora. Una mujer capaz de sacrificarse por sus seres queridos es la clase de mujer que anhelo.

—Siento no tener tiempo para divertirme contigo. —Mira su reloj—. Debería volver ahí fuera. El jaleo del almuerzo está en pleno apogeo.

—Por supuesto. —Abro la puerta y le hago un gesto para que salga.

Ella sale apresurada por el pasillo hacia la barra y yo la sigo.

—Mesa nueve —dice el camarero mientras le empuja una bandeja llena de cervezas.

—Ya la llevo yo. —Levanto la bandeja antes de que Addy tenga oportunidad de hacerlo.

Ella me mira de mal humor. —Este es mi trabajo.

—Y yo solo estoy ayudando. No es para tanto.

La bandeja pesa una tonelada. No tengo ni idea de cómo puede ella levantarla. Es una cosita tan menuda.

Llego a un grupo reunido alrededor de la televisión y levanto la bandeja en el aire para poder pasar.

—La mesa nueve es hacia el otro lado —dice Addy.

Me vuelvo a mirarla. Ella suelta una risita y le brillan los ojos. Me quedo hipnotizado. Quizá sea una bruja además de camarera, canguro y compositora.

Me empiezan a temblar los brazos. El entrenamiento de esta mañana ha sido todo de brazos. Probablemente debería entregar estas bebidas antes de quedar en ridículo. Me giro rápidamente para buscar la mesa nueve. Mi pie tropieza con una silla y, antes de que me dé cuenta de lo que está pasando, la bandeja de bebidas se estrella contra el suelo.

—Mierda. —Me arrodillo para recoger el desastre.

—Puede romper vasos en mi casa cuando quiera —dice la mujer de la mesa de al lado.

—A lo mejor deberíamos pedirle que se agache.

Addy cruza la barra corriendo hacia mí. —Dakota, Blossom, que sois mujeres felizmente casadas.

—Eso no significa que no pueda mirar. Tu nuevo hombre es guapo.

A Addy se le ensanchan las fosas nasales. —No es mi hombre. Es un amigo.

Se arrodilla para ayudarme a recoger el cristal, pero la aparto con suavidad. —Yo me encargo.

—Es literalmente mi trabajo.

—Yo lo he derramado. Yo recojo el desaguisado.

Ella abre mucho los ojos. —Deberías explicarle lo que es la responsabilidad a mi hermano.

¿Una oportunidad para conocer a su familia? Acepto de inmediato. —De acuerdo.

—Doy mi aprobación —dice una de las mujeres de la mesa.

Addy pone los ojos en blanco. —Las cotillas ya estarán hablando de nosotros esta misma noche.

—Oh, no te preocupes. Ya están dándole a la lengua —dice la mujer.

Addy gime. —Lo siento.

—Yo no.

No parece creerme, pero el camarero grita su nombre y ella sale corriendo.

Tengo mucho trabajo por delante para convencerla de que seamos algo más que amigos, pero no me importa. Siempre he sido un trabajador incansable. Especialmente cuando sé lo que quiero. Y yo quiero a Addy.

Capítulo 5

Debería añadir el tiempo privado de Addy al gráfico.



Addy

—¡Otis! —grita Penelope—. ¡Es tu turno de llenar el lavavajillas!

—Yo lo llené ayer.

Mila da un pisotón. —¡Lo hice yo ayer!

—No, fui yo —insiste Otis.

Penelope señala el gráfico de la nevera. —Aquí dice que hoy es tu turno.

—Nos lo cambiamos, ¿te acuerdas?

Penelope arruga la nariz. —Si nos lo hubiéramos cambiado, lo habría marcado en el gráfico. Los cambios son el motivo por el que insistí en tener una pizarra blanca.

—Empollona —murmura Otis.

—No soy una empollona.

—Eres una empollona —dice Mila antes de empezar a corear —. ¡Empollona! ¡Empollona! ¡Empollona!

Suelto un gemido y hundo la cara en las manos. Así es mi vida la mayoría de las noches. Peleas por quién tiene que poner la mesa, por quién tiene que llenar el lavavajillas, por quién tiene que limpiar la mesa. Es un suma y sigue.

La cosa está más tranquila cuando mamá está en casa, pero normalmente trabaja en el segundo turno. Lo que me deja a mí aquí para lidiar con mis hermanos, que pueden estar discutiendo sin parar todo el santo día. Estos son los días en que desearía seguir siendo hija única.

—Deja de llamarme empollona.

—¿Qué vas a hacer, empollona? ¿Deshacerme la cama?

Penelope sonríe con suficiencia. —No, tú eres el que deshace las camas. Yo seré más creativa. Tengo mi kit de química.

—¡Addy! —grita Mila—. Penelope ha amenazado con hacerme saltar por los aires.

Me pongo en pie de un salto. —Ya basta.

—Pero...

—He dicho que basta. —Señalo a Otis—. Llena el lavavajillas. —Él abre la boca para quejarse, pero hago un gesto tajante en el aire.

Él gruñe. —Vale.

—Penelope, limpia la mesa.

Ella coge una bayeta y empieza a limpiar la mesa. Es un milagro.

—Mila, saca la basura.

Mila sale corriendo a por la basura. Por razones que aún no he logrado entender, le encanta sacar la basura.

Disfruto del silencio mientras recojo los restos de salsa boloñesa. ¿Por qué no pueden estar así de callados todo el tiempo?

—¿Habéis terminado todos los deberes? —pregunto una vez que la mesa y la cocina están limpias.

—Yo he terminado —dice Penelope.

—Yo también —añade Mila.

Arqueo una ceja hacia ella. A diferencia de Penelope, ella odia los deberes. —¿Ah, sí?

—Hoy no teníamos deberes.

—¿Tengo que llamar a tu profesora y preguntarle?

Se le hunden los hombros. —No. —Se marcha pisando fuerte hacia el dormitorio que comparte con Penelope.

—¿Puedo ir a casa de Steve? —pregunta Otis.

—¿No tienes entrenamiento por la mañana?

—No hasta las diez.

Miro la hora. Aún no son las siete. —Estate en casa a las diez. Es día de diario.

—Mamá me dejaría volver más tarde.

Menudo mentiroso. Como si no me hubiera dado cuenta de su jueguito. Me cruzo de brazos sobre el pecho. —¿Quieres mandarle un mensaje para preguntarle si puedes quedarte fuera hasta tarde un día de diario cuando mañana tienes entrenamiento?

Él frunce el ceño. —No.

Mi hermano nunca lo admitirá, pero soy más permisiva que nuestra madre. Me preocupa ser demasiado estricta y arruinar mi relación con ellos. Mientras que a mamá le preocupa que los niños se conviertan en unos delincuentes y tenga que sacarlos de la cárcel.

—¿Quieres ver una película? —le pregunto a Penelope una vez que Otis se ha ido.

—Hay un documental sobre la minería de diamantes en África.

Suspiro. Por supuesto, quiere ver un documental. Mi superdotada hermana no tiene tiempo para cosas triviales como películas y novelas de ficción.

Nos acomodamos en el salón. Mientras ella ve su documental, yo leo una revista en mi móvil. Veo un artículo sobre Juliet Ash y pulso para leerlo. Me quedo sin aliento al ver lo que cuestan las entradas para el concierto. Espero que Gage encuentre a otra persona para ir.

Se me revuelve el estómago. No quiero que Gage vaya al concierto con otra mujer. Quiero ir yo con él. Si soy sincera conmigo misma —algo que detesto hacer—, quiero pasar tiempo con el jugador de fútbol americano. Tiempo que no tengo.

Hablando de tiempo. Miro mi reloj. Estupendo. Hora de discutir con Mila por el baño.

Una hora después, me desplomo en la cama. Me duele la cabeza de tanto oír a Mila gritarme. Y por la bronca entre Mila y Penelope. No entiendo por qué Penelope deja que Mila la saque de quicio. Es lo bastante lista como para entender que Mila solo la está pinchando. ¿No puede pasar del tema? Al parecer, no.

Mi móvil vibra y suelto un gemido. Si Otis está en problemas, me pongo a gritar.

—Hola, amiga. ¿Qué tal tu día?

Todo mi cuerpo entra en calor al leer el mensaje de Gage. Está pensando en mí. En la insignificante Addy.

—Agotador.

—Cuéntame más. ¿Qué ha pasado?

Vaya. Pensaba que ignoraría mis quejas y cambiaría de tema, pero no ha sido así.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Si no, no preguntaría.

Me doy la vuelta y me pongo boca abajo para teclear mi respuesta.

—Mis hermanos han discutido por la cena, por los platos, por cada maldita cosa.

—A los hermanos les encanta discutir.

—¿Tú tienes hermanos o hermanas?

Espero a que aparezcan los tres puntos que indican que está escribiendo, pero no aparecen. Quizás esté siendo demasiado personal. O tal vez esté ocupado. O aburrido. Mi vida no es emocionante.

Selecciono el mensaje, pero Gage responde antes de que pueda borrar mi pregunta.

—Nop. Ni hermanos ni hermanas.

—Qué suerte tienes.

—Yo siempre quise tener unos cuantos hermanos. Una hermana pequeña a la que proteger. Una familia numerosa.

¿Acaso no tiene familia? Escribo la pregunta, pero vuelvo a borrarla. Quiero saber todo lo que hay que saber sobre Gage. Pero ese conocimiento no servirá de nada. Ya que nunca podremos ser más que amigos.

—Yo también. Hasta que conocí a mi hermano y mis hermanas.

—Cuéntamelo todo sobre ellos.

—Otis es mi hermano. Es el mayor, tiene diecisiete años. Está obsesionado con el fútbol americano.

—Ya me cae bien.

Pongo los ojos en blanco. Los hombres y sus deportes.

—Penelope tiene catorce. Es más lista que yo. Algún día dominará el mundo.

—¿En el buen sentido, espero?

—Sin duda. Hoy ha visto un documental sobre cómo tratan a los mineros en África y ha llorado. Antes de declarar que ella haría las cosas de otra manera.

—Creo que Penelope me va a caer bien.

—Y luego está Mila. Tiene ocho años. Y es un grano en el culo.

—¿Por qué?

—No hace caso. Grita cuando toca bañarse. Tortura a su hermana.

—Definitivamente me va a caer bien Mila.

Siento un cosquilleo en el estómago. ¿Quiere conocer a mi familia? ¿Por qué? Apenas somos amigos. Y de todos modos, no estará en la isla mucho tiempo. Se habrá ido antes de que empiece el colegio en otoño.

Cálmate, estómago. No voy a involucrarme con un marinero de agua dulce. Involucrarse con visitantes no le funcionó muy bien a mamá.

—Deberías comprarle un perro a Mila.

—¿Un perro?

¿Se ha vuelto loco? No consigo que mi hermana pequeña se lave los dientes sin suplicar, pelear y regatear. Un perro es una idea nefasta.

—Le enseñaría a ser responsable.

—Tiene ocho años.

—¿No es lo que hacen las familias? ¿Comprar un perro para los niños?

—¿Y quién en esta familia va a cuidar del perro? ¿Sacarlo tres veces al día? ¿Limpiar lo que ensucie cuando tenga un accidente? ¿Bañarlo? ¿Llevarlo al veterinario? Yo,

esa seré yo. Como si me sobrara el tiempo para añadir el cuidado de un perro a mi agenda.

—Lo siento. No he pensado en el trabajo que daría un perro. Nada de perros.

Me quedo boquiabierta. Me ha dado la razón. Sin discutir. Y se ha disculpado. ¿Quién es este hombre unicornio?

—Gracias por entenderlo.

—Soy muy comprensivo. Deberías preguntarles a mis compañeros de equipo.

—¿Tus compañeros dirán que eres comprensivo?

—Olvídalo. No les preguntes.

—¿Qué dirán de ti?

—Que estoy obsesionado con una cantante pelirroja que conocí en el Mermaid Karaoke.

El corazón me late con fuerza contra las costillas. ¿Está obsesionado conmigo? Solo soy Addy. No hay nada exótico ni interesante por aquí. Mientras que él es un famoso jugador de fútbol americano que ha sido fotografiado con modelos del brazo. Puede que lo haya buscado en Google mientras Penelope veía su documental.

—¿Obsesionado?

—Obsesionado. Intrigado. Elige tu palabra favorita.

—Solo somos amigos.

Lo escribo tanto para mí como para él. Necesito recordarlo. De esta amistad no puede salir nada.

—Bueno, amiga. Es hora de que me vaya a dormir.

Miro el reloj y me doy cuenta de que se está haciendo tarde.

—Buenas noches, Gage.

—Buenas noches, amiga.

Dejo el móvil en la mesita de noche y me acurruco en la cama. Ojalá tuviera tiempo para tener citas. Gage probablemente sea un experto en las citas. Y en otras cosas.

Suspiro. Lo que daría por ponerle las manos encima a su cuerpo. Por sentir sus manos grandes sobre mí.

Pero no va a suceder.

Capítulo 6

Las bromas son parte del calentamiento.



Gage

—¿Qué está pasando? —pregunta Tanner cuando entro en la sala de conferencias del complejo vacacional.

Casi suelto el secreto que Coach Knox acaba de contarme. Pero me muerdo la lengua. He prometido no chismorrear y yo cumplo mis promesas.

—¿Le pasa algo a Coach Cha-Cha? —pregunta Corbin.

Brock gruñe. —Llega tarde.

Nolan está de pie al frente de la sala. —Coach Knox está reunido con los peces gordos. Me ha pedido que vaya poniendo las imágenes de nuestro partido de eliminatorias.

Hago una mueca. El partido de eliminatorias fue un desastre. Todo el mundo esperaba que ganáramos. Incluidos todos los corredores de apuestas. Pero perdimos.

Y fue en parte culpa mía. Dejé que placaran a Nolan en un momento crucial del tercer cuarto. No habrá forma de que lleguemos a la Super Bowl si sigo cometiendo errores. Y no pararé hasta que lleve un anillo de campeón.

Ya he visto la repetición del partido varias veces para analizar lo que hice mal. Pero tengo ganas de revisarlo con el resto del equipo y el entrenador. El entrenador puede darme consejos para evitar que vuelva a meter la pata de la misma manera.

—¿Por qué se reúne el entrenador con la directiva? —pregunta Tanner—. ¿Van a echarlo?

Si no supiera que el entrenador no se está reuniendo con la directiva, tendría el corazón en un puño. Estaría perdido sin Coach Knox. Cuando me ficharon recién salido de la universidad, todo el mundo tenía grandes esperanzas puestas en mí. Y las eché todas por tierra. Estaba a punto de que me cortaran del equipo cuando el entrenador me tomó bajo su protección. Con su apoyo, salvé mi carrera y ahora soy un jugador titular.

Brock frunce el ceño. —No van a despedirlo. No lo habrían traído al campo de entrenamiento para despedirlo.

Tanner menea las cejas. —A lo mejor se metió en líos después de que terminara la temporada y no se han enterado hasta ahora.

Corbin le mira con desagrado. —Creo que tú eres el que está en líos.

Tanner le hace un gesto ofensivo con el dedo. —No estamos hablando de mí.

—¿Por qué estás bajo una orden de silencio? —pregunto yo.

—No hay ninguna orden de silencio.

Arqueo las cejas. —¿Tu representante no te ha dicho que te calles o dejará de ser tu agente?

—¿Qué pasa con el entrenador? —pregunta él en lugar de responder. No necesita hacerlo. Todo el mundo sabe que está en la cuerda floja, a punto de perderlo todo.

Es un puto idiota. Lo tiene todo —una gran carrera, buen dinero, montones de contratos publicitarios— y, aun así, sigue arriesgándolo todo. Yo nunca arriesgaría mi carrera como lo hace él.

—No pasa nada. —Y, de todos modos, no es asunto suyo. Tanner no cuenta chismes. Él difunde secretos a los cuatro vientos.

Suelta un bufido. —Sabes un secreto. Suéltalo.

—Yo no cuento secretos.

—Oh, por favor. Cuando te enteraste de que Corbin usa bragas de mujer, te faltó tiempo para decírselo a todo el mundo.

—No uso bragas de mujer —insiste Corbin.

Tanner le señala con el dedo. —Yo las vi. Eran rosas y de encaje.

—Los hombres pueden llevar ropa interior rosa.

—Y de encaje.

Corbin gruñe. —No eran de encaje.

Tanner se reclina en su silla. —Vi lo que vi.

—Quizá necesites que te gradúen la vista.

—¡Tengo una visión perfecta!

Nolan resopla. —Por eso corriste directo hacia la multitud en lugar de buscar un espacio abierto en el partido de eliminatorias.

Tanner le lanza una mirada fulminante. —No hice eso.

Nolan señala hacia la pantalla donde se están reproduciendo las imágenes de nuestro último partido. —Tengo pruebas.

—No me eches la culpa de la intercepción.

—No es echar la culpa si fue culpa tuya. Y lo fue.

La puerta se abre y entra Coach Knox. Nos mira con severidad antes de encender la luz y detener las imágenes. —Se supone que tenéis que estar revisando el partido. No chismorreando como un grupo de adolescentes que acaban de tener sus primeras erecciones.

—Has llegado tarde. —Brock señala el reloj—. Esta reunión no puede alargarse. Tengo que recoger a Jace en una hora.

El entrenador frunce los labios. —Por eso deberíais haber estado viendo las imágenes del partido en lugar de chismorrear.

Brock le mira mal. —Yo no chismorreo.

Knox suspira. —¿No has podido mantener a todo el mundo a raya?

Brock se encoge de hombros. —No es mi trabajo.

—Su trabajo es estar de mal humor —dice Tanner—. Se le da de maravilla.

Brock le da un puñetazo en el hombro.

—¡Ay! Me has hecho daño. Creo que necesito visitar a la fisioterapeuta. ¿La habéis visto? Es una pasada.

—La fisioterapeuta tiene un novio que te enseñará lo que significa el dolor —dice Nolan.

—¿Cómo lo sabes? —Tanner chasquea los dedos—. Ah, es verdad. Conoces a todas las trabajadoras del complejo.

Nolan castañetea los dientes hacia él pero no lo niega. Anda. ¿En qué ha estado metido Nolan? He estado demasiado ocupado con Addy para prestar atención. Ahora estoy prestando atención.

—¿En qué has estado metido, Nolan?

Me mira con desdén. —Métete en tus asuntos. Yo no le he contado a todo el mundo que te rechazó la guapa cantante pelirroja.

Tanner se ríe. —Porque no hizo falta. Estábamos allí cuando le dio calabazas.

—No me rechazó.

—Te rechazó —gruñe Brock—. Hasta Corbin está de acuerdo.

Corbin asiente. —Es verdad. No parecía contenta de verte.

—Sobre todo cuando estampó la bandeja de bebidas en la barra a tu lado —añade Tanner.

Un momento. Ayer no fui a almorzar con mis compañeros de equipo cuando Addy estampó la bandeja. —¿Me habéis seguido ayer estos capullos a *Five Fathoms*?

Brock gruñe. —Tenía hambre.

—Sus hamburguesas son increíbles —añade Corbin.

—Las hamburguesas estaban buenas, pero el espectáculo fue increíble —dice Tanner—. Disfruté especialmente cuando se te cayó una bandeja de cervezas al suelo.

—Deberías trabajar más la fuerza del tronco superior —dice Corbin. Por desgracia, no está bromeando. Corbin no bromea.

—Tenía los brazos cansados del entrenamiento de ayer por la mañana.

El entrenador se cruza de brazos sobre el pecho. —Soy consciente de que el campo de entrenamiento no ha empezado oficialmente todavía, pero...

—Pero deberíamos mantener nuestro peso ideal y estar en plena forma física. Bla, bla, bla. —Tanner pone los ojos en blanco.

—Y deberíais alejaros de los líos.

Tanner parpadea con inocencia. —¿Líos? ¿Yo?

—Hablo en serio, Long. Tienes que mantenerte al margen de los problemas. La prensa acabará publicando la historia tarde o temprano. Tu representante no puede pagar a todas las revistas.

—Estoy harto de que todo el mundo me amenace con que la noticia va a salir a la luz.

El entrenador suspira. —Nadie te está amenazando. Simplemente señalamos que va a ocurrir tarde o temprano. Meterse en más líos no va a ayudar a la situación.

—Lo que sea. —Tanner agita la mano como si el problema fuera a desaparecer por sí solo. Alguien tiene que madurar antes de que pierda su carrera—. Quiero hablar de Gage y Addy.

—No hay nada de qué hablar. —Por mucho que desearía lo contrario.

—Porque ella te rechazó.

Me trago mi enfado. Tanner no está siendo cruel deliberadamente; está desviando la atención de sus propios problemas. —Somos amigos. Nada más.

No porque yo no quiera ser algo más. Y planeo tener algo más. Addy necesita tiempo para darse cuenta de lo bien que podríamos estar juntos. Le daré tiempo, pero no soy alguien que se rinda. No abandono algo cuando sé que es lo que quiero.

Brock me aprieta el hombro. —Deberíamos visitar a tu amiga. Tengo hambre.

—Pensaba que tenías que recoger a Jace.

—Jace también tiene que comer.

—No importa. Addy no trabaja en el turno de mediodía.

—¿Te sabes sus turnos? —pregunta Nolan—. ¿La estás acosando?

—No la estoy acosando. Jamás haría eso.

Suficientes compañeros de equipo y sus parejas han tenido problemas de acoso. Yo nunca cruzaría la línea para hostigar a Addy hasta que se sintiera insegura en su casa. No estaría nada bien.

—¿No deberíamos estar revisando las imágenes como nos ha pedido el entrenador? —sugiero.

—Aburrido —canta Tanner.

—No es aburrido. Es importante aprender de nuestros errores. No quiero que nos eliminen después del primer partido de las eliminatorias otra vez.

Nos hemos divertido bromeando, pero es hora de ponerse manos a la obra. El fútbol no es simplemente un juego. Es un negocio serio.

El fútbol me salvó. Me sacó de mi casa de acogida cuando estaba en el instituto. Me consiguió una beca para la universidad. De otra forma, nunca habría podido ir a la universidad.

—Estoy con Gage —dice Nolan—. No deberíamos haber perdido el partido de eliminatorias. Los Seals eran los favoritos para ganar por siete puntos.

—En cambio, perdimos por siete.

La derrota aún duele. Pensaba que el año pasado era nuestro año para llegar a la Super Bowl. Deseo un anillo de la Super Bowl más que nada en este mundo. Es mi objetivo. Es por lo que he estado trabajando desde séptimo, cuando el profesor de gimnasia dijo que sería un buen running back.

—¿Vuelvo a poner las imágenes del partido? —pregunta el entrenador.

—Por favor. Quiero ver la jugada del tercer cuarto cuando placaron a Nolan.

Nolan hace una mueca. —Gracias.

—Quizá podría haberte bloqueado mejor.

—Me gusta cómo piensas.

El entrenador apaga las luces y pone las imágenes. Por mucho que intento prestar atención, mi mente sigue divagando hacia cierta cantante pelirroja. Me pregunto qué estará haciendo hoy. ¿Habrá dormido bien? ¿La estarán volviendo loca sus hermanos?

No puedo esperar a escribirle y averiguarlo.

Capítulo 7

No buscaba una musa. Entonces apareció un jugador de fútbol americano.



Addy

Ignoro mi teléfono cuando pita con un mensaje. Mamá está en casa con los niños ahora. Si hay una emergencia, ella puede encargarse. Este es mi momento.

Lástima que mi momento se esté convirtiendo en mi frustración. No consigo dar con la letra de esta canción. Probablemente porque es imposible escribir una canción de ruptura cuando estás coladita por alguien.

Un momento. No estoy coladita por nadie. Gage no me gusta. Es solo mi amigo. Lo he dejado firmemente en la zona de amigos. Y él debería entender de zonas, siendo jugador de fútbol.

Rasgueo mi guitarra y canto los versos en los que he estado trabajando.

Dijiste que te quedarías, pero te marchaste

Me dejaste plantada en el mismo lugar de siempre

Te di todo lo que tenía para dar

Supongo que el amor no basta para hacerte vivir

Frunzo el ceño. Estos versos no funcionan. Genéricos. Predecibles. ¿Me atrevería a decirlo? Aburridos.

Vuelta a lo básico. Emoción. La letra no es lo suficientemente emocional. ¿Pero cómo hacerla más profunda? Tamborileo el lápiz sobre el escritorio mientras intento dar con palabras que no suenen a cliché.

¡Uf! Estoy más que frustrada. A veces una canción se me presenta casi terminada. Y a veces escribir una es más difícil que conseguir que Mila se bañe.

Llaman a la puerta y miro la hora.

—¡Me queda otra hora!

La puerta se abre y Gage asoma la cabeza. Sonríe y se me acelera el pulso. ¿Qué se sentiría si me sonriera así todos los días? Cada mañana al despertar en la cama y cada noche antes de dormir.

Eh, frena, Addy. Gage y yo solo somos amigos. Porque no tengo tiempo para más.

—¿Qué haces aquí?

Sostiene una bandeja con cafés de *Pirate's Pastries*. —He pensado que podrías necesitar un poco de cafeína.

—No se pueden traer bebidas a la biblioteca.

—La bibliotecaria ha dicho que no pasaba nada. También me ha dicho que su dulce favorito es una galleta La Venganza de Barbanegra para la próxima vez.

Pongo los ojos en blanco. Por supuesto, Gage ha encandilado a la bibliotecaria. La estricta bibliotecaria que insiste en que todo el mundo siga las normas. Lo cual es de risa en Smuggler's Hideaway, donde nadie sigue las normas.

Los chavales del instituto se retan constantemente a saltarse sus reglas. Incluso hay un canal de YouTube dedicado a vídeos de chicos intentando salirse con la suya con travesuras en la biblioteca.

Me ofrece un café. —Gracias. ¿Cómo me has encontrado?

—He intentado enviarte mensajes —señala mi teléfono—. Como no respondías, le he preguntado a la dueña de *Pirate's Pastries* y me lo ha dicho. ¿Sabías que tienen una nutria en la pastelería?

—No una nutria cualquiera. Es Viking. Es la mascota del pueblo.

Se acomoda en la silla de la esquina con su café. —¿Una mascota del pueblo?

—Sí. Los tres pueblos de la isla tienen una. Viking es la mascota de Smuggler's Rest. Rogue, el mapache amante de las nubes de azúcar, es la mascota de Rogue's Landing. Y Plank, el loro malhablado, es la mascota de Pirate's Perch.

Suelta una risita. —Esta isla es rara.

—Creo que quieres decir peculiar.

—Exacto. Peculiar.

Disfruto de unos sorbos de mi café —quizá un chute de cafeína me ayude a descubrir qué falla en estos versos— antes de preguntar: —¿Por qué me has escrito?

—Por nada en especial. Solo quería pasar el rato. Es mi día libre y he pensado que sería divertido relajarme con una chica de aquí.

—¿Día libre? Pensaba que todos tus días eran libres hasta que empezara el campo de entrenamiento.

—Qué va. Tengo que estar en forma y en mi peso ideal cuando empiece el entrenamiento. —Me tiende una bolsa—. Por eso no he comprado uno de cada en la pastelería. Pero te he traído tu favorito.

Abro la bolsa e inhalo el aroma a azúcar, chocolate y canela. Mi estómago ruge agradecido. —¿Cómo sabías que los Crujientes de Sirena son mis favoritos?

—Me lo ha dicho la dueña de la pastelería.

—Parker es una bocazas —mascullo, pero eso no me impide meterme la galleta en la boca. Suelto un gemido de placer. Parker es la mejor repostera del mundo. Me hace muy feliz que no abandonara Smuggler's Hideaway cuando se enamoró de un multimillonario del sector tecnológico.

—Gracias por la galleta.

Se ríe entre dientes. —Has dicho gracias, pero ha sonado a despedida.

Bien. Esa era la intención. Señalo la mesa cubierta con mis notas. —Tengo que volver a mi canción.

Se recuesta en su silla. —Excelente. Siempre he querido ver a una compositora en acción.

—No he dicho que puedas quedarte.

Empuja el labio inferior hacia delante haciendo un puchero. —¿Por favor, puedo quedarme?

—Es aburrido.

Bufa. —Nada de lo que haces es aburrido. Eres fascinante.

—¿Fascinante? ¿Yo? Creo que estás confundido.

—La fascinación está en los ojos del que mira.

Rasgueo mi guitarra. —No es el mejor momento para observarme. Mi canción no está saliendo bien. Estoy frustrada.

Se inclina hacia delante. —Tócame lo que tengas.

Dudo. No estaba siendo modesta. La letra realmente no funciona. No quiero que Gage se sienta decepcionado de mi talento para la composición. Quiero impresionarlo.

Alejo esos pensamientos. Impresionar a un hombre no está en mi agenda hoy, ni ningún otro día.

—Venga. No me burlaré de ti.

—Más te vale. Puede que no sea tan rápida ni fuerte como tú, pero soy una contrabandista. La venganza es mi segundo nombre.

Finge tragar saliva con miedo. —Entendido.

—No te vas a ir, ¿verdad?

—No mientras tú estés aquí.

Esas palabras hacen que mi pulso se acelere de nuevo. Gage realmente quiere estar conmigo. ¿A la aburrida de mí? Amigos, me recuerdo. Solo somos amigos.

—Ríete y pasarás el resto del verano calvo y con problemas intestinales.

Levanta las manos. —Nada de risas.

Toco la melodía y empiezo a cantar.

Dijiste que te quedarías, pero te marchaste

Me dejaste plantada en el mismo lugar de siempre

Te di todo lo que tenía para dar

Supongo que el amor no basta para hacerte vivir

Me detengo tras la estrofa. —Te dije que no funcionaba.

—No estoy de acuerdo. Es buena. Pegadiza.

—No. Es aburrida y genérica.

Tamborilea con los dedos en el muslo. —¿Y ahora qué? ¿Cómo se mejora?

—Las palabras deberían ser más emocionales. Personales.

¿Personales? Ajá. El rastro de una idea asoma en mi mente. Toco las notas y tarareo mientras dejo que la idea fermente. No la presiono. Intentar forzar el verso antes de que esté listo no funciona.

Dijiste que te quedarías pero no te lo pedí

No. Casi, pero no del todo.

Dijiste que te quedarías si te lo pedía

¡Sí! ¡Eso es! Garabateo el verso.

Me dejaste plantada en el mismo lugar de siempre

Ni de lejos.

Pero nunca necesité la verdad.

La emoción burbujea en mi interior. Mal, pero me estoy acercando.

Dijiste que te quedarías si te lo pedía

Pero nunca aprendí a necesitar la verdad

Anoto esas palabras antes de volver a la guitarra.

Dijiste que te quedarías si te lo pedía

Pero nunca aprendí cómo necesitar la verdad

Mantuve las manos ocupadas, la cabeza gacha

Te amé en silencio para no deber nada

Me pongo en pie de un salto. —¡Ay! ¡Lo he conseguido!

Gage me rodea con los brazos y me hace dar vueltas. —¡Mi compositora!

Se detiene y lo miro. Me está sonriendo. Su mirada baja a mis labios. Todo mi cuerpo vibra ante la expectativa de sentir los suyos contra los míos.

—Bajad el volumen ahí dentro —grita Edith a través de la puerta.

Me aclaro la garganta y le doy un toquecito a Gage en el hombro. —Bájame, por favor.

Me da un apretón antes de soltarme. Siento cada músculo duro —y una erección muy notable— mientras me pone en pie.

—Siento lo de... —Señala su entrepierna.

—No pasa nada. —Le resto importancia a su disculpa antes de que me dé un síncope. Los hombres no suelen pedir perdón por excitarse en un momento inoportuno. Nunca me había dado cuenta de lo irresistible que puede ser un hombre con modales y un hoyuelo en la mejilla.

—La canción es increíble. ¿Quieres venderla o cantarla tú? ¿Cuáles son tus objetivos?

Me río. —Mis objetivos están en pausa hasta que los niños crezcan.

Frunce el ceño. —Me encanta cómo cuidas a tus hermanos, pero no deberías dejar tu vida en pausa.

Me encojo de hombros. —No es para tanto. Las posibilidades de convertirme en una cantautora famosa son prácticamente nulas de todos modos.

Me acaricia la nuca. —Prácticamente nulas no es cero. Deberías perseguir tus sueños.

—Y lo haré. En cuanto los niños crezcan.

Arruga el entrecejo. —La pequeña tiene, ¿qué?, ocho años? No puedes quedarte en tiempo de espera diez años más.

Él no lo entiende. —No tengo otra opción.

—Siempre hay una opción.

—Es fácil decirlo para ti. Estás viviendo la vida de tus sueños.

Me aprieta el cuello con suavidad. —No fue fácil llegar hasta aquí. Hicieron falta años de dedicación. Años de levantarme en mitad de la noche para salir a correr y entrenar antes de que empezaran las clases.

—Lo siento. No quería insinuar que no tienes dedicación o que no te esfuerzas.

—Lo sé.

Suena mi teléfono. Suelto un quejido. Es el tono de mamá. Sabe que no debe molestarme cuando estoy en la biblioteca trabajando en mi música.

—Perdona. —Señalo el teléfono—. Tengo que contestar.

Da un paso atrás. —Claro. Nos vemos pronto, pajarcillo.

Lo veo alejarse. Sus potentes piernas embutidas en esos vaqueros desgastados son una obra de arte. Empiezo a entender por qué las mujeres se vuelven locas por los atletas profesionales. Sus cuerpos tonificados y en forma son...

—¡Contesta el maldito teléfono!

Vaya. Me había olvidado. Corro hacia mi móvil.

Capítulo 8

Es difícil no sonreír cuando el partido va a tu favor.



Gage

Suspiro y me recuesto en mi tumbona en la playa, frente al complejo. Hoy es un día perfecto. Hace un tiempo espléndido, he terminado mi entrenamiento diario y voy a ver a Addy más tarde.

Ella aún no sabe que vamos a vernos, pero lo sabrá. No puedo esperar. Cada vez que la veo, cada interacción que tenemos, cada cosa que aprendo sobre ella, hace que mi fascinación aumente.

Verla escribir una canción delante de mí fue increíble. La forma en que jugaba con las letras. Todo mientras rasgueaba su guitarra. Nunca he presenciado nada tan asombroso.

A la gente le gusta ver deportes. Perderían la cabeza si supieran lo increíble que es ver a un artista trabajando.

—¿Qué está haciendo Brock?

Abro los ojos ante la pregunta de Nolan.

—Está flirteando —Tanner se pone de pie—. Debería enseñarle cómo se hace.

—Siéntate —ordena Corbin—. Déjalo en paz.

—¿De la misma forma que tu casera te deja en paz a ti? —Tanner mueve las cejas—. ¿Ya no te odia?

Corbin gruñe y cierra los ojos. El tight end no participa en las conversaciones si no quiere. Lo cual puede ser extremadamente frustrante cuando la prensa lo entrevista. Es conocido por abandonar las ruedas de prensa sin decir ni una palabra.

Busco por la playa hasta que encuentro a Brock. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho mientras mira con severidad a una mujer bajita. —¿Quién es ella?

—May. Es la instructora de surf del complejo —dice Nolan.

—Nuestro quarterback estrella se ha propuesto conocer a todo el personal femenino del complejo.

Nolan mira mal a Tanner. —Alguien tiene la boca muy grande, considerando que se le ha visto flirteando con la camarera del Mermaid Karaoke todas las noches de esta semana.

Tanner agita una mano restándole importancia. —Alaia y yo somos amigos —sonríe—. De la misma forma que lo son Addy y Gage.

Frunzo el ceño. Alaia tiene que tener cuidado si Tanner va tras ella. Se le avecina un escándalo y va a ser brutal. Me daría mucha rabia que la camarera quedara atrapada en el fuego cruzado.

—¿Qué hicisteis Addy y tú ayer? —pregunta Tanner.

—Estaba trabajando en la composición de sus canciones. La miré. Fue increíble. Sacaba letras de la nada. Y eran buenas.

—¿Addy es compositora? —pregunta Nolan.

—Sí, quiere vender sus canciones —y lo hará. Son demasiado increíbles para quedarse escondidas en su libreta.

—Deberías contactar con Jerry —dice Corbin.

—¿Jerry?

—El productor musical. Lo conocimos en la recaudación de fondos para la ETC.

Recuerdo la recaudación de fondos para la encefalopatía traumática crónica. Esta enfermedad degenerativa vinculada a la demencia es una gran preocupación para los jugadores que sufren múltiples conmociones cerebrales. Pero no recuerdo haber conocido a un hombre llamado Jerry.

—¿Tienes sus datos?

Corbin saca su móvil. —Te los pasaré por mensaje.

Asiento agradecido. Addy se va a poner más que emocionada cuando la ponga en contacto con un productor. No veo la hora de decírselo. Quizá me dé las gracias con un beso.

Pensé que me iba a besar en la biblioteca. Se me agita la polla al recordarlo. Pero nos interrumpieron antes de que tuviera la oportunidad de saborear sus labios. Apuesto a que mi pequeño pajarcillo sabe dulce. Más dulce que nada que haya probado antes.

—¡Alguien ha sido eliminado! —grita Tanner cuando Brock se acerca hacia nosotros.

Brock gruñe. —Uno no puede ser eliminado cuando no sale a batear.

Tanner bufa. —Por favor. Prácticamente se te caía la baba con la pobre instructora de surf.

—A mí no se me cae la baba —refunfuña Brock.

—Te he visto, señor Gruñón. Se te cae la baba todo el tiempo cuando te duermes en los aviones.

—No hay privacidad contigo cerca.

Corbin asiente. —Llevo siglos diciendo eso mismo.

Tanner pone los ojos en blanco. —Porque eres más cerrado que un trozo de carbón a punto de convertirse en diamante.

Corbin gruñe. Sabe que es mejor no discutir con Tanner. Tanner seguirá discutiendo mucho después de que sea obvio que ha perdido. Solo que para él no es obvio porque no para de hablar.

—¡Adiós, papá! —Jace nos saluda con la mano mientras pasa corriendo por nuestro lado.

—¿A dónde va Jace? —pregunto.

—May lo lleva a los karts.

—¿No quieres ir con él? —Brock no tiene mucho tiempo para estar con su hijo durante la temporada. Normalmente, pasan cada momento juntos durante la temporada baja para compensarlo.

—¿Vas a dejar que una desconocida cuide de tu hijo? —pregunta Nolan.

Brock se levanta. —Quizá debería ir yo también.

—¡Chas! —le grita Tanner tras él—. ¡Cae otro!

—Para alguien que no cree en el amor, desde luego lo ves por todas partes —dice Nolan.

Tanner arruga la nariz. —Sí creo en el amor.

Arqueo las cejas. —Confundes el amor con el sexo.

Él mueve las cejas. —Al menos yo pillo algo.

—En una relación hay más que el sexo.

No me malinterpretéis. ¿Que si quiero enterrar mi polla profundamente en Addy? Pues claro que sí. Pero también estoy disfrutando de conocerla. Es divertida, impertinente, responsable y trabajadora. Es mucho más que un buen rato.

—Cuéntame más —Tanner se tumba boca abajo en la arena frente a mí, apoya la barbilla en las manos y agita los pies por detrás. Se cree que está siendo mono. Confunde lo mono con lo molesto.

Le tiro un puñado de arena. —No te voy a contar un pimiento.

Se pone de pie de un salto y corre hacia el agua. —¡El último en entrar es un huevo podrido!

Nadie lo sigue.

Nolan suspira. —No tiene ni idea de en qué lío se ha metido.

Corbin gruñe asintiendo.

—Si no fuera un wide receiver tan excelente, le mandaría a paseo.

Niego con la cabeza. —No, no lo harías. Te gustan los desafíos.

—Hablando de desafíos —se levanta y se marcha.

—¿Qué desafío? —le pregunto a Corbin.

—Ni idea. Y así prefiero que siga.

—Y por eso no te quedas en el complejo con todos los demás.

Se encoge de hombros. —Me gusta mi paz y mi tranquilidad.

Personalmente, prefiero tener a mis compañeros de equipo cerca. Siempre hay alguien con quien ir a comer, salir a correr o entrenar. Ya he pasado suficiente tiempo de mi vida solo.

Tanner sale chapoteando de las olas y corre hacia nosotros.

—Hablando de estar solo —Corbin se levanta y recoge sus cosas.

Yo también recojo mis cosas. Necesito una ducha antes de quedar con Addy. Y probablemente debería avisarla de mis planes de verla.

Espero hasta estar de vuelta en mi habitación para enviarle un mensaje. ***Tengo una sorpresa para ti.***

—Si es otro café y una galleta Crujientes de Sirena, te querré para siempre.

Esas palabras me golpean en el pecho. ¿Cómo se sentiría tener a una mujer que te quiera para siempre? Que fuera leal. Que

no te abandonara. Que estuviera a tu lado y te animara.

—Cogeré las dos cosas de camino para verte.

Doy golpecitos con el pie mientras espero a que responda. Finalmente, aparecen los puntos.

—Hoy no puede ser. Otis tiene un partido de fútbol.

Y ella va a ir a ver su partido. Es una hermana muy buena y leal. Lástima que no se dé cuenta de la suerte que tiene de tener hermanos.

—¿Fútbol? Has dicho la palabra mágica.

—No querrás ver un partido de juveniles. Créeme.

Me encantan los partidos de juveniles. Yo solía jugar en esos partidos.

—¿Por qué no?

—Digamos que… no son de tu liga.

—Me pica la curiosidad. ¿Dónde y cuándo?

—Hablo en serio, Gage. No te vas a divertir nada.

Frunzo el ceño. ¿Es que no me quiere allí? Pensé que habíamos avanzado algo en la biblioteca. Quizá tenga miedo.

Qué va. Addy no le tiene miedo a nada. Ni a la responsabilidad. Ni al trabajo duro. Y definitivamente ni a mí.

—¿Es que no quieres que vaya?

—Eres bienvenido, pero si no te diviertes, te lo guardas para ti. Ver a hombres adultos lloriqueando y quejándose es patético.

—Prometo no lloriquear ni quejarme. A menos que el árbitro pite algo mal.

—Te garantizo que el árbitro pitará mal al menos una vez.

—¿Tendré permiso para corregirlo?

—No.

—Qué pena. Nos vemos pronto.

—Aún no te he dicho ni cuándo ni dónde.

—Y no creas que se me ha pasado por alto tu omisión. No te preocupes. Se lo preguntaré a Parker.

—Toda la isla va a pensar que estamos saliendo.

Bien. Otros hombres se mantendrán alejados de ella si piensan que está saliendo conmigo. Cosa que hará. Con el tiempo.

—Nos vemos pronto.

Tiro el móvil sobre la cama. Silbo mientras me dirijo al baño para ducharme. Hoy es un día perfecto.

Capítulo 9

Hazte amiga de un jugador de fútbol americano, dijeron. Será divertido, dijeron.



Addy

Busco a Gage entre la multitud. El Kick-off es en quince minutos. Pensaba que ya estaría aquí a estas alturas.

Por supuesto, podría haber ayudado y haberle dicho dónde están los campos de fútbol y cuándo empieza el partido. ¡Pero esto es más divertido! Y puede que, solo puede que, quiera que demuestre que desea pasar tiempo conmigo.

Confiar en los hombres no me resulta fácil. Ninguno de los hombres anteriores en mi vida ha durado. Ni siquiera mi padre.

—¿A quién buscas? —pregunta Mila.

—Mamá ha dicho que está trabajando —añade Penelope, pero no se molesta en levantar la vista del libro que está leyendo sobre diamantes artificiales. Es demasiado lista para esta isla.

—No estoy buscando a mamá. Espero que se nos una un amigo.

—¿Quién?

Suelto un gemido. Mila está en una etapa en la que tiene que saberlo todo de todos. Le encanta hacer preguntas y no sabe cuándo parar. Intento que no me irrite, pero no lo consigo a menudo. Pensaba que esta etapa terminaba al cumplir los tres años. Estaba equivocada.

Localizo a Gage abriéndose paso entre la multitud y me pongo de pie para saludarle con la mano. Sonríe y siento un vuelco en el estómago. Este hombre guapo, exitoso y vibrante me está sonriendo a mí. E ignorando a la multitud que le rodea.

—¿Quién es él? —pregunta Mila.

Penelope levanta la vista de su libro.— Es muy alto.

Gage llega hasta nosotras y casi doy un paso adelante para darle un abrazo de bienvenida. Bloqueo mis extremidades antes de abalanzarme sobre él. No soy una fanática loca del fútbol americano.

—Hola, pajarcillo. —Me besa en la mejilla. Mi piel hormiguea ante el ligero contacto. ¿Cómo se sentiría si me tocara partes más sensibles del cuerpo con sus labios?

—¿Son tus hermanas?

Me aclaro la garganta y obligo a los pensamientos sexis a salir de mi mente.

—Esta es Mila, y esta es Penelope —hago las presentaciones —. Mila, Penelope, este es Gage.

—¿Sabes que la venta de diamantes de sangre financia conflictos armados en África?

Suelto un gemido ante la pregunta de Penelope.

Gage frunce el ceño.— Sí que sé lo de los diamantes de sangre.

Penelope muestra su libro.— Estoy leyendo sobre diamantes artificiales.

—Bien. —Él asiente.— Tendrás que contarme tus conclusiones cuando lo termines.

—Lo haré. —Ella se sienta y vuelve a su libro.

—Y ya la hemos perdido para la próxima hora más o menos —murmuro.

—He traído café para ti y limonada para tus hermanas.

Mila da palmadas ante su anuncio. —¿De fresa?

—Parker ha dicho que es tu favorita.

—Su favorita, y que solo tiene permiso para tomar en ocasiones especiales —añado.

—Esta es una ocasión especial. Ha podido conocerme.

Pongo los ojos en blanco—. ¿Un poco engreído, no?

—Hacer un amigo es una ocasión especial.

Suspiro. Tiene razón. No voy a ganar esta conversación—. Está bien. Puede tomarla junto con cualquier dulce que le hayas traído. Pero no te enfades cuando te llame a las dos de la mañana para quejarme de que está subiéndose por las paredes.

—Puedes llamarme cuando quieras. —Sus ojos marrones se oscurecen y los destellos verdes brillan al encontrarse con mi mirada. Mi cuerpo entra en calor ante la promesa en sus ojos.

Amigos. Somos amigos. Nada más.

—Otis está jugando —dice Mila y el hechizo se rompe—. Es mi hermano mayor.

—¿Ah, sí? —pregunta Gage mientras se sienta a mi lado y reparte las bebidas y los dulces.

—Es el mayor, tiene diecisiete años. Penelope tiene catorce. Y yo tengo ocho.

Él abre mucho los ojos—. ¿Tienes ocho? Pensaba que tenías al menos nueve.

Mila suelta una risita—. Eres un tonto.

Suena el silbato indicando que el partido está a punto de empezar. Gage se inclina hacia delante y apoya los codos en las rodillas. Sus ojos están afilados mientras se concentra en el campo.

Le doy un codazo—. Solo es un partido de juveniles.

—Pajarcillo, el fútbol americano nunca es solo un juego.

Pongo los ojos en blanco.

—¿En qué posición juega Otis? —pregunta durante el kick-off.

—Running back.

Gage sonríe—. Mi posición.

El equipo ofensivo irrumpe en el campo y Mila se pone de pie de un salto—. ¡Otis! ¡Otis! ¡Otis!

Otis saluda con la mano antes de colocarse en formación para que empiece la jugada. Gage no se mueve mientras observa cómo comienza la serie ofensiva. Su rodilla rebota arriba y abajo mientras sigue la serie ofensiva. El equipo de Otis gana diez yardas fácilmente y la serie ofensiva continúa.

Han placado al quarterback en el cuarto down y la serie ofensiva termina. Gage frunce el ceño—. Está delatando su carrera. Siempre a la misma velocidad. El mismo ángulo. Demasiado honesto.

—No tengo ni idea de qué estás hablando.

Él señala hacia el campo—. Otis está atacando el hueco a toda velocidad de inmediato en cada ocasión.

—¿Y eso es malo?

—Sí. Eso es malo.

—Ve a decírselo.

Su ceño se arruga—. Dijiste que no se me permite comentar.

—Si el árbitro toma una mala decisión, no. Esto no es el árbitro tomando una mala decisión. Eres tú ayudando a mi hermano a convertirse en un mejor jugador de fútbol americano.

—Me encantaría darle algunos consejos.

Esas palabras me golpean en el pecho y extienden un calor por todo mi cuerpo. Otis nunca ha tenido una figura paterna que le ayudara con el fútbol americano. Y Gage está interviniendo sin dudarlo un segundo. No es simplemente un deportista musculoso.

Me levanto—. Te lo presentaré.

Le sigo por las gradas hasta la valla. Le hago una señal a Otis para que se acerque.

—Este es...

—Sé quién es.

Gage le ofrece la mano.— Gage Edwards.

—Otis.

—¿Te importa si te doy un consejo?

Los ojos de Otis se iluminan.— Ni de coña.

—Ese lenguaje —murmuro.

—Addy, este es Gage Edwards. El mejor running back de la liga. Y me va a dar un consejo.

—Lo cual no es excusa para decir palabrotas.

Gage me aprieta el hombro.— Volvamos al fútbol. Eres explosivo y fuerte.

—¿Pero?

—Estás atacando el hueco a máxima velocidad. Los defensores pueden leerte con demasiada facilidad. Por eso te están parando con ganancias cortas o te están placando con fuerza. No tienes que ganar la jugada en el primer paso.

Otis está pendiente de cada palabra que dice Gage.— ¿Qué debería hacer?

—Frena medio segundo. Deja que se comprometan con un movimiento. Luego arranca.

Otis asiente.— De acuerdo.

—Hazles pensar que vas hacia la izquierda. Incluso cuando no es así.

—Gracias. ¿Verás el resto del partido?

—No me voy a ninguna parte. —Sin embargo, cuando Gage dice esas palabras, no está mirando a mi hermano pequeño. Me está mirando fijamente a los ojos.

Gage señala con la barbilla hacia el banquillo.— Vuelve con tu equipo. Nos vemos después.

Otis sale pitando y Gage me agarra de la mano para guiarme por las gradas hasta nuestro apoyo. No me suelta la mano durante el resto del partido. Debería decirle que los amigos no se dan la mano. Debería recordarle los límites que he establecido. Pero estoy disfrutando demasiado de la sensación de su mano en la mía.

Suena el silbato final y Gage se pone de pie de un salto—. ¡Ha ganado! —Aplaude y silba.

—Te estás comportando como un fan.

—Porque soy un fan. El fútbol es la vida.

—No —discrepa Penelope—. La vida es un proceso complejo basado en el carbono definido por sistemas biológicos autosostenibles.

Gage le sonríe.— Tienes razón.

Penelope resopla y levanta la nariz.— Suelo tenerla.

—Penelope es una empollona —canta Mila.

—No soy una empollona.

Mis hermanas empiezan a discutir y yo gimo.— ¡Basta! Penelope, acompaña a Mila al coche. Me reuniré con vosotras allí en un minuto.

Penelope resopla, pero no duda en hacer lo que le pido. Las vigilo mientras atraviesan la multitud hasta que llegan a mi coche.

—Gracias por venir —le digo a Gage.

—Gracias por invitarme.

—Te has invitado tú solo.

Él se encoge de hombros.— Es lo mismo.

—Tengo que llevar a las niñas a casa. —Me pongo de puntillas para besarle en la mejilla. Huele a sol y madera de sándalo. Aspiro profundamente e inhalo el aroma hasta mis pulmones—. Nos vemos.

Él me sujeta la muñeca antes de que pueda escapar.— Espera. Aún no te he dado tu sorpresa.

—Me has dado un café y una galleta.

—Esos no eran la sorpresa.

Levanto las cejas—. El café y las galletas siempre son una buena sorpresa.

Él sonríe y su hoyuelo hace acto de presencia.— Es bueno saberlo. —Saca su teléfono—. Pero tengo una sorpresa aún mejor.

—Si es una imagen tuya disfrazado de sirena, ahórratela.

Se ríe.— No lo es, pero si quieres que me disfrace de sirena, lo haré.

—No, gracias. Las sirenas se pelearían por ti y a nadie le gusta una sirena que pelea. Son luchadoras despiadadas. Jugar limpio no está en su manual.

—De acuerdo. Nada de disfrazarse de sirena. —Agita su teléfono frente a mí—. ¿Qué tal el número de un productor musical en su lugar?

—¿Un productor musical? —Frunzo el ceño—. ¿De quién estás hablando?

—Alguien en el negocio de la música que he conocido antes. Jerry puede ayudarte. En cuanto escuche tu música, aprovechará la oportunidad.

—¿Hablas en serio?

—Será genial. Podrás vender tu música. O quizá producir una canción propia. Serás más famosa que yo en nada de tiempo.

Pongo las manos en jarras en mis caderas.— Eres increíble.

La sonrisa muere en sus labios.— ¿Qué?

—¿Crees que porque eres un jugador estrella de fútbol americano puedes entrar en mi vida y tomar el control? Piénsalo otra vez, estrella. Piénsalo otra vez.

—¿Estás enfadada?

—¿Cuál ha sido tu primera pista? ¿Cómo me estoy imaginando eviscerándote? ¿O cómo me pica el pie por darte una patada en las pelotas?

—Pensaba que estarías emocionada.

—¿Emocionada? ¿Porque intentes dirigir mi vida? Creo que no. Hemos terminado aquí. —Me doy la vuelta y me alejo a paso firme.

—¡Addy!

Le ignoro. Soy una idiota. ¿Por qué pensé que podría ser amiga de un jugador de fútbol famoso? No está interesado en mí. Está interesado en controlar mi vida. ¡Que le den! Soy la dueña de mi vida. No un jugador de fútbol que no entiende nada sobre mí.

Y pensar que me hacía ilusión verle hoy. Ya debería haber aprendido.

Capítulo 10

Sé cómo arreglar jugadas. Lástima que los pajarcillos pelirrojos no vengan con un libro de jugadas.



Gage

—Por favor, responde, Addy. Lo siento.

Espero, pero ella no responde. Del mismo modo que no ha respondido a los últimos diez (quizás más) mensajes que le he enviado.

—No intento dirigir tu vida.

—Intento ayudar.

Sigue sin responder. Quizás esté trabajando. Quizás esté lidiando con sus hermanos. Y quizás yo sea un jugador de fútbol delirante que ha metido la pata.

Nolan me da un codazo. —El entrenador te está mirando a ti y a tu teléfono.

Me guardo el teléfono en el bolsillo. Ya he oído este discurso; el Coach Knox da el mismo discurso en el primer pesaje al comienzo del campo de entrenamiento cada año, pero asiento y presto atención de todos modos. Al contrario de lo que piensa la hermana de Addy, el fútbol *es* la vida.

Y ahí voy, pensando en Addy otra vez. No puedo quitármela de la cabeza. Necesito que me perdone. Los amigos meten la pata todo el tiempo. Tanner lo hace constantemente. Y lo perdonamos. ¿Por qué ella no puede perdonarme a mí?

El entrenador empieza su discurso. —A esta báscula no le importa quiénes sois, qué hicisteis la temporada pasada o cuánto os pagan. Me dice una sola cosa. ¿Habéis hecho lo que se suponía que debíais hacer? No estamos aquí para ponernos en forma. Estamos aquí para competir. No deis el peso y empezaréis en desventaja. Dad el peso y os ganaréis el derecho a seguir adelante. Así de sencillo.

Los jugadores veteranos aplauden mientras que los novatos parecen nerviosos. Y con razón. Les espera un mundo de sufrimiento si no dan el peso.

—¡Nolan! —grita el entrenador—. Te toca.

El quarterback siempre va primero. Él marca el tono.

Nolan se pone en pie de un salto y ejecuta un saludo impecable. —Sí, Coach Cha-Cha.

El Coach Knox pone los ojos en blanco. —Los demás, haced fila.

Me quito la camiseta de un tirón y me saco el reloj antes de dejarlo en mi silla. Reviso mis mensajes una vez más —sigue sin haber nada de Addy— antes de dejar el móvil junto al reloj.

Una vez vestido con un par de pantalones cortos holgados, me pongo en la fila detrás de Tanner, Brock y Corbin.

—¿Cómo fue tu cita de anoche? —le pregunta Tanner a Brock.

Brock frunce el ceño. —No tuve ninguna cita.

Tanner arquea una ceja. —¿No fuiste a *Wok the Plank* con May y Jace?

—¿Cómo demonios sabes dónde estuve anoche? ¿Me estás acosando?

—No es acoso si da la casualidad de que paso por delante del restaurante y te pillo tonteando con May.

A Brock se le dilatan las fosas nasales. —¿Pasaste por casualidad por delante de *Wok the Plank*?

—¿*Wok the Plank*? —pregunta Corbin.

—Es un restaurante chino. Los padres de May son los dueños —explica Brock.

—¿Ya has conocido a los padres? Brock se mueve rápido.

Brock le gruñe a Tanner. —Corta el rollo, o le diré a todo el mundo con quién has estado saliendo tú.

—Adelante. No estoy saliendo con nadie.

—¿Ni siquiera con una camarera mona?

—Alaia y yo somos amigos. Nada más.

Tanner me da un codazo. —¿Cómo está tu amiga?

Ojalá lo supiera. Me pican las manos por coger el teléfono. Aunque la probabilidad de que Addy haya respondido en los tres minutos que han pasado desde la última vez que lo miré es escasa. Más que escasa, a juzgar por cómo le echaban humo las orejas cuando le ofrecí el número de Jerry.

Solo intentaba ayudar. No esperaba que perdiera los estribos. Addy nunca responde como yo espero que lo haga. Lo cual suelo encontrar refrescante. Pero no esta vez.

—¡Tanner! —el entrenador señala la báscula—. Fuera zapatos. Sube a la báscula.

Tanner corre hacia la báscula y salta sobre ella. —¡Tachán! —el entrenador anota su peso—. ¡Clavado!

—Diez pavos a que se hincha a comer hasta ponerse enfermo en el almuerzo —dice Nolan.

—Paso. —He visto a Tanner comer hasta ponerse enfermo demasiadas veces después de los pesajes. No acepto esa apuesta.

—¡Brock! —grita el entrenador.

Brock se descalza de una patada antes de bajarse los pantalones y los calzoncillos hasta el suelo.

Tanner suelta una carcajada. —Vas a tener que quitarte algo más que la ropa para dar el peso.

Brock le hace un gesto obsceno. —No es culpa mía que los rollitos de primavera de *Wok the Plank* estén deliciosos.

El entrenador anota su peso. —Hablaremos luego.

Maldición. Brock no ha dado el peso. El Coach Cha-cha va a hacer de su vida un infierno hasta que pierda unos kilos.

—Sí, entrenador.

Corbin es el siguiente en la fila. Se quita los zapatos y se sube a la báscula. El entrenador le hace un gesto de asentimiento antes de indicarme que avance.

Me subo a la báscula y observo cómo giran los números. A pesar de saber que debería dar el peso —me pesé media hora antes de esta reunión y estaba bien—, el corazón me golpea el pecho. Si no doy el peso, mi vida se convertirá en un infierno.

No quiero defraudar a mi equipo —lo cual ya es bastante malo de por sí— y definitivamente no quiero que me programen entrenamientos extra. No tendría tiempo para visitar a Addy y convencerla de que salga conmigo.

—Buen trabajo, Gage.

Suelto un suspiro. —Gracias, entrenador.

Él frunce el ceño. —Lástima que no seas tan bueno prestando atención a mis discursos como lo eres dando el peso. Este es nuestro año. No metas la pata o te lo perderás.

Trago saliva. —Sí, entrenador.

Solo era un discurso. No he fallado una jugada ni he hecho que perdamos un partido. Prestaré más atención en el futuro. No

dejaré que Addy me distraiga. No arruinaré mi carrera. Lo tengo todo bajo control.

Me dirijo a mi silla y recojo mis cosas. Me pongo la camiseta antes de revisar el móvil. Sin mensajes. Quiero escribir otro mensaje, pero Nolan me hace señas para que me una a él y a Brock, Corbin y Tanner.

—¿Qué pasa?

—Vamos a cenar a *Wok the Plank*. —Tanner menea las cejas —. Y luego a *Bootlegger* para el *Mermaid Karaoke*.

—Yo no voy —refunfuña Brock.

Tanner pone los ojos en blanco. —Puedes comer verduras al vapor.

—He quedado con Jace.

—¿Y con May? —Tanner menea las cejas.

—No, ella está trabajando en el restaurante. Ayuda a sus padres unas cuantas noches a la semana.

Tanner se frota las manos. —Excelente. Nos sentaremos en su sección y la conoceremos.

Brock gruñe y avanza hacia Tanner hasta que este queda aculado contra una pared. —Deja a May en paz.

—Pero tenemos que asegurarnos de que es lo bastante buena para ti. A diferencia de la madre de Jace.

Ante la mención de la madre de Jace, Brock se estremece. ¿Qué clase de mujer abandona a su hijo?

—No hace falta. May y yo no somos pareja. No somos nada. Es la profesora de surf de mi hijo. Fin de la historia.

—Está bien, grandullón. Gracias por la aclaración.

Brock se inclina y se encara con Tanner. —¿Vas a dejar de hacer bromitas?

Nolan aparta a Brock de Tanner. —Es Tanner. No sabe ser serio.

Brock gruñe pero deja de pelear con Nolan para llegar a Tanner.

—Me vendría bien un poco de comida china. —Y quizás tenga suerte y Addy esté cantando en el Mermaid Karaoke. No podrá evitarme cuando esté sobre el escenario.

A Brock le rujen las tripas. —¿Qué? —espeta cuando todos se le quedan mirando—. Tengo hambre.

—Bien. Puedes venir con nosotros a *Wok the Plank*. Corre el rumor de que conoces a los dueños.

Suspiro. Es como si Tanner quisiera que Brock le diese una paliza. Es el más menudo de nuestro grupo y, aun así, no puede evitar provocar al tipo más grande.

—Iré a buscar a Jace y os veré allí. —Brock sonríe—. Así podré vigilarte.

Tanner traga saliva. No tiene miedo. Está fingiendo porque aún no ha aprendido a no meterse con Brock. Y probablemente nunca lo hará.

Empiezan a discutir y yo me escapo para escribirle a Addy.

—Vamos al Mermaid Karaoke esta noche. ¿Te veré allí?

Me quedo mirando el teléfono pero no aparecen los puntos que indiquen que está respondiendo. Realmente la he fastidiado.

No sé cómo pedir perdón. Intenté comprarle entradas para un concierto. Perdió los estribos. Le di el número de un productor. Perdió los estribos.

¿Hay algo que pueda comprar con lo que ella no pierda los estribos?

—¡Gage! —Nolan me hace señas desde el final del pasillo—. Hora de irse.

—Ya voy. —Me guardo el móvil en el bolsillo y echo a correr por el pasillo.

Si Addy no está cantando en el Mermaid Karaoke, encontraré otra forma de verla. Quizás en uno de los partidos de fútbol de Otis. Parker no dudará en decirme cuándo y dónde son.

Buen plan. Si no coincido con Addy esta noche, visitaré a Parker en *Pirate's Pastries*.

De una forma u otra, voy a arreglar esta pelea con mi pajarcillo. Porque no puedo dejarla ir. Me tiene fascinado.

Capítulo 11

Nota mental: no estrenes nunca una canción de ruptura cerca de un jugador de fútbol americano.



Addy

Entro a toda prisa en *Bootlegger* y me dirijo a la barra. Saludo a Alaia con la mano. —¡He llegado a tiempo!

—Es un milagro —dice ella mientras nos sirve unos chupitos —. Llegarías a tiempo más a menudo si tu hermano Otis ayudara más.

Frunzo el ceño. —Solo es un niño.

Ella levanta una ceja. —Cuando tú tenías su edad, tenías un trabajo y hacías todas las tareas domésticas para tu madre.

—Exacto. Quiero que disfrute de su infancia.

—Solo que no es un niño. Tiene diecisiete años. Pronto cumplirá dieciocho.

—No lo entiendes.

No entiende lo que se siente al tener una madre ausente emocionalmente. La ansiedad de preocuparse por si habrá suficiente comida en la mesa. O de pagar la hipoteca cuando el sueldo de

mamá no llega porque se ha tomado demasiados días de baja por enfermedad.

Mamá está mejor ahora, pero no permitiré que mis hermanos se sientan como yo me sentí en la adolescencia.

Ella suspira. —Addy, no puedes seguir así. Vas a acabar quemada antes de cumplir los treinta.

Ignoro su preocupación con un gesto. —Tengo veintinueve años. Los treinta están a la vuelta de la esquina. Y estoy perfectamente bien.

Treinta. En unos pocos meses cumpliré treinta y ninguno de mis sueños se habrá hecho realidad. Seguiré aquí, en la isla, matándome a trabajar para cuidar de mis hermanos. Presentando mis canciones en el Mermaid Karaoke.

Aparto esos pensamientos deprimentes. Tengo una buena vida. Puede que no sea la vida con la que soñaba de niña, pero es buena. Y soy feliz. En su mayor parte.

—La clientela se está impacientando. ¿Estás lista? —pregunta Alaia.

—¿Te importa si hoy canto una canción original?

Se le iluminan los ojos. —¿Una canción original de Addy Price? ¡Qué ganas!

—Puede que sea un asco.

Ella suelta un bufido. —No has conocido a la Addy Price que yo conozco.

Cojo mi guitarra y la sigo hasta el escenario.

—¡Sirenas y contrabandistas! ¿Estáis listos para una exclusiva de *Bootlegger*? Nuestra querida Addy Price va a cantar hoy un tema original. ¡Un fuerte aplauso para Addy!

Cuando oigo un silbido de admiración, echo un vistazo alrededor. Mi mirada se detiene en Gage. Está de pie frente al escenario con sus compañeros de equipo.

Está aquí. Probablemente debería estar molesta con él. Cada vez que me doy la vuelta, intenta dirigir mi vida y controlarme. Pero a mi corazón no le importa. Late desbocado por su cercanía.

—¡Addy! —grita Alaia de nuevo y aparto la vista de la de Gage para subir al escenario.

Me tiende el micrófono. —Tú puedes, tía.

Me acomodo en el taburete en medio del escenario y rasgueo la guitarra. —Esto es *If I Asked.*

Cierro los ojos y suelto un suspiro. Alejo todas las preocupaciones por mi familia, por Gage, por mis sueños incumplidos. Y empiezo a cantar.

Dijiste que te quedarías if I asked

Pero nunca aprendí a necesitar la verdad

Mantuve las manos ocupadas, la cabeza gacha

Te amé en silencio para no tener deudas

Mi mirada choca con la de Gage mientras sigo cantando. El resto de la sala se desvanece mientras le canto esta canción de desamor al hombre que desearía poder tener. Si tan solo mi vida fuera menos complicada. Si tan solo tuviéramos tiempo. Si tan solo no se marchara al final del verano.

El público estalla en aplausos cuando termino la última nota.

—¡Otra! ¡Otra! ¡Otra! —grita Gage.

Pongo los ojos en blanco. ¿Se ha olvidado de que esto es el *Mermaid Karaoke*? Me pongo en pie y saludo al público antes de bajar del escenario de un salto y dirigirme al despacho de atrás, donde me desplomo en el sofá.

El corazón me late con fuerza en el pecho y respiro entrecortadamente. Lo he hecho. He cantado una canción original delante de otras personas. Y, a juzgar por los aplausos, les ha gustado.

Tal vez pueda hacerlo. Tal vez pueda convertirme en compositora. Tal vez mis sueños puedan hacerse realidad después de todo.

Oigo que llaman a la puerta antes de que Gage asome la cabeza. —¿Puedo entrar?

La alegría de la actuación —la alegría de verlo— me inunda. Pero entonces me acuerdo. Está intentando controlarme.

—Si estás aquí para dirigir mi vida, puedes darte la vuelta con tu tight end y marcharte.

—Oye. No soy tight end. Soy running back. ¿Tengo cara de pesar casi ciento cuarenta kilos?

—Ya sé que no eres tight end. Me pasé la noche escuchando a mi hermano hablar sin parar de que eres el mejor running back que la NFL ha visto en décadas.

Él sonríe y aparece su hoyuelo. Ese maldito hoyuelo va a meterme en líos.

—No sé cómo hacer esto.

—¿Hacer qué?

—Impresionarte.

¿Quiere impresionarme?

—Estoy acostumbrado a mujeres que quieren diamantes y pieles.

—La piel no es sostenible.

Suelta una carcajada. —Naturalmente, a mi pajarcillo no le importan los abrigos de piel ni los diamantes.

Me gustan las cosas brillantes tanto como a cualquier otra mujer. Pero no cuando se usan regalos para comprar mi afecto. Y, que no quepa duda, los regalos extravagantes a una mujer que apenas conoces no son apropiados.

—¿Qué quieres, Gage?

Se rasca el cuello. —Quiero que respondas a mis mensajes. Quiero pasar tiempo contigo. Quiero que seas mi amiga.

—¿Amiga? Los amigos no se compran entradas carísimas para un concierto en Nueva York.

Él hace una mueca. —Los amigos cometen errores.

—En lugar de aprender de tu error, cometiste otro —uno más grande— e intentaste dirigir mi vida.

—No intentaba dirigir tu vida dándote el número de Jerry. Intentaba ayudar. Intentaba ser un buen amigo.

Me levanto y me acerco a él. Para enfatizar, le doy un toque en el pecho. —Los buenos amigos escuchan cuando su amiga dice que no puede irse de la isla.

Él me atrapa la mano y la coloca sobre su corazón. —Lo siento. No pensé. Creí que te haría ilusión.

Puedo sentir su corazón latiendo contra mi mano. Es fuerte y constante. Como el hombre.

—Tienes que dejar los regalos extravagantes e intentar controlar mi vida.

—Yo solo...

Lo interrumpo. —Piénsalo desde mi punto de vista. ¿Cómo te sentirías si yo apareciera en tu ciudad natal cuando estabas en el instituto y te diera el número de algún oteador de fútbol americano?

Él sonríe. —Estaría eufórico.

Suelto un quejido. —Eres incorregible.

Se aclara la garganta. —Lo siento. No pretendía ser un capullo.

—Lo eres sin intentarlo.

Él sonríe y aparece su hoyuelo. Es demasiado guapo. Retrocedo un paso. Al instante echo de menos su calor. Echo de menos la seguridad del latido de su corazón en su pecho.

—No puedes hacerlo todo sola. A veces necesitas ayuda. ¿Crees que estaría donde estoy hoy si un entrenador de fútbol no hubiera visto mi potencial? ¿Si no me hubiera buscado un tutor para ayudarme a mejorar mis notas en el instituto para poder optar a una beca deportiva para la universidad?

Frunzo el ceño. ¿Simplemente estaba intentando ayudar?

—¿No me diste el número del productor para intentar controlarme?

—Qué va. Jamás querría controlarte. Me encanta cómo me sorprendes con tus reacciones. Nunca sé qué esperar de ti.

—No soy tu amiga porque seas una estrella del fútbol.

—Menos mal. No necesito otra groupie. Te necesito a ti.

¿Me necesita? ¿Habla en serio? Apenas nos conocemos.

A mi corazón no le importa lo poco que nos conocemos. Lo quiere a él. Quiere explorar lo que es estar con Gage.

Lo siento, corazón. No hay tiempo para explorar nada más. Pero podemos ser amigos. Quizá.

—Venga, pajarcillo. Perdóname y seré el mejor amigo que hayas tenido jamás. Te haré trenzas en el pelo, te ayudaré a depilarte las piernas... lo que necesites.

Empieza a formarse una idea en mi cabeza. Una forma de que Gage me «ayude» y aprenda también que conmigo no se juega.

—Te perdonaré.

Él intenta acercarse a mí. Pero levanto la mano.

—Con una condición.

—Dime cuál. Lo que quieras es tuyo. Aunque pongo el límite en fotos desnudo en internet. Mi agente pierde la cabeza cada vez que aparecen.

Suelto una risita. —¿Sueles tener fotos desnudo publicadas online?

—Olvida que he dicho nada.

¿Que olvide que ha mencionado estar desnudo? Ojalá pudiera. Necesito olvidarlo. Porque nunca voy a ver a Gage en persona al desnudo. Somos amigos. Nada más.

—¿Cuál es tu condición?

—Queda conmigo mañana por la tarde. Y trae ropa que no te importe que se estropee.

—¿Qué vamos a hacer?

—Ya lo verás. Mañana. La ropa negra vendría bien.

Él entrecierra los ojos. —No vamos a hacer nada ilegal, ¿verdad?

—¿Por qué? ¿Tienes miedo de quebrantar la ley?

—Quebrantaré la ley contigo. Es lo que hacen los buenos amigos. Pero necesito prepararme.

—No te preocupes. Lo que vamos a hacer no es ilegal. —No exactamente. Quizá sería ilegal en otro lugar. Pero no en Smuggler's Hideaway. Aquí, la actividad es de esperar. Sobre todo en verano.

—Vale. Nos vemos mañana, amiga. —Me da un beso en la mejilla antes de salir del despacho.

Estoy jugando con fuego. Mantener nuestra relación en algo estrictamente platónico no va a ser fácil. No cuando un beso en la mejilla me enciende todo el cuerpo.

Pero la amistad es lo único que puedo ofrecerle.

Capítulo 12

No puedo decir que me haya interrumpido antes un mapache vomitando.



Gage

Aparco frente a la casa de Addy y salgo de mi SUV. Addy ha insistido en que conduzca para la «actividad» de hoy, que todavía mantiene en secreto.

Antes de que tenga oportunidad de caminar hacia la puerta, esta se abre y ella sale apresurada.

—Vámonos.

La agarro por la muñeca antes de que tenga oportunidad de pasar de largo. —¿A qué vienen tantas prisas? ¿Es que no quieres que vea a tu familia?

—Créeme. No quieres entrar ahí. Hemos cenado espaguetis y digamos que la cocina parece ahora la escena de un crimen.

Suelto una risita. —¿La escena de un crimen?

—Otis ha llamado a Mila bebé. Mila le ha tirado espaguetis. A partir de ahí, la cosa ha ido a peor.

—Tu familia es divertida.

—Eso lo dice el hombre que no tendrá que limpiar salsa de tomate del techo mañana por la mañana.

—Sé limpiar salsa de tomate. Tal como me pediste, llevo ropa que se puede estropear.

Ella recorre mi cuerpo con la mirada y arruga el entrecejo. —¿Llevas puesto un pijama? —Se inclina más cerca—. ¿Con penes pequeñitos por todas partes?

—Nolan nos los regaló a toda la línea ofensiva por Navidad el año pasado.

—¿Porque sois todos unos capullos?

Suelto una carcajada. —Eso es exactamente lo que dijo él.

Ella pone los ojos en blanco. —Al menos son negros. —Le abro la puerta del copiloto y espero a que se acomode. —Un jugador de fútbol que es un caballero. No sabía que existieran.

Le beso la nariz. —Solo soy un caballero contigo, pajarcillo.

Ella se estremece y cierro la puerta antes de que note mi sonrisa de suficiencia. Mi pequeño pajarcillo está tan afectado por mí como yo por ella. Me ajusto la polla, que se está poniendo dura. Quizá no tanto.

—¿Adónde vamos? —pregunto una vez que estoy saliendo del camino de entrada.

—Conduce hacia Rogue's Landing.

—¿Qué hay en Rogue's Landing?

—Ya lo verás.

—¿Estás segura de que esto, sea lo que sea, no es ilegal? Odio que me arresten en pijama.

Ella suelta una risita. —Entonces no deberías haberte puesto un pijama con penes pequeñitos por todas partes.

—Joder. Esto es ilegal. Debería llamar a mi agente.

Ella me da un manotazo cuando voy a coger el móvil. —No es ilegal en Smuggler's Hideaway.

Entorno los ojos. —¿Pero sería ilegal en otros sitios?

Ella se encoge de hombros. —En otros sitios no hay mapaches que robar.

Me quedo boquiabierto. —¿Mapaches que robar?

Señala la carretera. —Mira por dónde vas. No querrás atropellar accidentalmente a Sammy.

—¿Sammy?

—La foca.

—¿Me estás diciendo que hay una foca llamada Sammy viviendo en Smuggler's Hideaway?

—Sí. Y le encanta tomar el sol en mitad de la carretera.

Me río. —Esta isla es una locura.

—Peculiar.

Suelto un bufido. —¿Peculiar? Ya, claro. Hay una foca residente y nos vamos a robar un mapache. Totalmente peculiar y nada de locos.

—No te burles de nuestras tradiciones.

—No lo hago. Entiendo las tradiciones. A los equipos deportivos nos encantan las tradiciones. Personalmente, yo llevo los mismos calcetines durante toda la temporada.

Ella arruga la nariz. —¿Los mismos calcetines?

Vaya. Probablemente no debería mencionar hábitos de higiene cuestionables a la mujer a la que intento conquistar. Hora de una táctica de distracción.

—En el estadio de los Seals hay una estatua de una foca. Siempre que jugamos en casa, es tradición que todos los jugadores le besen la nariz.

—No deberías besarle la nariz a Sammy. Es bastante dócil, pero no deja de ser un animal salvaje.

—Lo tendré en cuenta. —Llegamos a Rogue's Landing—. ¿Hacia dónde voy?

—Aparca en el parking de allí.

—¿Y ahora adónde? —pregunto una vez que estamos en el aparcamiento.

Ella señala al otro lado. —Al Concurso de Chowder.

Mis tripas rugen en respuesta. —¿Chowder? ¿Chowder de almejas?

—No vamos a comer chowder. Estamos en una misión, ¿recuerdas?

—¿No podemos estar en una misión y comer chowder al mismo tiempo?

Ella arquea las cejas. —¿Vas a comer mientras sostienes a un mapache?

Se me hunden los hombros y mi estómago protesta. —Supongo que no.

Ella pone los ojos en blanco. —Intentaré traerte un bol, pero no prometo nada.

Me froto las manos. —Vale. ¿Cuál es el plan?

—Probablemente es mejor que no lo sepas.

—Tú mandas.

Le tomo la mano y cruzamos el aparcamiento hacia donde se celebra el Concurso de Chowder. Me llega el olor a patatas, marisco y cebolla, y mi estómago ruge de nuevo.

Addy suelta una risita. —¿Te has saltado el almuerzo?

—Nunca me salto el almuerzo.

—Es bueno saberlo —murmura al llegar.

Hay varias mesas dispuestas unas frente a otras. En cada mesa hay una olla de chowder y varios boles. Muchas oportunidades para probarlo. Al fondo de las mesas hay unas gradas.

—¿Hay observadores para el concurso?

—Claro. Esto es Smuggler's Hideaway. Seguro que hay alguien que hace trampas o roba.

—Yo...

Ella me manda callar y señala a una mujer que está en un escenario con un micrófono. —La alcaldesa Mandy de Rogue's Landing va a hablar.

—¡Contrabandistas, sirenas y gente que jura que esta receta ha estado en su familia durante generaciones! ¡Bienvenidos al Concurso de Chowder Anual de Rogue's Landing!

Para los que sois nuevos en la isla, este es el evento donde celebramos tres cosas: el orgullo local, las elecciones de marisco cuestionables y los rencores que duran más que la temporada de huracanes.

Unos cuantos recordatorios antes de empezar:

Uno. Esto es un concurso de cocina, no una pelea callejera. El incidente del año pasado con el cazo ha sido perdonado, pero no olvidado.

Dos. Nada de sabotear a otros equipos. Esto incluye desenchufar «accidentalmente» las ollas de cocción lenta, cambiar la sal por azúcar o soltar marisco vivo en la olla de un rival. Sí, te estamos mirando a ti, Dockside Dave.

Tres. El chowder a base de nata, el de tomate y el «experimental» son todos bienvenidos. Sin embargo, si vuestro chowder lleva mango, chocolate o lo que fuera aquello de 2019, que sepáis que los jueces no tienen la obligación legal de ser amables.

Y finalmente. Este concurso se celebra desde hace más de cincuenta años, lo que significa que la tradición importa. Las recetas

son secretas, las opiniones son ruidosas y si un mapache desaparece esta noche... bueno. Digamos que la historia tiende a repetirse.

Jueces, preparad vuestros estómagos. Concursantes, preparad vuestras excusas. Y todos los demás: dosificaos. Esto es un maratón, no un esprint.

¡Que el chowder —y el caos— comience!

La multitud estalla en vítores y hay una estampida hacia las mesas. La gente lleva sus propios boles y cucharas, y no dudan en golpearse unos a otros con ellos.

—Este pueblo se toma el chowder muy en serio.

—La competición corre por nuestras venas de contrabandistas. —Addy me empuja hacia delante—. ¡Ahí! Rogue está descansando en el podio donde ha hablado la alcaldesa. Esta es nuestra oportunidad mientras todos están distraídos.

Me abro paso a codazos entre la multitud. Es casi tan difícil como enfrentarse a una línea ofensiva cuando el marcador está empatado y estamos en el cuarto down, a cinco yardas de la zona de anotación. Esta gente se toma muy en serio su chowder. Respeto a cualquiera que se tome en serio la comida.

Cuando llegamos al podio, estoy sudando por el esfuerzo y preguntándome por qué no me habré puesto unos pantalones cortos en lugar de este pijama de franela.

Miro a mi alrededor para asegurarme de que nadie nos observa. —¿Y ahora qué?

Addy rebusca en su mochila y saca una correa y una bolsa de nubes. Voy a coger una, pero ella aparta la bolsa de mi alcance.

—Estas no son para ti. —Saca una nube y se la ofrece al mapache—. Son para él.

El mapache coge la nube de su mano y se la mete en la boca.

—¿Quién es un buen mapache? —arrulla—. Rogue lo es.

—¿Qué estáis haciendo? —grita la alcaldesa mientras se abalanza hacia nosotros.

Addy me lanza una mirada fulminante. —Eres un vigilante pésimo.

—No sabía que fuera el vigilante.

Ella se pone una sonrisa falsa. —¡Hola, Mandy!

—No me vengas con «holas», pequeña ladronzuela.

Addy me empuja hacia delante. —Pensé que tal vez querrías conocer a Gage Edwards. Es jugador de la NFL en los Steel City Seals.

Mandy me recorre con la mirada antes de lamerse los labios. —Gage Edwards. Sé quién eres.

Le ofrezco la mano. —Alcaldesa, un placer conocerla.

Mientras le estrecho la mano, Addy engancha la correa al collar de Rogue. Le ofrece otra nube antes de cogerlo en brazos. Ella retrocede y yo me muevo para bloquear la visión de Mandy.

—¿Cuánto tiempo estarás en el pueblo? —Mandy me guiña un ojo. Estoy en terreno familiar. Así es como suelen reaccionar las mujeres ante mí.

—Hasta el final del verano.

—Ah, sí. ¿Estás...? —Se interrumpe—. ¿Dónde está Rogue?

Vaya. Se ha descubierto el pastel.

—¡Gage! ¡Date prisa!

Ante el grito de Addy, corro hacia ella. —Toma. Tú eres más rápido. —Me lanza el mapache.

Meto a Rogue bajo el brazo y salgo disparado entre la multitud como si fuera directo a la zona de anotación. Cuando miro atrás, veo que Addy se está quedando rezagada. La multitud la persigue.

Antes de que tenga oportunidad de darme la vuelta para salvarla, ella grita: —¡Dockside Dave le ha puesto chocolate a su chowder!

Al parecer, el chocolate en el chowder es peor que robar un mapache, ya que la multitud se da la vuelta, dejando a Addy sola.

Cuando me alcanza, la agarro de la mano y la arrastro por el aparcamiento hasta el coche. No para de reír en todo el camino.

—¡Lo hemos hecho! Ahora tengo el derecho a presumir hasta el fin de los tiempos.

—Creo que quieres decir «tenemos».

Ella pone los ojos en blanco. —Vale. Tenemos derecho a presumir hasta el fin de los tiempos.

Sus ojos castaño claro brillan de emoción y su coleta es un desastre. Me sonríe y no puedo resistirme a esos labios carnosos. Presiono mi boca contra la suya. Ella suspira y yo introduzco la lengua. Sabe a nubes, a espaguetis y a algo salvaje. Es el sabor más adictivo que he probado jamás.

Inclino la cabeza para profundizar el beso.

Rogue eructa. Vaya. Me había olvidado del mapache que llevo bajo el brazo. Me aparto un poco de Addy. Sus ojos están ahora oscuros de pasión. Mi polla reacciona con una sacudida.

—Yo...

Rogue vuelve a eructar antes de vomitarme encima. Miro el vómito en mi estómago. Para esto me puse el pijama de franela.

Addy parpadea y la pasión de sus ojos se apaga. No me preocupa. Sé que me desea. Ya encontraré otra oportunidad de poner mis labios sobre los suyos. Preferiblemente en un momento que no incluya a un mapache vomitando.

Capítulo 13

Nada bueno empieza jamás con notificaciones.



Addy

Mi móvil suena con un mensaje. Gruño antes de hundir la cabeza bajo la almohada. No estoy lista para despertarme. Y mucho menos para salir de la cama.

Cuando llegué anoche a casa con Rogue, mis hermanas se volvieron locas. Mila quería darle mimos, mientras que Penelope quería experimentar —algo sobre lavar su comida— con el pobre mapache. Pelearon hasta que Otis les gritó, lo que asustó a Rogue. Terminó escondiéndose debajo del sofá. ¿Adivinad quién se pasó una hora engatusándolo para que saliera de allí?

La alcaldesa Mandy se presentó poco después de medianoche y le entregué el mapache encantada, como es tradición. Por mucho que sea tradición robar las mascotas en Smuggler's Hideaway, se espera que todo el mundo devuelva a los animales cuando se lo piden.

Mi móvil vuelve a pitar y lanzo la almohada al otro lado de la habitación antes de incorporarme y arrebatar el molesto dispositivo emisor de ruidos de mi mesita de noche.

—Buenos días, pajarcillo.

Un calor se extiende por todo mi cuerpo. *Gage*. No debería haberle besado ayer. Pero no soy capaz de arrepentirme. No cuando explotan fuegos artificiales en mi estómago cada vez que recuerdo lo que sentí al tener sus labios sobre los míos. Su cuerpo pegado al mío.

Lástima que Rogue le vomitara encima. ¿Quién sabe cómo habría terminado nuestra noche?

Empiezo a responder a Gage, pero aparece otro mensaje antes de que tenga oportunidad.

¡Tu Reel está despegando! 100 000 personas han visto tu Reel en la última hora.

¿Mi Reel? No he publicado ningún vídeo en las redes sociales. ¡Maldita sea! Deben de haberme hackeado la cuenta.

Me incorporo en la cama y abro la aplicación. ¿Debería borrar mi cuenta directamente? Odiaría borrarla. Uso la aplicación para estar en contacto con gente del instituto que se mudó. Pero quizá...

Todos los pensamientos sobre borrar la aplicación se detienen en seco cuando pulso en mis notificaciones. Puede que reciba una o dos notificaciones al día. No más de veinte. Deslizo por ellas.

¡Madre mía! No son veinte notificaciones. Son cientos. Algún hacker me ha fastidiado pero bien la cuenta.

Un momento. Todos los mensajes se refieren a un solo Reel. ¿Qué Reel? Yo no he publicado ninguno.

Si la alcaldesa Mandy ha publicado un Reel mío robando a Rogue, va a tener más de qué preocuparse que de un mapache obsesionado con las nubes de azúcar y dolor de barriga.

Pulso en el Reel. Empieza a sonar la música y se me corta la respiración. No es una canción famosa que haya oído un millón de veces. Es mi canción.

Y no es solo mi canción. Soy yo. Cantando en *Bootlegger* durante el Mermaid Karaoke*.* ¿Pero esto qué es? Yo no he publicado

esto. ¿Pero quién ha sido?

Entorno los ojos hacia la parte inferior del Reel. @RunItGage ha publicado este vídeo. Más le vale a RunItGage no ser quien creo que es.

Pulso en la imagen de un casco de fútbol con el logotipo de The Seals.

Gage Edwards. Running back. Profesional de las yardas. No teme a un cuarto down.

Lanzo el móvil sobre la cama. Gage está intentando controlar mi vida otra vez. Justo cuando creo que puedo confiar en él, sale con otra jugarreta para demostrar que no es de fiar. A estas alturas ya debería saberlo.

La puerta de mi dormitorio se abre de par en par antes de que Mila y Penelope irrumpan dentro.

—¿Lo has visto? —pregunta Mila.

—Es bastante notable. Creo que te has vuelto viral —añade Penelope.

Me dejo caer de espaldas en la cama y me tapo la cara con una almohada. —No quiero saber nada.

Me arrebatan la almohada de un tirón. —¿Por qué no? Pensaba que querías ser famosa.

Miro con furia a Penelope. —No quiero ser famosa. Quiero ser compositora.

Ella arruga el entrecejo. —¿No es lo mismo?

—¿A quién le importa? —Mila se sube a la cama y empieza a saltar. —¡Mi hermana es famosa! ¡Y está saliendo con un jugador de fútbol famoso!

—No estoy saliendo con Gage.

—¿Por qué no? —pregunta Otis al entrar en mi cuarto. Supongo que mi dormitorio es ahora la Estación Central. Quizá

debería cobrar entrada.

Resoplo. —Como si tuviera tiempo para citas entre vosotros tres, el trabajo en *Five Fathoms* y mi música.

Él se encoge de hombros. —Yo podría ayudar más en casa.

—¡Penelope! ¡Mila! ¡Otis! —grita mamá antes de entrar apresurada en mi habitación. —Lo siento, Addy. No me había dado cuenta de que estaban aquí dentro. No deberían haberte despertado.

—¡Pero si es famosa, mamá! —grita Mila, y me encojo. La niña tiene buenos pulmones.

—No me importa. Mila, Penelope, tenéis clase de verano. Otis, tú tienes entrenamiento. —Da palmas y les indica la salida.

A diferencia de cuando les digo yo lo que tienen que hacer, a mamá sí que la escuchan. Una vez que se han ido, cierra la puerta.

—¿Estás bien?

Frunzo el ceño. —¿Por qué no iba a estarlo?

Me observa un momento antes de asentir. —Hoy tengo un turno corto. Llevaré a los niños al colegio esta mañana y los recogeré esta tarde. Disfruta de tu día libre. —Se despide con la mano mientras se aleja a toda prisa.

Sin duda disfrutaré diciéndole a Gage cuatro cosas bien dichas. ¿Quién se cree que es?

Cojo el móvil para enviarle un mensaje, pero me detengo. Esta reprimenda debe ser en persona. No por teléfono. No voy a dejar que me cuelgue.

Una hora más tarde, entro con paso firme en el *Hideaway Haven Resort.* Me dirijo a los ascensores de las habitaciones, pero me freno en seco al darme cuenta de que no sé su número de habitación. Ni siquiera sé si está en su habitación. Por lo que yo sé, podría estar en el entrenamiento de fútbol.

¿Qué hago? ¿Le mando un mensaje para preguntarle el número? Mira, no. No quiero que piense que estoy aquí para seducirlo. No soy una groupie del fútbol.

Examino el opulento vestíbulo en busca de ideas. Mi mirada se detiene en un cartel que indica el gimnasio. ¡Ajá! El gimnasio es un lugar excelente para empezar mi búsqueda.

Dos minutos de caminata me llevan al gimnasio. Hay varias mujeres de pie en el pasillo mirando a través del cristal. Me abro paso entre ellas hasta la puerta.

Entro pisando fuerte. Mi mirada aterriza de inmediato en Gage, que está corriendo en la cinta sin camiseta.

Me tomo un momento para apreciar su piel bronceada, sus músculos firmes, la forma en que los músculos de sus piernas se tensan con cada paso que da.

—¡Gage Edwards!

Gage mira por encima del hombro y me ve. Pulsa el botón de parada de su máquina antes de saltar y dirigirse hacia mí.

Me pongo en jarras. —¡No me lo puedo creer!

Tanner bailotea detrás de él. —Alguien está en apuros.

Gage da un paso hacia él, pero Nolan se apresura a ponerse entre los dos. —Nada de peleas. De hecho —silba—, todo el mundo fuera.

Hay quejas y gruñidos, pero los otros jugadores hacen caso a Nolan mientras este los echa del gimnasio.

Una vez que estamos solos, Gage sonríe. —Hola, pajarcillo. No esperaba verte hoy.

Me echo hacia atrás. —¿No esperabas verme hoy o esperabas que no me enterara de lo que has hecho?

Se rasca el cuello. —¿Lo que he hecho?

Le doy un toque con el dedo. —Has publicado un vídeo mío cantando en las redes sociales sin pedirme permiso.

Intenta cogerme la mano, pero se la retiro de un manotazo. —¿Estás enfadada porque he publicado el vídeo del *Bootlegger*?

—¿Cuál ha sido tu primera pista?

—El humo que te sale por las orejas.

—Esto no tiene ninguna gracia.

Él se pone serio. —Lo siento.

—¿Cómo pretendes que vuelva a confiar en ti? Dices que no intentas dirigir mi vida ni controlarme y luego vas y publicas un vídeo mío en internet.

—Espera un momento. ¿Has visto el vídeo de verdad?

Lanzo las manos al aire. —¡No me hace falta! Estaba allí.

—Pajarcillo, el vídeo no trata sobre ti.

—¿Que no trata sobre mí? —Me empieza a doler la mandíbula de lo fuerte que estoy apretando los dientes. —Es un vídeo mío cantando. ¿Cómo no va a tratar sobre mí?

Levanta un dedo. —Un segundo.

Trotando hacia las cintas, recoge su camiseta y su móvil. Se pone la camiseta y no me pasa desapercibida la vista de sus músculos. De eso nada. El señor Controlador puede tener los músculos todo lo sexis que quiera. Me da igual.

—Mira el vídeo hasta el final. —Intenta pasarme su móvil, pero no me muevo.

—No voy a mirar el vídeo. He visto suficiente.

Él suspira. —Obviamente no has visto suficiente. —Entorno los ojos y le lanzo miradas asesinas. Él no sangra ni cae muerto. Mis miradas deben de estar fallando.

—Pajarcillo, escúchame. Soy famoso.

¿Cree que ayuda a su causa afirmando que es famoso? Pues no. —Qué alegría para ti.

Hace una mueca. —No soy una superestrella ni nada de eso, pero se me conoce. Mi agente insiste en que publique en mis redes sociales una vez al día. Las publicaciones diarias forman parte de mis contratos de patrocinio.

Parte de mi ira desaparece. —¿Ah, sí?

—Por desgracia. Sinceramente, no pensé que esto te fuera a molestar. Publiqué un vídeo de un grupo de nosotros en el *Bootlegger* la otra noche. Tú salías cantando de fondo.

—¿De fondo?

—Toma.

Esta vez, cuando me ofrece el móvil, lo acepto. El vídeo ya está preparado y le doy al play. El vídeo empieza con Gage y sus amigos entrando al bar. Mueve la cámara por el local hasta que aparece el escenario. Salgo cantando unos segundos antes de que la cámara se desvíe.

—Lo siento. No había visto el vídeo completo antes.

Él sonríe con suficiencia. —Sé cómo puedes compensarme.

Entorno los ojos. —No voy a limpiarle el vómito a tu ropa de ayer.

—No hace falta. Tiré esa ropa.

—Menos mal. Porque apestaba.

—¿Por qué no pasas el día conmigo?

—Debería... —Mi voz se apaga ya que no tengo ni idea de lo que debería estar haciendo hoy. Es mi día libre y no tengo que cuidar a los niños porque mamá se encarga hoy.

—Pasaremos el rato en la playa. Tomaremos bebidas de frutas con sombrillitas. Será divertido.

Un día en la playa, ignorando mis responsabilidades, es mi idea del cielo. Pero no puedo ceder tan fácilmente. No puedo dejar que Gage piense que tiene ningún control sobre mí.

—Vale.

Él sonríe. —¿Vale?

Asiento y él me levanta en el aire con un grito de alegría. —¡Va a ser increíble!

Increíble no es la palabra que yo usaría. ¿Un día en la playa con Gage sin camiseta? Quizá increíble sea la palabra correcta después de todo.

Capítulo 14

He tenido defensas más difíciles.



Gage

Le sonrío a Addy. Quiero besarla. Quiero saborear su boca carnosa, su sabor salvaje. Pero soy muy consciente de las seguidoras que nos observan desde el otro lado de la cristalera.

El dueño del complejo nos prometió privacidad frente a los paparazzi. Pero no podía prometer nada respecto a los demás huéspedes del hotel. Todo el mundo ha sido respetuoso, pero eso no impide que las mujeres —casadas o no— se congreguen en el pasillo frente al gimnasio cada mañana.

—Vayamos a la playa.

Ella arruga la nariz. —No he traído mi bañador.

—Tienen una boutique aquí. Te compraré uno.

—Deja de lanzarme dinero.

—Lo siento, pajarcillo. Tengo dinero. No voy a pedir perdón por ello. No te compraré pieles ni diamantes, pero no puedes quejarte por un bañador.

Ella arquea las cejas. —¿Que no puedo?

Suelto una risita. —Permíteme que lo diga de otro modo. Por favor, no te quejes por un bañador.

Se muerde el labio inferior mientras sopesa su respuesta. Quiero presionarla para que acepte mi oferta. Si se va a casa a buscar sus cosas, la perderé. Ya fue bastante difícil convencerla para que disfrutara de un día libre. Mi pajarcillo es una adicta al trabajo.

—Está bien. Pero solo porque me sabe mal que Rogue te vomitara encima ayer.

Rogue puede vomitarme encima todos los malditos días si eso significa que ella aceptará un regalo mío. No puedo imaginarme lo difícil que debe de ser comprarle algo en Navidad. Pero quiero averiguarlo.

La agarro de la mano y la guío fuera del gimnasio hacia la boutique. —Vámonos de compras.

—Solo un artículo, Señor Yardas.

—¿Me has estado cotilleando en las redes sociales? —Muevo las cejas con picardía.

Me da un manotazo en el estómago. —Tenía que asegurarme de que RunItGage eras tú.

Flexiono el bíceps. —¿Quién si no podría ser?

—Otro jugador de fútbol delirante.

—Tú dices delirante. Yo digo realista.

Ella resopla. —Gracias por demostrar que deliras.

Llegamos a la boutique y la hago pasar. Se dirige hacia los bañadores y yo la sigo. Elijo un biquini verde. —Este te quedaría muy bien.

—Sigue soñando, RunItGage. Yo no llevo biquinis.

—Pero si estamos en una isla, en la playa. —Pongo los labios de punta en un puchero.

—Los biquinis son para mujeres de menos de veinticinco años que no tienen una obsesión con las galletas Crujientes de Sirena.

Recorro sus curvas con la mirada. Sus caderas redondeadas y sus pechos altos. Casi se me hace la boca agua por el deseo de saborearla y tocarla.

—Las mujeres flacas son aburridas.

Ella se da la vuelta. —Supongo que tú sabrás de eso —murmura.

—No soy un ligón, si eso es lo que estás pensando.

—No solo delira y sabe ganar yardas, sino que también lee la mente.

No leo la mente, pero tampoco soy idiota. Sé cuándo una mujer está celosa. No quiero que Addy esté celosa. Quiero que se sienta segura conmigo. Otras mujeres palidecen en comparación con ella. Ninguna mujer ha captado nunca mi atención de la forma en que ella lo hace.

—También tengo una bola de cristal.

Ella suelta una carcajada brusca. —¿Llevas un turbante dorado y adivinas el futuro?

—Qué va. El dorado no es mi color.

—Miedo a los goles de campo y a vestir de color dorado. Deberías añadir esos atributos a tu perfil de citas.

No quiero un perfil de citas. La quiero a ella. A mi pajarcillo, cuyo sabor no puedo sacarme de la cabeza.

Agita un bañador frente a mí. —Voy a probarme este.

La sigo hasta los probadores. Ella me señala con el dedo de forma acusadora. —No se permiten medios zagueros.

Señalo el sofá. —¿Puedo sentarme aquí, o esto está reservado para los tight ends?

—Tú estás bien. Tienes un buen tight end. —Me guiña un ojo antes de desaparecer en el probador.

Me recoloco el rabo medio erecto antes de sentarme en el sofá. Saco el móvil y me acomodo. Según mi experiencia, las mujeres necesitan mucho tiempo para probarse ropa. Pero Addy aparece después de que yo haya leído un solo correo electrónico.

Me pongo en pie. —¿Y bien?

—Servirá.

Le pongo la mano en la espalda y la guío hasta la caja.

—Hola, Terri —saluda ella—. ¿Qué haces aquí?

—La dependienta necesitaba ir al baño y me pilló pasando por delante.

—¿Conoces a Gage? —Terri niega con la cabeza—. Gage, esta es Terri. Terri, Gage.

Terri lo mira con los ojos entrecerrados. —¿Eres compañero de equipo de Nolan?

—Sí.

—Siento lástima por ti.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Addy.

Terri arruga la nariz. —He cometido un error.

—Los errores ocurren. Pasarás página y lo olvidarás pronto.

—No puedo olvidar este error —murmura ella.

—¿Necesitas hablar? Hoy libro.

Ella hace un gesto de desdén con la mano. —Qué va. Estoy bien. Además, tengo una boda grande este fin de semana para la que debo terminar de prepararme.

Addy duda. —¿Seguro?

—Seguro. Largo de aquí. Ve a enseñarle a este hombre lo sexy que es tu nuevo bañador.

Las mejillas de Addy se oscurecen mientras se despide de Terri. Le agarro la mano y salimos de la boutique paseando hacia la playa.

—He reservado una cabaña para nosotros.

—¿Una cabaña? No necesitamos una cabaña. Es tirar el dinero. Podemos poner nuestras toallas en la arena.

Muevo los hombros. —No después del entrenamiento de espalda de esta mañana.

Ella me estudia. —Está bien. No quiero que te duela la espalda.

—Es un auténtico suplicio gastar dinero en ti, ¿lo sabías?

Ella sonríe. —Lo sé. Y te doy las gracias.

Suelto una risita al llegar a la cabaña. —Puedo cerrar las cortinas para que te cambies en privado.

—No hace falta. —Se quita la camiseta de un tirón para revelar su bañador. Me quedo con la boca abierta. Sus pechos apenas caben en el escote pronunciado.

—¡Yuu-huu! —Tanner saluda desde la cabaña de al lado, donde está descansando con Nolan. Brock y Corbin están en la cabaña al otro lado de nosotros.

—¿Nos habéis seguido, capullos?

Tanner parpadea con inocencia. —¿Cómo íbamos a seguiros? Nosotros llegamos primero.

Addy suelta una risita. —Tiene razón.

—Créeme. Tanner nunca tiene razón. —Le ofrezco la mano para ayudarla a subir al diván.

—Ah —exclama Tanner con tono meloso—. ¿Ya os habéis reconciliado?

—Pórtate bien o les contaré a todos lo que tú y Alaia hicisteis anoche —advierte Addy.

Él se echa la mano al pecho. —¡No serías capaz!

—Ponme a prueba.

Nolan se ríe. —Me cae bien.

—Como debe ser. Soy increíble.

—¿Puedo irme ya? —pregunta Brock.

Tanner frunce el ceño. —No, Señor Gruñón, no puedes irte.

—Sé amable, tontaina —regaña Addy a Tanner—. No todo el mundo tiene energía para andar dando botes como un cachorro todo el día.

Tanner saca pecho. —No soy un cachorro.

Ella resopla. —Lo que necesites decirte a ti mismo.

—Tengo hambre —refunfuña Brock—. Pidamos unos nachos.

—Dice «pidamos», pero si tienes hambre, pídete tu propia comida. No dejará que toques la suya —dice Corbin.

—Gracias. —Addy le sonríe a Corbin—. Pero no tengo hambre.

—¿Qué quieres beber? —le pregunto—. Te prometí una bebida de frutas con sombrillita.

—Gracias, pero no me van mucho las bebidas de frutas. ¿Mejor me traes una cerveza?

—Puedes tomar lo que quieras. —Y lo digo muy en serio, lo que ella quiera.

—Yo quiero una cerveza —dice Corbin.

—Yo también.

—Y yo.

—La cerveza y los nachos van genial juntos.

—Pide seis cervezas, Señor Yardas. No queremos que nadie pase sed.

—Nadie va a pasar sed —murmuro—. Hay botellas de agua en los mini-frigoríficos de cada cabaña.

—Ve a pedir las cervezas. —Me da un empujoncito—. Y no seas gruñón. Al parecer, Brock es el gruñón de tu grupo.

Le beso la nariz. —Como desees.

—Hagamos un concurso de saltos de bomba —sugiere Tanner.

—Tío, no querrás competir conmigo. Me crié en la playa. —Los ojos de Addy se llenan de emoción.

—Acepto el reto.

—Tú mismo has firmado tu sentencia.

Camino hacia el bar para pedir nuestras cervezas y algo de picar, porque puede que mi pajarcillo no tenga hambre, pero yo estoy famélico. Me acomodo en un taburete para observar a Addy interactuar con mis amigos.

Encaja perfectamente. Esto es lo que siempre he querido en una mujer. Alguien a quien mis amigos acepten. Alguien que encaje en mi vida.

Y Addy encaja. Ella es la elegida para mí. Solo tengo que convencerla de que me deje salir de la zona de amigos.

Capítulo 15

Las colas de sirena lo complican todo.



Addy

—Vaya, vaya. Aquí vienen los problemas —saludo a mi jefa, Chloe, y a las demás dueñas de *Five Fathoms Brewery.*

Chloe, Sophia, Nova, Maya y Paisley solían ser las mayores alborotadoras de Smuggler's Hideaway. Hasta que el amor las amansó y empezaron a tener hijos. Aunque «amansar» quizá no sea el término más adecuado para este grupo.

Nova resopla. —Yo no soy ningún problema.

Suelto una carcajada. —¡Ja! La última vez que participaste en *la carrera de Mermaid Lagoon*, apareció Hudson, te puso su camiseta y los ovarios de todas las mujeres de la isla explotaron.

Ella suspira y se le queda una mirada soñadora y lejana. —Qué buenos tiempos.

—¿Dónde está Iliana? —pregunta Mila.

Iliana es la hija de Nova —de la que estaba embarazada cuando Hudson se puso en plan hombre de las cavernas con ella— y a Mila le encanta jugar con ella.

—Está en casa con su padre —dice Nova, y yo suspiro aliviada. Las ideas de Mila sobre cómo jugar con un bebé no son precisamente seguras.

—Pero yo quiero jugar con ella —se queja Mila.

Indico a los niños que nos rodean. —Tienes bastantes niños con los que jugar. —Niños de su edad a los que no dejará caer de cabeza por accidente.

—No quiero jugar. ¿Puedo irme a casa?

Suelto un quejido ante la pregunta de Penelope. Mientras la mayoría de los niños juegan al pilla-pilla o chapotean en el lago, ella está leyendo un libro. Este trata sobre el comercio de diamantes. Mi hermana gobernará el mundo algún día. Mientras tanto, quiero que se divierta. Sigue siendo una niña.

—Te apuntaste para participar en la carrera.

Arruga la nariz. —No me di cuenta de que todo el mundo se disfrazaría de sirena de verdad.

—Son *las carreras anuales de Mermaid Lagoonn* en Smuggler's Hideaway. ¿Qué esperabas?

Frunce los labios. —Tienes razón. Debería haberlo previsto.

—¿Por qué eres tan aburrida? —le grita Mila a Penelope.

—Deja de avergonzarme —sisea Otis.

—Sirena mía, sálvame de los adolescentes avergonzados —murmuro.

—Yo te salvaré —dice Gage al unirse a nosotros.

Siento un vuelco en el estómago mientras la emoción me invade. No esperaba ver al jugador de fútbol hoy. *Amigos.* Le recuerdo a mi estómago. Gage y yo somos amigos. Nada más.

—Tú claramente estás ocupada —Chloe arquea las cejas—. Nos vemos luego.

—Hablando de ovarios que explotan —murmura Nova mientras se aleja con Chloe y las demás mujeres.

—¡Os estáis haciendo una idea equivocada! —les grito.

Sophia me mira por encima del hombro. —Claro que sí. —Me guiña un ojo antes de despedirse con la mano.

—Hola, pajarillo. —Gage me besa en la mejilla en cuanto mi jefa y sus amigas se pierden de vista.

—¿Eres el novio de mi hermana? —pregunta Otis y siento que la cara me arde.

—Otis —siseo—. No te incumbe.

Él saca pecho. —Eres mi hermana. Me incumbe si estás saliendo con alguien.

Gage le revuelve el pelo. —Muy bien hecho. Cuidando de tu hermana. ¿Cómo te sentirías si estuviéramos saliendo?

—Gage —le reprendo—, no estamos saliendo.

Él se encoge de hombros como si no le importara lo más mínimo. Como si no hubiera estado insistiendo para tener una cita desde el segundo en que nos conocimos. —No hace daño comprobar qué le parecería a tu hermano.

—Seguramente estaría feliz, porque está obsesionado con el fútbol y tú juegas al fútbol —dice Penelope.

—¡Basta! —Hago un gesto cortante en el aire—. Gage y yo no estamos saliendo, lo que hace que la pregunta no tenga sentido.

—¿Por qué no?

Gimo ante la pregunta de Otis. —No te incumbe.

—Sí me incumbe si él te está presionando para salir y tú no quieres.

Gage asiente. —Me gusta este chico.

Le doy un golpe en el pecho. —No le animes.

—Es bueno que sea protector contigo.

Lanzo los brazos al aire. —¡Que los contrabandistas me salven de los hombres protectores!

Gage me pasa el brazo por los hombros y me atrae hacia él. —Finge todo lo que quieras, pero yo sé la verdad.

No respondo porque tiene razón. Me alegra que Otis se porte de forma protectora. No quiero que meta las narices en mi vida amorosa, pero es bueno que sea protector con sus hermanas pequeñas. Penelope sabe cuidarse sola, pero Mila va a necesitar a alguien que la proteja. Olvida eso. El mundo necesitará protección contra Mila.

Suena un silbato y Lana, la alcaldesa de Smuggler's Rest, se sube a una mesa de picnic.

—¡Escuchad, sirenas, contrabandistas y gente que está aquí porque alguien le prometió copas después! ¡Bienvenidos a *las carreras anuales de Mermaid Lagoon*!

Para nuestros visitantes, sí, esto es una competición real. Sí, las colas son obligatorias. Y no, no aceptamos responsabilidad por tirones, inhalación de purpurina o egos heridos.

Hoy, estas valientes mujeres intentarán nadar a lo largo de la laguna luciendo lentejuelas, silicona y diversos niveles de dignidad. Este evento es una orgullosa tradición de Smuggler's Hideaway, que se remonta al año en que alguien dijo: *«Apuesto a que podría nadar más rápido con una cola de sirena»*, y a quien se debería haber ignorado por completo.

Unos breves recordatorios antes de empezar:

Primero. Esto es una carrera, no una recreación de un buceo en un naufragio. Si perdéis la cola, seguid nadando. La recuperaremos más tarde.

Segundo. Nada de zancadillas, tirones ni salpicaduras «accidentales» a vuestras competidoras. Esta es una competición de velocidad y elegancia. O al menos de velocidad.

Tercero. Si lleváis aletas extra, flotadores o cualquier cosa que no le crezca de forma natural a una sirena, haced el favor de quitarlo ahora. Estaremos vigilando.

Y, por último, recordad que esto trata de comunidad, valor y de demostrar de una vez por todas que las sirenas son mucho más atléticas que los piratas.

A la de tres, *¡Las sirenas de Hideaway dominan la marea!* ¡Una, dos y tres...!

Levanto el puño en el aire. —¡Las sirenas de Hideaway dominan la marea!

—¿Cuál es tu cola? —Gage señala con la cabeza las dos colas de sirena que hay en el suelo cerca de nosotros.

—Ninguna. Yo no participo.

—¿Por qué no?

—Tengo que vigilar a los niños.

—Yo puedo vigilarlos.

Le miro parpadeando. —¿Vas a vigilar a mis hermanas? ¿Asegurarte de que Penelope no se ahogue? ¿De que a Mila no la secuestre nadie que le prometa pastel? ¿Y de que Otis no se escape para irse con sus amigos?

—Yo me encargo. —Me da un empujoncito hacia el puesto de las colas de sirena—. Coge tu cola. Apuesto a que serás una sirena preciosa.

Entorno los ojos. —¿Es que no soy una humana preciosa?

—Que seas una humana preciosa es precisamente lo que me hace estar seguro de que serás una sirena preciosa.

—Buena jugada, Yard-Getter.

Él sonríe con suficiencia. —Hacer jugadas es parte de mi trabajo y soy excelente en mi trabajo.

Dudo. —Hace años que no me pongo una cola de sirena.

—Eso lo dice la mujer que ganó el concurso de saltos en plan bomba contra Tanner.

—Tanner tiene el ego muy inflado.

Se ríe. —Qué forma tan amable de decir que es un engreído.

—Anda, ve, Addy. Yo ayudaré a Gage a vigilar a Penelope y a Mila.

Abro mucho los ojos ante el comentario de Otis. —¿Vas a ayudar?

—Quiere freír a Gage a preguntas sobre todo lo relacionado con el fútbol —dice Penelope.

—Está bien. Correré, pero que nadie se ría de mi cola luego. —Me dirijo al puesto de las colas de sirena acompañada por las risas de mi familia. Bueno, de mi familia y de Gage. Gage no forma parte de mi familia.

Se me encoge el corazón. ¿Cómo se sentiría tener a un hombre que formara parte de mi familia? Nunca he tenido a un hombre en mi familia. No recuerdo a mi padre porque se fue cuando yo tenía dos años. Y Otis, Penelope y Mila tienen padres distintos. Ninguno de los cuales se quedó.

Basta. Obligo a esos pensamientos a marcharse. Gage no se va a unir a la familia.

La primera carrera empieza en cinco minutos. Me apresuro a elegir una cola y me la pongo antes de ir a saltitos hasta la línea de salida.

—¡Vamos, Addy!

Miro hacia donde está Gage. Tiene a Mila sobre los hombros. Penelope ha cerrado su libro y está prestando atención al mundo que la rodea. Mientras tanto, Otis mira a Gage como si fuera un dios. Es un hacedor de milagros.

La alcaldesa se sitúa en la línea de salida.

—Nadadoras, ocupad vuestros puestos. Público, preparaos para vitorear. Y socorristas... por favor, manteneos alerta. A mi cuenta. ¡Colas arriba, barbillas altas y que gane la sirena más rápida!

Suena el silbato y me zambullo en el agua. Ignoro a las demás nadadoras mientras nado a toda prisa hacia el otro lado de la laguna.

Hace mucho tiempo —antes de darme cuenta de lo desesperada que era mi situación familiar— me encantaba nadar. Incluso estuve en el equipo de natación un año en secundaria. Hasta que necesité un bañador nuevo y descubrí que no había dinero.

Alguien me da con el codo pero la ignoro y sigo nadando. Llego al otro lado de la laguna y saco la cabeza del agua.

—¡Has ganado! —grita Gage.

—¿Qué? —Examino la laguna. La mayoría de las otras sirenas siguen nadando. Solo han terminado otras dos mujeres. —¿He ganado?

Él me ayuda a salir del agua y me toma en sus brazos. —¡Has ganado!

Mila salta arriba y abajo. —¡Has ganado! ¡Has ganado! ¡Has ganado!

Penelope sonríe. —¡Felicidades!

Otis me da una palmada en la espalda. —Buen trabajo, tata.

—¿Cuál es tu premio? —pregunta Gage.

Solo hay un premio en Smuggler’s Hideaway. —Una botella de aguardiente local.

—Excelente. Puedes traerla contigo a la barbacoa.

—¿Qué barbacoa?

—Mi equipo va a hacer una barbacoa en la playa.

—No puedo ir. —Por mucho que me gustaría. Sus compañeros son un caso. Infantiles y pesados, pero divertidísimos. Pero no

puede ser. Mi madre está trabajando. Tengo que cuidar de los niños.

—Otis se ha ofrecido voluntario para hacer de canguro esta noche.

Arqueo una ceja. —¿Otis se ha ofrecido voluntario?

Él se encoge de hombros. —Puede que le haya ofrecido dinero para pizza si se queda en casa con sus hermanas esta noche. De todas formas, debería cuidarlas más a menudo.

Levanto una mano. —No voy a tener esta discusión contigo. Ayúdame a bajar.

Me lleva hasta una mesa vacía con mis hermanos siguiéndonos. Me deja en el suelo y observa la cola que llevo. —¿Cómo te ayudo a salir de la cola? ¿O es que ahora esto es permanente?

Suelto una risita. —Hay una cremallera atrás.

—Date la vuelta.

Dudo. Mi parte trasera no es precisamente lo más atractivo de mi cuerpo. Para empezar, es demasiado grande.

—Pajarillo, date la vuelta.

Malditos piratas. No puedo resistirme cuando baja la voz y me ordena. Me recorre un escalofrío.

Me echa una toalla sobre los hombros antes de bajar la cremallera. Desliza las manos por mis costados y se me pone la piel de gallina.

Quiero saltar a sus brazos antes de dejar que me quite el resto de la ropa. Antes de que recorra el resto de mi piel con esas manos tan grandes. Vuelvo a estremecerme.

—¿Tienes frío? —Frunce el ceño antes de cogerme en brazos —. Chicas, coged la ropa de vuestra hermana.

—¿Qué estás haciendo?

—Llevarte a los vestuarios para que puedas ponerte ropa seca. No vas a pillar un resfriado delante de mí.

—Hace casi treinta grados. No tengo frío.

—Pero estás temblando.

No respondo. Dejo que el rubor que me nace en las mejillas y se extiende por mi cuello hasta el pecho responda por mí.

—Oh. —Sus ojos marrones se oscurecen hasta que se ven las motas verdes. ¿Qué aspecto tendrían esos ojos cuando él...?

Corto esos pensamientos. —No significa nada. Solo somos amigos.

Por mucho que desee más. Por mucho que mi cuerpo anhele más. No puede ser.

Capítulo 16

Amigos. Solo amigos. Probablemente.



Addy

Frunzo el ceño cuando Gage saca una nevera portátil grande de su vehículo. —Pensaba que íbamos a comprar comida para la barbacoa.

—Y lo vamos a hacer. —Levanta la nevera—. Esto es para la carne.

Abro mucho los ojos. —¿A cuánta gente piensas alimentar?

Él se ríe y me empuja hacia la puerta principal de *Mariner's Market.* —Los jugadores de fútbol comen mucho.

—No sé si en *Mariner's Market* tienen tanta carne.

—Hice el pedido por adelantado.

Cojo un carrito. —Puedes meter la nevera aquí dentro.

—Estoy bien así.

—Si estás intentando impresionarme, no está funcionando.

Se levanta la nevera por encima de la cabeza. Sus bíceps se tensan y su camiseta se ajusta contra su pecho. —¿Y ahora qué?

—Estoy impresionada por la capacidad elástica de tu camiseta.

Se ríe mientras vuelve a posar la nevera en el suelo. —A mi pequeño pajarcillo no se la impresiona fácilmente.

—Que te crezca una cola de sirena y cruces una laguna nadando, entonces hablaremos.

—Ha sido bastante impresionante lo rápido que has nadado tú.

Hago una reverencia. —Gracias.

Me guía hasta el mostrador de la carne. Cuando llega su turno, el carnicero acerca un carrito. Se me abren los ojos de par en par al ver cuánta carne hay apilada. Gage mete rápidamente toda la carne en la nevera.

Cuando levanta la nevera esta vez, sí que me impresiona. Debe de pesar veinticinco kilos.

—Gage, pon la nevera en el carro. Te vas a provocar una hernia cargando con un gritón de kilos de carne.

—¿Un gritón de kilos? —Esboza una sonrisa burlona—. Le diré al equipo que ahora soy el que más peso levanta.

—Deja de bromear. No quiero que te hagas daño.

—Me gusta que te preocupes, pero no hay motivo.

Pongo mala cara. —Eres un cabezota.

—Vamos. —Me hace un gesto para que lo siga—. Cojamos unas patatas fritas y ensaladilla.

¿Patatas fritas y ensaladilla? Para cuando terminamos de comprar, el carro rebosa de todo tipo de aperitivos.

—Pensaba que teníais pesajes —digo mientras cargamos la comida en el SUV de Gage.

—¿Estás diciendo que estoy gordo?

Recorro su cuerpo con la mirada. Gordo es la última palabra que usaría para describir a Gage Edwards. En forma, musculoso, sexy. Esas son las palabras que me vienen inmediatamente a la mente.

Finjo indiferencia. —Supongo que no.

Sacude la cabeza mientras cierra el maletero de un golpe. —Voy a tener que esforzarme mucho para impresionar a mi pajarcillo.

Nadie se ha esforzado nunca por impresionarme. Ni siquiera mis anteriores novios. Estaban demasiado ocupados quejándose por todos los mensajes que recibía durante las citas. Como si fuera culpa mía que mis hermanas se peleen como si fuera un evento olímpico en el que planean ganar una medalla.

Me acompaña a la puerta del copiloto, pero dudo. —¿Debería ir en mi coche? No quiero que tengas que volver al pueblo después de la barbacoa.

—Estaré encantado de llevarte.

Arrugo la nariz. —Pero así no puedes beber.

—Estoy entrenando. De todas formas no bebería más de una cerveza o dos. —Abre la puerta y me empuja suavemente al interior.

—Si estás seguro...

Me da un toquecito en la nariz. —Es un privilegio llevarte, pajarcillo.

¿Privilegio? Se está esforzando demasiado.

Excepto que, cuando lo miro a esos ojos de color marrón chocolate con destellos verdes, solo veo pura honestidad.

Cedo. —Vale.

—¿Estarán Tanner, Nolan, Brock y Corbin en la barbacoa? —pregunto una vez que salimos del pueblo hacia el complejo turístico.

—No sé qué decirte de Brock y Corbin, pero Tanner y Nolan estarán allí seguro. Tanner porque es un bromista que no puede

resistirse a una fiesta. Nolan, porque como quarterback, cree que es su deber mantenernos alejados de los líos.

Suelto un bufido. —Dudo que haya alguien capaz de mantener a Tanner alejado de los líos.

Me mira de reojo. —Tanner tiene sus problemas.

—¡Sammy! —Señalo la carretera—. ¡Para! ¡Para! ¡Para!

Gage frena y consigue detenerse en seco, chirriando las ruedas, a pocos pies de la foca. —Madre mía. ¿Eso es una foca en mitad de la carretera?

—Te hablé de Sammy.

—Pensaba que te estabas inventando una historia.

—Pues no. Sammy es real. Vamos a moverlo. —Salgo del SUV y Gage corre tras de mí.

—¿Deberías tocarlo? Es un animal salvaje.

—No voy a tocarlo. ¿A que no, Sammy chico?

Sammy me lanza un graznido.

—Perdona. Sammy el machote.

Él asiente con la cabeza.

Gage se queda boquiabierto. —¿Entiende lo que dices?

Sammy le sisea. Y él levanta las manos. —Perdona. ¿Acabo de pedirle perdón a una foca?

Me río. —Sí, lo has hecho.

—Esta isla es salvaje.

—Y a mucha honra. —Señalo a la foca—. Ahora, vamos a quitarlo de la carretera antes de que algún turista lo atropelle.

Sammy gruñe.

Suspiro. —Ya sé que hace un día precioso para tomar el sol en el asfalto. Pero ya sabes cómo son los turistas. Nunca prestan

atención.

Sammy sisea.

—No, no podemos odiar a los turistas. Son importantes para la economía de la isla.

Sammy grazna.

—Ahora, ¿quieres hacerme el favor de quitarte de la carretera?

Gage se acerca un poco más a mí para susurrarme: —¿Se lo pides y se mueve?

Señalo a Sammy. No se ha movido ni un centímetro. —Sammy —gruño—. Quítate al borde de la carretera o llamaré a los de la perrera.

Me sisea antes de avanzar torpemente un par de metros. Sigue en la calzada, pero ya no está justo en medio. Me sirve.

—Gracias, Sammy el machote. ¡Que tengas un buen día!

Ladra y agita la aleta en el aire.

Como Gage se queda ahí parado en mitad de la carretera mirando a la foca, le tomo de la mano y lo guío de vuelta a su SUV. Él sacude la cabeza.

—Pensaba que ya lo había visto todo después de ver a las mujeres competir hoy con colas de sirena.

Me río. —Pues no. Smuggler's Hideaway tiene más sorpresas preparadas para ti.

Su mirada se caldea y aparecen esos destellos verdes. —Eso espero. Eso espero.

Un escalofrío me recorre la espalda. No creo que se esté refiriendo a la isla. Amigos, me recuerdo a mí misma. Gage y yo solo somos amigos.

Cuando llegamos al complejo, Brock y Corbin nos están esperando. En cuanto aparcamos, cruzan el parking hacia nosotros.

—Ya era hora —refunfuña Brock.

—No le hagas caso. Se pone gruñón cuando tiene hambre —dice Gage.

—Siempre está gruñón —añade Corbin.

Gage abre el maletero y Brock saca la nevera mientras Corbin coge todas las bolsas de la compra. Se marchan sin decir una palabra más.

—Podemos ayudar —les grito.

—No querríamos que el pequeño Gage se hiciera daño —dice Brock.

—¿El pequeño Gage? —Le miro—. Mides bastante más de un metro ochenta.

Él saca pecho. —Uno ochenta y ocho para ser exactos, pero ellos dos me sacan casi quince centímetros. Eso les hace creer que son superiores. Se equivocan.

—¿Es que el vacile no se acaba nunca?

—Nunca. —Me agarra de la mano y una descarga de electricidad me recorre al contacto con su piel. Me pregunto qué se sentiría si me tocara en otros lugares. Preferiblemente mientras los dos estuviéramos desnudos. Se me ponen los pezones como piedras y se me humedecen las bragas.

Amigos. Solo amigos. Obligo a mis pensamientos sexis sobre Gage a salir de mi mente.

Intento soltar mi mano de la suya, pero él aprieta el agarre. Abro la boca para gritarle, pero llegamos a la playa y donde están sus amigos. No voy a discutir delante de sus compañeros de equipo. No dudarían en meter las narices en nuestros asuntos.

—¡Gage! —Nolan me saluda—. Ven a jugar al voleibol con nosotros.

—Estoy bien.

—¿No quieres jugar al voleibol? —pregunto.

—Quiero pasar el tiempo contigo.

—Ve. —Suelto mi mano de la suya—. Diviértete. Yo miraré.

—¿Estás segura? Te he invitado yo hoy. No quiero abandonarte.

—Estoy bien.

Él frunce el ceño. —Las mujeres que dicen que están bien no lo están.

Señalo a Alaia y Terri. —Me quedaré con ellas mientras juegas.

Como todavía duda, lo empujo hacia delante. —No soy una damisela en apuros. Puedo divertirme sola.

—Pero es más divertido cuando estamos los dos. —Mueve las cejas de forma sugerente antes de quitarse la camiseta de un tirón.

Aprieto los labios para no babear. El pecho de Gage es magnífico. Los escultores podrían usarlo como modelo. Los ángulos marcados. Esos abdominales de infarto. La piel suave.

Me lanza su camiseta. —Suéltame esto.

Se va trotando. La parte de atrás es tan magnífica como la de delante. Sus hombros parecen lo suficientemente fuertes como para cargar con todos los pesares del mundo.

Alaia y Terri se reúnen conmigo. Alaia se cruza de brazos sobre el pecho. —Nunca antes había entendido el atractivo de *Top Gun*, pero ahora lo pillo.

—Todo se resume en la escena del voleibol en la playa —dice Terri.

—No puedo creer que estés saliendo con Gage Edwards, la estrella de la NFL —dice Alaia—. Tú odias a la gente del continente.

Nadie puede odiar a Gage. Es demasiado amable, atento y sexy. De verdad que tengo que dejar de babear por él. Es mi amigo.

Nada más.

—Gage y yo no estamos saliendo.

Terri resopla. —¿Sabe él que no estáis saliendo?

—Somos amigos.

Ella sonríe con sorna. —¿Amigos? ¿Así es como lo llaman los jóvenes ahora?

—Hablo en serio. Solo somos amigos.

—Addy, te quiero. —Alaia suspira—. Pero si no saltas sobre ese hombre y lo montas como a un poni, me sentiré muy decepcionada contigo.

Siento un cosquilleo en el estómago ante la idea de saltar sobre Gage. Ha pasado tanto tiempo desde la última vez que tuve sexo. Me había rendido con el tema porque mis novios anteriores resultaron ser más agotadores que satisfactorios. Sus quejas sobre lo ocupada que estaba y sus egos heridos cuando mi vida no orbitaba alrededor de ellos no los hacían muy atractivos.

Pero Gage no es un novio.

Él no me exige tiempo. No me hace sentir culpable por elegir a mi familia primero. Me mira como si fuera algo excepcional. Algo que él desea.

Es mi amigo.

Y los amigos... los amigos pueden tener sexo, ¿verdad?

No tengo espacio en mi vida para una relación. Pero quizá sí tenga espacio para esto. Para una decisión temeraria y egoísta que sea solo para mí.

¿Y si después las cosas se complican? Ya me preocuparé de eso más tarde.

Capítulo 17

He terminado de rondar la línea de meta.



Gage

Addy suelta una risa mientras coloca la botella vacía de licor de contrabando en la mesa de mi suite. —Uf. Me alegra haber podido dejarla por fin. Pesaba increíblemente.

Levanto los ojos en blanco mientras deposito la nevera en el suelo. —No necesitaba tu ayuda.

—Por supuesto que no. El jugador de fútbol americano grande y fuerte puede hacerlo todo él solo. Pero yo también soy fuerte. —Flexiona el bíceps.

—Estoy impresionado. Pero no tanto como cuando hiciste una voltereta mortal sobre la hoguera.

Ella hace una reverencia y acaba tropezando. Le agarro el codo para estabilizarla antes de que se golpee la cara contra la alfombra.

—Estoy bien. —Me empuja. —Soy una contrabandista. Puedo con mi alcohol.

—Claro que puedes, ya que desafiaste a Tanner a una competencia de chupitos.

—Que gané. Muchas gracias.

La detengo antes de que haga otra reverencia. —Tanner está en entrenamiento. No debería estar bebiendo chupitos.

—Él empezó. No puedo evitar que me haya subestimado.

—Todos te subestimaron. Eres medio pie más baja que yo, y yo soy el más bajo del grupo.

Ella me acaricia el pecho. —Ay, pobre Gage. Un hombrecillo tan diminuto entre todos los grandes jugadores de fútbol americano.

Gruño. —Te voy a enseñar quién es el hombrecillo.

La rodeo con los brazos y la acerco a mí. Ella jadea cuando su estómago toca mi miembro. Mi polla ha estado dura y anhelante desde que se puso una cola de sirena hace poco. Casi pierdo la cabeza y me la llevo cuando le desabroché la cola y sentí su piel suave por primera vez.

—Eres un hombre peligroso, Gage Edwards.

—Solo para los defensas que se interponen en mi camino. —Le coloco un mechón de pelo detrás de la oreja. —No soy peligroso para ti. Puedes confiar en mí.

Me mira a los ojos y dejo caer todas mis defensas. Me niego a esconderme de Addy. Ella es la mujer que quiero. No quiero ser solo amigos. Quiero más.

Ella se muerde el labio inferior. —No sé. No me es fácil confiar en los hombres.

Esta es la oportunidad que he estado esperando. —¿Por qué no?

—Cuando tu padre se va cuando tienes dos años y nunca vuelves a saber de él, confiar en los hombres se hace difícil.

Mis fosas nasales se dilatan. Los hombres nunca deberían abandonar a sus familias. —Idiota.

Ella levanta una ceja. —¿Pero tú no eres un idiota?

—Nunca abandonaría a mi familia. Nunca. —Si alguna vez tengo una familia, me aferraré a ella con toda la fuerza posible.

—Te creo.

—¿De verdad? —Esperaba pasar las próximas semanas convenciéndola de que puede confiar en mí.

—Cualquiera que considere familia a Tanner y lo defienda es una persona profundamente leal.

—Soy una persona profundamente leal.

También soy un caballero. O, al menos, lo soy con ella. Nunca lo he sido antes. Nunca lo necesité antes. Pero ella no está lista para que nuestra relación progrese a lo físico.

Me alejo un poco pero ella me agarra los hombros para mantenerme donde estoy. —¿Adónde vas?

—No quiero presionarte.

—¿Después de provocarme todo el día?

Fue ella la que me provocó todo el día. Moviendo esas caderas increíbles cada vez que se movía. Pasándose el cabello por el hombro desnudo. Dándome vislumbres tentadores de esos senos increíbles. Hay una razón por la que mi polla está a punto de explotar en mis pantalones.

—No te provoqué.

Ella resopla. —No llevabas camiseta en ningún momento.

—¿Te gusta mi pecho?

—Y luchaste con Brock.

—Quien me pateó el trasero.

—Aun así, lograste mostrar todos tus músculos duros.

—Mis músculos no son lo único que está duro.

Ella suelta una carcajada. Se rodea el estómago con los brazos y se dobla mientras la risa sale de ella. —Cursi.

—Te hice reír, ¿verdad?

Ella me sonríe. —Me haces reír mucho.

—Bien. Necesitas más risa en tu vida.

—¿Quién dice que no tengo suficiente risa en mi vida?

—Tú estando demasiado ocupada para tener tiempo de divertirte.

Ella se pone rígida. —Me divierto. Me gusta mi trabajo. Amo a mi familia. Y disfruto escribiendo canciones.

Le coloco la mano en la mejilla. —Esas son obligaciones. No diversión.

—¿Y tú eres diversión?

—Pajarcillo, yo soy más que diversión.

Ella se muerde el labio inferior y su mirada cae a mi boca. Es una invitación que no puedo rechazar. Bajo la cabeza. Me muevo despacio para darle la oportunidad de decir que no. Pero no lo hace.

Presiono mis labios contra los suyos y ella suspira. Introduzco la lengua en su boca. Está ahí. El sabor con el que he estado obsesionado desde la primera vez que la probé. Bajo la cerveza y los chips de tortilla que comió después de cenar está su salvajismo.

Gimo antes de inclinar su cabeza para profundizar. Ella se aferra a mis hombros. Sus uñas se clavan en mi piel. Quiero sus uñas clavándose en mi espalda. Marcándome con su pasión.

La acerco más. Sus senos se presionan contra mi pecho. Y mi miembro se empuja contra su estómago. Ella enrosca una pierna alrededor de mis caderas para frotarse contra mi polla. Mi miembro duro se tensa contra mi cremallera.

Separo los labios de los suyos para dejar un rastro de besos a lo largo de su mandíbula hasta que llego a su oído. —¿Estás segura?

—Estoy segura.

Me encuentro con su mirada. No quiero que te arrepientas de esto por la mañana. No quiero que te arrepientas de mí. Quiero que se enganche a mí. De la manera en que yo estoy enganchado a ella.

Sus ojos marrón claro son claros. No hay duda. Solo pasión. *Sí.*

—Si en algún momento cambias de idea, di la palabra y pararé.

—¿En cualquier momento?

—Pajarcillo, no me importa si estoy enterrado profundamente en ti a punto de venir. Si dices «para», paro. Eres mía para proteger.

—No soy tuya.

Esas palabras duelen. Quiero que seas mía. Quiero que te regocijes siendo mía. Pero si necesitas tiempo para entender la verdad de nosotros, te lo daré. Te daré cualquier cosa que quieras. Ni siquiera tienes que pedirlo. Es tuyo para que lo tomes.

—Por esta noche lo eres.

Ella me mira desde debajo de sus pestañas. —Puedo estar de acuerdo con esto.

—¿Sí?

—Sí.

La levanto en mis brazos y la cargo hacia el dormitorio de mi suite. La acuesto en la cama antes de cubrirla con mi cuerpo.

—Quiero explorar cada rincón de tu cuerpo. Con mis manos y mi lengua. —Ella se remueve debajo de mí, y sonrío con suficiencia. —¿Apruebas esta idea?

—Siempre y cuando pueda tocarte.

—Pajarcillo, puedes tocarme donde quieras.

Ella desliza la mano entre nuestros cuerpos para apretar mi miembro. Mi polla llora en respuesta.

—No va a durar mucho si continúas.

Ella aprieta de nuevo. La pequeña traviesa.

—¿Quieres que venga en mis pantalones como un adolescente?

Sus ojos se abren de par en par. —Quizá.

Le agarro la muñeca y le sujeto el brazo contra la cama. —Eres una alborotadora.

Ella enrosca las piernas alrededor de mi cintura y se frota el centro contra mi polla. Aprieto los dientes ante lo bien que se siente tener su calor tan tentadoramente cerca.

—Dijiste que puedo tocarte donde quiera. Cuando quiera.

Dos pueden jugar a este juego. Me arrodillo y me quito la camiseta. Ella se lame los labios antes de levantar las manos para deslizarlas a lo largo de mi pecho. Gruño al fin tener su toque de la manera en que he querido desde la primera vez que la vi.

—¿Cuánto entrenas?

—Soy un atleta profesional. Literalmente, mi trabajo es entrenar.

—¡Vamos Seals!

Suelto una risa. —Llevas demasiada ropa.

—Supongo que tendrás que hacer algo al respecto, Señor Yard-Getter.

Agarro el bajo de su camiseta y la saco, dejándola en un sujetador rosa brillante. Recorro un dedo por el borde del material. —Es bonito, pero tiene que irse.

Ella levanta la mano hacia atrás para desabrocharse el sujetador pero le doy un manotazo en las manos. —Mi trabajo.

Rápidamente me deshago de su sujetador. —Mierda. Estos son más magníficos de lo que imaginé que serían.

—¿Los imaginaste mucho?

Ella no tiene idea. La he imaginado desnuda con mi polla en la mano demasiadas veces para contar.

Amaso y acaricio sus senos hasta que se remueve debajo de mí. Pellizco sus pezones y ella gime mientras su espalda se arquea fuera de la cama. Necesito probar.

Lamo, chupo y muerdo sus pezones hasta que son puntos duros. Ella entrelaza las manos en mi cabello para mantenerme donde estoy. No te preocupes, pajarcillo, no voy a ninguna parte.

Mi polla no está de acuerdo. Palpita en mis pantalones. Impaciente por estar enterrado profundamente en el calor húmedo de Addy.

Deslizo la mano entre nuestros cuerpos hasta que llego a sus pantalones cortos. Los desabrocho y bajo la cremallera antes de meter la mano bajo sus bragas para encontrar su núcleo.

—Estás mojada —gruño.

—Pues claro. ¿Qué esperabas?

Suelto una risa entre bufidos. Nada de lo que dice Addy es lo que espero. Es refrescante. Y adictivo.

—Espero que te corras para mí como una buena chica.

—Supongo que es hora de descubrir si RunItGage tiene dedos mágicos.

Le voy a mostrar magia. Le arranco los pantalones cortos de las piernas. Y ahora está desnuda para mí.

—Abre las piernas. —No duda. Joder, sí. Una mujer que sabe lo que quiere y no vacila en alcanzarlo.

Deslizo las manos por sus suaves piernas hasta que llego a su núcleo. Introduzco un dedo en su coño. Sus paredes se estremecen mientras ella gime. Sus gemidos son música para mis oídos pero quiero oírla gritar mi nombre.

Bombeo en ella un par de veces antes de añadir otro dedo. Se retuerce en la cama.

—¿Ha sido mucho tiempo, pajarcillo?

—Demasiado tiempo —ella respira.

Hora de compensar el tiempo perdido. Continúo empujando en su coño mientras guío mi mano libre hacia su seno. Lo masajeo y amaso mientras sus gemidos llenan la habitación.

No pasa mucho antes de que sus paredes se tensen alrededor de mis dedos. —¿Quieres correrte, pajarcillo?

Ella asiente y presiono mi palma contra su clítoris mientras continúo hundiendo mis dedos en ella. Una y otra vez hasta que su respiración se entrecorta.

—Dime mi nombre cuando te corras, pajarcillo.

Sus ojos se abren de golpe y su mirada se encuentra con la mía.

—Gage.

—Sí, pajarcillo. Córrete. Córrete por toda mi mano. Y luego haré que te corras con mi polla.

Su boca se abre, su cabeza se vuelve hacia atrás, y sus paredes me estrangulan los dedos. No puedo esperar a sentir esas paredes estrangulándome la polla. Si se siente tan bien con mis dedos, va a sentirse malditamente magnífico cuando me entierre en ella.

—Gage —ella grita. Su espalda se arquea fuera de la cama mientras ella llega al clímax.

Continúo deslizándome dentro y fuera hasta que sus paredes dejan de contraerse. Me saco los dedos y me arrodillo.

—Ahora, es mi turno.

Su pecho sube y baja mientras recupera el aliento. Su sonrisa es ancha. Es una sonrisa que quiero ver dirigida hacia mí todos los días durante el resto de mi vida.

Esta mujer es mía. No solo por esta noche. Por todo el tiempo que me tenga. Con suerte para siempre.

Capítulo 18

Adiós a una huida discreta.



Addy

Mi móvil suena con un mensaje y suelto un gemido. La última vez que un mensaje me despertó, acabé en una pelea de sirenas tirándome del pelo con Gage.

Gage. El brazo que rodea mi cintura se aprieta y él presiona su dura erección contra mi trasero.

Siento un hormigueo en el estómago al sentir cómo me rodea. Amigos, le recuerdo a mi estómago. Solo somos amigos.

Quizá no debería haberme acostado con él, pero ya me había cansado de resistirme a lo que deseo. Podemos seguir siendo amigos. Siempre y cuando no deje que los sentimientos se involucren.

Mi móvil vuelve a sonar.

—Ignora el teléfono —ordena Gage con esa voz ronca de recién levantado. No sé cómo una voz matutina puede sonar tan sexy, pero la suya lo consigue. No hay mucho en Gage que no me parezca sexy.

—Tengo que irme de todos modos. —Me desplazo poco a poco hacia el borde de la cama, pero Gage aprieta el brazo que me rodea.

—¿A dónde vas? Tu turno en *Five Fathoms Brewing* no empieza hasta dentro de tres horas.

—Tengo que ver cómo están los chicos y asegurarme de que Penelope y Mila vayan a la escuela de verano, y de que Otis llegue al entrenamiento de fútbol.

—Pensé que tu madre estaba en casa esta mañana.

Gruño. —¿Es que te has aprendido todo mi horario de memoria?

Me hace girar para que le mire a la cara. —Me intereso por tu vida. ¿Es eso un crimen?

Frunzo el ceño porque no puedo discutirle eso. —No.

Me aparta el pelo de la frente. —Empecemos la mañana de nuevo. Buenos días, pajarcillo. ¿Cómo has dormido?

—He dormido bien.

Se ríe por lo gruñona que sueno.

—Me tengo que ir.

—Hace apenas unos minutos acabamos de comentar que no tienes que ir a ninguna parte hasta dentro de unas horas.

No lo entiende. No puedo acostumbrarme a despertarme en sus brazos. No cuando él se marchará pronto y yo volveré a estar exactamente donde estaba cuando empezó el verano. Tiene que volver al friend zone y quedarse allí.

—Esto no es el comienzo de algo nuestro.

Él gruñe. —¿Por qué no?

—Porque lo acordamos. Era solo por una noche.

—Yo nunca acepté eso.

Salgo de la cama. No puedo tener esta discusión tumbada en sus brazos. —Dije literalmente que no soy tuya y tú aceptaste que era solo por una noche.

Él se levanta y se acerca a mí con paso felino. Me siento tentada a retroceder, pero no voy a permitir que ningún hombre me acorrale. Me mantendré firme.

Me rodea el cuello con la palma de la mano y me atrae hacia él. —Acepté que eras mía por anoche. No acepté que fuera la única noche.

—Semántica.

Me aprieta el cuello suavemente. —Estoy intentando ir despacio.

Señalo la cama. —«Despacio» no figura en tu vocabulario.

Él sonríe con sorna. —Puedo enseñarte ahora mismo lo que es ir despacio.

Mis pezones hormiguean. Mi cuerpo está más que dispuesto para otro asalto con Gage. Pero mi mente es más sensata. Otra ronda me atará más fuerte a él. Y luego se marchará. Y acabaré con el corazón roto. Estoy demasiado ocupada para gestionar un desamor.

—Tengo que irme.

Me estudia el rostro un momento antes de soltarme y dar un paso atrás. —Puedes irte, pero lo que hay entre nosotros no se ha acabado.

—No hay nada entre nosotros. A excepción de amistad. Somos amigos.

Sus ojos se oscurecen. —Los amigos no hacen las cosas que te hice anoche.

—Razón por la cual lo de anoche no se repetirá.

—Eres terca, pajarcillo.

Sonrío. —Y orgullosa de ello.

Se ríe entre dientes. —Vete. Hablaremos luego. —Me apresuro hacia la puerta, pero me da un grito desde atrás—. Quizá quieras ponerte algo más que mi camiseta antes de salir a la calle.

Me miro. Efectivamente. Llevo su camiseta puesta. Me cubre todas las partes importantes, ya que me llega casi hasta las rodillas. Pero entrar en mi casa con la camiseta de Gage es una mala idea en tantos sentidos que ni siquiera puedo empezar a enumerarlos.

Regreso a pisotones al dormitorio y recojo mi ropa. Corro al baño para vestirme. Cuando termino y salgo a la zona de estar de la suite, Gage está preparando un café en la cafetera.

—Toma. —Me tiende un café para llevar.

—Gracias —murmuro antes de dar un sorbo a la bebida. El calor me reconforta y suspiro. Lo necesitaba. Le ofrezco su camiseta —. Ten.

—Quédatela. Quiero que duermas con mi camiseta.

—¿Quieres que duerma con tu camiseta?

—Y que sueñes conmigo mientras duermes.

—Eres incorregible.

—Estoy comprometido con mi causa.

Es tentador ceder y disfrutar los dos hasta que acabe el verano. Pero ser amigos con derecho a roce es una receta para el desastre. Una noche y puedo mantener mi corazón a salvo. Más noches juntos harán que me enamore de este hombre que no se parece a ninguno de los que he conocido antes.

Mi móvil suena con otro mensaje y suelto un taco entre dientes.

Gage coge mi café. —Mejor compruébalo. No para de sonar como loco.

Leo el mensaje y casi se me saltan los ojos de las órbitas. —De verdad que me tengo que ir.

—¿Qué pasa?

—Cosas de familia.

Gage me bloquea la salida. —Puedo ayudar. Quiero ayudar.

Suelto un suspiro. —¿Eres policía? —Él niega con la cabeza—. Entonces no puedes ayudar.

Intento rodearlo pero me sujeta la muñeca. —¿Qué ocurre?

Aprieto los dientes. No es asunto suyo. Pero conozco esa mirada terca en sus ojos. No va a ceder pronto. Y necesito irme de verdad. Ahora.

—No lo sé exactamente. Penelope me ha enviado un mensaje diciendo que Otis no está. Ya no estaba esta mañana cuando ella se ha despertado a las cinco para revisar su experimento. —Lo cual es otro problema en el que no quiero pensar ahora. Hay una razón por la que mi hermana tiene prohibido realizar experimentos en la casa o cerca de ella.

Gage se calza los zapatos. —Vamos.

—No hace falta que vengas conmigo.

—Ya sé que no hace falta. Sé que puedes encargarte de esto tú sola. Puedes hacer cualquier cosa que te propongas por tu cuenta. Pero no estás sola.

Casi me derrito como un charquito en el suelo ante esas palabras. He estado sola durante muchísimo tiempo. Nadie me echa una mano. Ni mamá. Ni mis hermanos. Yo soy la persona que ayuda a todos los demás.

—Yo…

Por suerte para mí, el teléfono suena antes de que logre hablar. ¿Quién sabe qué estupidez habría soltado?

—Pon el altavoz —exige Gage y yo asiento.

—Esta es la cárcel de Smuggler's Hideaway. ¿Acepta una llamada a cobro revertido?

—¡Sí! —prácticamente grito.

—¿Addy? —Otis suena asustado. Me tiemblan las rodillas, pero Gage me sostiene con una mano en la espalda antes de que pueda desplomarme.

—¿Qué está pasando, Otis? ¿Estás bien?

—Estoy bien, pero necesito que alguien pague mi fianza.

—Voy para allá.

—No se lo digas a mamá.

—Ya conoces el trato, Otis-bug. Mientras no estén involucrados la policía, los bomberos o abogados, queda entre nosotros. En todos los demás casos, mamá tiene que saberlo.

—Lo sé, pero… —Gruñe—. Da igual. Te veo pronto.

—Te quiero, Otis —respondo, pero ya ha colgado.

Me guardo el móvil en el bolsillo y me oculto la cara entre las manos. No puedo creer que esto esté pasando. ¿Otis en la cárcel? ¿Qué ha hecho? Esto es Smuggler's Hideaway; tienes que ser un auténtico imbécil para acabar en la cárcel aquí.

La mayoría de las transgresiones se pasan por alto entre risas como parte de la vida al estilo contrabandista. Pero esta vez no. ¿Por qué esta vez no? ¿Qué ha pasado?

Gage me aparta las manos de la cara. —Tú puedes con esto. Y yo estaré allí contigo. Juntos lo solucionaremos.

—Tiene diecisiete años. Es casi un adulto. ¿Y si lo juzgan como a un adulto?

Me aprieta el cuello. —Aún no sabemos qué ha hecho Otis. Vamos a averiguar qué ha pasado. Y luego ya nos ocuparemos.

—Deberías quedarte aquí. Tienes que entrenar. No quiero que te busques un lío por faltar al entrenamiento.

Un músculo de su mandíbula se tensa. —Me importa una mierda buscarme un lío por faltar al entrenamiento. Esto es la familia. Es más importante.

Le miro fijamente. *La familia es más importante.* Él lo entiende. Entiende por qué no puedo marcharme de esta isla. Por qué me desvivo cuidando de mis hermanos.

El corazón me da un vuelco en el pecho. Adiós a eso de mantener mi corazón a salvo.

Capítulo 19

Esto es un deporte de equipo.



Gage

Conduzco hacia Smuggler's Rest ya que Addy no está en condiciones de concentrarse en la carretera. Le tiemblan las rodillas y se está mordiendo las uñas.

Le pongo una mano en el muslo. —Lo solucionaremos.

—No has dicho que todo saldrá bien.

—No puedo garantizar que todo vaya a salir bien. Lo que sí puedo garantizar es que, sea lo que sea a lo que nos enfrentemos, lo solucionaremos.

—De acuerdo. —Suelta un suspiro y baja las manos para dejar de morderse las uñas. Que acepte mi consuelo significa un mundo para mí. Me cree. Es un comienzo.

Llegamos a Smuggler's Rest. —¿Adónde voy?

—Al juzgado. —Señala un edificio grande cerca de la plaza.

Encuentro un sitio para aparcar frente al edificio. En cuanto apago el motor, Addy echa mano de la manivela. La detengo.

—Espérame. Vamos a entrar ahí como un equipo.

Abre la boca, probablemente para discutir conmigo, pero la cierra de golpe y asiente. Bien. Estoy logrando algo con ella. Con ella son dos pasos adelante y uno atrás. Pero no me importa. Estoy acostumbrado a trabajar duro para conseguir lo que quiero.

Rodeo rápidamente la parte delantera del coche y le abro la puerta. No duda en tomar mi mano y la ayudo a salir.

Entramos juntos en el edificio. Como un equipo. Quiero estar en el equipo de Addy para siempre. Es donde pertenezco.

Avanzamos por el edificio hasta llegar a la comisaría de policía.

—Hola, Jennifer —saluda Addy a la recepcionista—. Quiero visitar a Otis.

—Por supuesto. —Se aparta de la mesa y se levanta—. Te acompañaré atrás.

Cuando voy a seguirla, Jennifer se detiene. —¿Quién es usted?

—Soy Gage. Estoy en su equipo.

La mano de Addy tiene un espasmo en la mía. No está acostumbrada a que alguien esté en su equipo. Está acostumbrada a actuar en solitario. Las cosas han cambiado, pajarcillo.

Jennifer se encoge de hombros. —Está bien.

La seguimos por la comisaría, que es mucho más grande de lo que esperaba para una isla tan pequeña, hasta un pasillo trasero. Abre la puerta y nos indica que entremos.

—Otis está en la primera celda.

Addy corre hacia delante. —Otis-bug, ¿estás bien?

Otis se levanta y se acerca tranquilamente a los barrotes. Parece estar bien. Cabreado, pero bien.

—Estoy bien y esto es una gilipollez.

—Ese lenguaje —gruñe Addy.

—Lo siento, hermanita, pero esto es una gilipollez.

Addy abre la boca para responder, pero le aprieto la cadera para detenerla. Discutir por el vocabulario de Otis no nos llevará a ninguna parte. —¿Qué ha pasado, Otis?

—Ayer, después de que te fueras de las *Carreras de la Laguna de las Sirenas,* me quedé vigilando a Penelope y a Mila como me pediste. Me fijé en que unos chavales le estaban haciendo pasar un mal rato a Penelope. Intenté pararlos pero Vincent no la dejaba en paz. La llamó zorra estirada. —Pone mala cara—. Penelope insistió en que nos fuéramos y lo hicimos. Pero más tarde, en la cena, le pregunté por Vincent y su grupo de capullos. Resulta que llevan acosándola desde que empezó el instituto el año pasado.

—¿Acosándola cómo? —pregunto.

—Le ponen bombas fétidas en la taquilla. Le dan empujones. Le ponen la zancadilla. Le roban los libros. Las mierdas de siempre.

Addy baja la barbilla hacia el pecho. —Le he fallado.

—No le has fallado —insiste Otis—. ¿Cómo ibas a saberlo? Yo no lo sabía, y voy al mismo instituto que ella. Ni siquiera Mila lo sabía, y comparten habitación.

Se me enternece el corazón. Este chico es el mejor. Antes se estaba escaqueando, dejando que su hermana mayor se encargara de todo, pero ahora está dando un paso al frente. Bien por él.

—¿Qué hiciste? —pregunto antes de que Addy pueda hablar. Conociéndola, se pondrá a dar vueltas y vueltas sobre cómo debería haber sabido por arte de magia que Penelope sufría acoso. Ya me ocuparé de ella y de su culpa más tarde.

Otis sonríe con suficiencia. —Fui a casa de Vincent y le di una lección.

Addy suelta un quejido. —Una lección que ha acabado contigo en el calabozo.

—Lo del calabozo es una gilipollez. No habrían arrestado a nadie más por volcar un cubo de cebo de pescado podrido en el porche de alguien.

Levanto una ceja. —¿Cebo de pescado podrido?

Él sonríe de oreja a oreja. —Ha sido épico. Vincent salió fuera porque el olor es tan repulsivo que no te lo puedes perder. Las gaviotas ya estaban sobrevolando el cebo y una se cagó justo en su cabeza.

Suelto una carcajada. —Me acordaré de eso.

Addy se pone las manos en las caderas. —Me alegra que los dos os estéis divirtiendo. ¿Habéis olvidado que Otis está en la cárcel?

Su hermano señala los barrotes que tiene delante. —Es un poco difícil de olvidar.

La puerta se abre y un oficial de policía entra. Addy marcha hacia él. —Lucas, ¿cómo has podido arrestar a mi hermano pequeño?

Otis bufa. —En realidad, me alegro de estar entre rejas. Addy cuando se pone furiosa da miedo.

—Yo me encargo.

—Gracias, Gage.

—Cuando quieras, Otis. Cuando quieras.

Me uno a Addy y Lucas. El oficial de policía tiene los brazos cruzados sobre el pecho. Intenta parecer intimidante, pero mi pajarcillo no se deja impresionar. Está tan cabreada como un entrenador en un cuarto y gol sin tiempos muertos.

—¿Por qué no lo dejaste ir con una advertencia? —le pregunta Addy a Lucas.

—Esta es su primera falta. Quiero que sea la última.

Me hierve la sangre. ¿Falta? El chaval estaba acosando a Penelope. —Tienes que estar tomándome el pelo.

Lucas pone mala cara. —Ser un jugador de fútbol famoso no te otorga favores en Smuggler's Hideaway.

—Vincent estaba acosando a la hermana de Otis. Él dio la cara por ella y la protegió. No debería ser castigado. El otro chico es el que debería recibir un castigo por el acoso.

Lucas arruga el entrecejo. —¿Vincent estaba acosando a Mila?

—No, a Penelope —corrige Addy.

Lucas se pasa una mano por la nuca. —¿Qué hizo Vincent?

—Al parecer, lleva acosando a Penelope desde que entró en el instituto el año pasado.

—Ayer la llamó zorra estirada —añado yo.

Lucas gruñe. —Si alguien llama a Natalia zorra estirada, haré algo peor que tirar cebo de pescado en su porche.

—No me importa Natalia —mascullo. No sé quién es—. Me importa Penelope.

Addy me da unas palmaditas en el pecho. —Natalia es su hija adolescente.

—Lo siento, Addy —se disculpa Lucas—. No conocía el contexto.

Ella frunce el ceño. —¿Otis no te lo explicó?

—Estaba demasiado ocupado gritándole obscenidades a Vincent como para que yo pudiera sacar algo en claro de la situación.

Ella suelta un suspiro. —¿De verdad se le puede lavar a alguien la boca con jabón?

—Hay cosas peores que decir palabrotas —le recuerdo.

—Lo sé. Es... —se interrumpe con un encogimiento de hombros.

—Lo único que puedes controlar ahora.

Comprendo su necesidad de control. Yo soy igual. Especialmente cuando se trata de proteger a las personas que me importan.

Ella asiente. —Sí. Exactamente.

—¿Qué pasa ahora? —le pregunto a Lucas—. ¿Tenemos que pagar fianza?

Estoy perdido. Nunca he tenido problemas con la ley. Entre el fútbol y sobrevivir, no tuve tiempo de andar haciendo tonterías de niño. Tanner es el miembro del equipo que siempre está en líos y sabe cómo manejar estas situaciones.

—Qué va. —Lucas niega con la cabeza—. Creo que ya ha tenido suficiente castigo.

Camina hacia la celda donde está Otis y lo seguimos.

—Ya era maldita la hora —dice Otis al salir del calabozo.

—Deja de decir palabrotas —ordena Addy—. Y sé agradecido y respetuoso con Lucas por dejarte ir con una advertencia.

A Otis se le enrojecen las mejillas. —Lo siento, Addy. Gracias, Lucas, por comprender la situación.

Lucas le aprieta los hombros. —Lo siento, chaval. Debería haberte preguntado antes por qué harías de repente una gamberrada así. Nunca te habías metido en líos.

Llegamos al final del pasillo y le tiendo la mano a Lucas. —Gracias por tu ayuda.

—Siento haberte hablado mal.

—Puedes llamarme jugador de fútbol famoso cuando quieras. —Le guiño un ojo y él se ríe.

Acompaño a Otis y a Addy fuera de la comisaría, a través del juzgado, hasta mi SUV. Addy se detiene en la acera.

—No necesitamos que nos lleves. Podemos ir andando desde aquí.

Otis pone los ojos en blanco mientras se sube al asiento trasero. —No tienes por qué pelearte con cada persona que quiere ayudarte.

—No lo hago...

Le planto un beso en los labios antes de que pueda terminar su mentira. Se apoya en mí un segundo antes de separar sus labios de los míos.

—Gage Edwards, ni se te ocurra darme un beso delante de todo el pueblo de Smuggler's Rest.

—¿Por qué no? —grita Otis desde el asiento de atrás—. Es obvio que estáis saliendo. Lleváis la misma ropa de ayer y no os habéis peinado.

A Addy se le enciende la cara y baja la barbilla. La ayudo a subir al asiento delantero del coche. Tengo que morderme el labio para evitar que se me escape una sonrisa.

Otis está de mi parte. Excelente. Ya que no hay forma de que lo de anoche fuera cosa de una sola vez. Quiero a Addy en mi cama. Permanentemente.

Capítulo 20

Para el carro. Yo no he pedido una ampliación de la familia.



Addy

Llegamos a nuestra casa en cuestión de minutos. Por desgracia, no es tiempo suficiente para que se me ocurra una forma de manejar esta situación con mamá. Y resulta que está de pie en el porche esperándonos.

Gage me agarra la mano mientras Otis nos sigue por detrás.

—¿Quién te lo ha dicho? —le pregunto a mamá.

—Jennifer me ha enviado un mensaje.

—Deja que te lo explique —empiezo a decir.

—No. Este es mi lío. Yo me encargaré.

Mis ojos se abren de par en par ante la voz insistente de Otis. Suena como un hombre. No como el adolescente quejica al que estoy acostumbrada.

—Pero…

Gage me aprieta la mano. —Otis lo tiene bajo control.

La mirada de mamá recorre a Gage de arriba abajo. —¿Quién es este?

Gage da un paso adelante y le tiende la mano. —Soy Gage. Soy amigo de Addy.

—¿Con el que resulta que estaba a las nueve de la mañana cuando Otis la ha llamado desde la cárcel?

Suelto un gruñido. —Mamá.

—¿Qué? —le guiña un ojo a Gage—. No me equivoco, ¿verdad?

—No, Sra. Price. No se equivoca.

Le doy un codazo. ¿No podía mentir? ¿O inventarse alguna historia? ¿Quizá algo sobre que yo había sido capturada por sirenas y que no había tenido oportunidad de rescatarme hasta esta mañana?

—¿Sra. Price? Puedes llamarme Nora.

—Nora. Es un placer conocerte.

Mamá nos hace un gesto para que entremos. —¿Por qué no pasáis?

—Gage tiene que irse a trabajar.

Él sonríe. —Tengo algo de tiempo.

—¿No tienes que ir a entrenar? No quiero que te metas en líos.

—Ya le he enviado un mensaje al entrenador y le he dicho que llegaría tarde por una situación familiar.

¿Situación familiar? Esta es mi familia. No la suya.

—Me cae bien —declara mamá antes de que pueda pensar en otra razón para pedirle que se vaya. ¿Es que no lo entiende? Tengo que alejarlo antes de que mi corazón se involucre.

Estar con Gage es un camino de ida hacia el desamor. Es un marinero de agua dulce *y* es un atleta famoso. No se quedará a mi lado.

Gage me pone una mano en la espalda y me empuja suavemente hacia el interior de la casa. Le frunzo el ceño y él me sonríe como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo.

—No tienes por qué quedarte —le siseo.

—Quiero asegurarme de que todo el mundo esté bien.

—No es tu trabajo protegernos.

Él se encoge de hombros. —Es un privilegio.

Maldito hombre. ¿Tiene que decir exactamente lo correcto? Qué grosería.

—Vale —dice mamá una vez que estamos dentro—. ¿Qué ha pasado?

Otis se cruza de brazos sobre el pecho. —Unos chicos estaban acosando a Penelope. Me he asegurado de que no vuelva a ocurrir.

—Otis —se queja Penelope—. Deja de avergonzarme. Todo el mundo hablará de mí al empezar el curso escolar. La pobrecita Penelope necesita que su hermano mayor la salve.

Otis levanta los brazos al aire. —¿Qué esperabas que hiciera? ¿Que dejara que Vincent te hablara de esa manera?

El rostro de Penelope se oscurece hasta ponerse roja como un tomate. —Me has puesto en evidencia.

Doy un paso hacia Penelope, pero Gage me sujeta la muñeca para detenerme. —¿Me dejas?

Quiero decirle que no. Que esto no es asunto suyo. Pero la mirada sincera de su rostro me detiene. Quizá él pueda convencer a mis hermanos. El pirata sabe que yo nunca he sido capaz de hacerlo. Le hago un gesto para que siga adelante.

Me besa en la frente. —Gracias.

—Penelope, ¿te importa si intervengo? Que dé mi opinión.

Mi corazón se derrite por la forma en que pide permiso. No se mete sin más en los problemas de Penelope.

Penelope lo observa por un momento. —Adelante.

—Lo que ha hecho Otis no ha sido para avergonzarte. Es lo que hace un hermano mayor para proteger a su hermana.

—Puedo encargarme de las cosas yo sola.

—Suenas como una mini-Addy.

Ella aprieta los labios.

—Es un cumplido. —La mirada de Gage se encuentra con la mía—. Tu hermana es increíble.

—Tenía razón. Me cae bien —declara mamá—. ¿Quién quiere comer?

Otis se queda boquiabierto. —¿Ya está? ¿No estoy castigado?

Ella lo rodea con sus brazos y le besa en la mejilla. —¿Castigado por proteger a tu hermana? Nunca.

Por una vez, Otis no se retuerce para escapar de su afecto. Se deja querer. —Gracias, mamá.

Ella lo suelta. —Y ahora, la comida. ¿Quién tiene hambre?

El estómago de Gage ruge como respuesta. —Lo siento. Me he saltado el desayuno.

—¿No tienes que volver? —Quizá esta vez pille la indirecta.

Me da un toquecito en la nariz. —No. Ahora —se frota las manos—, ¿en qué puedo ayudar?

—Tenía planeado hacer sándwiches. —Mamá vuelve a recorrer con la mirada la figura de Gage—. Pero creo que tengo que añadir pasta para un chico grande como tú.

Él se frota la mano sobre el estómago. Un estómago que sé de buena tinta que es plano y está oculto bajo sus abdominales de infarto. Abdominales que toqué y lamí anoche. Me entra un escalofrío.

—Me encanta la pasta —dice Gage, y yo recuerdo que estoy intentando alejar al hombre y no atraerlo más.

—Penelope, Mila —ordeno—. Limpiad el salón mientras preparamos la comida.

—Pero yo no he causado ningún problema, a diferencia de la princesa Penelope —se queja Mila.

—Nada de insultos —dice mamá—. Y haced lo que dice vuestra hermana.

Sigo a mamá a la cocina con Gage pisándome los talones.

—¿Hago yo la pasta? —No espera respuesta antes de sacar una olla de debajo del horno y llenarla de agua—. ¿Dónde está la pasta y la salsa?

Mamá le señala el armario correcto, ya que yo estoy demasiado ocupada aquí plantada con la boca abierta.

—¿Qué pasa? —pregunta él después de poner el tarro de salsa y la bolsa de pasta sobre la encimera.

—Estás… —Señalo la comida y el fogón.

—Cocinar es la palabra que buscas.

—Pero tú no cocinas.

Él arruga el entrecejo. —¿Quién lo dice?

—¿No os dan la comida los Seals?

—No siempre he sido un Seal. Además, quiero ayudar.

—Deja que ayude —insiste mamá.

—Vale. Como quieras. —Me doy por vencida. Gage no se va a ir a ninguna parte a pesar de mis numerosas indirectas y mis exigencias directas.

Cojo platos y cubiertos. Pero cuando voy a poner la mesa, Otis me quita las cosas de las manos. —Ya me encargo yo.

—Es una buena influencia para tu hermano. Lo apruebo. Puede quedarse.

—Mamá —siseo—. Es un amigo.

—¿Amigo? —ella resopla—. Claro.

—No me estoy haciendo ilusiones como hacías tú cada vez que un hombre te prestaba algo de atención.

Gage me frunce el ceño. —Golpe bajo, Addy. Muy bajo.

Esas palabras me azotan con más fuerza que un látigo. —Lo siento, mamá.

—No pasa nada, cielo. No ha debido de ser fácil verme perder el control desde la primera fila.

No lo fue. Fue bastante horrible ver a mi madre —la única progenitora que tenía— bebiendo y saliendo de fiesta en lugar de quedarse en casa para estar conmigo. Gastándose todo su dinero en alcohol. Sin pagar el alquiler de nuestro minúsculo apartamento.

Y no fui solo yo. Pensé que su comportamiento cambiaría una vez que se quedara embarazada de Otis. Dejó de beber durante todo el embarazo. Pero en cuanto Otis pasó a tomar leche de fórmula, el patrón volvió a empezar.

—Eso no me da excusa para ser una borde.

Mamá suspira. —¿Sabes qué? Estoy harta de oír esa palabra hoy. Acordemos que nadie en esta familia es una borde y pasemos página.

—¿Me perdonas?

—Siempre te perdonaré.

Le doy un rápido abrazo. Se me saltan las lágrimas. No hay excusa para lo que he dicho. Lo estoy pagando con ella porque tengo miedo de mi propia situación con Gage.

Gage me besa el cuello. —Orgulloso de ti, pajarito.

Mi corazón se derrite. Aparte de mi madre, no recuerdo que nadie me haya dicho nunca antes que está orgulloso de mí. Si mi padre lo dijo alguna vez, desde luego no lo recuerdo, teniendo en cuenta que yo tenía dos años cuando se largó. Sienta bien oírle decir esas palabras. Mejor de lo que debería.

Ayudo a mamá a terminar de hacer los sándwiches mientras Gage prepara la pasta.

—La comida está lista —grita mamá después de que Gage ponga la pasta en la mesa.

—Vaya. Eso sí que es una montaña enorme de pasta —dice mientras nos reunimos alrededor de la mesa.

Gage se encoge de hombros. —Lo siento. ¿Me he pasado? La repondré.

—No seas tonto. No hace falta que la repongas.

—Si va a comer aquí más a menudo, tendrá que hacer la compra. —Penelope señala el plato de Gage, que rebosa de pasta.

—¿Quién ha dicho nada de que coma aquí más a menudo? —pregunto.

Gage presiona su rodilla contra la mía por debajo de la mesa. —Sabes que quieres que esté aquí.

—¡Addy está coladita por Gage! —canta Otis.

Gage hincha el pecho. —Soy bastante irresistible.

—Has vuelto a confundir irresistible con incorregible —murmuro.

—Puedo prestarte mi diccionario —se ofrece Penelope.

Gage se ríe entre dientes. —No me había dado cuenta de que la hora de comer era la hora de meterse con Gage.

—¡Mi turno! —grita Mila—. Tus pies son demasiado grandes.

Gage asiente. —Es cierto que mis pies son demasiado grandes. Pero me ayudan a correr rápido.

Otis lo señala con su tenedor. —Es uno de los running backs más rápidos de la NFL.

—Tú también puedes ser más rápido. Puedo ayudarte con algunos ejercicios.

La boca de Otis se abre de par en par ante la oferta de Gage. —¿Tú me ayudarías?

Gage se encoge de hombros. —¿Por qué no? Eres el hermano de Addy.

—Vaya. ¿Quién iba a decir que ser el hermano de Addy la dictadora me serviría de algo alguna vez?

Fulmino a Otis con la mirada. —No soy una dictadora.

—Tengo un diccionario que puedo prestarte —dice Penelope y todo el mundo estalla en carcajadas. Gage pasa un brazo por el respaldo de mi silla y apoya la mano en mi hombro mientras se ríe.

Quiero esto. No solo hoy. Sino todos los días. Quiero a un hombre que disfrute pasando tiempo con mi familia. Quiero que mi madre y mis hermanos sean felices. Quiero que bromeen con mi novio.

Miro a Gage de reojo por debajo de mis pestañas. Y este es el hombre que quiero que sea mi novio. Quiero que forme parte de esta familia. Quiero que ría y bromee con mis hermanas y mi hermano todos los días. Que tome el pelo a mi madre por su cocina.

Y hasta aquí hemos llegado con lo de que esta fuera *mi* familia.

Capítulo 21

Me gustan mis posibilidades.



Gage

Beso la mejilla de Nora. —Gracias por una comida estupenda.

Ella sonríe. —Gracias a ti por cocinar y por recoger. Eres una buena influencia para los chicos.

—Mamá —gruñe Addy.

Nora mira a su hija parpadeando. —¿Qué? Es la verdad.

—Eres incorregible.

—Estoy bien segura de que te demostré que puedo cambiar —dice Nora. Me pregunto a qué se refiere. Ahí hay una historia.

—Y, sin embargo, hay cosas que nunca cambian.

—Quiero que encuentres el amor. No es un delito que una madre quiera que su hija siente la cabeza.

Me gusta la madre de Addy. No tiene miedo a decir lo que piensa. Y no tiene miedo a recriminarles cosas a sus hijos cuando meten la pata. No de mala manera. Es amable y dulce. Como debería ser una madre.

Addy pone los ojos en blanco. —Soy feliz con mi vida.

—Yo lo he intentado, Gage.

Le guiño un ojo a la madre de Addy. —Gracias, compañera de ligue.

—¿No tienes que irte ya, Yard-Getter?

Addy lleva intentando echarme desde que llegué. ¿Es que no se ha dado cuenta todavía de que no es fácil librarse de mí? Incluso con mi teléfono echando humo por los mensajes y las llamadas de mi entrenador y mis compañeros.

Le agarro la mano. —Acompáñame a la salida.

No le doy oportunidad de protestar. Tiro de ella hacia fuera de la casa. Nora cierra la puerta tras nosotros, pero por el rabillo del ojo veo a sus hermanos de pie frente a la ventana, espiándonos. Suelto una risita. Sus hermanos son la caña.

—Gracias por una mañana y una comida maravillosas.

Llegamos a mi SUV y me apoyo en él antes de estrecharla entre mis brazos. Ella forcejea para que la suelte, pero aprieto el agarre. Siempre la mantendré pegada a mí. Porque no voy a dejar marchar a esta mujer. Es mía.

—¿Maravillosas? —bufa ella—. Hemos ido a la cárcel a sacar a mi hermano.

—Para empezar, nunca debería haber estado en la cárcel —gruño. Odio a los matones.

—Y luego mis hermanos han estado discutiendo durante casi toda la comida.

—También se han tomado el pelo y se han reído —le recuerdo.

—¡Es un milagro!

Le sonrío desde mi altura. —Tienes suerte de tenerlos.

Pone los ojos en blanco. —¿Quieres que traiga el diccionario de Penelope para que busques la palabra «suerte»?

Le aparto el pelo de la frente. —Tienes suerte. Hay gente que mataría por una familia como la tuya.

Frunce el ceño mientras me estudia. —¿Alguien como tú?

Considero la opción de huir. De no hablarle de mi pasado. No se lo cuento a nadie. Nunca hablo de ello, punto. Ni siquiera lo trato en terapia. He metido todos los recuerdos en una caja que nunca abro.

Pero no puedo estar con Addy y mantener mi pasado oculto. No es forma de que avancemos. Y, que no quepa duda alguna, vamos a avanzar. Quizá a paso de caracol. Pero lo estamos haciendo.

—Sí.

Me acaricia las mejillas con las palmas de las manos. —No tienes por qué decírmelo.

La adoro por darme una salida. Pero no voy a aceptarla.

—Crecí bajo tutela estatal.

—¿En casas de acogida?

Asiento. —Nunca conocí a mi madre ni a mi padre. Me abandonaron.

Se queda sin aliento. —¿Por qué iba alguien a abandonar a un niño inocente?

Me encojo de hombros. —No lo sé. —Nunca me ha interesado buscar a mis padres biológicos. ¿Para qué molestarse? Ellos no se molestaron por mí.

—¿Y no te adoptaron?

Sacudo la cabeza. —Al parecer, era un niño enfermizo. Nadie quiere hacerse cargo de un niño enfermo. Especialmente cuando el historial médico es un misterio.

—No puedo creer que fueras un niño enfermizo. Eres el hombre más fuerte y en forma que conozco.

Le beso la nariz. —Gracias.

—No hay por qué dar las gracias. Simplemente constato un hecho.

—Para cuando fui adolescente, ya había saltado de casa en casa. Nadie estaba interesado en adoptar a un chaval mayor.

—Lo siento. No debería haberme quejado de mis hermanos.

—No hace falta que te disculpes. Es obvio que te preocupas profundamente por ellos. Prácticamente los has criado tú.

—Mamá no se centró hasta que Mila cumplió los dos años. No era capaz de mantener un trabajo. No había comida en la mesa a menos que yo la pagara. —Sacude la cabeza—. Perdona. Me estoy quejando de mi vida cuando estábamos hablando de la tuya.

—No pasa nada, pajarcillo. No hay mucho que discutir sobre mi vida.

Arruga la nariz. —¿Eran malas? ¿Las casas de acogida? He oído historias.

—Una vez que empecé a ganar volumen para jugar al fútbol americano, no tuve problemas.

Sus ojos castaños claros se llenan de dolor. —¿Pero los tuviste antes?

—Vamos, no. —Le aprieto la cintura—. No empieces a sentir lástima por mí.

—No siento lástima por ti, pero puedo empatizar con un niño pequeño que no creció con una familia cariñosa.

—Al final todo salió bien para mí.

—Desde luego que sí, señor Jugador de Fútbol Famoso.

—No me importa la fama. Es lo que menos me gusta de mi vida. Odio tener que publicar contenido en las redes sociales. Odio cómo las mujeres se nos acercan en manada a mis compañeros y a mí en el bar porque jugamos al fútbol.

—Pero amas el juego.

—El fútbol es la vida.

Suelta una carcajada. —Me recuerdas a Otis.

—Es bueno, ¿sabes? Podría conseguir una beca deportiva para la universidad.

—¿Hablas en serio? ¿Es lo bastante bueno para conseguir una beca?

—Todo lo que tenemos que hacer es conseguir que un ojeador venga a uno de sus partidos.

—¿Tenemos?

Le doy un toquecito en la nariz. —Sí, tenemos. Somos un equipo. Tú y yo.

—No somos un equipo. Somos amigos.

Arqueo una ceja. —¿Amigos? Después de lo de anoche, somos algo más.

Suelta un largo suspiro. —No lo sé, Gage. Te vas al final del verano.

—Lo que significa que tenemos el verano para explorar lo que sea que hay entre nosotros.

Se muerde el labio inferior. Quiero ser yo quien le muerda el labio, pero me contengo para darle tiempo a pensar.

—Venga ya. —Supongo que después de todo no me estoy conteniendo—. Tu familia me adora.

Entorna los ojos. —¿Cocinaste y ayudaste a recoger para ganártelos?

—Cociné porque estaba muerto de hambre. Y ayudé a recoger porque tengo modales.

—¿Cómo has acabado teniendo modales después de tu infancia?

—No todas las familias con las que viví eran malas. Algunas eran bastante amables. No es culpa suya que estuvieran demasiado

ocupados cuidando de varios niños como para prestarme una atención especial.

—Lo siento. Prometo que dejaré de sacar el tema de tu pasado.

—No pasa nada. Si tienes preguntas, pregunta. Quiero conocerte. Es justo que tú también me conozcas a mí.

Se le agrandan los ojos. —¿Cómo es que estás soltero?

—¿Qué?

—Eres amable, tienes modales, tienes tendencia a decir lo correcto en el momento adecuado.

—Además, tengo un cuerpo sexy.

Se ríe. —Y tienes un cuerpo sexy. Y aun así, estás soltero. —Entorna los ojos—. No estarás escondiendo a una mujer e hijos en algún sitio, ¿verdad?

—Una cosa que aprenderás sobre mí es lo imposible que es tener secretos cuando eres un jugador de la NFL en un equipo ganador.

—¿Quieres que lo nuestro sea un secreto?

Le beso la frente. —Todo lo contrario. Quiero publicar en las redes sociales que he conocido a la mujer más increíble, que sabe cantar y escribir canciones y cuida de sus hermanos y le importa un bledo mi fama.

Arruga la nariz. —¿Conozco a esa mujer? ¿Es mi competencia?

—Tú eres la única para mí, pajarcillo. Hay una razón por la que no he tenido ninguna relación a largo plazo en el pasado.

—¿La hay?

—No había encontrado a nadie por quien valiera la pena el esfuerzo hasta ahora. Tú vales todo el esfuerzo.

Se relaja entre mis brazos y la acerco más a mí. —¿Qué me dices, pajarcillo? ¿Quieres tener una cita conmigo? Prometo ser romántico y cortejarte.

Apoya la cabeza en mi hombro. —¿Vas a cortejarme?

—Sí. Ya le he pedido prestado el diccionario a Penelope para averiguar qué significa cortejar.

Suelta una risita. —Vale.

Se me entrecorta la respiración. —¿Vale? —Le sujeto la barbilla y le levanto la cara para que me mire—. ¿Saldrás en una cita conmigo?

—No hagas que me arrepienta de esto, Run It Gage.

—No lo harás. Te lo prometo.

Presiono mis labios contra los suyos. Sus labios son suaves y dulces, pero quiero más. —Ábrete para mí —exijo.

Ella suspira y hundo mi lengua en su dulce boca. Anhelo su sabor. Nunca dejaré de anhelarlo. Addy es lo que busco. La zona de anotación. El objetivo final. Todo.

—¡Deja de besar a mi hermana! —grita Otis y aparto mi boca bruscamente de la de Addy.

Escondo la cara en su hombro. —¿He dicho que me gusta tu familia? Me equivocaba.

Ella estalla en carcajadas. Puede reírse de mí cada día por toda la eternidad. No me importa. Mientras la tenga bien agarrada.

Mi teléfono vibra en el bolsillo. Por mucho que quiera quedarme exactamente donde estoy, tengo que irme.

Beso la frente de Addy antes de subirme a mi SUV y marcharme. En cuanto la casa de Addy queda fuera de la vista, acepto la llamada.

—¿Dónde demonios estás, Gage? —pregunta el entrenador Knox antes de que tenga oportunidad de decir hola.

—Le dije que tenía una emergencia familiar.

—Me importa un bledo qué clase de emergencia tuvieras. Trae tu culo al entrenamiento ahora mismo o te vas al banquillo. Y no solo por hoy.

—Usted no me mandaría al banquillo por faltar a un entrenamiento por una emergencia. Tanner está en líos todo el tiempo y nunca lo mandan al banquillo.

—No estamos hablando de Tanner. Estamos hablando de ti. Saca la cabeza del culo o esta temporada no empezará como crees.

Cuelga antes de que pueda pedirle que se explique.

Mierda. No pensé que faltar a un entrenamiento fuera para tanto. El fútbol es mi vida. No pueden echarme del equipo. Piso el acelerador y salgo disparado hacia el entrenamiento.

Capítulo 22

Nada es sencillo jamás en Smuggler's Hideaway.



Addy

Penelope levanta la vista de su libro. Este trata sobre el cultivo de trigo en zonas áridas. —¿Por qué estáis todos amontonados frente a la ventana?

—Estamos esperando a Gage —dice Mila.

Penelope frunce el ceño. —¿Viene a cenar?

—Addy y Gage tienen una cita.

Penelope arruga la nariz, confundida. —¿Por qué estáis esperando a Gage si se va a una cita con Addy?

—Si la besa, tenemos que gritar.

Suelto un quejido. —¿Quién te ha dicho semejante cosa?

Mila señala a Otis.

—¿En serio? —Arqueo una ceja mirando a mi hermano.

Él se encoge de hombros. —Es mi obligación fraternal.

—De repente le importan mucho las obligaciones fraternales —murmura Penelope.

Levanto una mano antes de que Otis pueda responder. —Nada de discusiones.

Ella cierra el libro de un portazo y se pone en pie. —Vale. Pero no pienso escucharle esta noche.

—¡Pero si yo soy el canguro! —le grita Otis mientras ella se aleja.

Le frunzo el ceño. —¿No podías dejarlo pasar?

Él sonríe con suficiencia. —Obligaciones fraternales.

—¡Ya está aquí! —grita Mila antes de correr hacia la puerta y abrirla de par en par. Gage la levanta y la lanza por los aires. Ella suelta una risita como respuesta.

—No la tires.

Gage me dedica una sonrisa antes de dejar a Mila en el suelo.

Ella da un pisotón. —Pero si me estaba divirtiendo. Nunca me dejan divertirme.

—Como se ponga a tener una rabieta, no pienso hacer de canguro —murmura Otis.

Gage se arrodilla frente a ella. —Si prometes portarte bien, puedes venir a uno de mis entrenamientos la semana que viene.

—¿Puedo ir yo también? —pregunta Otis.

—Podéis venir todos. Será un asunto familiar.

¿Un asunto familiar? El corazón me da un vuelco. Quiero darle a este hombre, que creció sin nadie, una familia. Aunque la familia sea un grupo de hermanos irritantes.

Otis da saltitos sobre las puntas de los pies antes de aclararse la garganta y meterse las manos en los bolsillos. —Mola.

Gage saca un libro del bolsillo trasero. —Esto es para ti. Este libro me ayudó a concentrarme mejor en mi juego.

Otis le arrebata el libro. —Gracias, Gage.

—Cuando quieras.

Gage se acerca a mí y me besa la mejilla. —¿Estás lista para irnos, pajarcillo?

—¿A dónde vamos?

—Había pensado que podríamos cenar en *Smuggler's Cove.*

Arqueo las cejas. —¿Has conseguido mesa en *Smuggler's Cove* para esta noche?

—Sí. He llamado y han reservado una mesa. Sin problemas.

Suelto una risita. Esto va a ser divertido. No tiene ni idea de que esta noche es la *Cena de Recreación de los Contrabandistas.* La recreación se solía celebrar un fin de semana en invierno para atraer turistas a la isla en temporada baja. Pero tuvieron tanto éxito que el ayuntamiento decidió celebrarlas mensualmente.

Gage entrelaza sus dedos con los míos y me guía hacia la puerta.

—¡Pórtaos bien todos esta noche!

Otis resopla. —Pórtate bien tú.

—¡Adiós, Gage! —grita Mila.

—Adiós, pequeña Mila. Te veré pronto.

Gage se encamina hacia su todoterreno, pero yo le tiro de la mano. —Hace una noche preciosa. Vamos andando. No son ni cinco minutos.

—Me parece bien. Así tengo más tiempo para tenerte cerca. —Me suelta la mano para pasarme un brazo por los hombros.

—Eres todo un seductor.

—Solo contigo, pajarcillo. Solo contigo.

—¿Cómo ha ido tu día? ¿Qué tal el entrenamiento?

Él mueve los hombros. —Ha estado bien. Pero odio el día de empuje en el gimnasio.

—¿Qué es el día de empuje?

—Es el día en que nos centramos en ejercicios de empuje como el press de banca, el press militar y las extensiones de tríceps.

Arrugo la nariz. Nada de eso suena divertido. —No recuerdo la última vez que pisé un gimnasio.

Él me recorre con la mirada y sus ojos se encienden. —No empieces a ir por mí. Me encanta tu cuerpo.

Me amilano al recordar cómo ha mimado mi cuerpo anteriormente. La atención al detalle. Ese enfoque absoluto en mí y en mi placer. Era adictivo. Quiero volver a experimentarlo.

Nuestra química es uno de los motivos principales por los que acepté salir con él. Nunca antes había sentido las chispas que surgen entre nosotros. Es difícil resistirse. Especialmente cuando ríe y bromea con mi familia. Y tiene unos modales perfectos. Si a eso le sumas lo de su infancia y cómo logró superarla, no pude evitar ceder.

Llegamos a la calle principal y señalo al restaurante. —*Smuggler's Cove Restaurant* está ahí.

—¿Por qué hay cola fuera?

Me encojo de hombros. Si todavía no se ha dado cuenta de que esta noche hay recreación, no voy a ser yo quien se lo diga.

Pasamos de largo la cola y entramos en el restaurante. —Hola —saludo a Hazel—. Pensaba que ya no trabajabas aquí desde que empezaste a tiempo completo en el complejo vacacional como fisioterapeuta.

—Me suplicaron que les echara una mano.

—Y por ahí dicen que no sabes decir que no cuando te suplican.

Ella me da un golpecito con las cartas. —Pórtate bien o os sentaré en medio de toda la acción.

—Desde luego deberías sentarnos en medio de toda la acción.

—¿Por qué querrías...? —Se interrumpe con una sonrisa pícara—. ¿Él no lo sabe?

—¿Saber qué? —pregunta Gage.

Me apresuro a responder antes de que Hazel pueda arruinar la sorpresa. —Lo buena que está la comida aquí.

—Probablemente no deberías comer aquí si quieres dar el peso —añade Hazel.

Gage descarta su preocupación con un gesto. —El pesaje semanal ha sido hoy. Tengo una semana entera para compensar lo que sea que coma esta noche.

Hazel nos acompaña a nuestra mesa. Deja las cartas sobre ella. —Vuestra camarera os atenderá en breve.

Gage me retira la silla. —Vaya, qué caballero.

—He hecho lo que me dijiste y he investigado cómo cortejar.

Suelto una carcajada. —No te sorprendas si te regalan un diccionario por Navidad. ¿Navidad? Faltan meses para Navidad. Puede que para entonces ni estemos saliendo. Reculo más rápido que una sirena que ha avistado a un contrabandista. —No te sientas presionado, no espero que sigamos saliendo en diciembre.

Él pone su mano sobre la mía. —Yo sí. Mi carrito de la compra virtual ya está lleno de regalos para ti y para tu familia.

Me quedo con la boca abierta. —¡Mentira!

—No lo sabrás si no nos das una oportunidad —dice él con tono cantarín.

—Eres un caso perdido de verdad.

—Tú dices caso perdido, yo digo...

Se ve interrumpido cuando la puerta se abre de golpe y varios hombres entran corriendo en el restaurante. Van vestidos de contrabandistas de la época de la Prohibición.

—Los Prohis vienen justo detrás de nosotros —dice el primer hombre.

—Tenemos que escondernos.

El primer hombre recorre la sala con la mirada. —O podríamos tomar un rehén.

Gage se inclina sobre la mesa. —¿Qué está pasando?

—Chitón.

Pero es demasiado tarde. Los contrabandistas ya se dirigen hacia nosotros.

El primer hombre entrecierra los ojos al mirarme. —Ella servirá.

—¿Servirá para qué? —pregunta Gage.

Los contrabandistas le ignoran. —Levántate —me ordena el hombre.

Me pongo en pie. Gage gruñe y se planta frente a mí. —No la vas a tomar como rehén.

El hombre le apunta con una pistola. —Quítate de en medio antes de que te pegue un tiro.

—Puedes dispararme, pero no te llevarás a mi mujer a ninguna parte.

Gage habla totalmente en serio. No tiene ni idea de que es una recreación. Le tiro de la manga. —Está bien.

No se molesta en mirarme. Mantiene la mirada fija en los dos contrabandistas. —No, no lo está. Es nuestra primera cita. No voy a dejar que nadie la arruine.

—¡Vienen los Prohis! —grita Hazel desde la entrada del restaurante, donde ha descorrido la cortina para mirar hacia fuera—. Si no queréis que os pillen, más vale que os escondáis o que os larguéis.

Los contrabandistas se miran entre sí por un segundo antes de salir corriendo hacia la cocina. En cuanto desaparecen de la vista, el restaurante estalla en aplausos.

Gage mira a su alrededor con el ceño fruncido. —¿Qué coño está pasando?

Me muero de la risa. —Es la Cena de Recreación de los Contrabandistas —consigo decir entre carcajadas.

Él se frota el cuello. —¿Esto era un espectáculo?

—Sí. Se celebra una vez al mes. ¿Por qué crees que me ha sorprendido que consiguieras mesa? ¿Y por la cola que había fuera?

—¿Por qué no me lo has dicho?

Le señalo la cara. —¿Y perderme lo confundido que estás ahora? Ni hablar.

—Me las pagarás.

—Ya veremos —digo canturreando—. Al fin y al cabo, esto es Smuggler's Hideaway.

Finalmente se sienta. —Tu pueblo está loco.

—¡Habló el cuerdo!

—Vaya primera cita.

—Creo que es la primera cita perfecta.

Él me agarra la mano. —Cualquier cita contigo es perfecta.

La camarera deja dos botellas de cerveza sobre nuestra mesa. —Cortesía de la casa. Por habernos entretenido. —Nos guiña un ojo.

Gage hace una inclinación de cabeza. —Siempre es un placer ser de ayuda.

—Algunos de los turistas quieren tu autógrafo. —Señala a un grupo de mujeres que se nos acercan poco a poco.

—Yo... esto... —Empiezo a levantarme. No tengo ni idea de a dónde ir ni qué hacer, pero no quiero ser testigo de cómo un grupo

de mujeres babea por mi cita. Es a mí a quien le toca babear por él.

No. No es mío. Esto es una cita, no una declaración de mis intenciones de quedármelo.

Gage me atrapa la muñeca. —Estaré encantado de firmar autógrafos. Después de cenar.

—Entendido. Yo me encargo de ellas. —La camarera se lleva a las mujeres de allí.

En cuanto se van, a Gage se le relajan los hombros y suelta un suspiro. —Siento eso. Los fans no siempre entienden lo que es la intimidad.

—Parecía que la situación no te molestaba. —Incluso les ha mostrado su hoyuelo.

Él me acaricia la muñeca con el pulgar. —No puedo ser un imbécil. Es parte de mi trabajo.

Arrugo la nariz. —¿Tus fans te molestan todo el tiempo?

—No es una molestia. ¿Un inconveniente cuando estás en una cita con una mujer a la que intentas impresionar? Claro. Pero no es una molestia.

Decido dejarlo pasar. Si vamos a salir, tendré que acostumbrarme a que sea famoso. Además, esta es nuestra primera cita. ¿Quién sabe si habrá más?

—Lo de impresionarme se fue al traste cuando decidiste interrumpir la recreación.

Él saca pecho. —Pensaba que te estaba salvando.

Le doy una palmadita en la mano. —Vale, grandullón. Puedes salvarme cuando quieras.

A decir verdad, no me importaría que me salvara cada día. No necesito que me salven, pero oh, qué glorioso sería tener a un hombre que se pusiera frente al peligro por ti siempre que pensara que necesitases ayuda.

Frena, Addy. Es una primera cita. Gage no me ha jurado amor eterno. Por mucho que esté empezando a desear que lo hiciera.

Capítulo 23

Sé leer una defensa. ¿A una cantante pelirroja? No tanto.



Gage

—¡Edwards! —grita el Coach Knox—. Ven aquí.

Me quito el casco de un tirón mientras avanzo a grandes zancadas hacia la banda.

—¿Acaso intentas que maten a nuestro quarterback?

Gruño. Tiene todo el derecho a hacerme esa pregunta, ya que he fallado en la protección contra el blitz y he bloqueado al defensa equivocado. He vacilado en lugar de dar un paso al frente.

—¿En qué estás pensando?

En el dulce sabor de los labios de Addy. En los ruidos que hace cuando se frustra conmigo. En los suspiros que exhala cuando la toco como ella desea. Se me tensa la entrepierna, lo cual no es nada cómodo cuando llevas unos pantalones de compresión.

Tanner levanta la mano y da saltitos. —Yo sé en qué está pensando.

Le lanzo una mirada fulminante. —Preocúpate de tus propios problemas.

Finge que se atusa el pelo. —Yo no tengo ningún problema.

Arqueo una ceja. —¿Sabe Alaia que no tienes problemas? Puedo decírselo yo. Vuestro jueguecito se acabará. ¿Quieres que se acabe?

Camina hacia mí con pesadez. —Ni se te ocurra.

El entrenador se pone en medio y nos separa de un empujón. —¡Basta! Centraos en el juego o esta temporada os quedaréis calentando el banquillo.

Me estremezco. He sido running back titular en the Seals desde mi segundo año en el equipo. No tengo ninguna intención de perder mi puesto. Pero el entrenador tiene razón. Necesito centrarme en el juego y dejar de pensar en una sexy cantante pelirroja.

—¡Id! —el entrenador señala el campo—. Misma jugada. Repetidla.

No nos limitamos a repetir la jugada una vez más. La practicamos una y otra vez. Para cuando el entrenador hace sonar el silbato para dar por terminada la sesión de hoy, me arden los muslos y el sudor me chorrea por la espalda.

Nolan me da una palmada en la espalda mientras nos encaminamos a los vestuarios. —¿Estás bien? Pareces distraído.

Le miro con mala cara. —Tú tampoco, por favor.

Parpadea con aire inocente. La viva imagen de la ingenuidad. Bufo. No me lo creo.

—Hablo en serio, Nolan. Déjalo ya o me veré obligado a decirle a Terri que tienes un ritual antes de los partidos que incluye desnudez, un pescado maloliente y tacones altos.

Terri es la coordinadora de eventos del complejo. Nolan la ha estado observando de la misma forma que un quarterback observa a la defensa revelar sus intenciones. Por desgracia para él, ella lo ha

estado esquivando como un quarterback esquiva un *sack*. Hay más trasfondo en esa historia, pero no sé cuál es.

Gruñe. —No tengo ningún ritual antes de los partidos.

—¿En serio? ¿No te comes un paquete de galletas de mantequilla de cacahuete mientras escuchas *Eye of the Tiger* en los auriculares? Y, si alguien te interrumpe, ¿no tienes que empezar el ritual desde el principio? ¿Has olvidado el partido contra los Tigers? Tanner te interrumpió e hiciste que todo el equipo esperase mientras empezabas tu jueguecito de nuevo. Si mal no recuerdo, te comiste cinco bolsas de galletas **aquel** día.

—Jamás me comería cinco bolsas de galletas antes de un partido. Y definitivamente no hice esperar a todo el equipo.

—Las imágenes del equipo llegando tarde están en YouTube. Las especulaciones sobre por qué llegamos tarde van desde que alguien tenía una diarrea explosiva hasta que al Coach Cha-Cha le dio un síncope o que una exmujer tenía al equipo como rehén. Apuesto a que a Terri le encantaría saber la verdad.

—Eres un capullo.

—¿Yo soy el capullo? Yo no he empezado esto.

—Lo que digas —masculla antes de marcharse furioso.

Corbin aminora el paso hasta que lo alcanzo. —Agradecería que no cabreases a todo el equipo en el entrenamiento.

—No soy yo quien cabrea a la gente. Todo el mundo me está cabreando a mí.

—Da igual. El entrenamiento debe tomarse en serio.

Corbin es todavía más serio con el fútbol que yo. Pero hace que parezca que estoy perdiendo el tiempo. Yo no tonteo en los entrenamientos. Aunque, por lo visto, sí me distraigo.

—¿Es que tú nunca te distraes?

—No.

—¿Ni siquiera con una casera sexy?

—Mi vida privada no tiene lugar en el campo. —Aumenta el ritmo hasta que tengo que trotar para seguirle el paso. Ser el tío más bajo midiendo un metro ochenta y ocho es una mierda a veces.

—¿Pero admites que tienes una vida privada y que incluye a tu sexy casera?

Se detiene en seco y casi me estampo contra él. —Siena no es pasto de cotilleos.

—Tú...

Levanta una mano. —Se acabó la conversación.

Doy un paso atrás. Cuando Corbin dice que se ha acabado, es que se ha acabado. —Entendido.

Asiente antes de dirigirse al vestuario. Lo sigo, pero esta vez no intento mantener su ritmo.

Llego al vestuario y voy hacia mi taquilla. No veo la hora de quitarme todo el sudor y la suciedad de encima. Sin embargo, no tengo prisa por irme.

Addy trabaja esta noche. No terminará hasta después de medianoche. Es demasiado tarde para que nos veamos, teniendo en cuenta que tengo planeada una carrera de ocho kilómetros antes del entrenamiento de mañana por la mañana.

Iría a verla a *Five Fathoms Brewing*, pero no se me da bien resistir la tentación de una hamburguesa jugosa y una cerveza fría. Y tengo que dar el peso. No voy a fallarle al equipo por tener sobrepeso y estar fuera de forma. Nada de hamburguesas ni cerveza para mí.

Se me encoge el corazón. Otro día más sin poder visitar a mi pajarcillo. Si tan solo trabajara menos. Si tan solo pudiera ganar dinero con sus canciones. Pero sé que no debo meterme donde no me llaman.

Mi Addy no necesita que yo interfiera. Es fuerte y puede encargarse de su propia vida. Como me ha señalado más de una vez. Puede que metiera la pata al principio, pero aprendo de mis errores. No estaría donde estoy hoy si no lo hiciera.

Aun así la ayudaré. Al fin y al cabo, estoy en su equipo. Y los compañeros se ayudan entre sí.

—¡Entrega para Gage Edwards!

Me pongo en pie. —Yo soy Gage.

Me hace una señal para que me acerque. —Tiene que firmar este pedido.

Voy hacia él. —¿Dónde está?

—Sígame.

No he pedido nada, pero no es raro recibir un paquete de alguno de mis patrocinadores. Especialmente justo antes de que empiece la temporada. Quizá mis botas nuevas ya están aquí.

—Es esto. —El repartidor señala un palé.

Frunzo el ceño. No suelo recibir entregas más grandes que mi sofá. —¿Qué es?

Se encoge de hombros. —Ni idea. Ni me importa. —Me tiende su escáner de mano y firmo. —Todo suyo.

—¿Cómo demonios se supone que voy a mover esto?

—No es mi problema —dice mientras se aleja.

Me pongo las manos en las caderas mientras medito qué hacer.

—¿Por qué no lo abres? —sugiere Tanner.

—Sí. —Nolan asiente con la cabeza—. Puede que sea voluminoso pero no pesado.

—Yo puedo levantar cosas pesadas.

Brock bufa. —Claro que sí.

No voy a discutir con el señor Gruñón. —Lo que digas.

Intento abrir la caja tirando de ella, pero está precintada.

—Toma. —Corbin me pasa una navaja.

Corto la cinta y abro la caja. —¿Pero qué demonios?

Saco un paquete de calcetines. Debajo hay otro paquete de calcetines. Rebusco en el contenido de la caja. Calcetines y más calcetines.

Tanner estalla en carcajadas. —Ahora no tendremos que oler tus calcetines apestosos en toda la temporada.

Le lanzo un paquete de calcetines. —Mis calcetines no huelen.

Nolan arruga la nariz. —No los lavas, y yo he olido tus pies.

Me cruzo de brazos y miro con severidad a mis compañeros. —Lavo mis calcetines.

—Solo cuando perdemos, y no tengo intención de que eso ocurra —dice Corbin.

—¿Qué preferiríais? ¿Una racha de victorias o que yo huela a rosas?

—Tío —gruñe Brock—. Tú nunca hueles a rosas.

—Comparado con tu hijo adolescente, sí.

—Te equivocas. Desde que Jace se hizo amigo de su instructora de surf, ha aprendido a usar la pastilla de jabón. ¿Tengo razón? —Tanner rodea los hombros de Brock con el brazo, pero este le da un codazo.

—Deja a May fuera de esto.

—No he sido yo quien ha mencionado su nombre. —Tanner menea las cejas.

Nolan suspira. —¿Quieres que te dé una paliza?

Tanner sonríe con suficiencia. —No puede. El entrenador le prohibió pegarme.

Brock sonríe. —Solo en el campo.

Da un paso hacia Tanner, que sale huyendo. —¡No me pillas!

Vuelvo a prestar atención a mi caja. —¿Qué se supone que voy a hacer con mil pares de calcetines?

—Póntelos.

Miro mal a Corbin. —Aquí hay suficientes calcetines para toda mi vida. Probablemente para varias vidas.

Se encoge de hombros.

—Invéntate algo. Tengo hambre —masculla Brock antes de regresar al vestuario. Corbin y Nolan lo siguen.

—¿No vais a ayudar? Sois los imbéciles que los pidieron.

Nolan me guiña un ojo. —Pero tú eres el que ha firmado la entrega.

Fíjate en que no ha negado haberlos pedido.

¿Dónde narices voy a deshacerme de tantos calcetines? Sonrío cuando se me ocurre una idea. Apuesto a que a Otis le vendrían bien unos calcetines. Y quizá a sus compañeros también.

Si me doy prisa, puedo pillar a Addy en casa. Puedo obtener mi dosis de mi pajarcillo antes de que se vaya a trabajar.

Me estoy obsesionando con ella rápidamente. Y no me importa. Addy es la mujer para mí. Me estoy enamorando de ella. No me importa lo rápido que haya pasado. Es la mujer con la que quiero pasar mi vida.

Tengo que averiguar qué hacer cuando termine el campo de entrenamiento. Y lo haré. Porque no voy a dejarla marchar.

Corro hacia el vestuario, pero antes de que pueda entrar, el Coach Knox sale de su oficina y se interpone en mi camino.

—Tenemos que hablar.

Un escalofrío me recorre la espalda. No está contento.

—Sé que he metido la pata en el entrenamiento de hoy, pero yo...

Levanta una mano para detenerme. —No es solo hoy. Has estado muy distraído últimamente. Y faltaste a un entrenamiento.

Se me revuelve el estómago. No quiero fallarle al equipo. Este equipo es mi familia. El fútbol es mi vida.

—Expliqué por qué falté al entrenamiento.

—Tienes que solucionar aquello que te esté distrayendo.

—¿Solucionar?

Addy no es un problema que haya que solucionar. Es una persona. La mujer de la que me estoy enamorando. La que quiero en mi vida. Permanentemente.

—Hablo en serio, Gage. Céntrate en el juego. Olvida la distracción. O perderás tu puesto en este equipo. Por no hablar de los patrocinadores.

Se marcha antes de que tenga oportunidad de responder.

Joder. ¿Tendrá razón? ¿Está Addy afectando a mi juego? ¿Debería dejarla ir antes de perderlo todo?

Trago saliva. No quiero dejar ir a Addy. Pero quizá tenga que hacerlo.

Capítulo 24

Esto no es una broma telefónica.



Addy

—¡Addy! —grita Mila y yo suspiro. ¿Es mucho pedir cinco minutos de tranquilidad?

—¡ADDY! —Parece que sí.

Cierro mi cuaderno de un portazo y me pongo de pie. Camino con paso firme hacia el dormitorio de Mila y Penelope. —¿Qué pasa?

Mila señala a Penelope. —Me ha arrancado una pestaña.

Arqueo una ceja mirando a Penelope. —¿Lo has hecho?

Ella se encoge de hombros. —Mila no debería haber tirado mi libro al váter.

—No lo he tirado a propósito.

—¿Para qué tenías mi libro, para empezar? Es imposible que te interesen las diferencias entre las pirámides egipcias.

Mila se queda mirando a la pared.

—Mila —insisto.

Ella levanta los brazos al aire. —Estaba intentando esconderle el libro para que dejara de leer. Quería que alguien jugara conmigo. Pero ella nunca quiere jugar. Siempre está leyendo. ¡Es abu-rrida!

—Leer no es aburrido. Claro. —Penelope resopla—. Tú qué vas a saber, si ni siquiera sabes leer.

Mila da un pisotón. —Que sí sé leer.

—Penelope. No te metas con tu hermana por lo de leer. Sabe leer.

—A un nivel de tercero de primaria.

—Porque estoy en tercero de primaria.

Empiezan a pelearse y me masajeo las sienes con movimientos circulares; noto que me va a dar un dolor de cabeza. Tratar con clientes metemanos en *Five Fathoms* es preferible a lidiar con mis hermanas.

—Chicas. —Siguen discutiendo—. ¡Chicas!

Mi teléfono suena antes de que tenga oportunidad de controlarlas. Lo miro. No reconozco el número. Como conozco el número de casi todo el mundo en Smuggler's Hideaway, le doy a ignorar.

—¡Chicas!

Mi móvil suena otra vez. El mismo número. Obviamente, esta persona no va a desistir. Genial. Otra distracción.

Deslizo para responder. —Club de la lucha de las niñas, ¿en qué puedo ayudarle? Tenemos tirones de pelo, camas sin hacer o lanzamientos de libros al váter.

—Sabía que sabías cantar y componer canciones. No sabía que eras graciosa.

No reconozco la voz. —Lo siento. ¿Quién es?

—Soy Juliet Ash.

—Ja, ja. Muy gracioso, Otis.

—¿Quién es Otis?

—Otis —gruño—. Déjalo ya. Ahora no tengo tiempo para tus jueguecitos.

—¿Qué jueguecitos? —pregunta Otis desde detrás de mí.

Frunzo el ceño. —¿No me estás gastando una broma telefónica?

—¿Te está dando un parraque? Estoy aquí delante de ti sin mi móvil. No te estoy llamando. No seas tonta. —Pone los ojos en blanco antes de alejarse.

—No sé quién es Otis, pero quiero conocerlo.

Me cago en todo. He tenido el teléfono pegado a la oreja todo este rato.

—Lo siento.

—No te disculpes —dice la mujer—. Esto ha sido más entretenido que todo lo que me ha pasado en el día.

—¿Podemos empezar de nuevo? Hola, soy Addison Price. ¿Y tú eres?

—Juliet Ash.

El corazón me golpea contra el pecho y la mano con la que sostengo el móvil me tiembla. —¿Juliet Ash? ¿La estrella del pop?

—Prefiero cantante.

—Mierda. Perdón. Mierda. Y ya he soltado dos tacos por teléfono con Juliet Ash.

Ella suelta una risita. —Sabía que serías divertida.

—¿Sabías que sería divertida? ¿Cómo lo sabías?

—Estabas cantando en un bar lleno de mujeres vestidas de sirena.

Trago saliva. —Has visto el vídeo.

—Cariño, todo el planeta ha visto el vídeo.

Me dejo caer en la cama de Penelope. —Esto es vergonzoso.

—¿Vergonzoso? ¿Por qué? Sabes cantar, y me ha encantado tu canción.

—¿De verdad?

—Por eso me he puesto en contacto contigo.

—¿Ah, sí?

—¿Qué te parecería que yo grabara tu canción?

Me quedo boquiabierta y a mi cerebro se le olvida cómo funcionar. Juliet Ash, una estrella del pop internacional que se fue de gira con la mismísima Taylor Swift, quiere grabar mi canción. ¿Me está dando un parraque? Olfateo. No me huele a tostado. Maldita sea. Se me han olvidado todos los demás síntomas de un ictus.

—¿Addy? ¿Puedo llamarte Addy?

Consigo que me vuelva la voz. —Sí.

—Sé que esto es un impacto. Aunque teniendo en cuenta que tu vídeo de YouTube ha superado los dos millones de visitas, tú...

—¿Dos millones?

—¿No lo has mirado?

—Eh, no.

Me he olvidado por completo del vídeo. Lo cual parece una locura. Pero, al parecer, enamorarse consume todas las neuronas. Descarto esos pensamientos. No me estoy enamorando de Gage. Se marcha al final del verano.

—Eres un soplo de aire fresco.

—¿Gracias?

—Te he dejado en shock. ¿Por qué no te doy algo de tiempo para que te lo pienses? Mientras tanto, haré que mis abogados te envíen el papeleo para licenciar la canción.

—¿Licenciar?

—No creo en comprar canciones a otros artistas. Tú mantienes los derechos de autor, pero me cedes el derecho a grabarla, producirla e interpretarla.

—Ah, de acuerdo.

—Este es mi número privado. No dudes en ponerte en contacto conmigo para cualquier duda que tengas. Ha sido un placer conocerte, Addy Price.

—Igualmente.

—¿Addy? —Penelope agita la mano delante de mi cara—. ¿Estás bien?

—¿Bien? —resoplo—. ¡Juliet Ash quiere grabar mi canción!

—¿Quién es Juliet Ash?

Mila pone los ojos en blanco. —Es una estrella del pop, boba.

Empiezan a discutir otra vez. Pero no tengo tiempo para esto. Tengo que contarle a Gage lo que está pasando.

—¡Otis!

Asoma la cabeza por la puerta. —¿Qué?

—¿Puedes vigilar a los gremlins? Tengo que irme.

—¿A dónde?

—¡La ha llamado Juliet Ash! —grita Mila.

—Joder. Mi hermana es famosa.

Ignoro su palabrota. Mi mente solo puede procesar un número limitado de cosas a la vez.

—Vete. —Me saca de la habitación dándome un empujoncito —. Ve a contárselo todo a tu novio.

Lo dice de broma, pero de verdad voy a ver a Gage.

Me tiemblan las manos mientras conduzco hacia el complejo. Una vez que aparco y entro, me doy cuenta de que no tengo ni idea

de dónde está Gage. Me quedo en la zona de recepción mirando a mi alrededor.

Hudson me pone una mano en el hombro. —¿Estás bien, Addy?

—Gage —es la única palabra que logro articular.

—Ven. —Me guía por un pasillo hasta una gran sala de conferencias donde está cenando el equipo—. ¡Gage! —brama.

Gage se apresura hacia mí. Le da las gracias a Hudson antes de preguntarme: —¿Qué pasa?

—¡Juliet Ash quiere grabar mi canción!

Toda la sala se queda en silencio mientras todos se giran para mirarme. Vaya. Puede que haya gritado esas palabras a pleno pulmón.

—¿Hablas en serio?

—Me ha llamado. Al teléfono. A mi teléfono. Desde su número privado.

Me rodea con los brazos, me levanta del suelo y me hace girar por el aire. —¡Mi Addy va a ser famosa!

Cuando me deja en el suelo, sus amigos —Nolan, Tanner y Brock— nos rodean.

—¿Qué está pasando? —pregunta Nolan.

—Juliet Ash va a grabar mi canción.

No importa cuántas veces diga esas mismas palabras; no me lo puedo creer. ¿Es esta mi vida? ¿De verdad está pasando? Quizá debería volver a mi hipótesis del ictus. Debería buscar en Google cuáles son los síntomas de un ictus.

—¿La canción que cantaste en *Bootlegger*? —pregunta Tanner. Asiento con la cabeza—. Increíble. La canción era la hostia.

Brock me estrecha la mano. —Felicidades, Addy. Tienes mucho talento.

Gage saca pecho. —Es increíble. Va a ser una compositora famosa.

Pongo los ojos en blanco. —Es solo una canción.

—Por ahora. Sé el talento que tienes. Vas a ser famosa.

Me encojo de hombros. —He tenido suerte de que me grabaras cantando y lo subieras a YouTube.

Él sonríe. —¿Eso significa que ya no estás enfadada conmigo por haberte subido cantando a YouTube?

Le señalo con el dedo en tono de advertencia. —No tientes a la suerte.

Suelta una carcajada y me pasa el brazo por los hombros. —Siempre te ayudaré.

Frunzo la nariz. —No conocerás por casualidad a un buen abogado de espectáculos, ¿verdad?

—Alguien de aquí tiene que conocer a alguno. —Señala al comedor lleno de su equipo de fútbol. Oh, mierda. Lo estoy interrumpiendo. No debería estar aquí.

—Lo siento. —Intento dar un paso atrás, pero él no me suelta —. Te estoy interrumpiendo.

—Pajarcillo, puedes interrumpirme cuando quieras.

—Excepto en el campo —refunfuña Brock—. Nada de correr al campo durante un partido. Y menos durante un cuarto down en el cuarto cuarto. Ni siquiera cuando estés de parto.

Parpadeo mirándolo. —¿Cómo se llega siquiera al campo? ¿No hay guardias de seguridad, puertas cerradas y jugadores de fútbol enormes para impedirte el paso?

—Si tienes determinación, te las ingenias.

—Yo... —Digo sin terminar la frase, negando con la cabeza. No tengo intención de invadir nunca un campo de fútbol—. Prometo

no correr al campo cuando estés jugando ni en ningún otro momento.

—Nos estamos desviando del tema. —Gage me aprieta el hombro—. Quiero oír hasta el último detalle.

Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que todo el mundo en la sala nos está mirando. Siento las mejillas calientes. He estado soltando palabras a diestro y siniestro desde que he entrado. Quizá debería callarme ya.

Gage quita el brazo de mi hombro y me agarra la mano. —Ven. Me lo puedes contar todo con detalle en privado.

—Pero tengo que contarle todo el cotilleo a Alaia —se queja Tanner.

Gage le gruñe. —Mantendrás la boca cerrada hasta que Addy diga que se lo puedes contar a los demás.

Él se desinfla. —Eres un aburrido.

—Yo me encargo. —Nolan se lleva a Tanner, con Brock siguiéndolos.

Gage me guía fuera de la sala y por el pasillo hacia la salida. —Estoy jodidamente orgulloso de ti, pajarcillo.

Esas palabras me calan hondo. Quiero que Gage se sienta orgulloso. Quiero que esté orgulloso de ir del brazo conmigo.

Quiero a Gage. Y punto.

Capítulo 25

El ritmo importa más que la velocidad.



Gage

Todos los pensamientos y preocupaciones sobre si debería dejar ir a Addy para salvar mi carrera desaparecen mientras la acompaño a mi chalé. Ha venido a *mí* cuando ha tenido buenas noticias. Siente esta conexión tanto como yo.

No puedo dejarla marchar. Encontraré la manera de compaginar el fútbol americano y el amor. Los jugadores lo hacen todo el tiempo. ¿Qué tan difícil puede ser?

Llegamos al chalé y guío a Addy hasta el sofá. Me siento y tiro de ella para que se siente en mi regazo. —Cuéntamelo todo —digo una vez que está a horcajadas sobre mí.

—No te lo vas a creer —empieza ella.

—¿Te ha llegado ya su correo con el papeleo del abogado? —pregunto en cuanto termina.

Se muerde el labio inferior. —El papeleo del abogado... ¿De verdad necesito un abogado? —gime—. Todo esto me viene grande. No entiendo nada.

Le aparto el labio de los dientes con el dedo. —Lo solucionaremos. Yo tengo un abogado, pero supongo que los abogados deportivos y los del mundo del espectáculo son distintos. Aunque una vez vi a Juliet Ash saliendo del despacho del mío.

Se queda boquiabierta. —¿Viste a Juliet Ash?

—Vive en Steel City.

—¿Ah, sí?

Me encojo de hombros. —Tiene una casa allí, además de en Nueva York y Hollywood.

—Y mientras tanto, yo no tengo ni una sola casa.

Esta es la oportunidad perfecta. Y si hay algo que he aprendido como running back es a no dudar. A lanzarse al hueco antes de que se cierre.

—Podrías venir a vivir conmigo.

Suelta una carcajada. Al ver que yo no la acompaño, se pone seria. —No estás bromeando.

Le coloco un mechón de su pelo pelirrojo y ondulado tras la oreja. —Es la solución perfecta. Podrías negociar la venta de tu canción a Juliet y pasar tus tardes... —Muevo las cejas—. Y tus noches conmigo.

—No puedo abandonar a mi familia. Mi madre cuenta conmigo.

—Otis ha estado asumiendo más responsabilidades últimamente.

—Hay una diferencia entre vigilar a sus hermanas un par de veces en verano y asegurarse de que lleguen al colegio y a todas sus actividades a tiempo durante el curso escolar. Además, todavía es un crío.

Diecisiete años no es exactamente un crío. A su edad, yo jugaba al fútbol mientras iba al instituto y mantenía un trabajo para pagar toda mi equipación y los viajes de los partidos fuera de casa.

Le beso la nariz. —Está bien.

—¿Está bien? ¿No vas a insistir?

—¿Y arriesgarme a que me acuses de intentar controlarte? Ni hablar. Aprendo de mis errores. Cuando un linebacker te taclea las suficientes veces, aprendes a adaptarte.

—¿El «Señor No Le Tiene Miedo a un Cuarto Down» le tiene miedo a un linebacker?

—¿Has visto a un linebacker en persona? Son enormes y corpulentos. Y saben cómo golpear.

Ella sonríe antes de acercarse. —Gracias. —Presiona sus labios contra los míos.

Hace amago de retirarse, pero la agarro por los hombros para mantenerla justo donde está. Con sus pechos apretados contra mi pecho. Su boca contra la mía. Mi polla da un respingo de agradecimiento.

Le doy un mordisquito en el labio inferior. —Déjame entrar.

En el segundo en que abre la boca, me adentro en ella. Su sabor me golpea y gimo. Nunca me cansaré de su sabor. Es demasiado dulce y adictivo. Y es mío. Ningún otro hombre tendrá la oportunidad de probarla si yo tengo algo que decir al respecto.

Se desliza hacia delante hasta que su centro queda situado sobre mi polla. Esta se endurece y se alarga en respuesta. Ella gime y entrelazo mis manos en su pelo sedoso para mantenerla justo donde está. Justo donde la quiero. Justo donde pertenece.

Se frota contra mi polla y la agarro por las caderas para detenerla.

Separa sus labios de los míos bruscamente. —¿Por qué me paras?

—No quiero follarte en el sofá. No eres una groupie.

Parpadea con coquetería. —¿Y si quiero que me folles en el sofá?

Gimo. —No me lo estás poniendo nada fácil.

Se menea en mi regazo. —Es duro. Como a mí me gusta.

Suelto una carcajada. Nunca sé qué va a decir. Es refrescante. Me encanta.

La quiero. Las palabras no me sorprenden. Esperaba enamorarme de ella pronto. En el momento en que la vi cantar, supe que la quería. El amor llegó de forma natural.

Me muerdo la lengua antes de soltar lo mucho que la quiero. Si las escucha, saldrá corriendo más rápido que un running back al ver la luz después de un bloqueo perfecto.

Le acaricio el cuello con la palma de la mano. —¿Estás segura? Tengo un dormitorio perfectamente respetable a pocos pasos. Creo que incluso he hecho la cama esta mañana.

Me va dejando besos a lo largo de la mandíbula. —Estoy segura.

Le aprieto el cuello suavemente hasta que levanta la cabeza para encontrarse con mi mirada. Estudio sus ojos. No hay nada más que pasión en sus ojos marrón claro. Nada de miedo. Bien. No dejaré que se arrepienta de estar conmigo.

—Quítate la camiseta —ordeno.

Ella sonríe con picardía antes de agarrar el dobladillo de su camiseta de tirantes y quitársela de un tirón.

Gruño. —Estás desnuda. ¿Dónde está el sujetador?

—Viene incorporado en la camiseta.

Me agarra las manos y las pone sobre sus pechos. No es tímida en la cama. Me encanta. —Juega con ellos.

Suelto una risita. —Sí, señora.

Ella sonríe. —¿Señora? Me gusta.

Es tierno que piense que ella manda. Ya veremos quién manda aquí.

Amaso y masajeo sus pechos hasta que echa la cabeza hacia atrás y gime mientras empuja el pecho contra mis manos. Le pellizco los pezones hasta que son puntas duras. Y ella se frota con fuerza contra mi polla.

Mi miembro presiona contra la cremallera. Ansioso por escapar y enterrarse en el cálido frescor de Addy. Estoy de acuerdo, pero ella tiene que estar lista para mí.

Deslizo una mano por su torso hasta llegar a la cinturilla de sus pantalones cortos. Son elásticos. Perfecto.

Meto la mano bajo la tela y aparto sus bragas hacia un lado. Este acceso fácil mientras está a horcajadas sobre mí es fantástico.

Le acaricio el clítoris dibujando círculos a su alrededor mientras sigo jugueteando con su pezón.

—Por favor. Por favor. Por favor —repite ella casi como un mantra.

—¿Por favor, qué? ¿Qué quiere mi pajarcillo? Pídelo con amabilidad y podrás tener lo que quieras.

—Sabes lo que quiero.

—¿Ah, sí? ¿Es esto? —presiono la palma de mi mano contra su clítoris—. ¿O esto? —le provoco la entrada con el dedo—. ¿O quizá esto? —le meto el dedo en el coño.

Ella gime. —Eso.

Bombeo el dedo y ella se eleva para recibir mis embestidas. Sus paredes se aprietan alrededor de mi dedo y añado un segundo.

—Estás bien estrecha.

Mi polla se tensa contra la cremallera. Tiene envidia de mis dedos. Quiere hundirse en el estrecho coño de Addy.

—¿Te vas a correr para mí?

Ella asiente con la cabeza.

—¿Vas a gritar mi nombre cuando te corras?

Sacude la cabeza.

Aumento el ritmo hasta que empieza a jadear. Me agarra de los hombros y sus uñas se me clavan en la piel a través de la camiseta. Sus paredes tiemblan y se contraen. Está cerca. Bien. Porque yo no puedo esperar mucho más.

—Córrete para mí, pajarillo. Mójame toda la mano y luego haré que te corras con mi polla.

—Gage.

Presiono la base de la mano contra su clítoris mientras aumento el ritmo de mis embestidas.

—Gage —gime mientras le llega el clímax.

Sigo empujando en ella hasta que su orgasmo remite. Espero a que se desplome contra mí antes de retirar la mano.

—¿Estás demasiado cansada para el segundo asalto?

Como respuesta, frota su centro contra mi polla.

—Levántate —ordeno—. Fuera pantalones.

Se baja los pantalones por las piernas mientras yo me desabrocho los vaqueros y me los bajo hasta los muslos. Me doy palmaditas en el regazo. —Sube.

Me agarro la base de la polla mientras se pone a horcajadas sobre mí. —Mierda. Espera. He olvidado el condón.

—¿Estamos saliendo?

Gruño. —¿De verdad necesitas preguntarlo?

—¿Somos exclusivos?

—No quiero a ninguna otra mujer. Solo a ti. —Solo a ella el resto de mi vida, si lo consigo.

—¿Y estás limpio?

—Me hice un chequeo al principio del campo de entrenamiento.

—Entonces estamos bien.

Levanto una ceja. —¿Estamos bien?

—Tomo la píldora y no he tenido sexo —excepto aquella vez contigo— en años.

—¿Años? —gruño—. Tenemos tiempo que recuperar.

—Oh, qué bien. —Se ríe mientras se sube a mi regazo. Se sitúa sobre mi polla.

—¿Estás segura? No me importa usar condón.

Prefiero no hacerlo. De hecho, me encantaría tirarlos todos a la basura y entrar en ella a pelo cada vez. Pero mi deber es protegerla. No quiero presionarla. No quiero que tenga ningún remordimiento. Ni en la vida ni, desde luego, en lo que respecta a mí.

Me besa los labios. —Estoy segura. Pero gracias por preguntar.

La agarro por las caderas y la bajo sobre mi polla. En cuanto me veo rodeado por su calor, pierdo la cabeza. Me muevo en ella con fuerza. Soy un animal salvaje sin fuerza de voluntad ni control. No existe el control cuando se trata de mi pajarillo.

Es mi obsesión. Mi adicción. Mi amor.

Y no la voy a dejar marchar hasta que esté atada a mí.

Capítulo 26

No sabía que el desayuno fuera una droga de inicio.



Addy

Intento darme la vuelta, pero el brazo que rodea mi cintura me mantiene firmemente en mi lugar.

—No tienes permiso para volver a huir —gruñe Gage con esa voz ronca de la mañana que desearía escuchar cada día por el resto de mi vida.

—¿No tengo permiso? —pregunto, en lugar de centrarme en lo mucho que me gusta la idea de despertarme con Gage cada mañana. Prefiero vivir mi vida en el mundo real. No en una isla de fantasía.

Me hace rodar hasta que estamos frente a frente. —Déjame reformularlo. Estamos saliendo. Hemos tenido sexo. No hay razón para huir.

—¿Ni siquiera si me preocupa cómo responderás a mis críticas sobre tu rendimiento?

Lanza un gruñido y me acerca más. —¿Criticar mi rendimiento?

Abro mucho los ojos e intento parecer inocente. —¿Es que no encajas bien las críticas?

—Puedo encajar las críticas de Coach Cha-Cha cuando me salto una protección contra el blitz. Pero no hay ninguna razón para que tú critiques mi rendimiento de anoche.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque he sentido cómo tu apretada vagina intentaba asfixiar mi polla tres veces.

Arrugo la nariz. —¿Tres veces?

Él gruñe antes de subirse encima de mí. —Si quieres repetir, lo único que tienes que hacer es pedirlo.

Suelto una risita. —¿Tienes hambre? Porque te has lanzado a mi provocación bastante rápido.

Su estómago ruge como respuesta.

—Tienes mucha hambre.

Se encoge de hombros. —Anoche me perdí el postre. Y no tuve mi tentempié de medianoche.

Levanto una ceja. —¿No?

Su polla se endurece y se alarga contra mí. —Puede que necesite otra cata de ese tentempié de medianoche en particular.

Me estremezco. Puede merendarme cuando quiera. Su estómago vuelve a rugir. Tendré que esperar.

—Vamos a alimentarte antes de que tu estómago se devore a sí mismo.

Me besa la nariz. —Te prepararé el desayuno.

Me quedo boquiabierta. —¿Vas a cocinar tú?

—No me mires con tanta sorpresa. Ya te he cocinado pasta antes.

Resoplo. —Cualquiera puede cocer pasta y calentar un bote de salsa. No es difícil.

—¿Me estás desafiando? ¿Qué te parecen unas tortitas con pepitas de chocolate?

Ahora es el turno de mi estómago para rugir. Él se ríe entre dientes antes de quitarse de encima de mí de un salto. Se inclina para recoger unos pantalones cortos del suelo y sus nalgas se tensan con el movimiento.

Maldita sea. Sus músculos son magros y definidos. Y anoche pude tocar cada uno de ellos. Me hormiguean los dedos por la necesidad de volver a tocar. ¿Quién sabe cuándo tendré otra oportunidad? Al fin y al cabo, se marchará al final del verano. Momento en el que él...

No. Corto esos pensamientos antes de que se materialicen. Busco un tema, cualquier tema, para alejar mi mente del futuro.

—Espera un momento. ¿Cómo vas a hacer tortitas con chocolate? Tu suite solo tiene microondas.

—Mira a tu alrededor, pajarcillo. No estamos en mi suite.

Escaneo la habitación para descubrir que tiene razón. Esta no es su suite. —¿Por qué te has cambiado de habitación?

—Me he mudado a uno de los chalés por ti.

—¿Por mí?

—Los chalés son privados. Puedes ir caminando hasta tu coche sin cruzarte con nadie. No quiero que pases vergüenza si alguien te pilla saliendo de mi suite.

Me erizo. —No me avergüenzo.

Cruza los brazos sobre el pecho y tengo que obligarme a mantener la mirada en su rostro. Sus músculos son demasiado distractores.

—Y tu cara tampoco estaba roja como un tomate la mañana que te escolté a mi SUV para recoger a Otis de la cárcel, ¿no?

Levanto la barbilla. —Quizá estaba preocupada por Otis.

Se ríe entre dientes. —Vístete. Empezaré con el desayuno.

Espero a que se vaya para saltar de la cama. Cojo mi ropa y me dirijo al cuarto de baño. Me quedo helada en la entrada. Esto no es un baño. Es un spa. La bañera es lo bastante grande para dos personas, y en la ducha probablemente cabría todo el equipo de Gage.

Me obligo a salir de mi estupor y me visto rápidamente. Rebusco en el cajón del tocador y descubro cepillos de dientes de repuesto, toallitas desmaquillantes, loción, champú... prácticamente todos los productos de belleza que existen.

Termino y salgo del dormitorio a la zona principal del chalé. Anoche no me fijé mucho. Pero ahora me tomo mi tiempo para observar. Hay una puerta acristalada que da a una zona exterior que tiene un jacuzzi. También hay un salón completo con un televisor más grande que la mayoría de las pantallas de cine.

—Este sitio es increíble. ¿Cuánto estás pagando por esto? —pregunto cuando llego a la zona de la cocina abierta.

Me mira por encima del hombro. —El equipo corre con la mayor parte de la cuenta.

—Guau. Tengo que presionar a Otis para que entrene más si así es como viven los jugadores profesionales de la NFL.

Vuelve a centrar su atención en la sartén que tiene delante. —Otis es bueno. Si quiere ser profesional, podría serlo. Solo necesita algo de disciplina.

—Otis y disciplina no son palabras que yo asociaría. —No quiero hablar de mi hermano esta mañana. Mis hermanos ya ocupan demasiado espacio en mi mente habitualmente. Hoy no. —¿Cómo puedo ayudar?

Señala con la cabeza la cafetera de la esquina. —Tu café está listo, y hay zumo de naranja en la nevera si quieres.

Cojo el café de la máquina y doy un sorbo. —Mmm. ¿Qué es esto?

—Mocha de avellana.

—Está muy bueno. ¿Quieres uno?

—Café solo para mí.

Le preparo un café y se lo entrego. —Gracias, pajarcillo. —Me besa en la frente.

—¿Estás haciendo huevos y tortitas? Qué combinación más rara.

—Las tortitas son para ti. Los huevos para mí. Tengo que dar el peso.

Levanto las cejas. —¿Una docena de huevos está bien para dar el peso, pero una tortita no?

—Quemaré estos huevos durante mi carrera matutina. Las tortitas se me quedarían en el estómago.

Arrugo la nariz. —Lo siento. ¿Estoy estropeando tu rutina matutina?

Me rodea la cintura con un brazo y me atrae hacia él. —Cambiaría mi rutina habitual de batido de proteínas y carrera matutina por despertarme a tu lado en mis brazos cualquier día.

Me derrito contra él. —Dices las cosas más dulces del mundo.

—Solo a ti, pajarcillo. Solo a ti. —Me da un apretón antes de empujarme hacia la nevera. —Coge el zumo de naranja. El desayuno está casi listo.

Mientras él termina, sirvo el zumo y coloco las servilletas y los cubiertos. Me siento a observarlo.

—Podría acostumbrarme a esto —digo cuando pone un plato de tortitas con pepitas de chocolate delante de mí.

—Múdate conmigo y te cocinaré cada mañana.

—¿Cada mañana? ¿No te pasas la mitad de la vida de viaje, viviendo en habitaciones de hotel?

—No la mitad de mi vida. —Se pone a comer sus huevos revueltos.

Echo un poco de sirope en mis tortitas antes de probarlas. Suelto un gemido ante el delicioso sabor del chocolate, la mantequilla y el sirope de arce. —Están buenísimas.

—Algún día dejarás de sonar sorprendida por mi cocina.

Ojalá pudiera pasar muchísimas mañanas con él. Hasta que su cocina ya no me sorprenda. Hasta que ya no me despierte con un hormigueo por la sensación de su brazo rodeándome. Hasta que ya no sienta un nudo en el estómago ante la idea de que se marche.

Me señala con el tenedor. —No creas que no me he dado cuenta de cómo has evitado hablar de mudarte conmigo.

—Gage. —Resoplo. —No puedo abandonar a mi familia. Por mucho que deseara que fuera de otra manera.

Vaya. No tenía intención de decir esa última frase.

—¿Te mudarías conmigo de no ser por eso?

—¿Quizá? —Me encojo de hombros. —Apenas nos conocemos.

Busca mi mano. —Sé lo suficiente.

—No tienes ni idea de lo gruñona que me pongo si no duermo lo suficiente. O de lo borde que soy si alguien interrumpe mi sueño. O de las bromas que les gasto a los teleoperadores.

Él sonríe. —¿Has conocido a Brock? Puedo lidiar con los gruñidos. A mí también me cabrea que me interrumpan el sueño. Y me encantaría descubrir esas bromas que les haces a los teleoperadores. ¿Cuál es tu siguiente argumento?

Descarto su pregunta con un gesto. —No importa. Mi familia me necesita.

—Es admirable cómo cuidas de ellos.

—Pero...

—Pero Otis es prácticamente un adulto. Penelope va a gobernar el mundo antes de graduarse en el instituto. Y Mila tiene a su madre.

—Mila necesita un ejército de madres. Puede que Penelope gobierne el mundo algún día, pero Mila lo va a destruir. No a propósito, que conste. Será un accidente. Pero el mundo seguirá quedando en ruinas.

Me aprieta la mano una vez antes de soltarla y volver a hincar el tenedor en los huevos. —Quizá encuentre un deporte y centre toda su atención en él.

Gimo. —Me da miedo lo que les haría a sus rivales si perdiera.

Arruga la nariz. —La expulsarían de la competición.

—Y volveríamos justo al punto de partida. Mila destruyendo el mundo.

—Me aseguraré de que mi agente tenga a mi empresa de relaciones públicas en marcación rápida.

—¿Tienes una empresa de relaciones públicas?

—La empresa ayuda a construir una imagen pública positiva para mí, gestiona mis redes sociales y me consigue patrocinios de marcas.

—Guau.

—Debería ponerte en contacto con mi enlace. Necesitarás un gestor de relaciones públicas en cuanto despegue tu negocio de composición de canciones.

—¿Mi negocio de composición?

—Juliet Ash es solo el principio. Con sus contactos, estarás vendiendo canciones a todos los mejores cantantes de pop antes de

que te des cuenta. Probablemente deberías mudarte ya a Steel City. Vas a estar allí lo suficiente como para negociar contratos.

Resoplo. —Nunca te rindes, ¿verdad?

Su mirada color chocolate negro se encuentra con la mía. —Pajarcillo, nunca me rendiré contigo.

La sinceridad en sus ojos es evidente. Lo dice en serio. No se rendirá conmigo. Lo cual es bueno, ya que lo amo.

¿Lo amo? ¿Cómo puedo amarlo? Apenas lo conozco.

Al parecer, a mi corazón no le importa. Se ha aferrado a Gage y no tiene intención de soltarlo pronto, si es que lo hace alguna vez.

Gage Edwards es increíble y quiero pasar mi vida con él. Despertarme con él cada mañana. Discutir sobre mis hermanos durante un desayuno que él haya cocinado cada día. Pasar mis noches con él.

Es oficial. Amo a Gage Edwards.

Pero ¿qué pasará al final del verano? ¿Me dejará de la misma forma que lo hizo mi padre? ¿Sin mirar atrás?

Capítulo 27

La zona de anotación no es lo único que persigo.



Gage

Abro el envoltorio de un par de calcetines nuevos. No los calcetines que me enviaron mis capullos de compañeros. Esos no eran de mi marca. Soy muy tiquismiquis con mis calcetines.

—Vaya. ¿A qué vienen esos calcetines nuevos? —pregunta Nolan.

—Por si no te has enterado, necesito calcetines para las botas. Las ampollas son una putada.

Tanner se deja caer en el banco a mi lado. —Pero si tú no estrenas calcetines hasta que empieza la temporada.

—La temporada aún no ha empezado —gruñe Brock.

Pongo los ojos en blanco. —No me digas. Creo que sabría si la temporada hubiera comenzado.

—Y aun así llevas calcetines nuevos —dice Corbin.

—¿Por qué está todo el mundo tan interesado en mis calcetines? Preocupaos por vuestras vidas.

Tanner se encoge de hombros. —Yo no tengo nada de qué preocuparme.

Nolan suspira. —Que estés haciendo una maniobra publicitaria no significa que tus preocupaciones se hayan acabado.

Tanner gruñe. —Alaia no es una maniobra publicitaria.

—¿Qué es ella, entonces? —pregunto.

Él me señala con el dedo. —De eso nada. No hemos terminado de discutir por qué estás nervioso.

—¿Nervioso? No estoy nervioso.

Excepto porque mi pie no deja de subir y bajar. Lo detengo, pero no antes de que el resto de mis compañeros se den cuenta.

—Tengo la información que me pediste —dice Corbin—. Te la he enviado al móvil.

—Gracias.

Tanner mira de Corbin a mí. —¿De qué estáis hablando?

—Addy necesita un abogado que la ayude a negociar el acuerdo con Juliet Ash.

Estoy jodidamente orgulloso de ella. Uno de los nombres más grandes de la música quiere grabar su canción. Si yo fuera ella, probablemente me subiría a una azotea y le contaría mi gran acuerdo a todo el que quisiera escuchar en Smuggler's Hideaway.

Pero mi Addy no es así. Se lo ha contado a sus amigos, pero a nadie más. Ni siquiera ha publicado nada en las redes sociales. En serio necesita usar a mi agente de relaciones públicas. Esta es la oportunidad perfecta para promocionarse y poner en marcha su negocio de composición de canciones.

Nolan suspira. —¿Quién iba a pensar que nuestro pequeño Gage tendría una novia estrella del pop?

Le lanzo una mirada fulminante. —No soy pequeño.

Brock bufa. —Tío.

—No ser un gigante como vosotros no significa que yo sea pequeño.

—Podría llevarte en mi bolsillo.

Suena un silbato. —¡Escuchad! —grita el Coach Knox.

—Esto no ha terminado —me susurra Tanner. Le hago una peineta porque, a diferencia de él, yo sé que no debo hablar cuando el entrenador está hablando.

—¡Escuchadme bien! Hoy tenemos aficionados en las gradas. Eso significa que no quiero fallos de asignación, ni rutas perezosas, y absolutamente ninguna discusión conmigo delante de los niños. Sonreíd si queréis. Pero si a alguien le falla la cobertura por intentar hacerse el guay... Yo personalmente haré que corra hasta el próximo martes. ¿Y si veis a vuestra madre entre la multitud? Bien. Se merece saber que crió a alguien capaz de hacer un bloqueo.

Se oyen gruñidos y algunos aplausos.

—¡Vamos a darles un espectáculo!

El equipo aplaude antes de levantarse y avanzar hacia la puerta, pero el entrenador levanta la mano para detenerlos. Me clava la mirada. —Y Edwards: mantén la cabeza donde tienes los pies.

Me pongo en pie de un salto. —¡Sí, entrenador!

Tanner estalla en carcajadas antes de darme una palmadita en la espalda. —Vaya, parece que alguien ya no es el favorito del Coach Cha Cha.

Le doy un empujón y cae al suelo. —Al menos yo lo he sido. No como tú, que vives castigado.

—¡Guau! ¡Guau!

Pongo los ojos en blanco ante la imitación de un perro que hace Tanner. Es un payaso total. Si no fuera tan buen wide receiver, estaría en más problemas de los que ya tiene. Lo cual parece imposible, teniendo en cuenta la de líos en los que está metido.

Nolan da una palmada. —Venga. Caras de partido.

Brock gruñe antes de ayudar a Tanner a levantarse.

Corbin nos mira con dureza. —No me fastidiéis esto. —Se aleja a paso firme antes de que podamos responder.

—¿Que te lo fastidiemos a ti? —le grita Tanner—. ¿Por qué es hoy especial? ¿Está tu sexy casera mirando?

Corbin se da la vuelta bruscamente. Nolan tira de Tanner hacia atrás. —Ignóralo. Todo el mundo lo hace.

—¡Ja! Nadie me ignora.

Nolan le tapa la boca a Tanner con la mano. —Sí, nosotros sí.

—Basta. Se acabó la hora de jugar —gruñe Brock.

Lo sigo fuera del vestuario hacia el estadio. No es tan grande como nuestro estadio habitual, ya que es un estadio universitario, pero tampoco es pequeño.

Los aficionados rugen cuando entramos, pero no les presto atención. Estoy demasiado ocupado buscando a los míos. Aparte de los entrenadores, nunca antes ha venido a verme jugar gente que me importe.

Localizo a Addy y a su familia en la tercera fila. Mila salta y grita mientras los demás saludan con la mano. Incluso Nora está aquí. La madre de Addy no suele dejarse ver mucho.

Me detengo para saludar, pero Brock me insta a seguir. —Hora del partido.

Como si fuera a olvidar que es la hora del partido cuando llevo todo el equipo puesto excepto el casco. Saludo con la mano mientras camino hacia la zona del equipo.

Hoy es un entrenamiento conjunto contra los Tigers. Los Tigers han estado aquí toda la semana haciendo ejercicios y partidos de entrenamiento con nosotros, pero hoy es un partido de práctica. Por eso las gradas están llenas.

Llego a la zona del equipo y el entrenador Knox me da una palmada en la espalda. —Concéntrate en el partido, Edwards.

—Tengo la cabeza en el juego. —Todo lo que puedo, teniendo en cuenta que Addy y su familia —la gente que quiero que sea mi familia— están entre el público. Quiero impresionarlos. Demostrarles lo bueno que soy en lo mío.

El entrenador me estudia un momento antes de asentir. —¡Haced un círculo! Cascos fuera. Ojos aquí.

Recorre el círculo con la mirada. —Hoy tenemos un partido de entrenamiento. No una guerra. No una gira de venganza. No una audición para la UFC.

Algunos jugadores bufan.

—Dejadme que os recuerde algo que a la liga le gusta llamar *reglas modernas*. —Hace el gesto de las comillas con los dedos al decir reglas modernas.

—Eso significa que nada de placajes con contacto real a toda velocidad. Eso significa que envolvéis y soltáis. Eso significa que no intentáis separar a un hombre de su alma.

Señala hacia el otro lado del campo.

—No son el enemigo. Son compañeros de trabajo con otra ropa. —Hace una pausa—. Y lo juro, si veo a alguien lanzándose como un misil porque «sintió el momento», estará corriendo hasta que sus nietos lo sientan.

—Esta no es vuestra oportunidad para demostrar que podéis romper seis bloqueos y volveros virales. Sé que sois fuertes. Yo os fiché. No necesito una demostración. —Entorna los ojos—. Estamos aquí para evaluar. Ejecución. Comunicación. Juego de pies. Asignaciones.

Da una palmada.

—Cualquiera que olvide eso y empiece a jugar como si estuviera en el jardín de su casa, disfrutará viendo el resto del

entrenamiento desde la banda. —Otra pausa—. ¿Y si se os ocurre lesionar a nuestro quarterback titular porque no habéis sabido frenar a tiempo? —Suelta un suspiro—. Yo personalmente haré que deseéis que ser placados fuera lo peor que os ha pasado hoy.

Da un paso atrás.

—Recordad. Nos pagan por jugar en septiembre. No por ser héroes en agosto.

—¡Vamos, Seals! —grita Nolan.

El equipo de patada inicial sale al campo y aprovecho la oportunidad para saludar a Addy. Ella levanta una bandera de los Seal en el aire. ¿De dónde ha sacado una bandera?

—¡Edwards! —grita el Coach Knox—. ¡Al campo!

Me sobresalto. Me he perdido el saque inicial. La cabeza en el juego, Edwards. La cabeza en el juego.

Nos alineamos y Nolan grita una cadencia. —¡White 80!

Se centra el balón. Nolan pivota y me pone el balón en el estómago en el punto de encuentro. Lo sujeto con fuerza y salgo disparado hacia la línea.

La defensa se cierra hacia el interior. Un linebacker se lanza por el hueco. Mala elección.

Dudo una fracción de segundo, lo justo para dejar que mi right guard bloquee el borde, y entonces planto el pie y recorto hacia fuera.

Camino libre.

Un cornerback se me echa encima en ángulo. Bajo el hombro y le hago un stiff-arm que lo manda al carajo.

El público ruge.

No miro a la banda. No miro atrás. Pero sé que ella está mirando.

Veinte yardas.

Diez.

Cinco.

Cruzo la línea de gol sin que nadie me toque. Touchdown.

Le paso el balón al árbitro como si tal cosa. Pero no lo es. Porque este... este es para Addy.

Busco entre la multitud hasta que cruzo la mirada con ella. Está saltando en las gradas y gritando mi nombre.

Lo que daría porque viniera a todos mis partidos. Animándome. Sonriéndome como si fuera el único jugador en el campo.

No podría amarla más aunque lo intentara. Addy Price es mía.

Capítulo 28

¿Quién iba a saber que los touchdowns vienen acompañados de palpitaciones?



Addy

—Penelope, tenemos que irnos.

Ella me frunce el ceño. —No entiendo por qué tengo que ir.

—Porque es una actividad familiar —dice mamá.

Le sonrío a mamá. Se ha tomado el día libre en el trabajo para ir al partido de Gage con nosotros. Solo es un partido de entrenamiento o un entrenamiento conjunto o lo que sea, pero es la primera vez que voy a verle jugar. Es algo importante para mí. Ella se ha dado cuenta y por eso viene.

Señalo el libro de Penelope. —Puedes llevarte el libro.

—¿Un libro? Penelope es una empollona total. Mila da vueltas en círculo con los brazos abiertos. Otis la atrapa antes de que se choque contra el televisor. No sería la primera vez que rompe la tele. Hay una razón por la que estoy convencida de que acabará destruyendo el mundo.

—Me vais a dejar en evidencia —se queja Otis.

Mila da saltos frente a él. —Yo no dejo en evidencia a nadie.

Él suspira. —Mamá.

Mamá le pasa un brazo por los hombros. —Es una actividad familiar, cielo.

—Vale —gruñe él—. Esperaré en el coche.

Miro la hora. —¡Venga, todos al coche! Tenemos que irnos. No quiero llegar tarde.

—Te mueres de ganas de ver a tu novio. Addy y Gage sentados en un árbol... —Mila sale corriendo de la casa mientras sigue cantando.

Penelope cierra el libro de un golpe y se levanta. —No quiero sentarme a su lado.

—¿Estás segura de que son hijos tuyos? —le pregunto a mamá mientras cerramos la casa y caminamos hacia el coche. Compartimos uno, ya que no tiene mucho sentido tener coche en una isla pequeña; puedes ir en bici de una punta a otra en treinta minutos.

—Lo siento, hija. A la que creo que podrían haber cambiado al nacer es a ti.

—A excepción de que podríamos pasar por gemelas. Tenemos el mismo pelo pelirrojo y los ojos castaños claros.

Ella sonríe con picardía. —Por fuera. ¿Por dentro? Ni idea de dónde han salido todo tu talento y tu sensatez.

«¿Quizá de mi padre?», pienso, pero no lo digo. Nunca hablamos de él. Ha sido un tema prohibido desde que tuve edad para preguntar por qué otros niños tienen padre y yo no.

Nos acomodamos en el coche para el trayecto por el puente hasta el continente. El campo de entrenamiento de los Steel City Seals está en la Coastal State University. Hoy hay un partido de entrenamiento conjunto contra los Tigers.

Llegamos al aparcamiento del estadio de la universidad. —No esperaba a tanta gente.

—Juegan dos equipos de la NFL entre sí. Normal que esté a tope. No necesito mirar al asiento trasero para saber que Otis me está poniendo los ojos en blanco.

Mamá encuentra un sitio para aparcar, y empezamos la caminata hacia el estadio. Hay una cola larguísima de gente esperando para comprar entradas. Yo me la salto y voy directa a la ventanilla de acreditaciones.

—Hola —saludo a la empleada.

Mila se agarra al mostrador y pega un salto. —¡Venimos a ver a Gage!

La empleada suspira. —Pueden comprar las entradas en la otra ventanilla.

—Debería haber un paquete de entradas para Pajarcillo.

—Ah, perdón —rebusca en un cajón—. ¿Cinco entradas?

—Sí.

Señala la entrada VIP. —Pueden entrar por allí.

—Gracias.

Cojo a Mila de la mano y hago un gesto a mamá y a los demás para que me sigan.

—Somos VIP porque mi hermana es la novia de Gage —le dice Mila a todo el que nos cruzamos.

Para cuando llegamos a la entrada, tengo la cara roja como un tomate. Me obligo a sonreír y le entrego las entradas al guardia de seguridad.

—Sus asientos están por ahí y hacia arriba.

Pasamos por un puesto de comida. —¡Quiero un refresco! —grita Mila.

El puesto es solo nuestra primera parada. Vamos cargados de bebidas, comida y banderas de los Seals cuando llegamos a nuestros asientos.

—Madre mía —murmura Otis mientras nos sentamos—. Estamos justo detrás de la zona del equipo de los Seals.

—Porque Gage es el novio de Addy.

Me tapo la cara con las manos. Mila no podría haber gritado esas palabras más fuerte.

Mamá suelta una risita. —Más vale que te vayas acostumbrando.

—¡Chitón! El equipo está llegando —Otis se pone en pie de un salto—. ¡Gage! ¡Gage! ¡Aquí!

Me levanto y me pongo junto a él. Agito la bandera de los Seals que he comprado en el puesto de recuerdos mientras los niños pillaban sus bebidas y perritos calientes.

Gage me saluda con la mano. Nunca le había visto con su equipación de fútbol. Resalta sus poderosos muslos. Cuando pasa por nuestro lado, me doy cuenta de que también resalta su culo. A juzgar por los suspiros en las gradas, otras mujeres también se han fijado.

El partido empieza y me inclino hacia delante con las manos apoyadas en las rodillas para observar. Es un partido de entrenamiento, pero sé lo importante que es para Gage jugar bien. Espero que ganen.

Tras el saque inicial, Gage entra al campo al trote con el resto del equipo ofensivo. Reconozco a Nolan, Tanner, Brock y Corbin.

Se colocan en formación y, en cuanto se pone el balón en juego, Nolan se lo entrega a Gage. Él atraviesa la línea defensiva y corre hacia la zona de anotación. Me levanto de un salto.

—¡Corre, Gage! ¡Corre!

¡Santa madre de las sirenas! No bromeaba cuando decía que era el yard-getter. Deja atrás al equipo defensivo con facilidad.

—¡Touchdown! —grita Otis.

Salto arriba y abajo mientras agito mi bandera y grito. Gage le lanza el balón al árbitro antes de buscar en la multitud. Sus ojos se clavan en los míos.

El corazón me golpea el pecho. Amo a este hombre. Quiero estar en primera fila, en el centro de cada uno de sus partidos. Quiero decirle que sí e irme a vivir con él.

—¡Es el mejor! —grita Otis. Y recuerdo por qué no puedo irme a vivir con Gage. Por qué no hay un final feliz para mí.

Se reanuda el juego y me hundo en mi asiento. No voy a preocuparme por el futuro. Hoy no. Voy a disfrutar del tiempo con mi familia viendo a Gage.

Cuando el partido termina un rato después, los Seals van siete puntos por delante. El resultado final es Seals veintiuno, Tigers catorce. El árbitro pita y me pongo en pie.

Gage sale trotando del campo hacia la valla delante de las gradas. Nos hace señas para que bajemos.

Otis me empuja. —Vamos. Gage nos quiere en el campo.

—No podemos entrar en el campo. No tengo ganas de enfrentarme a la ira de Brock.

—No seas gallina.

—Vamos. Para mi sorpresa, mamá encabeza el camino bajando por las gradas, atravesando el túnel y saliendo al campo.

No somos los únicos en el césped. Hay familias reuniéndose alrededor de los jugadores y mujeres buscando llamar su atención.

Otis nos guía hacia Gage, pero está rodeado de un grupo de mujeres. Aminoro el paso. Ver al hombre al que amo tonteando con otras mujeres no entra en mis planes de hoy.

Gage levanta la vista y se fija en mí. Se abre paso entre la multitud de mujeres sin prestarles la menor atención.

—Pajarcillo —sonríe y se le marca el hoyuelo. Un hoyuelo que he recorrido con la lengua numerosas veces. Me besa la frente antes de agarrarme la mano.

—Te acuerdas de mi madre.

—Nora —le besa la mejilla—. Un placer verla.

Ella suelta una risita. —Qué encantador.

—Esperad un momento —suelta un silbido y hace señas a sus amigos para que se unan a nosotros—. Tanner, Nolan, Brock, Corbin. Conoced a la familia de Addy.

Tanner le hace una reverencia a mamá. —Sra. Price. ¿Seguro que no es la hermana de Addy?

—Tú debes de ser el alborotador del grupo.

—No se equivoca —murmura Nolan antes de tenderle la mano.

Otis se queda boquiabierto. —Sois Nolan Allen, Brock Porter, Tanner Long y Corbin Cox.

Nolan le da una palmada en la espalda. —¿Un fan del fútbol, eh?

—En realidad, Otis también es jugador. Es bueno.

El pecho de Otis se hincha ante el elogio de Gage.

—¿En qué posición juegas? —pregunta Tanner.

—Running back.

Tanner pone los ojos en blanco. —Esperaba que dijeras wide receiver. Al fin y al cabo, es la mejor posición.

—Tienes más o menos la edad de mi hijo —dice Brock—. Está por aquí si quieres conocerle.

—¡Qué guay! —Otis se aclara la garganta—. Digo, claro, vale.

—Volvemos enseguida, Addy —dice Brock antes de alejarse tranquilamente con Otis.

Mamá lo observa alejarse. —No sé yo. El fútbol es violento. Esperaba que Otis dejara de jugar cuando fuera a la universidad.

—Tomamos precauciones para mantenernos a salvo, Sra. Price —dice Corbin.

—Nora, por favor. Mi madre era la Sra. Price. Yo no.

—¡Hay animadoras! —Mila sale disparada.

Penelope suspira. —Yo iré con ella.

—Deberíamos ir a las duchas. Ha sido un placer conoceros —Nolan sonríe antes de indicar a Corbin y Tanner que le sigan.

Como Gage no se les une, le apremio. —Anda. Vete a la ducha. Nos vemos luego.

—¿Estás diciendo que apesto?

Arrugo la nariz. —Yo no iba a decir nada.

—Vuelvo ahora mismo —le dice a mamá antes de agarrarme la mano y apartarme un poco. Me rodea con los brazos—. Así que nuestras familias se han conocido.

—Tú ya conocías a la mía.

—Y ahora ellos han conocido a la mía. La cosa se pone seria. Muy pronto estarás viviendo conmigo en el paraíso.

—¿En el paraíso? —bufo—. Qué creído te lo tienes.

—Me gusta mucho marcar touchdowns —me guiña un ojo.

Le empujo para que avance. —Anda, ve. Estás sudado. Tengo que rescatar de las garras de Mila a esas pobres mujeres que definitivamente no son animadoras.

Sus labios rozan los míos en un beso demasiado breve. —Nos vemos luego, pajarcillo.

Mientras le veo marcharse, mamá se me une.

—Me gusta.

A mí también. Demasiado.

Capítulo 29

La pizza es mi lenguaje del amor.



Gage

Silbo mientras camino por la entrada hacia la casa de Addy. Hoy ha sido un buen día. El entrenamiento ha ido bien. A Tanner le han echado una bronca monumental; siempre es divertido. Y ahora voy a pasar la tarde —y la noche, si me las apaño— con la mujer que amo.

La puerta se abre antes de que llegue. —¡Gage!

Mila se lanza hacia mí y la cojo con facilidad. —¡El helicóptero!

Le doy un par de vueltas en el aire antes de dejarla en el suelo.

—No había terminado.

Le pellizco la nariz. —La palabra que buscas es «gracias».

—Gracias, Gage. —Levanta los brazos—. Otra vez.

Addy no se equivoca con eso de que su hermana va a destruir el mundo. Es un terremoto. Pero también es un cielo y me encantaría que formara parte de mi familia. La mañana de Navidad con ella sería una pasada.

—¿Dónde está tu hermana?

—¿Cuál? ¿La empollona o tu novia?

—No está bien burlarse de tu hermana por ser una empollona.

—Pero es que es una empollona.

—Y también estoy aquí mismo —grita Penelope desde donde está sentada en el sofá, leyendo un libro. La hermana de Addy siempre está leyendo un libro.

—Hola, Penelope. ¿Qué estás leyendo?

—Es un libro sobre gemas creadas por el hombre. ¿Sabías que los ópalos pueden ser artificiales? Se les llama opalinas.

—¿Te interesa la joyería?

—No. Me interesa descubrir formas en las que podamos detener la peligrosa minería de gemas.

—Buena causa. Cuando yo tenía tu edad, me interesaban los cómics.

—Penelope lee a nivel universitario. Ya ha hecho varias clases universitarias en Coastal State University —dice Addy al entrar en la habitación.

—Debería ser capaz de graduarme con mi título de grado en menos de dos años. Pero no lo haré.

Frunzo el ceño. —¿Por qué no?

—Porque no hay nadie que la lleve a todas las clases a las que tiene que asistir en persona. Hago lo que puedo, pero… —Addy deja la frase en el aire con un encogimiento de hombros.

Y obviamente se siente culpable por no llevar a Penelope a sus clases más a menudo. Lo cual es totalmente absurdo. Sacrifica su tiempo y su energía por sus hermanos. Más de lo que haría cualquier otra persona que conozca. Y, aun así, cree que no está haciendo lo suficiente.

—¿Estás lista para irnos?

Addy se muerde el labio inferior. —Lo siento. Debería haberte avisado. Tengo que cancelar.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? ¿Está todo bien?

—Mamá ha cogido un turno extra. Otis tiene entrenamiento de fútbol y una fiesta de pizza. No hay nadie que cuide de mis hermanas.

—Puedo cuidarme sola. No necesito niñera —declara Penelope.

Addy se pone las manos en las caderas. —¿Y qué pasó la última vez que te dejé sola con Mila?

—No fue culpa mía.

—¿No fue culpa tuya que Mila encontrara un zorro y decidiera traérselo a casa para convertirlo en su mascota? ¿No fue culpa tuya que el zorro mordiera las tuberías de debajo del fregadero e inundara la cocina? ¿No fue culpa tuya que se meara y cagara por toda la casa?

Me muerdo la lengua para no reírme.

Addy me lanza una mirada fulminante. —Ni se te ocurra reírte.

Levanto las palmas de las manos. —No lo hacía.

—Pero quieres.

Me encojo de hombros. —Tiene su gracia.

—Tiene gracia cuando no tienes que oler orina de zorro. —Arruga la nariz—. Es el olor más asqueroso del mundo, y eso que les he cambiado los pañales a estas dos.

—¡Addy mató a Foxy! —grita Mila.

Addy gruñe. —No maté a Foxy. La devolví a su hábitat natural.

Mila da un pisotón. —Pero era mi amiga.

—Que se cagó por toda la casa —murmura Penelope.

—¿Entiendes ahora por qué no puedo dejar solas a Penelope y a Mila?

Le beso la mejilla. —Lo entiendo.

No me gusta. Pero lo entiendo.

—Podemos quedar otro día.

—No hace falta.

El dolor asoma a sus ojos. —¿No hace falta?

—No hace falta porque no me voy a ninguna parte. Tendremos una noche de Netflix and chill.

Ella gruñe. —Mis hermanas están aquí.

Sonrío. —Lo decía en sentido literal. Veremos una película y nos relajaremos con tus hermanas.

—¡*Frozen*! —grita Mila—. Podemos ver *Frozen*.

Penelope cierra su libro de golpe. —Otra vez *Frozen* no. Ya la has visto veintiséis veces.

—¡Mentira!

—¡Verdad!

—¡Que no!

—¡Que sí!

Addy levanta una mano. —Silencio ahora mismo. O nadie toma postre.

—¿Yo tengo postre? Prometo portarme bien. —Le dedico un parpadeo inocente.

Ella resopla. —Tú nunca te portas bien.

—Y te encanta —susurro.

Ella se estremece antes de apartarme. —Promete que te portarás bien o tendrás que marcharte.

Mila corre hacia mí y me rodea las piernas con los brazos. —Por favor, quédate, Gage. No te vayas.

Arqueo una ceja desafiando a Addy. —Supongo que me quedo.

—Está bien. Pero tienes que ayudar con la cena.

—Tengo una idea mejor. —Saco el móvil—. Pediré pizza para todos.

—¡Pizza! —grita Mila. Me suelta las piernas para dar vueltas por el salón. Choca contra la mesa de centro y se caen varios vasos —. ¡Uy!

Addy suspira antes de arrodillarse para recoger los vasos. La aparto suavemente. —Yo me encargo. Tú elige qué tipo de pizza quieres.

—¿No tienes que preocuparte por dar el peso?

—El pesaje semanal ha sido hoy. Lo que significa que hoy es mi día de trampa.

—¿Tienes respuesta para todo?

—Sep. —Le toco la punta de la nariz antes de recoger los vasos y llevarlos a la cocina. Ella me sigue.

—Hablo en serio, Gage. No tienes por qué quedarte. Pasar una noche con mis hermanas no es precisamente glamuroso.

La rodeo con los brazos y la atraigo hacia mí. —No necesito cosas glamurosas. Te necesito a ti.

Se derrite en mis brazos. —Definitivamente tienes respuesta para todo.

Presiono mi boca contra la suya y ella se abre con un suspiro. Introduzco la lengua y gimo cuando percibo su sabor. No importa cuántas veces la saboree; cada vez se siente como si fuera la primera. Nunca tendré suficiente de ella.

Aferra mis hombros y sus uñas se clavan en mi piel. Yo—

—¿Qué estáis haciendo? —pregunta Mila y me separo bruscamente de Addy.

—Ehm… —Los ojos castaño claro de Addy se llenan de pánico —. Estábamos…

—Estabais haciendo lo mismo que hace Otis con sus chicas.

Addy suelta un quejido. —¿Otis tiene chicas? ¿En plural?

—¿Por qué no pido la pizza? ¿A todos os parece bien con piña?

Addy me mira con odio. —Odio la piña en la pizza. Debería ser ilegal.

Suelto una carcajada. Puede mirarme todo lo que quiera. Al menos ya no está preocupada por su hermano pequeño.

Todos me dan su lista de deseos y pido la pizza. —Llegará en quince minutos. Ahora… —Me froto las manos—. ¿Qué película vamos a ver mientras comemos?

Addy frunce los labios. —No se come en el salón.

Le aprieto la cadera. —Es viernes noche. Hagamos una excepción. Ayudaré a limpiar.

—Más te vale, porque no pienso volver a frotar manchas de queso de las paredes.

Suelto una risotada. —Déjame adivinar. El regreso de Mila.

—¡No fue culpa mía!

Mientras esperamos la pizza, elegimos una película. Penelope se niega a ver *Frozen*. Tras mucha discusión, nos decidimos por *Yes Day*.

—Veré esta película, pero si alguien me presiona para tener un yes day, voy a instaurar el mes del no —declara Addy.

Suena el timbre y me levanto para responder antes de que ella pueda moverse.

—¡Por todas las sirenas luchando contra piratas! —dice Addy cuando regreso—. ¿Cuántas pizzas has pedido?

—Una para mí. Una para ti. Una para que compartan Penelope y Mila. Y otra para desayunar mañana.

Dejo las cajas sobre la mesa de centro. Abro la pizza para sus hermanas y pongo porciones en sus platos antes de repartirlos.

—Se te da bien esto —susurra Addy cuando le entrego un plato antes de sentarme a su lado.

—¿El qué se me da bien? ¿Comer? —Me meto el trozo en la boca.

—Sí, pero no es eso a lo que me refería. —Señala a sus hermanas, comiendo y viendo la película—. Esto. Formar parte de una familia.

Se me corta la respiración. Una familia es lo que siempre he querido. Lo único que la fama y la fortuna no han podido comprarme. Pensé que mi sueño de tener una familia había muerto. Todas las mujeres con las que había salido antes solo estaban interesadas en mi dinero. Desde luego, no se molestaban en asistir a mis partidos.

—Es lo que siempre he deseado.

Ella me aprieta la mano. —Entonces, me alegro de poder dártelo.

Mi corazón da un brinco. ¿Significa eso que se está enamorando de mí del mismo modo que yo ya me he enamorado de ella? Eso espero, porque no pienso dejarla escapar.

La puerta se abre de golpe y Otis entra arrastrando los pies.

—¿Ya ha terminado la fiesta de la pizza? —pregunta Addy.

Él se encoge de hombros. —Era aburrido.

Se acerca al sofá y se deja caer a mi lado. —¿Qué estáis viendo?

—No es *Frozen* —se queja Mila.

—Pizza. Mola. —Coge la caja de pizza extra y se la pone en el regazo.

—Un plato —gruñe Addy.

Él pone los ojos en blanco, pero coge un plato y se pone una porción encima.

—Menos mal que he pedido una pizza de más.

—No hace falta que lo digas con ese aire de superioridad.

Me siento bastante satisfecho. La mujer a la que amo está acurrucada junto a mí. Sus hermanas y su hermano me han aceptado en su familia. Hay mucho por lo que sentirse orgulloso.

Ahora lo único que tengo que hacer es convencer de algún modo a Addy para que esto sea algo permanente. Porque amo a esta mujer. Y cuando me importa alguien, soy leal y comprometido. No hay nadie más para mí.

Addy es la elegida.

Capítulo 30

Si a esto se refieren con trabajo en equipo, yo paso.



Addy

—No sé yo si esto me convence.

Gage comprueba que mi equipo esté bien ajustado antes de darme un beso en la nariz. —Será divertido.

¿Divertido? Estamos en el *Glowin' Galleon* para jugar al paintball con sus compañeros de equipo, y voy vestida con equipo de protección. Equipo de protección es igual a peligro. No es igual a diversión.

—Tu definición de diversión no es la misma que la mía.

Se acerca un poco más y se inclina para susurrarme al oído. —Estoy bastante seguro de que los dos nos divertimos anoche.

Me estremezco ante la promesa en su voz. Sí que nos divertimos. A pesar de que nuestros planes originales para anoche cambiaron por culpa de mis hermanos. Nunca supe lo divertido que podía ser sacar a un chico de casa a escondidas. No tuve tiempo para chicos en el instituto.

Nunca me di cuenta de todo lo que me había perdido. Miro a Gage de reojo, tras las pestañas. O quizá era a Gage a quien echaba

de menos.

Tanner entra a saltitos en la zona de preparación. —Este sitio mola mucho. Nunca había visto un campo de paintball en un barco pirata.

—¿Cuántos campos de paintball has visto? —pregunto, y él se encoge de hombros.

Parece estar perfectamente cómodo con su equipo de protección. Observo a los otros hombres. Ellos también están perfectamente cómodos. Mientras tanto, mi protector de pecho me está impidiendo respirar. Esto es un error.

—¿Qué te pensabas que era un galeón? —le pregunta Nolan.

—Una moneda de oro.

Pongo los ojos en blanco. —Esto no es Harry Potter. Los galeones son barcos de vela de gran tamaño utilizados principalmente por los estados europeos entre los siglos XV y XVIII para la guerra y el comercio —explico—. Eran poderosos, pero también vulnerables a los ataques piratas debido a su gran tamaño y su baja velocidad.

Tanner me mira con los ojos entrecerrados. —Sabes un montón sobre barcos y piratas. ¿Seguro que no eres una pirata?

—No. Soy una contrabandista. Créeme. Hay una diferencia. En el colegio aprendemos sobre los piratas y el contrabando durante la Ley Seca. Era obligatorio. También teníamos clases sobre sirenas y criaturas míticas.

Tanner sonríe. —Smuggler's Hideaway mola. Espero que los Seals vuelvan a celebrar el campo de entrenamiento en la Coastal State University el año que viene.

Esbozo una sonrisa burlona. —¿Esperas que celebren el campo de entrenamiento aquí, o esperas que Alaia siga viviendo en la isla?

Él resopla. —Alaia y yo solo somos amigos.

Brock suelta un gruñido. —He visto a Nolan estudiar el blitz con menos atención de la que pones tú cuando la miras.

Nolan levanta las manos. —A mí dejadme fuera de esto.

—Nolan ha estado demasiado ocupado planeando «eventos» en el complejo con Terri. —Tanner le guiña un ojo.

Corbin gruñe. —¿Vamos a jugar a esto del paintball, o vais a estar todo el día de chismes? Tengo otras cosas que hacer hoy si vais a estar de chismes todo el día.

—¿Qué otras cosas? —Tanner le bate las pestañas—. Cuéntanos. ¿Esas otras cosas incluyen a una casera sexy?

Corbin avanza hacia Tanner, pero Brock lo aparta de un tirón antes de que Corbin pueda alcanzarlo. —¿Es que quieres morir hoy?

Tanner bufa. —Como si Corbin pudiera pillarme.

—No tiene sentido de la supervivencia.

—Hablando de supervivencia... —Gage me tiende una máscara integral.

Hago una mueca. —¿En serio tengo que llevar máscara?

—Sí. No es negociable.

La máscara me cubre los ojos, la nariz y la boca. —Si me desmayo por no poder respirar, será culpa tuya.

—No te preocupes, pajarcillo. Yo te reanimaré. —Mueve las cejas con picardía.

Le doy un manotazo en el pecho. —¡Ay! Había olvidado que llevabas protector de pecho. —Me sacudo la mano.

—No pensaba ponérmelo, pero tú no te ponías el tuyo a menos que yo me pusiera el mío.

Señalo a sus compañeros de equipo. —Nadie más lleva protección en el pecho.

Brock se encoge de hombros. —No me hace falta.

—Se cree que, como es el más grande, estará a salvo. Lo que se le ha olvidado es que ser el más grande también lo convierte en el más lento. —Tanner señala a Brock—. Voy a por ti.

—Estamos en el mismo equipo, pedazo de lerdo.

Nolan nos hace un gesto a Gage y a mí para que nos acerquemos. —Hablemos de estrategia. —Mira fijamente a Brock, Tanner y Corbin hasta que se alejan hacia el otro lado del galeón.

—¿Estrategia? —Trago saliva—. ¿Por qué hay una estrategia? Pensé que esto era una salida divertida.

Gage se ríe entre dientes. —Somos atletas profesionales.

Pongo los ojos en blanco. —Lo sé.

—Somos competitivos. Lo llevamos en la sangre.

—Ya me estoy arrepintiendo de haber aceptado venir.

Me aprieta el hombro. —Confía en mí. Será divertido.

Nolan da una palmada. —Muy bien. Escuchad. —Señala hacia el otro extremo del galeón, donde Tanner se ríe como un villano de una película de piratas de bajo presupuesto. Brock y Tanner parecen a punto de tirarlo por la borda.

—Esto no es un campo abierto. Son espacios cerrados. La elevación importa. Las esquinas importan. ¿Y ese puente de cuerda? —Señala hacia arriba—. Es una trampa mortal.

Arrugo la nariz. —Así que... ¿no usamos el puente de cuerda?

—No. Usaremos el puente de cuerda sin ninguna duda —dice —. Si controlamos la cubierta inferior primero.

Golpea un barril. —Estos son nuestra línea ofensiva. Los usaremos. Moveos de barril en barril. Nada de correr por la cubierta abierta a menos que queráis convertiros en blanco de prácticas para el enemigo.

Gage sonríe para sus adentros. —Básicamente, no hagáis como Tanner.

—Exacto.

Nolan señala la cubierta. —Tanner cargará directamente por el centro de la cubierta como si estuviera asaltando un mercante británico. Dejad que lo haga. Se cree que el caos es igual a la victoria. Ahí es cuando le dais.

Me señalo el pecho. —¿Yo?

—Sí. —Señala a Gage—. Tú eres nuestro flanqueador. Usa la bodega de carga inferior. Mantente agachado. Muévete rápido. Aparece detrás de esas cajas de ron y mete presión.

Gage hace un saludo militar. —¡A la orden, capitán!

—Corbin es nuestro problema real. Él tomará la posición elevada. Probablemente la cubierta del capitán. Esperará. Tendrá paciencia. Y no hará ni un ruido. Le pondremos un cebo. —Nolan sonríe—. Atraeré su fuego desde la cubierta media. Mientras esté centrado en mí, Gage subirá las escaleras hacia la cubierta superior. Addy rotará por el lado de estribor y eliminará a cualquiera que intente ayudar.

Abro mucho los ojos. —¿Has dicho estribor?

—Sí. Métete en el tema.

—Menos mal que me crié en una isla obsesionada con los piratas —murmuro.

—Y una cosa más. —Mira directamente a Gage—. No abandones tu posición porque Addy suelte un grito.

Frunzo el ceño. —No gritaré. —Probablemente chillaré, quizá dé voces, pero no soltaré ningún gritito. Me niego a ser una damisela en apuros.

Nolan me ignora para dirigirse a Gage. —La oirás gritar. Querrás cargar heroicamente a través de la cubierta. No lo harás. Te quedarás en tu zona.

Gage refunfuña. —Yo nunca rompo la formación.

—Vaya si rompes la formación. —Nolan se baja la máscara—. Recordad. Nosotros controlamos el barco. Controlamos los ángulos. Nada de jugar al caos pirata.

La bocina suena y el caos estalla al instante.

Tanner grita: —¡POR LA GLORIA DEL GALEÓN! —y sale corriendo directo por el centro de la cubierta.

Le disparo antes de agacharme tras una pila de barriles de ron. —¡Le he dado!

—Has fallado —murmura Nolan mientras se asoma para disparar.

Las bolas de pintura salpican la madera. Una explota contra una caja a centímetros de mi cara. He dejado de quejarme por llevar máscara.

—¡Estribor! —grita Nolan.

Me lanzo a la derecha. Mala elección. *¡Plas!* Una bola de pintura me da de lleno en la parte exterior del muslo. Se oye un chasquido agudo y hueco antes de que la pintura azul neón reviente sobre mis mallas.

¡Ay! —¡Contrabandistas al hoyo!

Gage se gira hacia mí. Gruñe. —¿Quién le ha dado?

Señalo a Corbin en la cubierta del capitán, arriba. Gage dispara a ciegas hacia la cubierta superior, pero Corbin se agacha tras el timón.

—¡Vuelve a tu sitio! —le grito—. Te estás exponiendo.

—Me da igual —masculla.

—Vamos a perder.

Esas palabras hacen que se calle y se meta tras un barril.

—Cúbreme —grito antes de dirigirme al siguiente barril. Solo que mi pierna no me hace caso. Tiembla antes de fallarme. Me desplomo en el suelo.

Gage corre hacia mí.

—¿Qué he dicho sobre romper la formación? —grita Nolan.

—Addy. —Gage busca mi herida, pero le aparto la mano.

—Estoy bien.

—Estás tirada en el suelo. No estás bien. —Me aparta las manos y me levanta la sudadera gigante del equipo para inspeccionar el daño. Hace una mueca—. Te va a salir un moratón.

Levanto la barbilla. No pienso dejarme vencer delante de él y sus compañeros. —He tenido cosas peores.

—¿De qué?

—Ya conoces a mi hermana pequeña.

Se ríe entre dientes. —Sea como sea, para ti se acabó.

—Pero perderemos.

—Me importa una mierda. —Me coge en brazos, al estilo nupcial, antes de cruzar por mitad del barco de camino a la salida.

Bolas de pintura vienen hacia nosotros desde todas direcciones, pero él no se agacha ni se inmuta.

—Id a jugar al paintball, decían. Será divertido, decían. ¿Quién se está divirtiendo ahora?

Tanner asoma la cabeza por detrás de una caja de cerveza. —Yo me estoy divirtiendo. —Una bola de pintura roja le da en el pecho y vuelve a agacharse.

—Deberías volver. Con Tanner eliminado, quizá podáis ganar.

—No me interesa ganar.

—¿Y qué ha pasado con eso de ser un atleta competitivo?

Me aprieta la cadera. —Tú eres más importante que ganar, pajarcillo. Te elijo a ti.

Me derrito en sus brazos. ¿Cómo puedo resistirme cuando me dice cosas tan dulces? No puedo. Al fin y al cabo, hay una razón por

la que me enamoré de este hombre de forma tan intensa y rápida.

Solo espero que no me rompa el corazón al final del verano.

Capítulo 31

No pierdo lo que es mío.



Gage

Addy se retuerce en mis brazos mientras la llevo desde mi todoterreno hasta el chalé. —Ya puedes bajarme.

No estoy listo para bajarla. Cuando la he visto desplomarse en el galeón, casi pierdo la cabeza. Se me ha parado el corazón y todavía no ha vuelto a latir con normalidad.

Gruño. —No.

—¿No? —Imita mi gruñido—. Yo hombre grande. Yo no dejar caminar a mujer pequeña.

Puede burlarse de mí todo lo que quiera. Demonios, puede enfadarse y soltarme un discurso. Me importa una absoluta mierda.

La necesito en mis brazos. Necesito saber que está viva y que respira. Inspiro profundamente y dejo que su aroma me llene los pulmones. Ayuda a calmarme, pero no es suficiente. Aprieto más los brazos.

Ella suelta una risita. —¿En serio vas a llevarme en brazos toda la noche?

—Sí.

—Creía que íbamos a cenar con tus amigos.

—No.

—¿Sabes decir más de una palabra a la vez?

Me encojo de hombros.

—Si intentas sacarme de mis casillas, lo estás logrando.

Levanto una ceja. —¿Tus casillas?

—Bueno, aquí en Smuggler's Hideaway no hay ovejas, pero hay un montón de cabras traviesas que sacar de sus casillas.

Suelto una carcajada. Solo esta mujer podría hacerme reír después de haberme pegado tal susto de muerte. Es increíble. Y es toda mía.

Llegamos a mi chalé y la llevo dentro. La deposito en el sofá. Ella intenta levantarse de inmediato.

—Quieta.

—¿Quieta? No soy un perro. Y no voy a manchar tu sofá de pintura azul neón. Este sofá probablemente costó más que mi coche.

—Me da igual.

Ella aplaude. —¡Bien! Ha dicho más de una palabra.

—Hablo muy en serio, Addy. Quédate en el sofá o te ato.

Se le encienden los ojos. —Estoy dispuesta a discutirlo. ¿Qué usarías para atarme? ¿Pañuelos? ¿Tienes pañuelos? ¿O tal vez cinturones? —Arruga la nariz—. No. Podrían doler. Quedémonos con los pañuelos.

A mi polla no le importa cómo se ha hecho daño o cómo se ha desplomado. Se estremece ante la imagen mental de ella desnuda y atada a mi cama con tal fuerza que casi tropiezo.

Aprieto los puños y suelto un suspiro antes de tirármele encima. Hoy no habrá nada de eso.

—Te traeré mi albornoz.

Cuando vuelvo de ir a por el albornoz, Addy está sentada en el sofá vestida únicamente con la sudadera de The Seals que insistí en que se pusiera para el paintball. Sus piernas —sus piernas suaves y tersas— están completamente desnudas. Gruño. Esta mujer va a ser mi fin.

Le tiendo el albornoz. —Ponte esto.

—Ejem, Sr. No le Tiene Miedo al Cuarto Down. —Señala hacia fuera—. ¿Se te ha olvidado que es verano? No necesito un albornoz. Esta sudadera ya es demasiado.

Echa mano al dobladillo de la sudadera pero me lanzo sobre ella antes de que pueda quitársela. —No.

Frunce el ceño. —¿No qué? ¿No se te ha olvidado que es verano? ¿O no crees que deba llevar un albornoz sobre una sudadera?

Me paso una mano por la cara. Maldita sea. Tiene razón. Se va a asfixiar de calor con una sudadera y un albornoz.

—Sudadera fuera. Albornoz puesto.

Ella suelta una risita. —Si estás intentando ser sexy y darme órdenes, tienes que bajar un poco el tono. No me van esas novelas románticas oscuras donde el hombre es un controlador.

¿Está intentando ser confusa a propósito? —¿De qué estás hablando? —Levanto la mano—. Da igual. No importa. Ponte el albornoz.

Arruga la nariz. —Es terriblemente difícil tener sexo si llevo puesto un albornoz.

Mi polla, que ya estaba medio dura de ver sus piernas desnudas e imaginarla atada a mi cama, se endurece y se alarga. Gimo. —No vamos a tener sexo.

Saca el labio inferior en un puchero. —¿Es que no me quieres?

—Sabes que te quiero. Puedes ver que sí.

Sus ojos bajan hasta mi polla y se lame los labios. —Desde luego.

—Addy, hablo en serio. No voy a tener sexo contigo esta noche. Estás herida.

Da un golpe al sofá. —¿Me estás tomando el pelo? Te he visto recibir golpes peores en un partido de entrenamiento.

—Yo estoy entrenado para recibir golpes. Tú no.

Entorna los ojos. —¿Estás diciendo que soy débil por ser mujer?

Lanzo las manos al aire y retrocedo unos pasos. —Nunca he dicho nada de que seas débil. Eres una de las mujeres más fuertes que conozco. Básicamente tienes tres trabajos pero nunca te quejas de lo cansada que estás. Nunca te quejas de lo difícil que es.

—Falso. Me quejo todo el tiempo de lo difícil que es lidiar con mis hermanos.

—Esos hermanos a los que claramente amas y por los que harías cualquier cosa.

—Yo no diría cualquier cosa.

—Pajarcillo, literalmente te niegas a irte de Smuggler's Hideaway para poder seguir cuidando de ellos.

Ella gruñe y se levanta. —Si vas a darme el sermón por no mudarme y no vamos a tener sexo, me voy a casa.

Levanto una ceja. —¿Te vas a ir a casa en sudadera?

Se estira la tela hacia abajo. —Me llega prácticamente a las rodillas.

—¿Vas a irte andando?

—No está lejos.

Avanzo hacia ella como un depredador. —No vas a irte andando a casa con una pierna herida. De todos modos, el tema no

tiene discusión. No te vas a ninguna parte.

Ella me da un toque en el pecho. —Estás siendo un pesado.

Le cojo la mano y la pongo sobre mi corazón. Hace solo un momento que ha vuelto a latir con normalidad después de verla desplomarse.

—Pajarcillo, estás herida. Es un honor para mí protegerte hasta que estés curada. Incluso si es de ti misma.

—Apenas me han dado un golpe.

Aprieto los dientes. —Te has desplomado.

—Cariño. —Me acaricia las mejillas—. No me he desplomado. Me he caído porque he sobreestimado mis fuerzas. Me he dejado llevar por el juego.

Quiero discutir con ella, pero tengo cosas más importantes que tratar. Como el hecho de que es la primera vez que se dirige a mí con un apelativo cariñoso.

—Dilo otra vez —refunfuño.

—No me he desplomado. Yo...

—No. Lo primero.

Frunce el ceño. —¿Cariño?

La rodeo con mis brazos y la atraigo hacia mí hasta que su cuerpo choca contra el mío. Mis labios capturan los suyos y ella se abre con un gemido. Hundo mi lengua en su boca. Su sabor me golpea y me olvido de su lesión, de que tiene un hematoma en la pierna.

La levanto y ella enrosca sus piernas alrededor de mi cintura. Mi polla presiona contra la cremallera, ansiosa por hundirse en su calor. Me siento en el sofá con ella a horcajadas sobre mí. Ella gime. Le encanta esta posición.

Yo mismo le estoy cogiendo el gusto a esta postura. Addy encima de mí, frotando su calor contra mi polla. Addy, con sus

pechos botando mientras se hunde en mi miembro. Joder, sí.

Deslizo mis manos por sus piernas, desde los pies hasta las pantorrillas, pasando por las rodillas hasta los muslos.

—¡Ay!

Separo bruscamente mi boca de la suya. —¿Te he hecho daño?

—No me has hecho daño. —Su mueca me indica que está mintiendo.

—Sí que lo he hecho. Te he dicho que no deberíamos tener sexo.

Resopla. —Ha sido un pinchazo minúsculo. No es para tanto. Mientras no toques el moratón, estamos bien.

—Yo no estoy bien. No voy a arriesgarme a hacerte daño.

—Es mi elección aceptar el riesgo o no.

—No.

Entorna los ojos. —¿Siempre eres así de difícil?

—Cuando se trata de protegerte, sí.

—¿No vas a tener sexo conmigo por un moratón diminuto?

—Tu moratón no es diminuto.

—Vale. Tengo una idea mejor.

Se levanta para luego dejarse caer de rodillas frente a mí. —Pajarcillo.

—¿Qué? —Me mira parpadeando—. No hay ninguna posibilidad de que toques mi estúpido moratón si no puedes llegar a él.

—No te quiero de rodillas.

Señala mi polla con la cabeza. —Ella no está de acuerdo.

—Addy —le advierto.

Ignora mi advertencia y me desabrocha los vaqueros antes de bajar la cremallera. No llevo ropa interior y mi polla salta hacia fuera. Ella la agarra y aprieta.

—¿No quieres mi boca ahí?

Mi polla da un respingo en su mano. —Por supuesto que quiero tu boca ahí. Pero no soy un bastardo egoísta.

Se encoge de hombros. —Puedes hacérmelo tú a mí luego.

—Te sentarás en mi cara y, si te hago daño, paramos.

—Trato hecho.

—Aún no he terminado. —Le paso una mano por el pelo y tiro un poco hasta que se ve obligada a mirarme—. Si sientes dolor y no me lo dices, te castigaré más tarde.

Parpadea con coquetería. —¿Castigarme cómo? Sigo abierta a la discusión de las ataduras.

Gruño. —Hablo en serio, pajarcillo. No voy a permitir que sientas dolor mientras yo estoy en el éxtasis.

—Éxtasis, ¿eh? Tengo mucho que demostrar entonces.

—Pajarcillo, tenerte de rodillas frente a mí con la boca hinchada de mis besos ya es el éxtasis.

—Dices las cosas más dulces. Ahora, cállate. Tengo trabajo que hacer.

Aprieta la base de mi polla antes de tragarse mi longitud. Gimo ante la sensación de su boca cálida envolviéndome. Succiona y mis caderas se elevan del sofá antes de que me dé cuenta de que me muevo.

—Maldita sea, pajarcillo. Vas a acabar conmigo.

Lo que no digo es que tiene total libertad para arruinarme para cualquier otra mujer. Que no quiero a ninguna otra mujer que no sea ella. Que es mía y que no voy a dejarla marchar.

Obligo a esos pensamientos y a la batalla por conseguir que admita que es mía a salir de mi mente para concentrarme en lo que me está haciendo sentir.

No voy a durar mucho. Me aprieta las pelotas con la mano libre y gimo. Nada de nada.

Capítulo 32

Pensaba que Gage era mío, pero creo que es nuestro.



Addy

Suena el timbre y Mila corre hacia la puerta. Yo la sigo de cerca. Sería capaz de abrirle a un asesino en serie e invitarlo a merendar si tuviera la oportunidad. Esa niña no conoce el miedo.

Abre la puerta de golpe. —¡Es mi cumpleaños!

Gage se arrodilla frente a ella. —Feliz cumpleaños. —Le entrega un regalo con papel rosa y un lazo rosa.

—¿Puedo abrirlo? ¿Puedo? ¿Puedo?

No espera a recibir respuesta antes de dejarse caer en el suelo y rasgar el papel.

Suelta un chillido. —Es una camiseta de los Steel City Seals.

—Dale la vuelta.

—Es tu nombre y tu número. —Mila se pone en pie de un salto—. ¿Me la puedo poner ya?

¿Por qué se molesta en preguntar? No espera a las respuestas. Gage la ayuda a ponerse la camiseta encima de la suya de algodón. Le llega por debajo de las caderas, hasta las rodillas.

Mila sale disparada hacia el salón. —Miradme. —Da una vuelta sobre sí misma—. Soy la favorita de Gage. Llevo su número en mi camiseta.

—Buena camiseta. —Otis saluda a Gage con un gesto de barbilla—. Buenas.

Gage se acerca a mi hermano y le choca la mano antes de darle un medio abrazo. Las mejillas de Otis se oscurecen de satisfacción. Y yo casi me derrito ante la escena.

Mamá entra apresurada en el salón. —Gage, bienvenido.

Él le da un beso en la mejilla. —Gracias por invitarme.

—Faltaría más. Eres de la familia.

A él se le corta la respiración ante la declaración de mamá. Y a mí se me llenan los ojos de lágrimas. Mi familia ha recibido a Gage con los brazos abiertos. Algo que nunca ha tenido antes. Puede que mi familia me vuelva loca la mayor parte del tiempo, pero son las mejores personas del mundo.

Gage me busca y yo le aprieto la mano. No hacen falta palabras. No las necesitamos.

—¡Vamos a comer tarta! —grita Mila y el momento se rompe.

Mamá señala con el dedo a su hija menor. —Vamos a cenar antes de la tarta.

Mila da palmadas. —¡Macarrones con queso! ¡Macarrones con queso!

Penelope gruñe. —¿Es posible que hables con una voz normal?

—Esta es mi voz —declara Mila.

—A un volumen normal.

—Deja de ser una sosa.

—¿Qué es una sosa?

—Tú lo eres, sosa.

Mamá suspira. —¡Chicas! Nada de peleas. Es el cumpleaños de Mila.

Mila le saca la lengua a Penelope, que vuelve a centrar su atención en su libro. A Mila no le gusta que la ignoren. Le arrebata el libro a Penelope y sale corriendo de la habitación.

Penelope se levanta, pero Otis le hace un gesto para que se siente. —Ya voy yo. Vosotras dos acabaréis discutiendo.

—¿Necesitas ayuda con la cena? —le pregunta Gage a mamá.

—Tú y Addy podéis poner la mesa. Hay cerveza en la nevera si quieres una.

Gage me agarra de la mano y me lleva a la cocina. Me atrae hacia sus brazos y me besa. Me apoyo en él, pero se aparta. Pongo un mohín.

—¿Por qué paras?

—Porque tu familia está en la habitación de al lado.

Arrugo la nariz. —Aburrido, pero cierto.

Mamá asoma la cabeza por la cocina. —¿Es seguro entrar?

—Mamá.

Ella parpadea. —¿Qué? Yo también fui joven una vez.

—Aún lo eres, Nora. —Gage le guiña un ojo y ella suelta una risita—. Si no estuviera obsesionado con tu hija, te pediría una cita.

Ella le da con un trapo. —Eres un encantador de serpientes.

Ponemos la mesa mientras mamá da los últimos toques a la cena. Saca los macarrones con queso del horno y el aroma a delicia de queso fundido flota en el aire. El estómago de Gage ruge.

Mamá frunce el ceño. —Espero haber hecho suficiente.

Suelto un bufido. —Me has hecho sacar la vajilla extra grande de las fiestas. Creo que estamos bien.

—Deja que te lleve eso. —Gage le quita la fuente a mamá y la lleva a la mesa.

Apenas tiene oportunidad de apoyarla antes de que mis hermanos nos asedien. Él se ríe entre dientes. —No soy el único que tiene hambre.

Otis se frota la barriga. —Estoy famélico.

—¡Yo quiero macarrones con queso! —grita Mila.

—Yo quiero que me devuelvan mi libro. —Penelope mira con fastidio a Otis.

Él se encoge de hombros. —No puedes pasarte el día leyendo cuando es el cumpleaños de Mila.

Abro los ojos con sorpresa. Normalmente, él no interviene en las rencillas entre Mila y Penelope. Excepto que, últimamente, se ha estado involucrando más. Ofreciéndose a cuidar de ellas, haciendo la cena y mediando en las discusiones entre las dos. Vaya. Mi hermanito se está haciendo un hombre.

Nos sentamos a la mesa y mamá le da a Gage la cuchara de los macarrones. —Tú sirves.

Vaya, vaya. Mamá no suele dejar que sirva nadie más que yo. Espero que Gage comprenda el gran honor que supone. A juzgar por el rubor que tiñe sus mejillas, lo comprende.

—La cumpleañera primero. —Le llena el plato a Mila antes de servirnos a los demás. Se llena su plato el último.

—Todo un caballero —murmura mamá.

—Y bien, ¿qué piensa todo el mundo de que Addy se esté haciendo famosa? —pregunta Gage una vez que todos están comiendo.

Le doy un codazo. —No soy famosa.

—Todavía no, pero lo serás. Juliet Ash es la primera cantante en grabar una de tus canciones, pero no será la última.

—Estoy orgullosa de ella.

Pongo los ojos en blanco mirando a mamá. —Estás legalmente obligada a estarlo. Eres mi madre.

Otis se encoge de hombros. —Mola. Pero molaría mucho más si pudiéramos conseguir entradas para uno de los conciertos de Juliet.

—Deberías pedir entradas en tu contrato —dice Gage.

Lo miro parpadeando. —¿Qué?

—En las negociaciones del contrato. Deberías pedir entradas.

Me pongo a la defensiva. —No estoy en posición de pedir nada.

Él frunce el ceño. —Claro que sí. ¿Qué ha dicho la abogada?

Bajo la barbilla y me concentro en la comida. —Nada.

—¿Nada? ¿Una abogada que no ha dicho nada?

—Puede que aún no haya hablado con ella —mascullo.

Él se queda helado. —¿Todavía no has hablado con tu abogada?

Me encojo de hombros. —Tenemos una llamada programada.

Una llamada que he pospuesto ya dos veces. Sería diferente si mi abogada fuera Siena, la abogada local que lleva casi todos los casos en Smuggler's Hideaway. Pero no. Mi abogada es una abogada de espectáculos de postín que trabaja con los nombres más grandes del sector. ¿Por qué le intereso yo?

Gage me estudia. Sus ojos marrón chocolate se clavan en los míos. —Juliet contactó contigo hace tiempo. ¿Por qué no has hablado todavía con tu abogada?

Me erizo. No disfruto que me dejen en evidencia delante de mi familia. —No recibí los contratos de los abogados de Juliet hasta la semana pasada.

Puede que esté mintiendo. Pero es una mentira piadosa pequeñísima. Recibí el contrato hace dos semanas. ¿Una semana? ¿Dos semanas? ¿Qué más da?

—¡He terminado! ¡Quiero tarta! —grita Mila antes de que Gage pueda responder.

—¿Has terminado? —Parece una ardilla con las mejillas hinchadas de macarrones.

—Tienes que comer al menos una ración de ensalada antes de la tarta —dice mamá.

—Pero la ensalada es aburrida.

—¿Quieres ser grande y fuerte? —pregunta Gage y ella asiente—. Entonces, tienes que comer verdura. Es buena para ti.

—A los trabajadores de las minas de diamantes les encantaría poder permitirse las verduras frescas que tenemos en nuestra mesa —dice Penelope.

Mila le saca la lengua a su hermana. Menos mal que ha terminado de masticar la pasta. —Empollona.

Penelope se encoge de hombros. —Conocer el mundo y el sufrimiento ajeno no me convierte en una empollona. —Se vuelve hacia Gage—. ¿Donas tú tiempo y dinero?

—Penelope —le advierto—. No seas maleducada.

Gage me da una palmadita en la mano. —No pasa nada. Dono a la Miracle Foundation.

—¿Qué es la Miracle Foundation? —pregunta Mila.

—Es una organización benéfica que trabaja con huérfanos para proporcionarles comida, refugio y educación.

Penelope estudia a Gage. —¿Por qué huérfanos?

—Se acabó la conversación —declaro. Ella no tiene ni idea de que ha tocado un tema sensible.

—Está bien, pajarcillo. No me importa hablar de ello.

—¿No? —Frunzo los labios—. Nadie sabe nada de tu pasado.

Me besa la frente. —Esta es tu familia. Tienen derecho a saberlo. —Se aclara la garganta y se dirige a Penelope—. Me crié en centros de acogida. No tuve familia.

—¿Sin mamá ni papá? —pregunta Mila.

Gage niega con la cabeza.

—Nosotros no tenemos papá, pero tenemos a mamá y tenemos a Addy.

—Tenéis mucha suerte de tener una madre que os quiere y a Addy como hermana mayor.

Mila arruga su naricilla. —Algunos niños del colegio se burlan de mí porque no tengo papá.

Otis gruñe. —¿Quién se burla de ti?

Gage levanta un dedo. —Espera, Otis. ¿Qué haces cuando los niños se burlan de ti?

Mila se encoge de hombros. —Les digo que tienen envidia. Es lo que Addy me dijo que dijera.

No es exactamente lo que le dije, pero mientras se dé la vuelta y se marche, me parece bien. Conociendo a Mila, podría reaccionar de dos formas: irse con la nariz en alto o darle un puñetazo al niño en el estómago.

Mamá se levanta. —Iré a por la tarta.

La sigo. Cuando llego a la cocina, está allí quieta con la cabeza gacha. Le paso un brazo por la cintura.

—No es culpa tuya.

—Sí, Addy, es culpa mía que esos niños no tengan padres. Podría haber elegido mejor. Debería haber elegido mejor. Pero cuando tu padre se fue… —Su voz se apaga.

Han pasado veintisiete años desde que mi padre se fue, pero todavía le resulta difícil hablar de él. Duele. Quiero saber más de él.

Quiero saber por qué nos dejó... por qué me dejó a mí. Pero no puedo causarle a mamá más dolor del que ya siente.

—Hoy es el cumpleaños de Mila. Disfrutemos de su día y ya hablaremos de esto más tarde.

Es una evasiva, pero Mila no se merece que mamá se hunda en la culpa. Hoy no.

Mamá yergue los hombros. —Por Mila.

Asiento. —Por Mila.

La ayudo a encender las velas de la tarta y ella la lleva a la mesa.

—Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz, te deseamos, Mila, cumpleaños feliz —canto yo sola, ya que mi familia se niega a cantar si yo lo hago.

Mila salta para ponerse de pie en su silla y se inclina hacia delante. —¿Puedo apagarlas? ¿Puedo? —No espera respuesta antes de soplar las velas.

—Mi deseo se está cumpliendo. He deseado que Gage pase a formar parte de nuestra familia.

Le revuelvo el pelo. —No se supone que debas contarle a nadie tu deseo.

—Me da igual. ¡Quiero a Gage!

—Por mí perfecto, hermanita. —Gage le guiña un ojo.

—¡Tarta!

Mamá corta la tarta en trozos, asegurándose de darle a Mila el más grande. Le entrega un plato a Gage y a él le suena el teléfono.

Él frunce el ceño. —Lo siento. —Saca el móvil del bolsillo y suspira al mirar la pantalla—. Lo siento, es mi representante. Tengo que cogerlo.

Se levanta y me besa la frente antes de salir a la terraza para responder.

Mamá me aprieta la mano. —Has elegido bien. Es perfecto para ti.

Yo no tuve elección. Gage entró a embestidas en mi vida y no pude evitar enamorarme de él. Pero sí que tengo suerte de que encaje con mi familia y de que ellos lo quieran. Quiero darle a Gage todo lo que desea… incluyendo una familia propia.

Capítulo 33

Quizá tenga que improvisar una jugada.



Gage

Cierro la puerta del patio tras de mí antes de responder al teléfono.

—Oye, Rob, ¿qué pasa?

—¿Cuándo puedes volver a casa?

—Eh. Aún me queda otra semana en el campo de entrenamiento.

—Me refiero a después del campo de entrenamiento.

Frunzo el ceño. Tenía pensado pasar con Addy la corta semana que tengo libre después del campo de entrenamiento antes de presentarme para la temporada regular.

—Ya sabes mi fecha de presentación con the Seals.

—¿Puedes estar aquí unos días antes? Tengo algunas oportunidades para ti.

—¿Qué tipo de oportunidades?

Él resopla. —¿Acaso importa?

Eh, sí, importa. Soy muy selectivo con los patrocinios que acepto y con las organizaciones benéficas con las que colaboro. Él lo sabe.

—¿Qué oportunidades? —repito mi pregunta.

—Tus patrocinadores de calzado y calcetines quieren que protagonices su campaña de marketing este año. Te necesitan para sesiones de fotos. Es una gran oportunidad para ti.

La emoción me embarga. Es una oportunidad enorme. Nunca he protagonizado una campaña antes. Esto podría significar anuncios en prensa y televisión. Y ambos conllevan una mayor remuneración.

—¿Cuándo me necesitan?

—Lo antes posible.

—¿Puede esperar?

—Si quieres que otro aproveche la oportunidad, claro.

Suelto un juramento entre dientes. —¿Me dejarían tirado?

—Quieren que los anuncios estén listos para cuando empiece la temporada. ¿Por qué dudas? Pensé que saltarías ante la oportunidad de protagonizar un anuncio.

No me importa ser una estrella. Lo que me interesa es el dinero. Crecí sin nada. No pienso volver a necesitar limosnas. Pero mi tiempo como jugador de la NFL es limitado. Necesito acumular tanta riqueza como sea posible antes de que termine mi carrera.

—¿Puedo pensármelo?

—No, Gage, no puedes. Tengo que darles una respuesta hoy mismo.

—Vale. La respuesta es sí. Estaré en el primer avión a Steel City en cuanto nos suelten del campo de entrenamiento.

Cuelgo y me guardo el móvil en el bolsillo.

—¿En el primer avión? —pregunta Addy y me doy la vuelta de golpe. No la he oído salir.

Señalo las sillas de la terraza. —¿Podemos hablar?

Una vez sentados el uno frente al otro, le tomo las manos. —Mis patrocinadores de calzado y calcetines me han pedido que haga unos anuncios para ellos.

Se le iluminan los ojos. —¡Enhorabuena!

—Hay más. —Dudo unos instantes antes de explicarle—: Pensé que tendría una semana libre después de que terminara el campo de entrenamiento para que la pasáramos juntos antes de que tuviera que presentarme con the Seals.

—Pero...

—Quieren rodar estos anuncios antes de que tenga que presentarme para la temporada regular.

Sus hermosos ojos se apagan. —Y por lo tanto, estarás en el primer avión para salir de Smuggler's Hideaway.

—¿Por qué no vienes conmigo?

Retira sus manos de las mías de un tirón. —Ya hemos pasado por esto. No puedo dejar la isla. No puedo abandonar a mi familia.

Entiendo su preocupación, pero no puedo dejarla ir. La quiero. Quiero pasar todo mi tiempo con ella. No puedo estar con ella si vive en Smuggler's Hideaway a tiempo completo.

Me arrodillo ante ella. —Te quiero, pajarcillo.

Se queda boquiabierta. —¿Me quieres?

Sonrío. —¿Cómo no voy a quererte? Eres hermosa, inteligente, leal y tienes tanto talento que me asombra.

Se le sonrojan las mejillas. —No soy asombrosa.

—Lo eres. —Le aprieto los muslos—. ¿Por qué si no iba a querer Juliet Ash grabar una de tus canciones?

Se encoge de hombros. —Es una chiripa. El resto de mi música no es digna de una gran estrella del pop.

—¿Es por eso por lo que aún no has hablado de los contratos con tu abogado?

Desvía la mirada, pero no dejaré que se esconda de mí. Le sujeto la barbilla y la obligo a mirarme a los ojos. —¿Pajarcillo?

Suspira. —Da miedo. Yo no soy nadie y este abogado trabaja para los nombres más importantes.

—Algún día tú también serás un gran nombre.

Suelta un suspiro. —Quizá.

Noto que no me cree, pero lo dejo pasar. Tengo preocupaciones mayores en este momento. Ya reforzaré su confianza en su talento para escribir canciones más tarde.

—¿Al menos te plantearás venir conmigo a Steel City?

—Gage —gruñe ella—. No puedo dejar a mamá sola para que cuide de mis hermanos.

—Es admirable lo mucho que ayudas a tu madre. Me encanta lo leal que eres. Pero Otis, Penelope y Mila son hijos suyos, responsabilidad suya.

—No lo entiendes.

—Explícamelo.

Se muerde el labio inferior. Espero a que ordene sus pensamientos. Esto es importante. Probablemente sea la conversación más importante de mi vida. No voy a meterle prisa.

—No quiero que Otis, Penelope o Mila vivan la infancia que yo tuve. Sé que no es ni de lejos tan mala como la tuya.

—Esto no es una competición.

—Quiero que vivan todas las cosas que yo no viví. Quiero que puedan hacer deporte, apuntarse a actividades extraescolares, ir al baile de graduación. Que no tengan que preocuparse de dónde

saldrá la próxima comida. De si mamá volverá a casa esta noche. De cómo pagar el material escolar de la lista que hay en el sobre que mamá ni siquiera se ha molestado en abrir.

Joder. ¿Cómo se supone que voy a insistirle ahora? Cuando lo único que puedo hacer es admirarla por lo leal que es. La lealtad lo significa todo para mí.

—¿En qué lugar nos deja eso?

—¿A qué te refieres?

—Tú no quieres o no puedes irte de Smuggler's Hideaway, y yo no puedo irme de Steel City.

Se queda sin aliento. —Nunca te pediría que renunciaras a tu puesto en the Seals. No te pediría que renunciaras a tu sueño. Estoy orgullosa de ti. De todo lo que has logrado. De lo lejos que has llegado desde tu infancia. Jamás te pediría que renunciaras a nada de eso.

—No pensaba que lo hicieras. —Pero es agradable oírselo decir.

Mis entrenadores y compañeros dicen que están orgullosos de mí todo el tiempo. Pero están orgullosos de un touchdown o de una jugada concreta que hice y que nos ayudó a ganar un partido. Addy está orgullosa de mí por ser quien soy.

¿Cómo puedo dejarla marchar? No puedo.

—No voy a dejarte ir.

—Gage. Vivimos a varios estados de distancia.

—No me importa. Te quiero, pajarcillo. Nunca antes le había dicho a otra mujer que la quería. Nunca me había sentido así por ninguna mujer. Tú eres la elegida para mí. La mujer con la que quiero compartir mi vida. La mujer con la que quiero formar una familia.

—Yo... —Se interrumpe a sí misma.

¿Iba a decir que ella también me quiere? Se lo he dicho varias veces, pero ella no me ha devuelto las palabras. Sé que le importo. Con el tiempo llegará a amarme. Pero el tiempo es lo único que no tenemos.

—Quizá sea mejor que lo dejemos antes de que alguien salga herido.

Una lágrima se escapa de su ojo y yo la seco.

—Pajarcillo, desde luego que me dolería si hubiéramos terminado. Pero no es así.

Lanza las manos al aire. —Pero nuestra situación es imposible.

Suelto un gruñido. —No es imposible. Nada es imposible. Lo solucionaremos. Puedo quedarme en Smuggler's Hideaway durante la temporada baja.

—No quiero un novio a tiempo parcial.

—A tiempo parcial es mejor que nada.

Mueca. —¿Lo es? Quizá deberías buscarte a otra mujer.

—He tenido otras mujeres. Ninguna de ellas eras tú.

A todas ellas lo único que les importaba era mi dinero o estar con alguien famoso. Addy es diferente. Ni siquiera sabía quién era yo la primera vez que nos vimos. Y tampoco le importaba.

—No quiero que te aferres a mí cuando pasarán años antes de que pueda dejar la isla. Mila solo tiene nueve años.

—No me importa. Te esperaré. Joder, te esperaría toda la vida. Te quiero, Addy.

Las nubes cubren sus hermosos ojos marrones. —Yo también te quiero, Gage.

El calor se extiende por todo mi cuerpo. Mi pajarcillo me quiere. Quiero gritarlo desde los tejados. Quiero que el mundo sepa que esta mujer maravillosa es mía. Quiero ponerle un anillo en el dedo para que todos los hombres sepan que está pillada.

Me inclino hacia delante para besarla, pero ella levanta una mano para detenerme. —A veces el amor no es suficiente.

—Sí que lo es. El amor es suficiente.

Me empuja los hombros hasta que me retiro. Se levanta y camina hacia la casa.

—Esto no es el final, Addy. —Me niego a permitir que se aleje de mí solo porque no puede mudarse a Steel City—. Encontraremos una solución.

Me mira por encima del hombro. Las lágrimas le caen por la cara. Mi corazón se rompe ante su dolor. Nunca quiero que sufra.

—No creo que haya solución. Esto no es un campo de fútbol. Es la vida real. Y la vida real no es justa.

Conozco íntimamente lo injusta que es la vida. Por eso no voy a dejar que se me escape mi trozo de felicidad.

—Me iré, Addy. Pero solo por hoy. No te voy a dejar para siempre. Nunca te dejaré.

—Ya lo has hecho, Gage. Has elegido tus patrocinadores y el dinero por encima de pasar tiempo conmigo. Sé todo lo que necesito saber. Adiós, Gage.

La puerta se cierra tras ella. Odio que esté sufriendo. Pero sé que es mejor no presionarla más de lo que ya lo he hecho hoy.

Volveré. Y con una solución para nuestra situación. Me niego a creer que no la haya. No me rindo cuando sé lo que quiero.

Y Addy es lo que quiero. Mi pequeño pajarcillo es el amor de mi vida y no voy a vivir sin ella.

Capítulo 34

El amor nunca es sencillo.



Addy

Doy un portazo a la puerta corredera de cristal a mis espaldas y paso corriendo por delante de mi familia, que sigue sentada comiendo tarta de cumpleaños como si mi vida no se estuviera desmoronando. Las lágrimas me resbalan por la cara, pero no me permito sollozar hasta que estoy a salvo en mi habitación.

Sabía que enamorarme de Gage era una mala idea. Intenté contenerme. Intenté mantener mi corazón a salvo.

Pero es imposible no quererlo. Es dulce, amable, generoso; un auténtico caballero. Por no mencionar lo sexy que es. Y mi familia lo adora. A mi familia no es fácil complacerla, pero él se ha colado por su defensa como un running back que ve un hueco y no mira atrás.

Gimo y me dejo caer sobre la cama. Ahora hasta pienso con metáforas de fútbol americano.

—Addy —llama mamá.

—Ahora no, mamá.

Abre la puerta y entra. —Sí, ahora —insiste mientras cierra la puerta tras de sí.

Me tapo la cara con una almohada. Todo lo relacionado con Gage está demasiado reciente. No quiero hablar de ello.

Mamá se sienta en la cama y me quita la almohada. —Tenemos que hablar.

—Ya he hablado bastante por hoy.

—Entonces puedes escuchar.

Doy un bufido antes de darme la vuelta y quedarme de espaldas a ella. —No estoy de humor, mamá.

—Lástima. Esta conversación tendría que haber ocurrido hace mucho tiempo.

Cuando hace una pausa, rezo para que se rinda y se marche. Lástima que nunca haya sido una persona con suerte.

—He metido la pata.

Ahora tiene toda mi atención.

—Nunca debí haber dependido de ti de la forma en que lo hago.

Suspiro antes de girarme para mirarla. —No me importa, mamá. Me encanta ayudar con los niños. Son mis hermanos. Los quiero.

—Has sido de gran ayuda. No habría salido adelante estos últimos años sin ti.

—Sí que lo habrías hecho.

—No, Addy, no lo habría hecho. —Suelta un suspiro—. Cuando tu padre se fue, perdí el norte. No me enorgullece cómo me comporté. Yendo de aquí para allá, bebiendo y saliendo de juerga con varios hombres. Quedándome embarazada tres veces de prácticamente desconocidos. Dejé que te criaras sola y que luego criaras a tus hermanos.

—Esos tiempos ya han pasado.

Se retuerce las manos. —Solo porque Mila se cayó del columpio cuando tenía dos años.

Qué día tan horrible fue aquel. Llevé a Mila corriendo al hospital después de que perdiera el conocimiento, pero el médico se negó a darme ninguna información sobre su estado. Yo era su hermana, no su madre.

Pero no encontraba a mamá. La llamé una y otra vez. Finalmente, Weston —un policía que conocía del instituto— llegó con mamá, que estaba borracha y hablaba con dificultad.

Mamá enderezó su vida después de ese día. Dejó de beber y de salir de fiesta. No volvió a traer a hombres extraños a casa. Encontró un trabajo estable.

Le doy una palmadita en el muslo a mamá. —Eres una buena madre.

—Ahora.

No tengo respuesta. Tiene razón. No fue una gran madre para mí mientras crecía. Hice todo lo que pude para proteger a Otis y Penelope de la realidad de nuestras vidas hasta que mamá cambió.

Mamá yergue la espalda. —Es hora de que yo sea una buena madre para ti.

—¿A qué te refieres?

—Deberías marcharte.

—¿Marcharme? No puedo marcharme. Mila ha cumplido hoy nueve años, pero sigue necesitando la supervisión de un adulto. Y alguien tiene que estar cerca para evitar que Penelope conquiste el mundo. Y llevar a Otis a sus partidos de fútbol.

Levanta la barbilla. —Yo soy su madre. Yo haré esas cosas.

—¿Pero cómo? Apenas ganas dinero suficiente para pagar esta casa tal como están las cosas. Si reduces tus horas para cuidar de los niños, no habrá dinero suficiente.

—Ya me las arreglaré. Esta no es tu lucha. Es mía.

Frunzo el ceño. Ha sido mi lucha durante la mayor parte de mi vida.

—Tienes que ponerte en contacto con tu abogado y negociar el contrato con Juliet Ash.

—Lo haré.

—Nada de posponerlo más porque te preocupen los niños.

—No he pospuesto lo de contactar con el abogado.

Ella niega con la cabeza. —Nunca has sabido mentir.

—Sí que sé mentir. —Me doy cuenta de lo extraño que suena lo que acabo de decir y cierro la boca de golpe.

Ella sonríe. —Sea como sea, esta es la oportunidad de tu vida. Juliet Ash es alguien muy importante.

Pongo los ojos en blanco. —Ni siquiera sabes quién es Juliet Ash.

—Sí que lo sé. La busqué en Google.

—¿La has buscado en Google?

—Por supuesto que sí. Estabas emocionada y quería entender por qué.

Se me llenan los ojos de lágrimas. Mamá no suele tener mucho tiempo para prestar atención a mi vida. Pero se ha tomado el tiempo de hacerlo.

—Gracias.

—No se te ocurra darme las gracias. Debería haberme interesado por tu vida y tu bienestar hace años. En lugar de eso, dependí de ti para que me ayudaras con los niños. No tuve en cuenta el desgaste que eso suponía para tu vida. No me di cuenta de que renunciarías al amor para ayudarme.

Hago una mueca. —Has escuchado a escondidas mi conversación con Gage.

—No voy a pedir perdón. Me alegro de haberlo hecho. He estado ciega ante tu vida, pero ahora tengo los ojos bien abiertos.

—No estabas ciega.

Me aprieta la mano. —¿Quieres a Gage?

—Con todo mi corazón. Nunca me he sentido así.

—Lo entiendo. Yo me sentía igual respecto a tu padre.

—¿Vas a decirme alguna vez qué pasó?

Ella desvía la mirada. No sé para qué me molesto en preguntar. Este tema nunca ha estado abierto a discusión.

—Arlo nunca quiso tener hijos. Su padre tenía esquizofrenia cuando él era pequeño y sabía que la enfermedad era hereditaria. Le aterrorizaba transmitirle la enfermedad a un hijo.

—¿Mi abuelo tenía esquizofrenia?

Mamá asiente. —Se suicidó cuando Arlo tenía diez años.

Me quedo sin aliento. Esperaba que esta historia fuera triste. No esperaba que fuera desgarradora.

—Cuando Arlo y yo nos enamoramos, me hizo prometerle que no me quedaría embarazada. Conociendo sus antecedentes, acepté de inmediato. Habría hecho cualquier cosa por él. Lo quería más que a nada en el mundo.

—Pero te quedaste embarazada.

—Fue un accidente. Tomamos todas las precauciones, pero... —se interrumpe con un encogimiento de hombros—. A veces los accidentes ocurren.

—¿Qué pasó cuando se lo dijiste a mi padre?

—Se asustó muchísimo. Me suplicó que interrumpiera el embarazo. Lo intenté. Pedí una cita e incluso conduje hasta la clínica. Pero sentada allí en el aparcamiento, descubrí que había una cosa que quería más que a Arlo. —Me mira con lágrimas en los ojos —. A ti.

—¿Q-q-qué pasó? —obligo a salir a la pregunta. Puede que no vuelva a tener la oportunidad de saber la verdad.

—Volví a casa. Esperando plenamente que Arlo se marchara. Pero no lo hizo. —Suspira—. Fue el marido perfecto. Iba corriendo al supermercado cada vez que yo tenía un antojo. Preparó el cuarto del bebé. Estaba entusiasmado.

—Cuando naciste, él estuvo allí conmigo. La primera vez que te cogió en brazos, lloró. Y yo pensé... —Suelta un suspiro—. Pensé que mi vida era el cielo. Que nada podía estropearlo.

Le paso un brazo por encima. Odio que esté sufriendo, pero necesito oír esto. Merezco saber la verdad de por qué no tuve un padre mientras crecía. Por qué sigo sin tenerlo.

—Las cosas empezaron a ir mal cuando tenías un año. Venía a casa del trabajo convencido de que alguien lo seguía. Una noche, tiró todos los aparatos eléctricos al océano. Pensaba que el gobierno nos estaba escuchando.

—Y entonces. —Traga saliva—. Llegué a casa un día y se había ido.

—¿Ido?

—Dejó una nota. Le habían diagnosticado esquizofrenia. Sabía lo horrible que era crecer con un padre esquizofrénico. Se negó a hacerte daño de esa manera.

Las lágrimas se me escapan de los ojos. Mi padre se fue por mi culpa. Se fue para protegerme. —Pero hay medicinas, tratamientos, no tenía por qué rendirse.

—El padre de Arlo tenía esquizofrenia resistente al tratamiento. Él asumió que la suya también lo sería.

—Pero podría haberse quedado. Podría haber...

—No, Addy, no podía. —Inspira profundamente y se seca las lágrimas—. Y por eso tienes que marcharte.

—Lo siento. ¿Tengo que marcharme?

—Tienes que perseguir tus sueños. No puedes dejar que el amor se te escape de las manos por ayudarme. No te lo permitiré. Amaba a Arlo con todo mi corazón. Solo estuvimos cuatro años juntos, pero no cambiaría esos cuatro años por nada del mundo.

—Pero descarrilaste después de que se fuera.

—Y aun así, pasaría por el mismo dolor una y otra vez para tener esos años con tu padre. Solo lamento que tú sufrieras por mi duelo.

—Estoy bien. Tengo una buena vida.

—Pero podrías tener una vida maravillosa llena de amor. Ese hombre te quiere. Lo veo en sus ojos. Haría cualquier cosa por ti. ¿Qué harás tú por él?

No respondo. No tengo respuesta. Mi mente da vueltas por lo que me ha contado. Los secretos que nunca supe.

Me da una palmadita en el muslo antes de levantarse. —Piénsalo. El amor no llama a la puerta muy a menudo.

Abre la puerta y sale al pasillo, pero se detiene y me mira por encima del hombro. —En cualquier caso, ya no eres responsable de tus hermanos. Es hora de que yo dé un paso al frente y me convierta en la madre que debería haber sido para ti.

Capítulo 35

¿Cuarto y largo? Nunca antes he tenido miedo de un cuarto down. No voy a empezar ahora.



Gage

El sol pega con fuerza sobre el campo de entrenamiento, cociendo el césped y convirtiendo mi casco en un maldito horno. El sudor me resbala por la espalda, y eso que aún no hemos empezado el periodo de equipo. Me pican las manos por mirar el móvil —¿habrá respondido Addy por fin a alguno de mis mensajes?—, pero resisto la tentación.

Tengo que mantener la cabeza en el juego. Esto no es solo un juego. Esto es fútbol americano. Es mi vida. Mi carrera. Lo que me salvó cuando nada más pudo hacerlo.

—¡Carrera interior! —ladra Coach Knox.

Trotamos hacia nuestras posiciones. Nolan se agacha detrás del center. Yo me coloco a cinco yardas de profundidad con las manos en los muslos.

Analizo la defensa. Están alineados en una formación estándar, pero un linebacker se está desplazando hacia el centro como si fuera a entrar en blitz, y el safety se está acercando a la línea; ambas señales indican que viene presión.

Lo registro automáticamente. Pero mi mente no está en el campo ni en el fútbol. Está en un patio. En unos ojos castaños claros llenos de lágrimas. En las palabras: *quizá sea mejor que terminemos con esto*.

Gruño. Addy y yo no vamos a terminar nada. Hay una solución. Siempre hay una solución. No me rindo cuando me comprometo.

—¡Azul ochenta! —grita Nolan.

El balón sale. Él pivota y me lo presiona contra el abdomen en el punto de encuentro. Yo lo sujeto con fuerza y doy un paso hacia el left guard.

La línea rompe la defensa exactamente como lo hemos ensayado. Se abre un hueco entre el guardia y el tackle. Vía libre. Normalmente, entro por ese agujero como si me debiera dinero.

Pero no estoy pensando en mi carrera. Estoy pensando en quedarme en la isla durante la temporada baja, en Addy visitándome durante las semanas de fuera, en pasar las vacaciones en Smuggler's Hideaway y...

¡Placa! Un linebacker me agarra antes de que haya pasado dos yardas de la línea.

Suena el silbato.

—¡EDWARDS! —la voz del entrenador corta el aire del campo.

Me levanto, le entrego el balón al asistente del árbitro y vuelvo trotando al huddle.

—¿Estás esperando permiso? —grita el Coach—. Por ese agujero cabía hasta un camión.

—Sí, Coach.

—Pues conduce el maldito camión.

Nos reajustamos. Giro los hombros y sacudo las manos. Cabeza en el juego, Gage. Cabeza en el juego.

Pero mi mente sigue dando vueltas. Me quiere. Lo he visto en su cara. Lo ha dicho. No voy a renunciar al amor. Un amor que nunca antes he experimentado. Una familia que nunca he tenido.

—¡Protección de pase! —grita el Coach.

Nolan me busca con la mirada. —Vigila al linebacker central; si hace un blitz, es tuyo.

—Entendido.

Rompemos filas. La defensa cambia tarde. El linebacker del lado débil se abre. El linebacker central se acerca a la línea. Está amagando. O quizá no.

Escaneo. Cuento efectivos. Leo la alineación.

Pero en lugar de centrarme en los pies del linebacker, estoy pensando en horarios de vuelos. En apartamentos. En cuánto puedo alargar mi temporada baja antes de que empiecen las actividades de equipo organizadas.

El balón sale. Doy un paso a la izquierda.

Error. El linebacker central se mete por el hueco opuesto. Para cuando pivoto, ya está encima de Nolan.

Plaf.

El silbato chilla. Ya sé lo que va a decir el Coach antes de que abra la boca. —¡EDWARDS! ¿Intentas que maten a nuestro quarterback?

—No, Coach.

—¿Entonces por qué has dejado abierto un camino directo hacia el quarterback?

Porque estaba planeando mi futuro en lugar de leer la maldita defensa. —He hecho una mala lectura.

El Coach se acerca a mí a grandes zancadas. —Tú no lees mal las jugadas. Por eso eres titular.

Le sostengo la mirada. —Sí, Coach.

—¿Tienes algo en la cabeza?

Addy. Sus lágrimas. Ella diciendo que el amor no es suficiente.

—No, Coach.

—Bien —espeta—. Porque si fallas otra lectura, daré por hecho que se te ha olvidado jugar al fútbol y te irás a calentar el banquillo. —Sopla el silbato—. ¡Otra vez!

Nos alineamos.

Nolan me da un toque en el hombro. —¿Estás bien?

—Perfectamente.

Me estudia durante medio segundo como si no me creyera, y luego se vuelve hacia la línea. Sale el balón y obligo a todo lo demás a salir de mi mente.

La siguiente hora de entrenamiento es una repetición de las jugadas anteriores. Yo metiendo la pata. El Coach cabreándose. Cuando por fin hace sonar el último silbato del día, me quito el casco de un tirón y me dirijo al vestuario.

—¡Edwards! —brama Coach Knox—. ¡A mi despacho, ahora!

Joder. A nadie le gusta que lo llamen al despacho del entrenador. Pero después del día que he tenido, me lo merezco.

—Cierra la puerta —exige cuando entro.

Cierro la puerta y me quedo de pie frente a su escritorio.

—¿Qué demonios te pasa?

—Mi cabeza no estaba hoy en el campo.

—Esta es la última semana del campo de entrenamiento. La temporada regular empieza en unas semanas. No es momento de perder la concentración.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? —Levanta una ceja—. Si lo sabes, ¿por qué narices has dejado que aplaquen a Allen dos veces en el

entrenamiento?

—Problemas personales.

—¿Problemas personales? ¿Es una forma de decir problemas de mujeres?

No sirve de nada negarlo. Asiento.

—Maldito infierno. ¿Qué le echan al agua en esta isla? Toda mi línea ofensiva tiene problemas con las mujeres.

—No solo la línea ofensiva —murmuro.

Entorna los ojos. —¿Qué has dicho?

No rehúyo su pregunta. Tengo demasiada curiosidad por descubrir la verdad. —Se rumorea que se va, Coach.

Se desploma en su silla. —Joder. Se supone que aún no lo sabe nadie.

El corazón me late con fuerza en el pecho. Mierda. Es verdad. El Coach nos deja. No puedo imaginarme el equipo sin Knox. Ha sido una figura paterna para mí desde mi primer año, cuando no era capaz de centrarme.

—¿De verdad se va?

Frunce el ceño. —No estamos hablando de mí. Estamos hablando de ti. ¿Qué pasa? ¿Está embarazada?

Me echo hacia atrás. —¿Quién ha dejado a una chica embarazada?

Ignora mi pregunta. —Si no está embarazada, ¿cuál es el problema?

—No quiere irse de Smuggler's Hideaway.

—Y tú no vas a dejar el equipo.

No puedo dejar el equipo. El fútbol es lo que me define. Es mi vida. Es lo que me salvó cuando nadie más lo hizo.

—Joder, Edwards. ¿No podías haber buscado a una mujer que saltara de alegría ante la oportunidad de irse de este sitio?

—¿Quién saltó de alegría por irse?

Vuelve a ignorar mi pregunta. —¿Qué vas a hacer?

—No lo sé, pero lo resolveré.

—¿Vale la pena?

Gruño. —Vale todo. La quiero.

—¿Pero ella te quiere a ti? ¿O busca tu fama y fortuna?

Se me dilatan las fosas nasales. —Addy no es ninguna interesada. No le importa mi fama ni mi dinero.

—Bien. —Se cruza de brazos y se apoya en el respaldo de la silla—. ¿Qué vas a hacer?

No tengo una respuesta mejor para su pregunta que la primera vez que la formuló. Me encojo de hombros.

—Deja que te dé un consejo. Todo se reduce a las elecciones. Tienes que elegirla a ella una y otra vez. Asegúrate de que entienda que ella es tu prioridad a pesar del fútbol.

Frunzo el ceño. —¿Cómo la convierto en prioridad cuando estoy a varios estados de distancia?

—Manteniendo el contacto. Llámala y mándale mensajes en cada oportunidad que tengas. Haz que vuele a Steel City a visitarte cuando tú no puedas escaparte. Pasa todo tu tiempo libre aquí en la isla.

—¿Todo mi tiempo libre? ¿Y mis contratos publicitarios? ¿Mis obligaciones con los patrocinadores?

—Ah. Estás pensando en la sesión de fotos de la semana que viene.

Arrugo la frente. —¿Cómo sabe lo de la sesión de fotos?

—Sé todo lo que pasa con mis jugadores. Incluido que un jugador se ha enamorado de una compositora.

Sabe lo de Addy. No me sorprende. Coach Knox es más que nuestro entrenador. Es una figura paterna. Un amigo. Alguien a quien acudir. Alguien que resuelve problemas.

—Le pedí que viniera conmigo la semana que viene, pero me ha dicho que no.

—Entonces, ya sabes qué hacer.

—No puedo rechazar la oportunidad de protagonizar una campaña nacional.

Necesito el dinero. Necesito ganar todo el dinero extra que pueda antes de que termine mi carrera. No es como si pudiera jugar al fútbol hasta los sesenta años.

—¿No puedes? —Levanta una ceja—. Supongo que ya tienes tu respuesta, entonces. Si no puedes hacer de Addy tu prioridad, es mejor que termines la relación ahora mismo.

Suelto un juramento por lo bajo. —No voy a terminar lo mío con Addy. La quiero. Es la mujer que he estado esperando toda mi vida.

—¿Lo es? —Señala la puerta con un gesto—. Sea como sea, espero que te saques la cabeza del culo en el entrenamiento de mañana. No quiero dejar en el banquillo a uno de mis jugadores estrella, pero lo haré.

—Sí, Coach.

Sus palabras se repiten en mi mente mientras me ducho y me cambio. Menos mal que el vestuario está casi vacío, porque mis compañeros no dudarían en darme caña después de la actuación de hoy.

El móvil pita con un mensaje mientras voy hacia el coche. Me inunda la esperanza. Quizá Addy por fin ha respondido a mis mensajes. Saco el teléfono.

No es Addy. Es mi asistente confirmando mi vuelo a Steel City para la semana que viene.

Frunzo el ceño. No quiero pasar mi semana libre haciendo sesiones de fotos para patrocinadores. Quiero pasar mi tiempo con Addy. Ella es mi prioridad.

Si no puedes hacer de Addy tu prioridad, es mejor que termines la relación ahora mismo.

Pero no le estoy demostrando que ella es mi prioridad. Al aceptar irme de Smuggler's Hideaway antes de tiempo, le estoy demostrando que el fútbol y el dinero son mi prioridad. Mierda. Con razón me dijo adiós.

Rápidamente le escribo un mensaje.

Me quedo en Smuggler's Hideaway la semana que viene para estar contigo.

Quedarme la semana que viene no es la solución a nuestro problema de la distancia, pero es un comienzo.

Llego a mi todoterreno, donde me esperan Tanner, Nolan, Brock y Corbin. Mierda. Parece que al final no me he librado de sus bromas.

Dejo la bolsa a mis pies. —Siento haber estado distraído. No volverá a pasar.

Tanner arquea las cejas de forma sugerente. —¿No volverás a distraerte pensando en Addy?

—No. He solucionado nuestros problemas.

Nolan arruga la frente. —¿Cómo?

—Yo...

Me interrumpe el sonido del móvil de Brock. —¿Qué? —ladra. Escucha durante unos instantes—. No me interesa —refunfuña antes de colgar.

Me lanza una mirada fulminante. Me mantengo firme. No he hecho nada para cabrearlo. Al menos, no fuera del campo.

—¿Has rechazado la campaña nacional?

—Sí. No voy a hacer una sesión de fotos en Steel City durante nuestro tiempo libre. A partir de ahora pasaré todo mi tiempo libre en Smuggler's Hideaway.

Corbin me estudia. —¿Estás eligiendo a Addy por encima de un contrato publicitario nacional?

—Sí. Es lo que quiero.

Nolan me da una palmada en la espalda. —Nuestro pequeño está enamorado.

Le hago una peineta. —Sí, amo a Addy.

Espero que se burlen de mí, que hagan bromas sobre el amor. Pero no lo hacen. Todo son abrazos y felicitaciones.

Sabía que había tomado la decisión correcta, pero contar con su aprobación lo es todo para mí. Estos tíos no son solo mis compañeros, son mi familia.

Pero no son mi única familia. Addy y su familia también son la mía. En cuanto la convenza de que la elijo por encima de todo lo demás.

Capítulo 36

Resulta que no estoy enferma. Solo enamorada.



Addy

La doctora Allens me sonríe. —Hola, Addison. ¿A qué hermano le toca estar herido esta vez?

—En realidad —vacilo—. Esto suena a locura. ¿Sonar loca significa que tengo una enfermedad mental?

La sonrisa de la doctora desaparece de su rostro. —¿Qué ocurre?

—¿Puede hacerme una prueba de esquizofrenia?

Sus ojos se abren de par en par. —¿Esquizofrenia?

—Es hereditaria, ¿verdad?

—Pero tu madre... —se interrumpe—. Ah, Nora por fin te ha hablado de tu padre.

—¿Lo conoció?

Ella asiente.

Quiero interrogarla. Hacerle un millón de preguntas. Pero si conoció a mi padre como paciente, no hay nada que pueda contarme. Con suerte, mamá se abrirá más sobre papá en el futuro.

Quizá lo busque. Nunca antes había querido encontrarlo. Pero desde que me di cuenta de que no me abandonó —se fue para protegerme—, mis sentimientos por él han cambiado.

—Me preocupa haber heredado su enfermedad mental.

—¿Tienes alucinaciones, delirios, lenguaje desorganizado o experimentas un comportamiento catatónico?

—No. A menos que pensar que un jugador de fútbol te quiere sea un delirio —murmuro.

Ella se ríe. —Gage Edwards es un hombre muy sexy.

No pregunto cómo sabe de quién estoy hablando. Esto es Smuggler's Hideaway. Los rumores corren más rápido de lo que nadan las sirenas. Y las sirenas nadan muy rápido.

Me da una palmadita en el brazo. —Yo no me preocuparía si fuera tú. Si desarrollas alguno de los síntomas anteriores, ponte en contacto conmigo. De lo contrario, vive tu vida. Ama a tu hombre. No lo sueltes.

Amarlo es fácil. Sujetarlo fuerte, por otro lado, no lo es tanto. Especialmente cuando se va.

Le doy las gracias a la doctora Allens por su tiempo antes de salir del hospital hacia mi coche. El punto número uno de mi lista de tareas para «encauzar mi vida» —asegurarme de que no tengo esquizofrenia— ya está tachado.

Pasemos al segundo punto. Arranco el motor para empezar mi trayecto hacia el aeropuerto.

Me tiemblan las manos y siento mariposas en el estómago mientras conduzco. Soy capaz de hacer cosas difíciles, me recuerdo a mí misma. Y reunirme con mi abogada para discutir el contrato con Juliet Ash es una de las cosas más difíciles que haré jamás.

¿Y si Juliet cambia de opinión? ¿Y si después de todo piensa que mi música es un asco? ¿Y si mi abogada no cree que valga la

pena representarme? ¿Y si esto es una casualidad? ¿Y si no vuelvo a escribir otra canción buena en mi vida?

Tres horas después, me arrepiento de mi decisión de llevar puesto el traje en el avión. Estoy toda arrugada. Quizá no debería haber me puesto un traje. Quizá debería haber llevado un vestido. Quizá debería dar media vuelta, volver a casa y olvidarme de todo esto.

Suelto un suspiro. Soy capaz de hacer cosas difíciles, me recuerdo.

Un chófer me espera al salir de la terminal. Casi paso por delante de él sin verlo. No esperaba que vinieran a buscarme. Pero probablemente sea bueno que no conduzca yo misma, ya que me tiemblan las manos. Qué demonios, a estas alturas me tiembla todo el cuerpo.

Llegamos a los bufetes de abogados y me quedo con la boca abierta. Soy una chica de pueblo. No estoy acostumbrada a los rascacielos con fachadas de cristal.

Casi espero que la recepcionista diga que no tengo cita. Pero no lo hace. Me acompaña inmediatamente a una sala de conferencias vacía.

Apenas tengo tiempo de sentarme antes de que se abra la puerta.

—¿Addison? Soy Clara White.

Le ofrezco mi mano. —Addy, por favor. Encantada de conocerla.

Se sienta a mi lado. Qué extraño. ¿Cómo vamos a discutir el contrato sentadas una al lado de la otra?

—Ha habido algunas novedades.

Lo sabía. Juliet ha cambiado de opinión. Tiene sentido. ¿Por qué una estrella del pop con su fama querría grabar una de mis canciones?

Me da una palmadita en la mano. —Son buenas noticias.

Arrugo el entrecejo. —¿Son buenas noticias que Juliet me haya descartado?

—¿Descartado? ¿A qué te re...?

La puerta se abre antes de que pueda terminar y entra Juliet Ash. Madre de Dios. Es Juliet Ash.

Ella sonríe. —¿Addison? Tenía muchas ganas de conocerte.

—¿Ah, sí? Quiero decir, es un placer conocerla.

Le ofrezco la mano, pero ella la ignora y me da un abrazo. —Esto es tan emocionante. No veo la hora de empezar.

—¿De empezar?

Clara se aclara la garganta. —Todavía no le he explicado los cambios en el contrato.

—Uy. —Juliet se dirige al otro lado de la mesa y se sienta junto a otra mujer que supongo que es su abogada. Ni siquiera me he dado cuenta de cuándo ha entrado en la sala.

—Escucha, Addy. ¿Addy? —Clara me pone una mano en el brazo—. ¿Me estás escuchando?

—S-s-sí.

—Juliet sigue queriendo grabar tu canción *If I Asked.* También quiere colaborar en material adicional.

¿Material adicional? ¿Más canciones?

Juliet da palmas. —Tengo el presentimiento de que trabajar juntas va a ser genial. Con tu capacidad para escribir la letra perfecta y mi habilidad para componer música, vamos a hacer magia.

—¿Trabajar juntas? —pregunto.

—Quiero algo más que grabar tus canciones. Quiero escribir contigo.

—¿Conmigo?

—Sí. Haremos campamentos de composición unas cuantas veces al año aquí en Steel City para trabajar en nuestra música.

Clara golpea la mesa con su bolígrafo. —Aún tenemos que pulir los detalles. No aceptaré que mi cliente reciba menos del cincuenta por ciento si sois solo vosotras dos escribiendo juntas.

Juliet asiente. —Naturalmente. Pero Addy debería estar disponible varias semanas cada trimestre.

—¿Aquí en Steel City?

—Aquí es donde hago todo mi trabajo creativo. Nueva York y Hollywood son demasiado ajetreadas. —Arruga la nariz—. Demasiado ruidosas.

Suelto una carcajada. —¿Y Steel City no lo es?

Ella le resta importancia con un gesto. —No te preocupes. Te acostumbrarás a la ciudad. Te la enseñaré. Te llevaré a los mejores restaurantes. A los mejores clubes. Hasta tengo un palco en el estadio de The Seals. Te llevaré a un partido.

Suelto un bufido. —A Gage le encantaría que apareciera en un partido.

—Ah, es verdad. Se me olvidaba que estás saliendo con Gage Edwards. —Suspira—. Eres una chica con suerte.

Arrugo la nariz. —Ya no estamos saliendo.

Se inclina hacia delante. —¿Por qué no? ¿Qué ha pasado? ¿Necesitas un hombro sobre el que llorar? ¿O alguien que te ayude a escribir una canción de ruptura?

Tamborilea con los dedos sobre la mesa. —Nunca cometiste un error en el campo, solo conmigo —canta.

Se me ocurre una frase y la canto antes de darme cuenta de que he abierto la boca. —Fui lo único para lo que no entrenaste para conservar.

Juliet vitorea. —Esta colaboración ya se está saliendo.

—No sé si quiero escribir una canción de ruptura. Todo el mundo sabrá que es sobre Gage.

Ella se encoge de hombros. —¿Y? A Taylor Swift le funciona.

Me quedo boquiabierta. —¿De verdad me acabas de comparar con Taylor Swift?

—Si la canción encaja...

Mi teléfono vibra con un mensaje. —Lo siento. Tengo tres hermanos a los que ayudo a criar. No puedo apagar el teléfono.

Pero no es mi hermano ni una de mis hermanas quien escribe.

Me quedo en Smuggler's Hideaway la semana que viene para pasar tiempo contigo.

Me aprieto el pecho antes de que el corazón se me escape al galope. Gage lo pilla. Lo entiende. Me ha elegido a mí.

—No creo que vaya a haber ninguna canción de ruptura sobre Gage —murmura Clara.

Me quedo sin aliento. —¿Has leído mi mensaje?

—Soy una cotilla. Qué me vas a decir, ¿denúnciame? Aunque no te lo recomiendo. Soy una especie de tiburón.

Suelto una risita. —Supongo que es bueno que sea mi abogada.

—¿Significa esto que el trato sigue adelante? ¿Quieres colaborar conmigo? —Juliet junta las manos y me parpadea con dulzura.

—Como si hubiera habido alguna duda. Por supuesto que quiero colaborar contigo.

Se pone de pie de un salto. —Dejemos que las abogadas pulan los detalles. Quiero celebrar. Conozco un bar de vinos monísimo.

—¿No deberíamos quedarnos aquí a escuchar a nuestras abogadas?

—Vete —me insta Clara—. Tiburón, ¿recuerdas?

Juliet me levanta de la silla y me empuja hacia la puerta. —Quizá también podamos ver algunos apartamentos. —Mira por encima del hombro—. Asegúrate de incluir un apartamento en Steel City como parte de la compensación de Addy.

Planto los pies. —¿Un apartamento? ¿Estás loca? Ninguno de los paparazzi ha mencionado que estés loca.

Ella suelta una risita. —Es una compensación normal, tonta.

—Confía en mí —grita Clara—. Te conseguiré un ático.

Le hago un saludo militar. —¡Sí, tiburón!

—Estoy más que emocionada. Todavía podríamos escribir esa canción de ruptura sobre Gage. Apuesto a que la canción petaría. Los rumores estallarían y todo el mundo se vería obligado a escuchar la canción para intentar descifrar todos los Easter eggs ocultos.

Juliet parlotea sin parar mientras esperamos los ascensores. No puedo escuchar más. Estoy demasiado impactada por cómo ha resultado el día. He empezado esta mañana preocupada por si tenía una enfermedad mental grave. Y ahora termino el día con planes para recuperar a Gage y mudarme a Steel City. Donde voy a colaborar con una de las mayores estrellas del pop del mundo.

No puedo esperar a decírselo a Gage. Se va a emocionar. Probablemente más que yo.

Amo a ese hombre y vamos a arreglar las cosas. Siempre y cuando siga eligiéndome y nos convierta en una prioridad.

Capítulo 37

Sigo en el partido. Y estoy en su equipo.



Gage

Tamborileo con los dedos en el volante mientras espero frente a la casa de Addy. No ha respondido a mis mensajes ni a mis llamadas. Y ha pasado casi una semana desde que le escribí para decirle que me quedaría en Smuggler's Hideaway durante mi semana de descanso. Para pasar tiempo con ella.

Pensé que saltaría de alegría. Pensé que correría a buscarme. Pensé que, al menos, me devolvería el mensaje.

No puedo esperar más para verla. Quiero enseñarle lo que he hecho. Los planes que he preparado. No he resuelto el problema de que vivamos en estados diferentes, pero creo que estará contenta con mis ideas.

Eso espero, al menos.

La puerta del copiloto se abre y Addy se desliza dentro. Miro a mi alrededor. No la he visto salir de la casa.

—¿De dónde has salido?

—Pensé que un yard-getter como tú entendería de dónde vienen los bebés —dice ella sacudiendo la cabeza—. Decepcionante.

La esperanza me golpea con fuerza. Me está tomando el pelo. Quizá, después de todo, no esté lista para decirme adiós.

—¿Por qué te has colado en mi coche? Tenía pensado entrar en la casa.

—¿Ah, sí? —bufa ella—. ¿Cuándo? ¿En este siglo?

—Estaba preparando mi plan de ataque.

—¿Tu plan de ataque? ¿Acaso vas a invadir la casa?

Le agarro la mano. —No quería decir nada inapropiado. No quiero volver a disgustarte. —Trago el nudo que tengo en la garganta—. No soporto que llores.

—¿No te asusta un cuarto down, pero te asustan mis lágrimas?

—Tus lágrimas me destrozaron.

—Lo siento, Run It Gage, pero vas a tener que hacerte el duro porque a veces lloro.

—Pero yo… —me interrumpo cuando me doy cuenta de lo que implican sus palabras—. ¿Significa esto que quieres volver a verme?

—¿Tú quieres volver a verme?

—¿Por qué crees que cancelé la sesión de fotos? Si tengo que elegir entre una sesión de fotos y pasar tiempo contigo, te elijo a ti.

Arruga la nariz. —Tal vez no tengas que cancelar la próxima.

Se me encoge el corazón. —¿Qué? ¿No quieres que te elija a ti? ¿No quieres pasar tiempo conmigo?

Levanta una mano. —Frena, Run It Gage. Solo quería decir que, si las sesiones de fotos son en Steel City, no tendrás que cancelarlas para verme.

Me tiemblan las manos mientras la emoción me recorre el cuerpo. —¿Vas a venir a Steel City? ¿Te vendrás a vivir conmigo?

—Epa. Despacio, yard-getter. No nos vamos a ir a vivir juntos.

—¿Pero vienes a Steel City? ¿Qué ha pasado para que cambies de opinión?

Sus preciosos ojos castaños claros se llenan de dolor y casi me echo atrás. Pero no puedo. Necesito saber por qué ha cambiado de opinión. Necesito asegurarme de que no volveré a hacerle daño. Y la única forma de protegerla es conociendo los detalles.

—Hablé con mi madre después de que te fueras. —Hace una pausa, pero no la presiono. Tengo todo el tiempo del mundo para ella—. Me contó por qué se fue mi padre.

—¿No lo sabías?

—Mamá nunca hablaba de mi padre. Se negaba a responder a mis preguntas. En algún momento, dejé de preguntar.

Le aprieto la mano. —No hace falta que me lo cuentes. —No soporto causarle dolor.

—Te equivocas, sí hace falta. —Toma aire profundamente antes de lanzarse a contar la historia. Para cuando termina de explicar la enfermedad de su padre y cómo reaccionó su madre, apoyándose en ella durante años, las lágrimas le surcan el rostro.

Necesito tenerla entre mis brazos. No puedo detener sus lágrimas. Pero puedo consolarla hasta que deje de llorar. La levanto y la acomodo en mi regazo.

—¡Ay! El volante se me está clavando en la espalda.

—Vaya. Perdona. —Echo el asiento hacia atrás lo máximo posible. Ella me rodea los hombros con los brazos y hunde la cara en mi cuello. Le acaricio la espalda de arriba abajo hasta que el llanto remite.

—Todo está bien, pajarcillo. Estoy aquí. Nunca te dejaré —le susurro.

Ella me mira. —Más te vale, porque ahora mismo tienes delante a la orgullosa arrendataria de un apartamento en Steel City.

—¿Ya has alquilado un apartamento?

—No exactamente. Viene incluido en mi contrato con Juliet Ash.

—¿Por fin has hablado con el abogado?

—Sí. El trato con Juliet ha cambiado. Además de grabar *If I Asked,* quiere colaborar conmigo en más música.

—¡Joder! —La estrecho con fuerza—. Estoy tan orgulloso de ti.

Ella me sonríe radiante. —Juliet me quiere en Steel City unas cuantas semanas cada trimestre. Y, gracias al abogado que me recomendaste, que es un auténtico tiburón, por cierto, el apartamento es parte del trato.

—¿Unas semanas por trimestre? ¿Estarás en Smuggler's Hideaway el resto del tiempo?

—No. Mamá me echa de casa. Dice que es hora de que «viva mi propia vida».

—Me encanta tu madre, joder.

—Normal que lo digas. Te estás saliendo con la tuya.

No del todo. Lo que de verdad quiero es que viva conmigo. Quiero despertarme a su lado cada mañana. Dormirme con ella en mis brazos cada noche. Ya llegará. Al fin y al cabo, es donde ella debe estar.

—Vaya. Pues todos esos vuelos que reservé para visitarte en mis ratos libres no han servido para nada.

Frunce el ceño. —¿Compraste billetes de avión para venir a verme?

—Y reservé el hotel.

—¿Después de que me fuera?

—Pajarcillo, te lo dije. No voy a dejarte ir. Te quiero. Quiero pasar cada minuto de mi vida contigo. Pero si no puedo, aceptaré cualquier rato que tengas disponible para mí.

Arruga la nariz. —No estoy segura de cuánto tiempo tendré. Como voy a estar escribiendo canciones para Juliet Ash... —Se muerde el labio inferior—. ¿Y si solo soy flor de un día? ¿Y si no puedo escribir más canciones? ¿Y si fracaso?

Le aparto el labio de los dientes con cuidado. —Eres la mujer con más talento que conozco. Vas a escribir un millón de éxitos. —Sonrío con suficiencia—. Especialmente ahora que has conocido al hombre al que amas y él te sirve de inspiración.

Me da un palmetazo en el pecho. —Qué creído te lo tienes.

—Pero me quieres, ¿verdad? —insisto. Necesito oírselo decir.

Ella sonríe y le brillan los ojos. —Te quiero más de lo que jamás creí posible.

Oírla decir que me quiere es la mejor sensación del mundo. Mejor que ser elegido en el draft de la NFL. Mejor que marcar un touchdown. Mejor que ser nombrado Jugador Ofensivo del Año de la NFL. Nada puede superar este sentimiento.

—Soy el hombre más afortunado del mundo.

Ella arquea las cejas con picardía. —Y puede que tengas más suerte luego.

Mi miembro se tensa. —Me parece un buen plan. Pero primero…

Fundo mis labios con los suyos. El miedo y la ansiedad que he sentido desde el día en que me dejó se desvanecen lentamente mientras introduzco mi lengua en su boca. Su sabor me tranquiliza. Esto es real. No me la estoy imaginando. Addy es mía. Se va a mudar a mi ciudad. Vamos a pasar el resto de nuestras vidas juntos.

Me agarra de los hombros y se frota contra mi erección. Suelto un gemido mientras la excitación me corre por las venas. Me encanta cuando pierde el control. Cuando me suplica que la haga correrse. Cuando ella…

—¿Qué estáis haciendo? —pregunta Mila.

Aparto mis labios de los de Addy y me encuentro a Mila junto al coche, observándonos. Addy tiene el pelo revuelto y la boca hinchada por mis besos, pero al menos ambos estamos vestidos.

Nora llega corriendo detrás de Mila. —Lo siento. He intentado detenerla.

—¡Estaban tardando demasiado! ¡Quiero tarta!

Frunzo el ceño. —¿Tarta?

Las mejillas de Addy se oscurecen. —Eh, bueno…

—Suéltalo, pajarcillo.

—Tenía planeado conducir hasta el hotel para visitarte hoy. Estaba subiendo al coche cuando te vi aquí sentado.

Le acaricio las mejillas con las palmas. —¿Pensabas ir al hotel hoy?

Ella se encoge de hombros. —Quería darte una sorpresa. Por eso ignoré tus mensajes. Quería tenerlo todo arreglado con los abogados y lo del apartamento antes de que volviéramos a hablar.

Esas palabras suenan mejor que saber que he entrado en el titular de la NFL. Addy, la mujer que insistía en que no podía dejar la isla, se marcha por mí. Y no solo se marcha. Ha hecho todos los preparativos —incluso ha contactado con el abogado con el que hablar la ponía nerviosa— para darme una sorpresa.

—¡Eh! —Mila golpea la ventanilla—. ¿A qué esperáis? Hay tarta.

Bajo la ventanilla. —¿Tarta?

Nora sonríe. —Es una tarta de bienvenida a la familia.

¿Bienvenida a la familia? Esas palabras son casi tan reconfortantes como Addy diciendo que me quiere. Una familia es lo que siempre he deseado.

—Entraremos en un momento. —Addy pulsa el botón para subir la ventanilla—. ¿Estás bien? —pregunta una vez que está

cerrada.

—Estoy mejor que bien. Tengo todo lo que siempre he deseado en el mundo. A la mujer que amo y una familia.

—No te emociones demasiado con lo de la familia. Otis tiene un millón de preguntas sobre el draft. También quiere entradas para todos los partidos en casa porque dice que puede «quedarse gratis en el apartamento de su hermana mayor».

Le aprieto las caderas. —Puede quedarse conmigo.

Ella pone los ojos en blanco. —No captas la idea. Te va a volver loco.

—Que lo haga. Siempre he querido un hermano que me volviera loco.

Su expresión se dulcifica. —Él estará encantado de complacerte. Y no te olvides de las dos hermanas que harán que te salgan canas antes de los treinta.

—Tendrán que darse prisa. Me falta menos de un mes para cumplir los treinta.

—¡Tu cumpleaños es pronto! ¿Por qué no me lo habías dicho? Tengo que comprarte un regalo. Y son los treinta. Sin duda, tenemos que hacer una fiesta. Seguro que todos los sitios están ya reservados. ¿Cómo voy a apañármelas? ¿Y qué se le compra a un jugador de fútbol que ya lo tiene todo?

Le pellizco la barbilla. —No tienes que comprarme nada. Ya me has dado mi cosa favorita en el mundo.

—¿El qué?

—Tu amor.

Se derrite contra mí. —Eres un sentimental, ¿a que sí?

—No le cuentes a nadie mi secreto.

Se lleva la mano al pecho haciendo una cruz. —Lo prometo.

—Y ahora, tenemos una tarta que comer.

—Más vale que nos demos prisa. Mila tiene tendencia a robar el glaseado. Se cree que nadie se da cuenta. ¿Cómo no vamos a darnos cuenta si falta la mitad del glaseado de la tarta?

Suelto una carcajada. —Tu familia es la monda.

—*Nuestra* familia es la monda.

Se me encoge el estómago. Nuestra familia. Tengo una familia. Vine a Smuggler's Hideaway para el campo de entrenamiento y para buscar un poco de sol y risas. Y me voy con lo más valioso del mundo. El sentido de pertenencia.

—¿Cómo podré agradecértelo alguna vez?

—Mmmm… —Se toca la barbilla—. ¿Amándome por el resto de tu vida?

—Hecho.

Ella suelta una risita.

—Te quiero, pajarcillo. Te he querido desde el momento en que te oí cantar la primera nota y te querré hasta que hayas cantado la última.

Ella me sostiene la mirada. —Y yo te quiero a ti, cielo.

Bajo la boca hacia la suya y…

—¡Se están besando otra vez!

Estallo en carcajadas. Nunca me voy a aburrir con esta familia cerca. Mi familia. Mi Addy.

Este es el comienzo de una vida hermosa. Y no puedo esperar a que empiece.

Capítulo 38

La tarta no es la única sorpresa.



Un mes después

Addy

Examino la habitación. Las guirnaldas están colgadas. Hay globos atados a cada superficie. Una gran pancarta con *Feliz Trigésimo Cumpleaños* escrito en ella llena una pared. Y la tarta está sobre la mesa. No queda nada más por hacer.

Me retuerzo las manos. Espero que a Gage le guste su sorpresa de cumpleaños. Normalmente no hace gran cosa por su cumpleaños.

Pero tampoco ha tenido nunca una familia. Una familia que quiera celebrar su cumpleaños con él.

Miro la hora. Mamá y los niños ya deberían haber aterrizado. Me ofrecí a recogerlos, pero mamá va a alquilar un coche. No quiere arruinar la sorpresa tanto como yo.

La puerta principal se abre. Allá vamos.

Gage entra tranquilamente en el salón y se detiene en seco.

—¡Sorpresa! —Corro hacia él y me lanzo a sus brazos. Él me atrapa. Siempre lo hace. Y siempre lo hará—. ¡Feliz cumpleaños!

—Pensaba que habíamos quedado más tarde para cenar.

—No. Te he mentido. Quería darte una sorpresa.

Él sonríe mientras contempla la habitación. —Esto es definitivamente una sorpresa.

—Dijiste que no eres muy de celebrar cumpleaños, pero ahora me tienes a mí. Y celebraré cada uno de tus cumpleaños contigo. —Y también mi familia. Pero él todavía no sabe nada de ellos.

—Gracias, pajarcillo.

Le dedico una gran sonrisa. —De nada. También hay filetes con patatas.

—¿Has cocinado para mí?

—Sí. Disfruto cocinando para ti.

—Gracias por sacar tiempo de tu apretada agenda para hacer esto por mí.

Arrugo la nariz. —Mi agenda no está tan apretada.

Me besa la nariz antes de dejarme en el suelo. —¿No graba Juliet otra de tus canciones esta semana?

—Su agenda ha cambiado. Graba la semana que viene. —Porque se lo pedí yo. Resulta que Juliet es una romántica empedernida. Cuando le conté lo que tenía planeado, se ofreció a ayudar de inmediato.

Hablando de planes. Agarro la mano de Gage y lo guío hasta la mesa. Cojo la tarjeta y se la entrego. —Feliz cumpleaños, cariño.

—No necesito nada. Te tengo a ti.

Le arrebato la tarjeta. —Supongo que me la quedaré yo entonces.

Sus ojos castaño chocolate se llenan de curiosidad. —¿Qué es?

Le parpadeo con coquetería. —Pensaba que no la querías.

—Pero te has tomado todas las molestias para regalarme algo. Sería de mala educación no averiguar al menos qué es.

No tiene ni idea de todas las molestias que me he tomado. Que mamá y mis hermanos lleguen pronto no es la única sorpresa de la noche.

—¿Estás seguro?

—No quiero ser maleducado.

Suelto una risita. —Admite que tienes curiosidad y te daré la tarjeta.

—Vale. —Resopla—. Tengo curiosidad. ¿Estás contenta ahora?

Le rodeo con mis brazos. —Eufórica.

Me aprieta las caderas. —Me alegro. Sé que no ha sido fácil acostumbrarse a vivir en una ciudad o estar lejos de tu familia.

Suelto un bufido. —¿Lejos de mi familia? Entre los mensajes de Otis preguntándome de todo sobre la NFL, las quejas de Penelope sobre cómo Mila la está volviendo loca, y los mensajes de Mila volviéndome loca a mí, ni me he dado cuenta.

—Son tu familia y los quieres.

—Claro que los quiero. Estoy legal y moralmente obligada a querer a mi hermano y a mis hermanas.

—No digas tonterías. Los echas de menos.

Los echo de menos, sí. Pero los veré pronto. Miro el reloj. Quiero que Gage abra su sorpresa antes de que lleguen.

—Tic tac. ¿Quieres abrir tu regalo o no?

Le ofrezco la tarjeta. Él la rompe para abrirla. Arruga el entrecejo mientras lee la tarjeta.

—¿Un cambio de dirección? ¿Por qué mi regalo es un cambio de dirección tuyo?

—Lee mi nueva dirección.

Me muerdo el labio mientras lee la tarjeta. Más le vale estar contento con su regalo. Después de todos los lloriqueos y quejas del último mes.

Su mirada se encuentra con la mía. Esos ojos castaño chocolate en los que me encanta perderme cuando se hunde en mí brillan de deleite. —¿Te vas a mudar aquí?

Arrugo la nariz. —No exactamente.

—Pero la tarjeta dice que tu nueva dirección es aquí, en mi apartamento.

—En primer lugar, esto no es un apartamento. Es un ático. —Es increíblemente grande y lujoso. Pensaba que lo odiaría, pero cuando me acostumbré a lo opulento que es, me gustó. La bañera exenta de gran tamaño en el baño tampoco viene mal.

—Y en segundo lugar, no me voy a mudar. Ya me he mudado.

—¿Que te has mudado? ¿Cómo?

—Puede que haya tenido un poco de ayuda de Nolan, Tanner, Brock y Corbin.

—Esos capullos. No me dijeron nada.

Le doy un pellizco en el costado. —No debían hacerlo. Es una sorpresa.

—¿En serio te has mudado aquí? ¿Vas a vivir conmigo? ¿Se acabó eso de vivir en tu apartamento al otro lado de la ciudad?

Frunzo el ceño. —Actúas como si mi apartamento estuviera en otro estado. No está tan lejos.

Está así de lejos. Todavía no me he acostumbrado a conducir en la ciudad, así que suelo coger el autobús. Necesito una hora para llegar a casa de Gage desde la mía. ¿Y si es tarde por la noche?

Gage no me deja irme a casa. Según él, no voy a ir en autobús tarde por la noche.

Gage me levanta y me echa sobre su hombro. Le golpeo la espalda. —¿Qué estás haciendo?

—Llevarte a *nuestro* dormitorio para celebrar que te has mudado.

—Se supone que estamos celebrando tu cumpleaños.

Me da una palmadita en el culo. —Podemos hacer las dos cosas al mismo tiempo. O podemos celebrarlo toda la noche.

—¿No tienes que estar en la cama a las nueve?

No bromeo. El grande y fuerte jugador de fútbol tiene que acostarse a las nueve. Al parecer, los atletas necesitan dormir y se toman muy en serio lo de descansar.

—Es mi cumpleaños. Haré una excepción.

Me lleva hacia la escalera que conduce a su —bueno, nuestro — dormitorio. Pero el timbre suena antes de que llegue. Él sigue caminando.

Le doy unos toquecitos en el hombro. —El timbre, Gage.

—No he oído nada.

El timbre suena otra vez.

—¿Y ahora?

—Sigo sin oír nada.

—Gage, cariño, tienes que abrir la puerta.

Suspira. —¿Esto es parte de tu sorpresa?

—Sí.

—Vale. —Da media vuelta hacia la puerta—. Pero voy a echar a mis compañeros en una hora. Tenemos una celebración a la que asistir.

—Hecho. Echaremos a tus *compañeros* en una hora.

Me deja en el suelo antes de abrir la puerta. Mila entra a toda prisa. —Necesito hacer pis.

Mamá suspira. —Te dije que usaras el baño en el aeropuerto.

—Entonces no tenía ganas.

Mila da saltitos de un pie a otro. Señalo el pasillo. —La primera puerta a la derecha es el baño. —Sale disparada hacia allí.

Mamá la mira con el ceño fruncido. —Pido disculpas de antemano por el desastre que va a organizar.

Gage se queda boquiabierto. —¿Qué está pasando?

—¡Feliz cumpleaños! ¡Sorpresa! —grita Otis.

—Sí, sorpresa. —Penelope levanta su libro electrónico—. ¿Dónde puedo enchufar esto?

Rodeo la cintura de Gage con mi brazo. —He traído a nuestra familia en avión por tu cumpleaños para darte una sorpresa.

Él frunce el ceño. —Te voy a pagar los billetes.

—De eso nada. Esta es tu sorpresa de cumpleaños.

—Pensaba que tu mudanza era mi sorpresa de cumpleaños.

—Es tu trigésimo cumpleaños. Te toca más de una sorpresa.

Todavía no lo sabe, pero a partir de ahora recibirá más de una sorpresa cada año. Ha vivido veintinueve años sin una familia para celebrar su cumpleaños. Tengo mucho que compensar.

Una puerta se abre de golpe. —¡Hay tarta!

Mamá suspira. —Será mejor que nos comamos la tarta antes de que alguien se robe todo el glaseado.

—Yo no robo glaseado. —Mila sonríe, mostrando sus dientes manchados de glaseado de chocolate.

Mamá corre tras ella. Otis y Penelope las siguen.

—No te preocupes —le susurro a Gage—. He hecho otra tarta para nosotros dos.

Sus ojos se encienden. —No veo el momento de lamer el glaseado de chocolate de tu cuerpo desnudo más tarde.

Me estremezco. —Tendrá que ser mucho más tarde. Mamá y los niños se quedan el fin de semana para ver tu partido el domingo.

—Menos mal que insonoricé tu estudio.

—Más vale que no manches de glaseado ninguno de los instrumentos.

—No prometo nada. —Me guiña un ojo.

—¡Gage, Addy! —grita mamá desde la cocina—. ¿Queréis café?

—¡Hay champán en la nevera!

—¡Champán! —grita Mila—. Quiero probar el champán.

—Mejor vamos a la cocina antes de que Mila encuentre la botella. —Agarro la mano de Gage y me encamino a la cocina, pero él me estrecha entre sus brazos.

—Gracias, pajarcillo.

—Me alegra que te gusten tus sorpresas de cumpleaños.

—No por las sorpresas. Por compartir tu familia conmigo. Por amarme.

Me derrito contra él. —Te amo, Gage Edwards. Seas estrella del fútbol o no. Estás atrapado conmigo hasta el fin de tus días.

—Y yo estoy en tu equipo, Addy Price. Siempre y para siempre. Eres mi pajarcillo y te amo.

Sus labios encuentran los míos y yo me abro con un suspiro. Nunca me cansaré de que me toque, me bese, me ame. Pensé que no tenía tiempo para el amor.

Me estaba mintiendo a mí misma. Tenía demasiado miedo de enamorarme. Miedo de que un hombre me abandonara de la misma forma que papá abandonó a mamá. Pero Gage me demostró que

estaba equivocada. Me demostró que nunca me abandonaría. Que siempre me elegiría a mí.

—¡Mamá! ¡Se están besando otra vez! —grita Mila.

Gage aparta sus labios de los míos y hunde la cara en mi cuello. Su cuerpo tiembla por la risa.

Le rodeo con los brazos y lo sostengo con fuerza mientras se ríe. Este es el hombre al que podré abrazar fuerte cada noche por el resto de mi vida.

Cuando irrumpió en mi vida, lo único que quería era alejarlo. Me alegro de que no me dejara hacerlo. Soy feliz porque me enseñó lo que se siente al tener a alguien en mi equipo.

♥♥♥

¡Gracias por leer! Espero que hayas disfrutado de esta introducción a los Steel City Seals.

Lo siguiente en la serie es la historia de Tanner y Alaia. Cuando sale a la luz el último escándalo de Tanner, su equipo de relaciones públicas le convence de que necesita una novia falsa. ¿Quién mejor para pedírselo que su amiga, Alaia? ¿Pero seguirá siendo falsa su relación? ¿O cederá él ante la tentación? Nunca antes se le ha dado bien resistirse a la tentación. Reserva ya *El juego que jugamos*.

Una canción más. Un momento más. Una razón más para enamorarse de Addy y Gage. Consigue el capítulo extra exclusivo al suscribirte a mi boletín de noticias.

¿Te preguntas por qué el Coach Cha-Cha deja el equipo? Lee *Otra oportunidad para jugar* GRATIS para averiguarlo.

Serie Steel City Seals

Otra oportunidad para jugar

En su equipo

El juego que jugamos

Jugando hacia el future

Bajando la guardia

En su terreno

Serie *Smuggler's Hideaway*

Antes de que fuera amor

Después de los votos

Cuando nieva

Mientras esperábamos

Desde siempre

Más allá del odio

Hasta que fue real

Por la promesa

Desde el principio

Desde que llegaste

Después de que regresaste

Solo por una temporada

Un fragmento de The Game We Played

Alaia: una mujer a la que le cuesta que la tomen en serio en Mermaid Karaoke



Alaia

—No.

—Pero tengo una idea estupenda para un artículo que quiero comentar contigo. Trata sobre —

—No.

—No me has dejado terminar.

Mike, el redactor jefe de la *Smuggler's Gazette,* suspira. —Porque ya he oído todas tus ideas para artículos. A nadie en Smuggler's Hideaway le importa la subida del nivel del mar, la erosión rápida o las inundaciones por las mareas.

—El aumento de las inundaciones por las mareas —corrijo.

Él gruñe. —A nadie le importa.

—Porque no entienden los problemas. Si comprendieran cómo las inundaciones y las tormentas más fuertes están dañando las infraestructuras y las propiedades, les importaría.

Mike bosteza. —Me aburro.

Gruño. —No tiene gracia. Puedo escribir una pieza interesante.

—Tu escritura es cómica, lo cual es genial para artículos sobre ovejas que causan atascos de tráfico o sobre la necesidad de buscarle un nuevo hogar al loro Plank.

Ahora me toca a mí suspirar. —Ya no quiero escribir artículos ligeros y divertidos. Quiero ser una periodista seria.

—Eso no va a pasar en Smuggler's Hideaway.

Por eso precisamente quiero irme de la isla. Pero no puedo irme sin una oferta de trabajo. Y no puedo conseguir una oferta de trabajo sin un portafolio de piezas periodísticas serias. Y, al parecer, escribir en un blog no cuenta. Sobre todo cuando tienes menos de cien seguidores.

—Por favor, Mike.

—Lo siento, Alaia, pero las cosas son como son. La gente lee la *Smuggler's Gazette* para enterarse de los cotilleos de la isla, echarse unas risas y encontrar una nueva receta de crema de almejas. Ya es bastante difícil mantener un periódico hoy en día. Los artículos serios sobre temas medioambientales no ayudarán.

—No estoy de acuerdo.

—No quería decírtelo de esta manera —hace una pausa y mi corazón empieza a acelerarse. ¿Es este el momento en el que me dice que no soy lo suficientemente buena para el periodismo serio? —. Pero estamos considerando cerrar la *Gazette.*

—¿Qué? —chillé—. No puedes.

La *Smuggler's Gazette* es mi única oportunidad de crear un portafolio. Si desaparece, mi sueño de ser periodista nunca se cumplirá.

—Lo siento, Alaia. Pero si las cosas no cambian antes de que termine el verano, la *Gazette* desaparecerá.

—¿Y si —

—Me tengo que ir. —Cuelga antes de que tenga oportunidad de discutir.

Suelto el móvil sobre el escritorio. Nunca me van a tomar en serio ni voy a salir de esta isla. Me quedaré aquí sirviendo copas en *Bootlegger* durante el *Mermaid Karaoke* por el resto de mi vida. Eso sí que es aburrido.

A menos que deje que mi padre me ayude. Ni hablar. De ninguna manera. El gran Dan Jackson no va a ser la razón de mi éxito. Voy a hacer esto por mi cuenta. No voy a dejar que papá controle mi vida y mis decisiones. Ya ha hecho bastante.

—¡Alaia! —Julian, mi compañero camarero, entra de golpe en la oficina—. Te necesitamos ahí fuera. Está a tope.

Me pongo de pie. —Siempre lo está durante la temporada del *Mermaid Karaoke.*

Cierro la oficina tras de mí y lo sigo por el pasillo hasta el bar. Casi suelto un gemido ante la escena que tengo delante. Mujeres vestidas con sujetadores de conchas y poco más. Después de todo, por algo el evento se llama *Mermaid Karaoke.*

A los nativos de Smuggler's Hideaway nos encantan las sirenas. Ni se te ocurra decirnos que las sirenas son animales fantásticos. Nosotros sabemos la verdad. Las sirenas son reales.

También nos encantan los piratas y los contrabandistas. Durante la Ley Seca, los contrabandistas usaban la isla para esconder su alcohol ilegal. Las visitas a los túneles que cavaron bajo el ayuntamiento son una de nuestras atracciones turísticas más populares. Los nativos de la isla nos referimos a nosotros mismos con orgullo como contrabandistas.

—¿Quién es el siguiente? —grito mientras me coloco detrás de la barra.

La siguiente hora pasa volando entre cañas, cócteles afrutados y chupitos. Estoy sudando y huelo a cervecería para cuando hay un pequeño descanso en la cola.

La puerta se abre de golpe y miro hacia allí mientras seis hombres enormes entran en el bar. Los reconozco de inmediato como miembros de los *Steel City Seals.* El equipo de fútbol americano se queda en la isla para el campo de entrenamiento este verano.

Hudson, el dueño de *Hideaway Haven Resort* y antiguo miembro del equipo de los Seals, hizo todo lo posible para mantener en secreto la llegada del equipo a su complejo. ¡Ja! Como si fuera posible guardar un secreto en esta isla.

Especialmente de mí. Hay una razón por la que escribo la columna de cotilleos *The Siren's Spill* todos los meses. Nadie puede ocultarme un secreto.

Cinco de los hombres se desvían para ocupar una mesa frente al escenario del karaoke. El otro se pavonea hacia mí.

No puedo evitar comérmelo con los ojos. Es alto, mide bastante más de un metro ochenta, tiene hombros anchos y, a juzgar por cómo se tensa su camiseta, un pecho y unos bíceps potentes. Pero no parece un tirillas; sus muslos son fuertes. Este no es un hombre que se salte el día de pierna.

Tiene el pelo castaño alborotado y la piel bronceada. A medida que se acerca, noto que sus ojos son verdes y brillantes. Lástima que sepa exactamente quién es este hombre y cuántos problemas puede causar. De lo contrario, podría disfrutar conociéndolo.

Llega a la barra y apoya las manos con fuerza antes de dedicarme una sonrisa. Apenas contengo el amago de poner los ojos en blanco.

—¿Qué te pongo?

—Seis cervezas y tu número de teléfono, cielo.

Esta vez no me molesto en disimular y pongo los ojos en blanco. —¿Cielo?

Él sonríe con suficiencia. —Las mujeres hacen cola para que las llame cielo.

Suelto una carcajada. —¿Mujeres de verdad? ¿O hinchables?

Él frunce el ceño. —Yo no uso mujeres hinchables.

Resoplo. —Claro que no.

Saca pecho. —¿Es que no sabes quién soy?

—Sé perfectamente quién eres. Tanner Long. Wide receiver de los *Steel City Seals.* —Él sonríe, pero levanto una mano—. Y el mayor ligón del equipo. Por no hablar de que eres un gamberro cuyo nombre aparece en el periódico más a menudo por sus travesuras que por su habilidad para atrapar pases o marcar touchdowns.

—Noticias falsas.

Arqueo una ceja. —¿No te multaron por transmitir en directo desde los vestuarios? ¿O qué me dices de la vez que arruinaste una gala benéfica convirtiendo la subasta silenciosa en un juego de beber?

—La multa fue una estupidez. Tapé todas las partes íntimas de los tíos.

—¿Pero les pediste permiso para retransmitir a todo internet cómo se duchaban?

El vídeo se hizo viral. Confieso que puede que lo viera una vez o mil. Sus compañeros de equipo son sexis. ¿Quién iba a saber que escondían todos esos músculos bajo el acolchado del uniforme? Gracias a Tanner, ahora el mundo lo sabe.

—Deberían habérmelo agradecido. A varios les salieron contratos de publicidad de ropa interior gracias a eso.

Suelto una risita. —De verdad crees que deberían haberte dado las gracias, ¿verdad?

Él asiente. —Y la gala benéfica recaudó más dinero el año pasado que nunca. Ellos también deberían agradecérmelo, sin duda.

Niego con la cabeza. —Eres un problema con mayúsculas y retroiluminado con luces de neón.

Él hace una reverencia. —Gracias. Me esfuerzo por ello.

Dos pueden jugar a su juego. Cojo una botella de aguardiente y la pongo frente a él. —Eres el tipo de hombre que se merece el mejor aguardiente que este bar puede ofrecer.

Se le iluminan los ojos. —¿Aguardiente?

No tiene ni idea. El aguardiente en Smuggler's Hideaway no es el que puedes comprar en el resto del país. Se destila en la isla, en *Buccaneer's Whiskey & Distillery*, siguiendo una receta de la época de la Ley Seca. Beberlo no te dejará ciega, pero hará que desees tener suelo radiante en el baño.

Coloco la botella y seis vasos de chupito en una bandeja. —Divertíos.

Coge la bandeja pero no se mueve. —Te has olvidado de darme tu número de teléfono.

—No me he olvidado. —Le guiño un ojo.

Sus ojos se llenan de confusión. Parece que alguien no está acostumbrado a que lo rechacen. Parpadea y el brillo vuelve a su mirada. —No hay problema. Sé dónde trabajas.

Se aleja pavoneándose y no me molesto en fingir que no le estoy mirando su culo perfecto. Solo porque sea lo bastante lista como para no liarme con un jugador no significa que no pueda mirar.

—Siento llegar tarde —dice mi amiga Addy mientras irrumpe en el bar. Es una cantante cuyo talento se desperdicia en el *Mermaid Karaoke.* Pero, a diferencia de mí, Addy no tiene interés en dejar la isla. Ella ha venido para quedarse.

Y, al parecer, yo también. Pensaba que convencer a Mike para que me dejara escribir un artículo que no fuera una tontería era mi mayor problema. No me había dado cuenta de que la *Gazette* podría cerrar para finales del verano.

Necesito un plan. Alguna forma de asegurar que la *Gazette* siga abierta. Mi mirada se posa en Tanner, que está sentado con sus compañeros. Podría escribir una pieza deportiva. Con todos los líos en los que se suele meter Tanner, tiene que haber alguna historia por ahí que pueda vender.

Me animo. Buen plan. Quizá debería darle mi número de teléfono después de todo.

¡Reserva *El juego que jugamos* ya!

Sobre la autora

D.E. Haggerty en realidad es simplemente Dena de toda la vida, pero cree que usar iniciales la hace sonar como una de las chicas guays. Nació y creció en Estados Unidos, pero ha pasado la mayor parte de su vida adulta en el extranjero, viviendo en lugares con nombres tan interesantes como Estambul, Heidelberg y La Haya. Ha ido cambiando de profesión, pasando de policía militar a abogada y luego a propietaria de un bed & breakfast. Hace unos años decidió bajarse del tren de cambiar de trabajo constantemente y convertir su adicción a las novelas románticas en una carrera. Si alguien tiene ideas sobre cómo convertir el amor por el vino en un trabajo, está encantada de escucharlas.